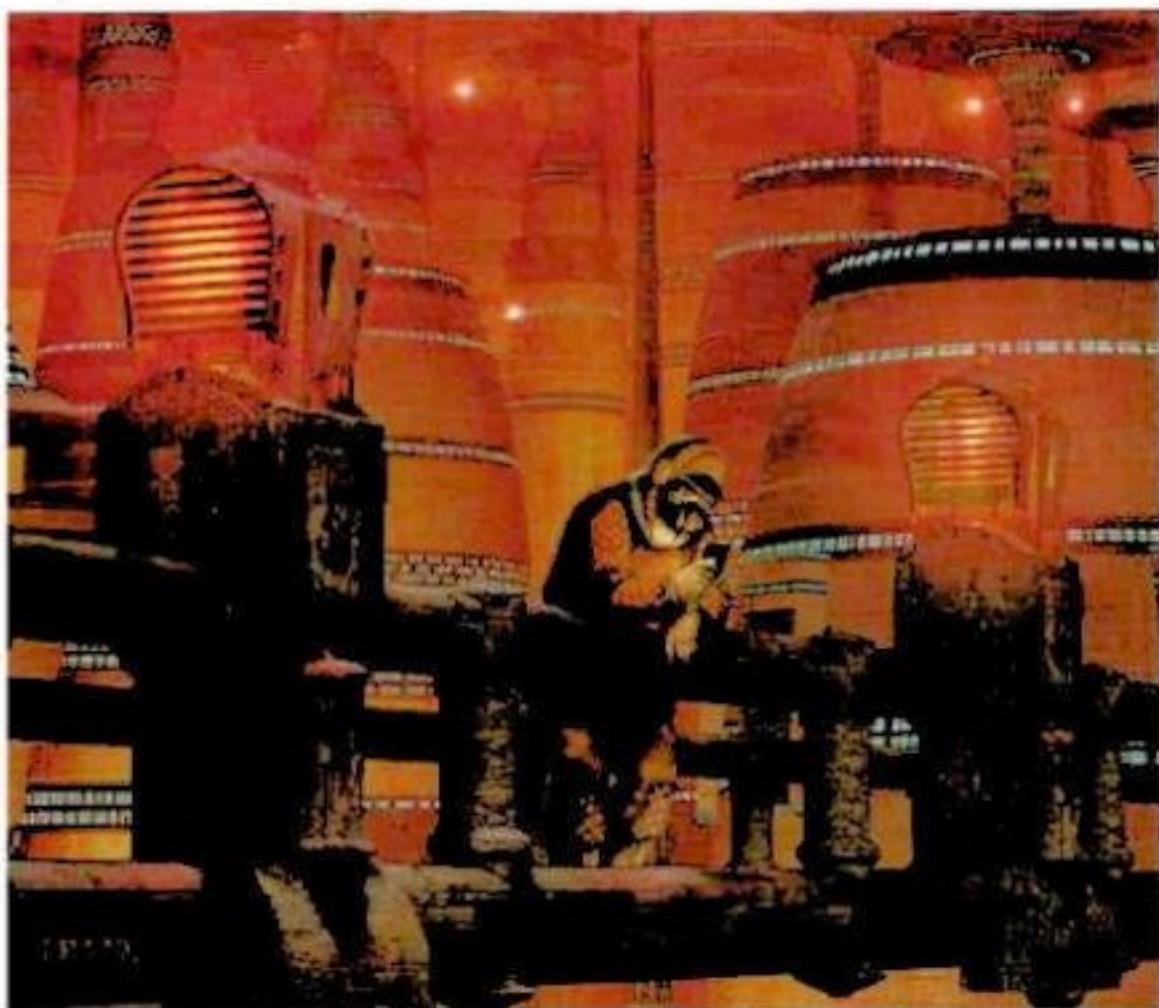


**MIKE RESNICK
RYCK NEUBE
JACK McDEVITT**



**PREMIO UPC 1994
NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN**



UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CATALUÑA

**NOVA**
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

En 1994 el Premio UPC de ciencia ficción alcanzó definitivamente su mayoría de edad. Las amenas e interesantes novelas de este volumen lo demuestran de manera fehaciente:

Siete vistas de la garganta Olduvai, del veterano autor norteamericano Mike Resnick, obtuvo ex aequo el primer premio. 5.000 años después de la extinción de la especie humana, un grupo de extraterrestres estudia, en la Tierra, el yacimiento arqueológico de Olduvai y reconstruye siete momentos significativos de la historia de la humanidad en un desesperado intento por lograr entender a los seres humanos y su sorprendente agresividad.

De otro tiempo, mi amor, del norteamericano Ryck Neube, obtuvo ex aequo el primer premio. En un curioso y verosímil Marte del futuro, un clásico detective de novela negra sigue los pasos de los «perdedores» de siempre —como Spade o Marlowe— para intentar desentrañar una grave conspiración política que, inspirada en nazis, parece llamada a destruir gran parte de la colonia marciana.

Los viajeros del tiempo nunca mueren, del también norteamericano Jack McDevitt, ganador ya de la edición de 1992 con *Naves en la noche*, es una aventura clásica narrada con buen ritmo a partir de una idea nueva y original sobre las infinitas paradojas que ofrece el viaje a través del tiempo, cuando quienes lo practican han conocido el momento de su muerte y se niegan a estar presentes en él.

Una muestra irrefutable del altísimo nivel que ya ha alcanzado el Premio UPC de ciencia ficción.

Lectulandia

VV. AA.

Mike Resnick & Rick Neube & Jack McDevitt

Premio UPC 1994

Novela Corta de Ciencia Ficción

ePub r1.3

minicaja 17.02.14

Títulos originales:

Seven views of Olduvai, Mike Resnick

Gorge Quondam, My Love, Rick Neube

Time travellers never die, Jack McDevitt

VV. AA., 1995

Traducción: Domingo Santos

Ilustración de cubierta: Trazo

Editor digital: minicaja

(r1.1) Corrección de erratas: dinocefalo

(r1.1) Corrección en nombre de archivo, e incorporación de serie a metadatos

(r1.2) Corrección de erratas: Rov

(r1.3) Corrección en nombre de archivo y modificación de serie en metadatos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Por cuarta vez acudimos a la cita anual que hermana nuestra colección con el PREMIO INTERNACIONAL UPC DE CIENCIA FICCIÓN. Este premio anual, convocado por primera vez a finales de abril de 1991, es ya, pese a su juventud, el premio más importante de la ciencia ficción en España y, en expresión del autor y especialista británico Brian W. Aldiss, está llamado a ser «el premio más importante de la ciencia ficción en Europa».

El Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción de 1991

En 1991 se celebraba el 20 aniversario de la Universidad Politécnica de Catalunya (UPC) y se quiso aprovechar esa circunstancia para dar mayor alcance a algunas actividades ya habituales en la UPC. De hecho, la convocatoria en 1991 del primer PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN puede considerarse continuadora de anteriores convocatorias de certámenes culturales promovidos y organizados por el Consell Social de la UPC presidido entonces por Pere Duran i Farell.

Aunque la tradición de los concursos literarios promovidos hasta entonces por el Consell Social de la UPC se centraba en el relato corto, en 1991 la oportunidad del 20 Aniversario de la UPC aconsejó plantear por primera vez en la universidad española un premio de novela de ciencia ficción. Para favorecer la presencia de originales, se eligió la longitud de la novela corta, en torno al centenar de páginas, una extensión de gran predicamento en la ciencia ficción y en la que empezaron a tomar forma obras tan características del género como la FUNDACIÓN de Isaac Asimov o DUNE de Frank Herbert.

El primer Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción fue convocado a finales de abril de 1991 y tuvo muy buena acogida. Se podía concurrir a él con obras escritas tanto en castellano como en catalán, aun cuando, entre las 71 novelas presentadas, fueron mayoría las redactadas en castellano. El premio se convocaba abierto para que pudiera concurrir todo aquel o aquella que presentara una narración ajustada a las bases que establecían, simplemente, la extensión (entre 75 y 110 páginas) y la temática: «narraciones inéditas encuadrables en el género de la ciencia ficción».

El premio, dotado con un millón de pesetas y una posible mención de 250.000 pesetas, reserva también la posibilidad de un premio especial para la más destacada

de las narraciones presentadas por los miembros de la UPC (estudiantes, profesores y personal de administración y servicios). Por un acuerdo verbal entre la UPC y Ediciones B, las bases del premio establecían ya el anuncio de que «la novela ganadora sería publicada por la UPC a través de Ediciones B dentro de su colección “NOVA ciencia ficción”» en un volumen como éste.

Las mejores de las novelas ganadoras del premio de 1991 se publicaron precisamente en el número 48 de esta colección, un interesante volumen que agrupa una buena muestra de la más reciente ciencia ficción española con MUNDO DE DIOS de Rafael Marín Trechera y EL CÍRCULO DE PIEDRA de Ángel Torres Quesada, ganadoras exaequo del primer premio, y, también, LA LUNA QUIETA de Javier Negrete, brillante vencedora de la mención especial del jurado. El título genérico del volumen es PREMIO UPC 1991 (NOVA ciencia ficción, número 48,1992).

Como no podía ser menos, la entrega del premio se realizó en un acto académico especial que tuvo lugar el martes 3 de diciembre de 1991, con la presencia del Dr. Marvin Minsky quien disertó sobre «Inteligencia artificial y ciencia ficción». Para algunos asistentes pudo resultar sorprendente conocer que el Dr. Minsky, reputado especialista en el campo de la Inteligencia Artificial que él contribuyera a crear, se identificaba como un experto conocedor y amante del género de la ciencia ficción al que, en 1992, aportaría su primera novela, THE TURING OPTION, escrita en colaboración con Harry Harrison.

El Premio Internacional UPC de Ciencia Ficción de 1992

Convocado también por el Consell Social de la UPC, con el respaldo del Rector de la Universidad, Dr. Gabriel Ferraté i Pascual, el PREMIO INTERNACIONAL UPC DE CIENCIA FICCIÓN adquirió en 1992 una nueva dimensión. En su primera convocatoria, en 1991, el premio se circunscribía al ámbito español admitiendo originales escritos en cualquiera de las dos lenguas oficiales de Cataluña: catalán y castellano; pero, a partir de la edición de 1992, el premio se hizo internacional admitiendo también originales escritos en inglés y francés.

De nuevo el éxito acompañó a esta iniciativa del Consell Social de la UPC. En 1992 se presentaron un total de 83 novelas, la mayor parte procedentes de Cataluña (39 % del total) o del resto del Estado español (25 %). Pero más de una tercera parte (el 36 % exactamente) procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (12 novelas), Francia (6), Gran Bretaña (3), Australia (2), Hungría (2), Argentina (1), Canadá (1), Israel (1), Rumania (1) y Suiza (1). La distribución por lenguas mostró un evidente predominio del castellano (61 %),

seguido del inglés (22 %), el francés (11 %) y el catalán (6 %).

El premio lo obtuvo el norteamericano Jack McDevitt con NAVES EN LA NOCHE, una maravillosa y poética historia sobre el encuentro de dos seres solitarios. La mención recayó en la primera novela de Mercé Roigé, quien presentó al certamen PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR, una novela de factura clásica sobre un robot a la búsqueda de su identidad. El volumen correspondiente, PREMIO UPC 1992 (NOVA ciencia ficción, número 56,1993), se completó entonces con la intencionada especulación del catedrático Antoni Olivé sobre un traductor universal portátil en ¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS?

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública, con un cierto retraso, el miércoles 27 de enero de 1993 en un solemne acto académico presidido por el rector Gabriel Ferraté. Eje central del acto fue una interesante conferencia a cargo de Brian W. Aldiss, conocido autor y ensayista británico, quien disertó sobre «La ciencia ficción y la conciencia del futuro».

El Premio Internacional UPC de Ciencia Ficción de 1993

En 1993 el éxito acompañó de nuevo a esta iniciativa del Consell Social de la UPC. Esta vez se presentaron un total de 90 novelas, la mayor parte procedentes de Cataluña (44 % del total) o del resto del Estado español (20 %); pero más de una tercera parte (el 36 % exactamente) procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (11 novelas), Francia (6), Bulgaria (3), Canadá (3), Nueva Zelanda (3), Argentina (2), México (2), Austria (1) e Irlanda del Norte (1). La distribución por lenguas mostró, de nuevo, un evidente predominio del castellano (62 %), seguido del inglés (20 %), el catalán (9 %) y el francés (9 %).

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el primero de diciembre de 1993 en un solemne acto académico que contó con la presencia del presidente del Consejo Social de la UPC, Pere Duran i Farelly del Rector Gabriel Ferraté. Eje central del acto fue una interesante conferencia a cargo del británico John Gribbin, famoso divulgador científico y, también, autor de narrativa de ciencia ficción. El Dr. Gribbin disertó sobre: «Ciencia real y ciencia ficción».

En un año que resultará histórico para la ciencia ficción española, el Premio UPC 1993 lo obtuvo Elia Barceló con EL MUNDO DE YAREK, una interesante narración sobre un xeno-sociólogo desterrado a un mundo sin vida. Una historia brillantemente narrada que, por si ello fuera poco, guarda una interesante e inteligente sorpresa final. La mención de 1993 recayó en Alan Dean Foster con NUESTRA SEÑORA DE LA MÁQUINA, concebida como un thriller a la caza y captura de un curioso grupo

mafioso que lleva a cabo extorsiones utilizando una Virgen vengadora y temible. El volumen correspondiente, PREMIO UPC 1993 (NOVA ciencia ficción, número 64, 1994), se completó entonces con BAIBAJ, una de las menciones especiales para los miembros de la UPC que compartió ese galardón con Las trece estrellas de Alberto Abadía. BAIBAJ es la primera novela y la primera colaboración de dos autores jóvenes: Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas, ambos estudiantes de doctorado en el Departamento de Ingeniería Química de la UPC. Con un desarrollo sencillo, BAIBAJ permite adivinar una gran ambición en los planteamientos de una historia de aventura con trasfondo ecologista y que no olvida los viejos poderes del planeta.

Quaderns UPCF

Con el Premio de 1992 resultó evidente que algunas de las novelas finalistas merecerían ser conocidas del público lector, aun cuando se hace imposible publicarlas en estos volúmenes de NOVA ciencia ficción. La solución la ha aportado la Asociación de Ciencia Ficción de la UPC que responde al nombre de UPCF (Unidos Por la Ciencia Ficción). Con una ayuda económica del Consejo Social de la Universidad, la UPCF ha editado unos Quaderns UPCF que recogen las mejores narraciones de autor hispano presentadas al premio. Se han publicado hasta ahora las mejores finalistas de 1992 como son LA VARA DE HIERRO de César Mallorquí (Quadern UPCF, número 1), ESTADO CREPUSCULAR de Javier Negrete (Quadern UPCF, número 2), y la edición bilingüe (castellano y catalán) de una interesante narración de corte dickiano que no llegó a la final por su reducida extensión que incumplía las normas. Se trata de TERRA NON DESCOBERTA de Carme Abella (Quadern UPCF, número 3).

Cuando este volumen de NOVA ciencia ficción se distribuya es muy posible que ya hayan aparecido los Quaderns UPCF que recogen narraciones finalistas de las ediciones de 1993 y 1994 como LOS CELOS DE DIOS de Rodolfo Martínez (Quadern UPCF, número 5), SEIS de Daniel Mares (Quadern UPCF, número 6) y CONJURA EN CIUDAD TOTAL de Alejandro Bugarín (Quadern UPCF, número 7).

En cualquier caso, dadas las escasas posibilidades que tienen los autores españoles para publicar sus narraciones de ciencia ficción, los Quaderns UPCF (con portada a todo color, diseñada y dibujada por el conocido especialista Antoni Garcés) son un elemento importante para conocer la buena ciencia ficción que escriben nuestros autores. Como la edición y el tiraje es reducido, los Quaderns UPCF sólo pueden encontrarse en las librerías de los Campus de la UPC o, si alguien lo desea, se pueden solicitar al Grupo Interface Editor (P.O. Box 2061,

Andorra) que, además de editar *BEM*, «la» revista de la ciencia ficción española, ayuda a la *UPCF* en la difusión de los *Quaderns*. Si quieren un consejo, no se los pierdan; novelitas como éstas son, además de divertidas y sugerentes, imprescindibles para el buen aficionado.

El Premio internacional UPC de Ciencia Ficción de 1994

Y llegamos ya a la edición de 1994 con el presente volumen de *NOVA* ciencia ficción. El adelanto de casi dos meses en la fecha de recepción de originales redujo el número de los concursantes quienes, pese a todo, fueron más de setenta, con el habitual predominio de las narraciones escritas en castellano (66%) e inglés (26 %), y una menor participación en catalán (7 %) y francés (1 %). Un treinta por ciento de las obras presentadas a concurso procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (10 novelas), Israel (3), Nueva Zelanda (2), Gran Bretaña (2), México (2), Canadá (1) y Bélgica (1).

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el 30 de noviembre de 1994, durante un solemne acto académico que contó con la presencia del nuevo presidente del Consejo Social de la UPC, Xavier Llobet, y del nuevo rector de la UPC, Jaume Pagés.

El jurado estuvo formado por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Josep Casanovas, Louis Lemkow y Domingo Santos. El contenido de la carta con el fallo del jurado (traducida del original en catalán) es:

El jurado del Premio internacional UPC de ciencia ficción 1994, reunido en la sede del Consejo Social el día 27 de octubre de 1994 para deliberar sobre la entrega de los premios, ha decidido otorgar:

— *el primer premio exaequo de 1.000.000 de ptas., a repartir entre las obras: QUONDAM, MY LOVE, de Ryck Neube (Kentucky, EE.UU.), y SEVEN VIEWS OF OLDUVAI GORGE, de Mike Resnick (Ohio, EE. UU.).*

— *una mención de 250.000 pts. a la obra: TIME TRAVELLERS NEVER DIE, de Jack McDevitt (Georgia, EE. UU.) y desea hacer constar el éxito de participación de esta cuarta convocatoria internacional (71 originales recibidos) y hacer mención de las siguientes obras por orden de apreciación:*

SEIS, de Daniel Mares Martín (Madrid).

CONJURA EN CIUDAD TOTAL, de Alejandro Bugarín Lago (Valladolid).

IN OUR IMAGE, de Haggai Scolnicov (Israel).

El jurado ha decidido otorgar la mención UPC a la obra: O.G.M., de Xavier

Pacheco y José Antonio Bonilla (Sabadell, Barcelona).

Y, a los efectos oportunos, firman el presente certificado.

Tras haber contado con la presencia de Marvin Minsky, Brian W. Aldiss y John Gribbin, en 1994 el conferenciante invitado a la ceremonia de entrega de premios fue el norteamericano Alan Dean Foster, ganador de la mención especial del Premio UPC en la edición de 1993 y conocido autor de ciencia ficción, quien ha destacado también por sus novelas sobre películas famosas como La guerra de las galaxias, Aliens, La cosa, Starman, etc.

A continuación incluimos el texto de la disertación de Alan Dean Foster:

LA CIENCIA FICCIÓN Y LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES

Título original: *Science-Fiction and the root of all evil*

Traducción: *Pedro Jorge Romero*

En primer lugar me gustaría decirles lo contento que estoy de hallarme aquí, en esta hermosa ciudad que antes sólo conocía a través de mis lecturas de historia y por haber visto los Juegos Olímpicos en televisión. Ahora que estoy aquí, puedo decir sin dudar que es mucho más bonita en la realidad.

A quienes escribimos ciencia ficción nos gusta decir que todo es materia posible para una historia. Nada está más allá de las fronteras, nada es tabú, todo es juego limpio. Creo que ésta es una de las principales razones por las que tanta gente disfruta leyendo ciencia ficción.

Pero me llevó muchos, muchos años de lecturas hasta que me di cuenta de cuántos escritores de ciencia ficción, en su deseo de tratar los temas más sorprendentes, arcanos u oscuros, tendían a pasar por alto muchos elementos que integran la sociedad humana. Y esto es válido tanto para las sociedades futuras como para la que nos ha tocado vivir.

En los primeros días de la ciencia ficción esta actitud era comprensible. El género era nuevo, y era fácil construir una historia alrededor de una sola noción científica. Sin embargo, mientras escribían sobre la energía atómica, alienígenas, televisión, submarinos y otros avances tecnológicos, casi todos aquellos primeros autores se olvidaban de las motivaciones y las emociones humanas. Tal vez, hombres como Nicolai Tesla y Thomas Edison pasaban cada minuto de sus vidas pensando en la

tecnología; pero la mayor parte de la humanidad, incluyendo a los que estamos en esta sala, no lo hace. Puede que estemos muy interesados en la tecnología, pero la mayor parte del día, normalmente, nos centramos en otros intereses.

Gradualmente, la ciencia ficción se fue percatando de tal desequilibrio. El sorprendente artefacto tecnológico puede todavía servir como fundación (y no pretendo hacer un juego de palabras) de un relato, e incluso de una novela. Vean si no MUNDO ANILLO de Larry Niven, TAU ZERO de Poul Anderson o la clásica MISIÓN DE GRAVEDAD de Hal Clement. Pero incluso relatos tan tecnificados tienen ahora como hilo conductor las motivaciones y acciones de sus personajes en lugar de las referencias a las últimas revistas científicas.

¿Qué clase de motivaciones empujan a los personajes de la moderna ciencia ficción? La curiosidad debería aparecer, sin duda, como una de las primeras. La necesidad de derrotar a alienígenas peligrosos continúa siendo una trama usual. Lo sé, he recurrido a este tema en varias ocasiones. También el amor como fuerza motivadora aparece de forma destacada en algunas historias famosas de la moderna ciencia ficción.

Por desgracia, en mi opinión, suelen pasar desapercibidas las fuerzas más importantes. Sí, se las menciona en las narraciones, pero no como un elemento fundamental. Creo además que son las dos fuerzas más importantes en la historia humana, y ésa es la razón por la cual las narraciones sobre el futuro humano deberían tenerlas en cuenta en igual medida.

Hablo, por supuesto, del sexo y del dinero. Se puede defender la importancia de la religión y la política, pero creo que cualquiera que investigase el asunto, digamos que para escribir un artículo académico, lograría defender con éxito la postura de que estas últimas son subsidiarias y nacen de las otras dos.

Quizá porque son tan primarias, tan básicas para nuestra existencia y para nuestros deseos, la ciencia ficción no ha lidiado de forma eficaz o explícita con ninguna de las dos. Por alguna razón que no alcanzo comprender, la primera parece ser más popular que la segunda.

Por supuesto, están muy relacionadas. Siempre lo han estado, lo están y lo estarán. La primera no ha cambiado.

Y la segunda, sólo fluctúa en su unidad monetaria. Pero el deseo de acumular sustancias y riquezas ha sido una necesidad básica, y ciertamente la más básica (después de la necesidad de reproducir la especie) de la existencia humana, desde la época en que usábamos carne muerta y frutas para hacer un trueque en lugar de dólares o pesetas. No creo que realmente haya habido tanto cambio.

Fue la ausencia de historias contemporáneas que trataran de esta fuerza tan básica (la necesidad de acumular riqueza de alguna forma) lo que me llevó a comenzar una serie de historias en las que pretendía hacer de la economía la base de cada cuento, de

la misma forma en que los escritores de ciencia ficción de los años treinta y cuarenta empleaban las maravillas tecnológicas.

Me preguntan a menudo, como a la mayor parte de los escritores de ciencia ficción, si investigo mucho y, si así es, si hay una fuente principal que alimente alguna historia o historias. En lo que se refiere al alcance de investigación, siempre depende del libro. El género de fantasía, que también cultivo, requiere muy poca investigación; pero, si alguien desea escribir una historia de ciencia ficción en la que el sexo sea el factor principal, no le faltará material de estudio.

Por ejemplo, abundan las revistas. Muchas, y no sólo las claramente pornográficas, tratan asuntos sexuales. ¿Ha leído alguien un ejemplar de *Cosmopolitan* últimamente? ¿Y *Selecciones del Reader's Digest*? Sí, sí, *Selecciones del Reader's Digest*. En Estados Unidos esas revistas populares se presentan en expositores, cerca de las cajas en los supermercados, y no pueden pasar desapercibidas. He notado con académico interés que, cada mes, la portada de las revistas favoritas de América (exceptuando quizá *TV Guide*, que está igualmente obsesionada con esos mismos temas) anuncia un artículo al menos sobre cuestiones sexuales.

Y ahora que me las he ingeniado para atraer la atención de quienes se estaban aburriendo, puedo decir que las narraciones a las que me refiero, que yo llamo HISTORIAS DE LA FRANJA MONTEZUMA, y que Warner Books publicará en forma de libro el próximo verano en EE. UU., no nacen de un interés por el sexo. Aquellos de vosotros que hayáis leído uno de los cuentos de la antología, *Nuestra Señora de la Máquina* (publicada en PREMIO UPC 1993. Ediciones B. Colección NOVA ciencia ficción, número 63), a la que el jurado de esta universidad fue tan amable de conceder la mención especial en su premio anual de novela corta de ciencia ficción, sabrán a cuál de esas dos fuerzas primarias se refieren esas narraciones. Empezó, como todos los cuentos de la serie de la Franja Montezuma, porque estoy suscrito a cierta revista.

Se llama *The Economist*.

Se publica en el Reino Unido, y creo que es la mejor revista de noticias del mundo, al menos es la mejor de las que yo conozco. Se publica semanalmente, y contiene tanta información en un número como la que se obtiene al leer dos revistas distintas. El estilo literario también es más agradable. A aquellos que conozcan la serie clásica de la televisión británica *Fawlty-Towers* —en la que, por cierto, uno de los personajes principales era supuestamente de Barcelona— les diré que hay momentos en que estoy convencido de que el hermano mayor de Basil Fawlty es miembro del consejo editorial.

Y no es que cada artículo de la revista trate sobre el dinero. Simplemente ocurre, como en el mundo real, que el dinero inspira cada tema que trata la revista, se relaciona o contrasta con ellos. Si se trata del fútbol, leeremos que el equipo brasileño

ganador de la copa del mundo trató de pasar de contrabando unos cuantos millones de dólares en compras americanas eludiendo la vigilancia de los agentes de aduanas de Río de Janeiro. Si el tema es el arte, se acabará hablando inevitablemente de la difícil situación financiera de ciertas orquestas, festivales de música u óperas. Si es la tecnología, tratará de cómo nuevos desarrollos pueden inspirar nuevos negocios. Esos artículos se complementan con comentarios sobre banca, negocios internacionales y demás.

Lo que me lleva a *La Frontera*.

Eso sí, si vives en mi esquina de Estados Unidos, sólo hay una frontera y ésta es la que compartimos con Hispanoamérica. No sólo México, aunque la proximidad física bendice (o maldice) a nuestros vecinos mexicanos con la mayor parte de los reportajes. Digo que en ocasiones «maldice» porque, como dijo una vez un presidente mexicano: «¡Pobre México! Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos». Hablo de toda la gente que vive al sur de esa línea, desde Tijuana a Tierra de Fuego.

A algunos les gustaría trabajar en Estados Unidos. No necesariamente vivir allí, como quieren hacernos creer los titulares de prensa, sino simplemente trabajar. Ganarse la vida. Alimentar a una familia. Unos pocos lo consiguen. La mayoría no. Pero gracias a algunos avances de la economía internacional, ahora tienen una verdadera oportunidad de elegir entre quedarse en casa o emigrar ilegalmente.

Ese desarrollo tecnoeconómico se llama «*la maquilladora*».

En los últimos veinte años, se han construido cientos de fábricas en el lado mexicano de La Frontera. Estas plantas ensamblan componentes fabricados en otra parte para crear productos destinados a la exportación, no sólo a Estados Unidos, sino también a Europa y Asia. Cientos de grandes y pequeñas compañías norteamericanas han descubierto que no tienen por qué ensamblar sus productos en Taiwan, Indonesia, Malasia o China. No cuando hay una gran cantidad de mano de obra barata, educada o no, al otro lado de la calle.

El resultado es que decenas de miles de pobres hispanoamericanos se amontonan en ciudades y provincias fronterizas, buscando un trabajo seguro y una vida mejor en las comunidades que crecen alrededor de esas fábricas. Puede que la palabra «crecen» no tenga la suficiente fuerza descriptiva. Realmente, estas comunidades brotan en la línea divisoria. Pero está sucediendo algo más que la mera integración económica.

Toda una nueva cultura, sometida por igual a influencias norteamericanas y sudamericanas, está apareciendo a lo largo de la frontera. Especialmente desde la aprobación del NAFTA (Tratado de libre comercio de Norteamérica), el comercio entre Estados Unidos y México se ha incrementado a un ritmo incluso mayor que antes. El año pasado, por ejemplo, el comercio entre mi Estado, Arizona, y México se incrementó en un 25 %. Las consecuencias son dramáticas, y no todas ellas son obvias.

En Arizona y el sur de California, en particular, miles de jubilados y americanos con ingresos fijos cruzan sin pensárselo dos veces la frontera en busca de asistencia médica; desde medicamentos hasta tratamientos odontológicos. Se cruzan en su viaje al sur con hordas de sureños acomodados que van al norte, gente que prefiere comprar en los centros comerciales mejor surtidos de San Diego y Tucson que en los de Tijuana. En Tejas hace tiempo que es imposible decir dónde termina la ciudad de El Paso y comienza Ciudad Juárez. Sólo tienes que cruzar una calle y ya estás en otro país. Pero no necesariamente en otra cultura. Puedes comprar excelente comida mexicana en El Paso y conseguir tu dosis de McDonald en Juárez.

La gente que vive a lo largo de la frontera habla cada vez mejor en inglés, español y *espanglish*. Este último, un nuevo lenguaje que se está creando en estos momentos (de la misma forma que un escritor de ciencia ficción puede crear uno) trata particularmente de temas económicos. ¿Por qué? Porque los individuos que no se entienden unos a otros, de lo primero que quieren aprender a hablar es de comercio y dinero. En ocasiones el negocio es legal, en ocasiones no, pero siempre hablan de negocios.

En mis narraciones de la Franja Montezuma he intentado imaginar lo que esta región, que se extiende desde el Pacífico hasta el Golfo de México, puede llegar a ser dentro de cien años más o menos. Supongo que acabará convirtiéndose en una gigantesca unión urbana lineal, algo así como Nueva York, Los Ángeles, Ciudad de México, Tokio y Singapur todas unidas por la economía y la cultura, extendiéndose de mar a mar, con las ciudades formando aglomeraciones y prominencias a lo largo de esa línea, como perlas en un collar. Algunos de estos centros de población serán prósperos, otros estarán sucios, pero de algo estoy seguro: todo será, a su modo peculiar, fascinante, de la misma forma que los mercados lo han sido siempre desde el comienzo de la historia.

Los escritores de ciencia ficción no nos proclamamos vaticinadores del futuro. Por una razón, no nos sale muy bien. Pero con seguridad no lo hacemos peor que los demás. Así que me arriesgaré y haré una predicción sobre el futuro de la región Franja Montezuma. Y no importa sobre qué aspecto decida uno pensar o hablar, ya sea la ciencia, el deporte, la religión, el arte, la educación o cualquier otra cosa, incluido el sexo.

Mi predicción es que en el futuro, como en el presente, si se puede sacar dinero de un nuevo desarrollo, alguien lo hará.

Así que, ¿por qué no hay más escritores contemporáneos de ciencia ficción que empleen la economía como base de sus historias? Hay más de los que la gente cree. Sólo que las filosofías subyacentes están escondidas bajo la acción. La filosofía se arrastra tras el protagonista. Los rayos de la muerte llaman la atención del lector con rapidez, sobre todo si la portadora es joven, esbelta y, preferiblemente, está vestida de

forma inadecuada.

Mientras leo ese tipo de historias a veces se me ocurre preguntarme quién diseñó, fabricó y vendió el rayo de la muerte. ¿Quién paga al operario? ¿Cuánto cuesta ese reducido vestuario? Todo esto forma parte del diseño de cualquier futuro. Pero esos detalles importantes se abandonan en la cuneta a medida que la trama avanza.

No siempre fue así. Aunque nunca fueron usuales, hay cierto número de conocidas historias escritas por autores de ciencia ficción, especialmente a finales de los años cuarenta y cincuenta, que se basan en la economía.

Primero, y dado que son las más importantes, tenemos varias historias de Robert A. Heinlein, especialmente: *Las carreteras deben rodar* (1940), *Hágase la luz* (1940), *Lógica de imperio* (1941), que trata de la esclavitud, *El hombre que vendió la luna* (1950) y, la más famosa, *LA LUNA ES UNA CRUEL AMANTE* (1996), que incluye las siglas «Tanstaaf», en inglés: «*There ain't such thing as a free lunch*» (no hay comidas gratuitas o nadie da nada por nada).

A Heinlein, el escritor que con más frecuencia empleó la economía como un elemento crítico en sus tramas, le siguió Poul Anderson con una historia sobre la ayuda extranjera, *The Helping Hand*, en 1950. Sus historias, acerca del capitalista Nicholas van Rijn, son bien conocidas, como: *Margen de beneficio* (1956), *Trader to the Stars* (1964) y *La guerra de los hombres alados* (1958).

El autor más importante por su empleo de la teoría económica en la ciencia ficción fue Mack Reynolds, un escritor americano cuyos padres eran devotos socialistas. La exploración en clave de ciencia ficción de la teoría económica puede verse en cuentos y novelas como *Subversive* (1962), *Russkies, Go Home* (1975), *Última Thule* (1961) y *Adaptation* (1967).

La sátira económica en la moderna ciencia ficción se hizo famosa con *MERCADERES DEL ESPACIO* de Pohl y Kornbluth en 1953, un tema que fue posteriormente explorado en *LA PLAGA DE MIDAS* (1954), *El túnel debajo del mundo* (1955) y «*EL ABOGADO GLADIADOR*» (1955).

Otros escritores que han explorado las consecuencias del cambio económico a través de la ciencia ficción son Robert Sheckley, Damon Knight, George O. Smith y, más recientemente, Ben Bova en novelas como *PRIVATEERS* (1985) y Bruce Sterling en *Días verdes en Brunei* e *ISLAS EN LA RED* (1988). El lector avisado podría mencionar rápidamente las historias ciberpunk de William Gibson. Aplaudo a Bill por prestar atención a lo que es probable que motive realmente las acciones de ciertos personajes en un futuro y en un argumento frenéticos.

Resulta que pienso que todos somos un Nicholas van Rijn en mayor o menor medida. ¿Por qué la gente del futuro cercano debería ser diferente? La moral puede cambiar, así como otros imperativos, pero no el deseo de acumular riqueza o disfrutar de una buena vida. Quizás ésa sea la razón por la que la ciencia ficción marxista

nunca fue muy popular o muy creíble. ¿Quién quiere sacrificarlo todo en aras de unas «personas» misteriosas y enigmáticas cuando se le brinda la oportunidad de convertirse en Tío Gilito?

Siempre me sorprende la cantidad de reflexión que mis compañeros escritores invierten en cada detalle de sus civilizaciones futuras, para acabar dejando fuera cualquier discusión o énfasis en la economía. Por ejemplo, ¿cuántas narraciones de ciencia ficción explican lo fácil que sería comprar al enemigo, o darle trabajo, en lugar de volarlo por los aires? La guerra puede que incremente los beneficios a corto plazo, pero a la larga es perjudicial para los negocios. La guerra interestelar es probablemente imposible no por limitaciones tecnológicas, no porque la gente y/o los alienígenas puedan odiar la idea de luchar, sino simplemente porque sería tan cara que llevaría a la ruina.

Por si no lo sabían, ésta es la razón por la que no hubo Tercera Guerra Mundial.

Bien, volviendo a la frontera entre Estados Unidos y México. Es un lugar ajetreado en estos momentos. Y será todavía más dinámico en el futuro cercano. Muchísimo más. Allí sucederán cosas extrañas; está naciendo toda una nueva cultura ante nuestros ojos, y la mayor parte de ella se guía por el deseo de ganar dinero.

He intentado reflexionar acerca de esta cuestión. En principio parece que la economía es un tema increíblemente aburrido para una historia futura, o para cualquier tipo de historia de ciencia ficción, pero normalmente es el escritor el aburrido y no el tema. Si tantas películas y libros de hoy pueden tratar de la economía —y lo incluyo todo: ya sea comprar una empresa o robar un banco—, entonces, ¿por qué habría de ignorar la ciencia ficción un tema tan vital?

La presente edición

En este volumen se incluyen las narraciones premiadas en la edición de 1994 del Premio UPC de ciencia ficción. Todas ellas han sido traducidas del inglés por Domingo Santos, conocido autor, editor y especialista en la ciencia ficción, así como miembro del jurado del Premio UPC. Por razones de espacio no se incluye la novela que ha obtenido la mención especial para narraciones presentadas por miembros de la UPC.

El veterano Mike Resnick obtuvo, exaequo, el primer premio con SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI. Al igual que otras narraciones presentadas en anteriores ediciones del Premio UPC, esta interesante novela de Resnick ya ha sido publicada en inglés (aunque con posterioridad a la fecha límite de recepción de originales, como exigen las bases del Premio UPC). En este caso, SIETE VISTAS DE LA GARGANTA

OLDUVAI se ha publicado en el número de octubre/noviembre de 1994 de la prestigiosa revista *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* y, puedo decir que ya ha entrado en lista de posibles candidatas al Premio Nébula del año. La novela narra cómo, 5.000 años después de la extinción de la humanidad y con una gran presencia entre las civilizaciones galácticas, un grupo de extraterrestres estudia, en la Tierra, el yacimiento arqueológico de Olduvai. Los extraterrestres intentan comprender el porqué del comportamiento humano y, sobre todo, de su agresividad. Uno de ellos, capaz de una empatía total a partir de los objetos encontrados, reconstruye siete momentos significativos de la historia de la humanidad, desde la aparición de la inteligencia en los simios hasta los momentos finales de la civilización humana, pasando por la vida de las tribus Massai. Una narración prácticamente redonda, teñida de clasicismo y una inteligente exploración del sentimiento último de lo que significa ser humano.

Ryck Neube, un nombre hasta hoy prácticamente inédito en la ciencia ficción, obtuvo también el primer premio con *DE OTRO TIEMPO, MI AMOR*, una dinámica y peligrosa historia de un peculiar detective en el planeta Marte. La narración de Neube sigue las líneas maestras de la clásica historia de un «perdedor», al estilo de los famosos detectives de la novela negra, aunque ambientada esta vez en un verosímil futuro. En este caso se trata de la lucha individual del protagonista para desentrañar una grave conspiración política que, inspirada en métodos nazis, parece llamada a destruir gran parte de la colonia marciana. El conjunto es una brillante y lograda narración, amena y muy bien escrita al tiempo que francamente arriesgada desde el punto de vista estilístico y literario.

LOS VIAJEROS DEL TIEMPO NUNCA MUEREN es la mención especial de la edición de 1994, y su autor es el mismo Jack McDevitt, que ganara el primer premio en 1992 con *NAVES EN LA NOCHE* (*NOVA* ciencia ficción, número 56). *LOS VIAJEROS DEL TIEMPO NUNCA MUEREN* es una aventura clásica y amena, narrada con buen ritmo a partir de una idea original y nueva sobre las infinitas paradojas y posibilidades que ofrece el viaje a través del tiempo. En este caso los protagonistas deben luchar para reconstruir la realidad y evitar las paradojas al perseguir, por diversas épocas históricas, a un amigo, viajero temporal que parece empeñado en huir del momento de su propia muerte.

El conjunto ofrece, en mi opinión, uno de los mejores volúmenes de los varios que ya llevamos dedicados al Premio UPC de ciencia ficción. Las tres novelas se complementan en sus temáticas y estilos para dar una buena muestra de diversas facetas de la mejor ciencia ficción.

Y nada más, sólo constatar que las previsiones que hiciera Brian W. Aldiss en la edición de 1992 se van cumpliendo, y el PREMIO INTERNACIONAL UPC de ciencia ficción se consolida, a cada año que pasa, como el mejor y más importante premio

de ciencia ficción no sólo en España, sino en Europa y todo el mundo.

Para la edición de 1995, el límite de recepción de novelas concursantes se ha ampliado hasta el 15 de septiembre de 1995 y el objetivo es llegar al centenar de narraciones presentadas al premio. De los escritores depende. De las mejores de esas narraciones trataremos en el futuro volumen de NOVA ciencia ficción sobre el Premio UPC 1995 al que les remito. Hasta entonces.

MIQUEL BARCELÓ

SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI

Mike Resnick

Las criaturas vinieron de nuevo la otra noche.

La luna acababa de deslizarse detrás de las nubes cuando oímos los primeros roces en la hierba. Luego hubo un momento de absoluto silencio, como si supieran que estábamos escuchándolas, y finalmente ahí estaban el chillar y el ulular mientras corrían hasta detenerse a cincuenta metros de nosotros y, aún chillando, adoptaban posturas de agresión.

Me fascinan, porque nunca se muestran a la luz del día y sin embargo no manifiestan ninguno de los rasgos del auténtico animal nocturno. Sus ojos no son de un tamaño exagerado, no pueden mover las orejas independientemente, caminan de forma muy pesada sobre sus pies. Asustan a la mayoría de los demás miembros de mi grupo y, aunque siento curiosidad hacia ellos, todavía tengo que absorber a uno y estudiarlo.

A decir verdad, creo que mi uso de la absorción atterra a mis compañeros más que las criaturas, pese a que no existe ninguna razón para ello. Aunque soy relativamente joven según los estándares de mi especie, soy pese a todo muchos milenios más viejo que cualquier otro miembro de mi grupo. Cabría pensar, dados sus antecedentes, que deberían saber que cualquier rasgo que posee alguien de mi edad tiene que ser por definición un rasgo de supervivencia.

De todos modos, esto les preocupa. De hecho, les *desconcierta*, casi tanto como mi memoria. Por supuesto, la suya me parece muy ineficiente. ¡Imaginen tener que aprender todo lo que uno sabe en una sola vida, ser totalmente ignorante en el momento del nacimiento! Es mucho mejor separarte de tu padre con este conocimiento ya intacto en tu cerebro, igual que el conocimiento de *mi* padre llegó a él, y en definitiva a mí.

Pero precisamente por esto estamos aquí: no para comparar similitudes, sino para estudiar diferencias. Y nunca hubo una especie más diferente de todos sus semejantes que el Hombre. Se extinguió apenas diecisiete milenios después de que diera osadamente el gran salto fuera de la galaxia desde este planeta que le vio nacer..., pero durante ese breve intervalo escribió un capítulo en la historia galáctica que perdurará para siempre. Reclamó las estrellas para él, colonizó un millón de mundos, gobernó su imperio con voluntad de hierro. No dio cuartel durante su primacía, y no pidió ninguno durante su declive y su caída. Incluso ahora, unos cuarenta y ocho siglos después de su extinción, sus logros y sus fracasos siguen excitando la imaginación.

Por esto estamos en la Tierra, en el lugar mismo que se dice que es la auténtica cuna del Hombre, la garganta rocosa donde cruzó por primera vez la barrera evolutiva, vio las estrellas con nuevos ojos, y juró que algún día serían suyas.

Nuestro jefe es Bellidore, un Anciano del pueblo kragán, de piel anaranjada con flecos dorados y una actitud sabia y paciente. Bellidore está muy versado en el

comportamiento de los seres sintientes, y resuelve nuestras disputas antes incluso de que sepamos que las hemos iniciado.

Luego están los Gemelos Polvoestelar, unos rutilantes seres plateados que responden cada uno al nombre del otro y terminan cada uno los pensamientos del otro. Han trabajado en diecisiete excavaciones arqueológicas, pero incluso *ellos* se sorprendieron cuando Bellidore los eligió para ésta, la más prestigiosa de todas las misiones. Se comportan como una pareja de toda la vida, aunque no exhiben características sexuales de ningún tipo..., pero, como todos los demás, rechazan tener ningún contacto físico conmigo, así que no puedo saciar mi curiosidad.

En nuestro grupo está también El Moriteu, que devora el polvo como si fuera una exquisitez, no habla con nadie, y duerme colgado boca abajo de una rama de cualquier árbol cercano. Por alguna razón, las criaturas siempre lo dejan tranquilo. Quizá piensen que está muerto, posiblemente sepan que está dormido y que sólo los rayos del sol pueden despertarlo. Sea cual sea la razón, estaríamos perdidos sin él, porque sólo los delicados zarcillos que se extienden de su boca pueden excavar con el cuidado necesario los antiguos artefactos que hemos descubierto.

Tenemos otras cuatro especies con nosotros: un historiador, una exobióloga, un evaluador de artefactos humanos y una mística. (Al menos, *supongo* que es una mística, aunque no puedo hallar ningún esquema en su enfoque, pero puede que esto se deba a mi propia miopía. Después de todo, lo que yo hago parece magia a mis compañeros, y sin embargo no es más que una ciencia rigurosamente aplicada).

Y, finalmente, estoy yo. No tengo nombre, porque mi pueblo no usa nombres, pero por conveniencia del grupo he adoptado el nombre de El Que Observa para toda la duración de la expedición. Es un nombre doblemente inadecuado: en primer lugar no soy un *el*, porque mi especie no se halla dividida en géneros; y no soy un observador, sino un Experimentador de Cuarto Nivel. De todos modos, pude intuir muy al principio de nuestro viaje que «experimentar» significa algo muy diferente para mis compañeros que para mí, y por respeto a sus sensibilidades decidí elegir un nombre menos exacto.

Cada día nos ponemos a trabajar en el examen de los distintos estratos. Hay abundantes signos de que hubo un tiempo en que esta área hormigueaba con cosas vivas, de que hace muchísimo hubo en este lugar una auténtica explosión de formas de vida, pero hoy en día queda muy poco. Hay unas cuantas especies de insectos y pájaros, algunos roedores pequeños, y por supuesto las criaturas que visitan cada noche nuestro campamento.

Nuestra colección ha ido creciendo lentamente. Es fascinante observar a mis compañeros realizar sus tareas, porque en cierto modo son para mí un misterio tan grande como lo son mis métodos para ellos. Por ejemplo, nuestra exobióloga necesita tan sólo deslizar su tentáculo por un objeto para decirnos si fue en sus tiempos

materia viva; el historiador, (debería decir mejor *lo* historiador), rodeado por su complejo equipo, puede datar cualquier objeto, basándose en el carbono o mediante cualquier otro método, con un margen máximo de error de una década, independientemente de su estado de conservación; e incluso El Moriteu es una cosa llena de belleza y fascinación mientras separa delicadamente los artefactos de los estratos donde han descansado desde hace tanto tiempo.

Me siento muy contento de haber sido elegido para participar en esta misión.

Llevamos ya aquí dos ciclos lunares, y el trabajo avanza lentamente. Los estratos inferiores fueron concienzudamente excavados hace eones (siento un interés tan personal en averiguar cosas sobre el Hombre que casi he estado a punto de usar la palabra *saqueados* en vez de *excavados*, tan resentido me siento de no hallar más artefactos), y por razones todavía desconocidas casi no hay nada en los estratos más recientes.

La mayoría de nosotros nos sentimos complacidos con nuestros resultados, y Bellidore está particularmente entusiasmado. Dice que hallar cinco artefactos casi intactos convierte a la expedición en un éxito sin precedentes.

Todos los demás han trabajado sin descanso desde nuestra llegada. Ahora llega para mí el momento de desempeñar mi función especial, y me siento muy excitado. Sé que mis descubrimientos no van a ser más importantes que los de los demás, pero quizá, cuando los pongamos todos juntos, podamos finalmente empezar a comprender qué fue lo que convirtió al Hombre en lo que llegó a ser.

—¿Estás... —preguntó el primer Gemelo Polvoestelar.

—... preparado? —terminó el segundo.

Respondí que estaba preparado, que de hecho me sentía ansioso por empezar.

—¿Podemos...

—... observar? —preguntaron.

—Si no lo encontráis desagradable —respondí.

—Somos...

—... científicos —dijeron—. Hay...

—... muy poco...

—... que no podamos ver...

—... objetivamente.

Me dirigí a la mesa sobre la que descansaba el artefacto. Era una piedra, o al menos eso era lo que parecía según mis órganos sensoriales externos. Tenía forma triangular, y los bordes mostraban señales de haber sido trabajada.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

—Tres millones...
—... quinientos sesenta y un mil...
—... ochocientos doce años —respondieron los Gemelos Polvoestelar.
—Entiendo —dije.
—Es con mucho...
—... el más antiguo...
—... de nuestros hallazgos.

La contemplé durante largo rato, mientras me preparaba. Luego, lentamente, cuidadosamente, alteré mi estructura y dejé que mi cuerpo fluyera encima y alrededor de ella, la envolviera y asimilara su historia. Empecé a sentir un delicioso calor a medida que se fundía conmigo, y mientras todos mis sentidos exteriores se cerraban supe que estaba ondulando y resplandeciendo con la excitación del descubrimiento. Me convertí en una sola cosa con la piedra, y en aquel rincón de mi mente que siempre dejaba a un lado para experimentar lo que recibiera tuve la impresión de captar la luna de la Tierra que colgaba baja y ominosa justo encima del horizonte...

* * *

Enkantai despertó con un sobresalto justo después de amanecer y alzó la vista a la luna, todavía alta en el cielo. Después de todas esas semanas aún parecía demasiado grande para colgar suspendida en el cielo, y seguramente se estrellaría contra el planeta en cualquier momento. La pesadilla todavía vibraba en su mente, e intentó imaginar la reconfortante visión de las cinco pequeñas lunas en absoluto amenazadoras que se perseguían a través del plateado cielo de su propio mundo. Sólo pudo mantener la visión en su mente un breve momento; luego se perdió, reemplazada por la realidad del enorme satélite sobre su cabeza.

Su compañero se acercó a ella.

—¿Otro sueño? —preguntó.

—Exactamente igual que el último —dijo, incómoda—. La luna es visible a la luz del día, y luego empezamos a bajar caminando por el sendero...

Él la miró con simpatía y le ofreció su ración de comida. La aceptó agradecida y miró a través del veld.

—Sólo dos días más —suspiró—, y podremos marcharnos de este horrible lugar.

—No es un mundo tan terrible —dijo Bokatu—. Tiene muchas cualidades.

—Hemos malgastado nuestro tiempo aquí —replicó ella—. No es apto para la colonización.

—No, no lo es —admitió él—. Nuestras cosechas no se desarrollarán en este suelo, y hay problemas con el agua. Pero hemos aprendido muchas cosas, cosas que finalmente nos ayudarán a elegir el mundo adecuado.

—Aprendimos la mayor parte de ellas la primera semana que estuvimos aquí —dijo Enkantai—. El resto ha sido una pérdida de tiempo.

—La nave tenía otros mundos que explorar. No podían saber que eliminaríamos éste en tan corto tiempo.

Ella se estremeció en el frío aire de la mañana.

—Odio este lugar.

—Algún día será un mundo espléndido —dijo Bokatu—. Sólo aguarda la evolución de esos monos de pelaje pardo.

Mientras hablaba, un enorme babuino, de unos 150 kilos de peso, muy musculoso, de colgante pecho y ojos curiosos y atrevidos, apareció en la distancia. Incluso andando a cuatro patas era una figura formidable, dos veces más grande que los grandes felinos moteados.

—*Nosotros* no podemos usar este mundo —prosiguió Bokatu—, pero algún día *sus* descendientes lo poblarán por completo.

—Parecen tan plácidos —comentó Enkantai.

—*Son* plácidos —admitió Bokatu mientras lanzaba un trozo de comida al babuino, que avanzó a toda prisa y la recogió del suelo. La olió, pareció meditar si debía o no probarla, y finalmente, tras un momento de indecisión, se la llevó a la boca—. Pero dominarán este planeta. Los enormes herbívoros pasan demasiado tiempo alimentándose, y los depredadores duermen constantemente. No, me inclino por los monos de pelaje pardo. Son unos animales ágiles, fuertes, inteligentes. Ya han desarrollado pulgares, poseen un fuerte sentido de la comunidad, e incluso los grandes felinos se lo piensan dos veces antes de atacarlos. Virtualmente carecen de depredadores naturales. —Asintió con la cabeza, como dándose la razón a sí mismo—. Sí, por eso dominarán este mundo en los próximos eones.

—¿Y los depredadores? —dijo Enkantai.

—Oh, supongo que alguno de ellos cae presa de los grandes felinos de tanto en tanto, pero ni siquiera éstos los atacan cuando se hallan reunidos. —Miró al babuino—. Este ejemplar tiene la fuerza suficiente para hacer pedazos a cualquier felino menos los más grandes.

—¿Cómo explicas entonces lo que encontramos en el fondo de la garganta? —insistió ella.

—Su tamaño les ha costado un cierto grado de agilidad. Es natural que alguno caiga ocasionalmente por la ladera y se mate.

—¿Ocasionalmente? —hizo eco ella—. Encontré siete cráneos, todos hechos pedazos como a golpes.

—La fuerza de la caída —dijo Bokatu con un encogimiento de hombros—. Seguro que no pensarás que los grandes felinos les partieron la cabeza antes de matarlos.

—No estaba pensando en los felinos —respondió ella.

—¿En quién, entonces?

—En los pequeños monos sin cola que viven en la garganta.

Bokatu se permitió una sonrisa de superioridad.

—¿Los has *observado*? —dijo—. Apenas tienen una cuarta parte del tamaño de los monos pardos.

—Los *he* observado —respondió Enkakai—. Y ellos también tienen pulgares.

—Los pulgares solos no son suficiente —dijo Bokatu.

—Viven a la sombra de los monos pardos, y todavía siguen aquí —dijo ella—. *Eso* es suficiente.

—Los monos pardos comen frutas y hojas. ¿Por qué deberían molestar a los monos sin cola?

—Hacen algo más que no molestarlos —dijo Enkakai—. Los evitan. Esto no parece muy propio de una especie que un día poblará todo el planeta.

Bokatu agitó la cabeza.

—Los monos sin cola parecen hallarse en un callejón evolutivo sin salida. Demasiado pequeños para cazar sus presas, demasiado grandes para alimentarse de lo que pueden encontrar en la garganta, demasiado débiles para competir con los monos pardos por un territorio mejor. Mi hipótesis es que son una especie anterior, más primitiva, destinada a la extinción.

—Quizá —dijo Enkakai.

—¿No estás de acuerdo?

—Hay algo en ellos...

—¿Qué?

Enkakai se encogió de hombros.

—No lo sé. Me hacen sentir inquieta. Es algo en sus ojos, creo..., un asomo de malevolencia.

—Imaginas cosas —dijo Bokatu.

—Quizá —respondió Enkakai de nuevo.

—Hoy tengo que escribir unos informes —dijo Bokatu—. Pero mañana te lo demostraré.

A la mañana siguiente Bokatu se levantó con el sol. Preparó su primera comida del día mientras Enkakai completaba sus plegarias, luego cumplió con las suyas mientras ella comía.

—Ahora —anunció— bajaremos a la garganta y capturaremos a uno de esos monos sin cola.

—¿Por qué?

—Para demostrarte lo fácil que es. Puede que me lo lleve conmigo como animal

de compañía. O quizá debamos sacrificarlo en el laboratorio para averiguar más sobre sus procesos vitales.

—No quiero ningún animal de compañía, y no estamos autorizados a matar ningún tipo de animales.

—Como quieras —dijo Bokatu—. Lo soltaremos de nuevo.

—Entonces, ¿para qué capturarlo?

—Para demostrarte que no son inteligentes, porque si son tan brillantes como piensas no conseguiré capturar ninguno. —La hizo levantar—. Vamos.

—Esto es una tontería —protestó ella—. La nave llega a media tarde. ¿Por qué simplemente no la esperamos?

—Estaremos de vuelta a tiempo —respondió él con confianza—. ¿Cuánto tiempo puede tomarnos?

Ella miró al claro cielo azul, como alentando a la nave a que apareciera. La luna colgaba, enorme y blanca, justo encima del horizonte. Finalmente se volvió hacia él.

—De acuerdo, vendré contigo..., pero sólo si me prometes limitarte a observarlos y no intentas capturar ninguno.

—Entonces, ¿admites que tengo razón?

—Decir si tienes o no razón no tiene nada que ver con la realidad de la situación. *Espero* que tengas razón, porque los monos sin cola me asustan. Pero no sé si tienes razón, y tú tampoco lo sabes.

Bokatu se la quedó mirando durante un largo momento.

—De acuerdo —dijo al fin.

—¿Estás de acuerdo en que no puedes saberlo?

—Estoy de acuerdo en no capturar ninguno —dijo él—. Vamos.

Caminaron hasta el borde de la garganta y empezaron a descender los empinados terraplenes, enrollando sus miembros alrededor de árboles y otras plantas para mantener el equilibrio. De pronto oyeron un fuerte chillido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bokatu.

—Nos han visto —respondió Enkantai.

—¿Qué te hace pensar eso?

—He oído ese grito en mi sueño..., y la luna estaba siempre igual a como aparece ahora.

—Es extraño —murmuró Bokatu—. He oído estos gritos muchas veces antes, pero de alguna forma esta vez parecen más fuertes.

—Quizás haya un número mayor de ellos.

—O quizás estén más asustados —dijo él. Alzó la vista—. Ahí tienes la razón —dijo, y señaló—. Tenemos compañía.

Ella miró hacia arriba también y vio a un enorme babuino, a todas luces el más grande que habían visto hasta entonces, que les seguía a una distancia de quizá quince

metros. Cuando los ojos del animal se cruzaron con los de ella gruñó y desvió la vista, pero no hizo ningún intento ni de acercarse ni de alejarse.

Siguieron descendiendo, y cada vez que se paraban a descansar allí estaba el babuino, a sus acostumbrados quince metros de distancia de ellos.

—¿Te parece asustado? —preguntó Bokatu—. Si esas insignificantes criaturas de ahí abajo pudieran causarle algún daño, ¿nos seguiría garganta abajo?

—La línea entre el valor y la estupidez es muy delgada, y todavía es más delgada la línea entre la confianza y el exceso de confianza —respondió Enkatai.

—Si va a morir aquí, será igual que todos los demás —dijo Bokatu—. Perderá pie y se despeñará.

—¿No encuentras raro que todos ellos caigan de cabeza? —preguntó ella suavemente.

—Se rompieron todos los huesos del cuerpo —respondió él—. No sé por qué sólo tienes en cuenta la cabeza.

—Porque nunca se obtienen heridas idénticas en la cabeza en accidentes distintos.

—Tienes una imaginación demasiado activa —dijo Bokatu. Señaló hacia una pequeña figura peluda que les estaba mirando desde abajo—. ¿Te parece eso algo capaz de matar a nuestro amigo de ahí?

El babuino miró intensamente a la garganta y gruñó. El mono sin cola de abajo alzó la vista sin demostrar miedo, ni siquiera interés. Finalmente se metió en la densa maleza arrastrando los pies.

—¿Lo ves? —dijo Bokatu, lleno de satisfacción consigo mismo—. Una mirada al mono pardo, y se retira fuera de la vista.

—A mí no me ha parecido asustado —señaló Enkatai.

—Razón de más para dudar de su inteligencia.

En unos pocos minutos alcanzaron el lugar donde había estado el mono sin cola. Hicieron una pausa para recobrar sus fuerzas, y luego siguieron hasta el fondo de la garganta.

—Nada —anunció Bokatu tras mirar a su alrededor—. Supongo que el que vimos era un centinela, y a estas alturas toda la tribu debe de estar a kilómetros de distancia.

—Observa a nuestro compañero.

El babuino había alcanzado el fondo de la garganta y estaba olisqueando tensamente el viento.

—Todavía no ha cruzado la barrera evolutiva —dijo Bokatu, divertido—. ¿Esperas que busque la presencia de depredadores con un sensor?

—No —dijo Enkatai, sin dejar de observar al babuino—. Pero, si no hay peligro, espero que se relaje, y todavía no lo ha hecho.

—Es probable que gracias a esto haya vivido lo suficiente como para hacerse tan grande —dijo Bokatu, como si con aquello eliminara sus observaciones. Miró a su

alrededor—. ¿Qué puede encontrar de comer aquí?

—No lo sé.

—Quizá debiéramos capturar uno y disecarlo. El contenido de su estómago nos diría mucho al respecto.

—Lo prometiste.

—Y sin embargo sería tan simple —insistió él—. Todo lo que tendríamos que hacer es cebar una trampa con frutos o nueces.

De pronto el babuino gruñó, y Bokatu y Enkatoi se volvieron para localizar la fuente de su furia. No había nada allí, pero el babuino se estaba poniendo cada vez más frenético. Finalmente echó a correr a toda prisa garganta arriba.

—Me pregunto qué lo habrá alarmado —murmuró Bokatu.

—Creo que deberíamos irnos.

—Tenemos medio día antes de que regrese la nave.

—Estoy intranquila aquí. Recorrí un sendero exactamente igual a éste en mi sueño.

—No estás acostumbrada a la luz del sol —dijo él—. Descansaremos dentro de una cueva.

Aceptó, reacia, a que él la condujera a una pequeña cueva en la pared de la garganta. De pronto se detuvo en seco y se negó a seguir caminando.

—¿Qué ocurre?

—Esta cueva estaba en mi sueño —dijo ella—. No entres en ella.

—Tienes que aprender a no dejar que los sueños gobiernen tu vida —dijo Bokatu. Olió el aire—. Hay un olor extraño aquí.

—Volvamos. No queremos tener nada que ver con este lugar.

Él metió la cabeza en la cueva.

—Nuevo mundo, nuevos olores.

—¡Por favor, Bokatu!

—Déjame sólo averiguar qué causa este olor —dijo él, y dirigió su luz al interior de la cueva. Iluminó un enorme montón de cuerpos, muchos de ellos semidevorados, la mayoría en diversos estados de descomposición—. ¿Qué son? —preguntó, casi para sí mismo, y se acercó un poco más.

—Monos pardos —respondió ella, sin mirar—. Todos con la cabeza rota.

—¿Eso formaba parte de tu sueño también? —preguntó él, de pronto nervioso.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Tenemos que irnos de aquí *ahora!*

Él regresó a la boca de la cueva.

—Parece segura —anunció.

—Nunca es segura en mis sueños —dijo ella, inquieta.

Abandonaron la cueva, y habían caminado unos quince metros cuando llegaron a

un recodo en el suelo de la garganta. Al doblarlo se encontraron cara a cara con un mono sin cola.

—Parece que uno de ellos se quedó atrás —dijo Bokatu—. Lo asustaré. —Cogió una piedra y se la tiró al mono, que se agachó pero mantuvo su territorio.

Enkantai le tocó con urgencia en el hombro.

—Más de uno —dijo.

Él alzó la vista. Había otros dos monos sin cola en un árbol, casi directamente encima de sus cabezas. Cuando se echó hacia un lado vio a otros cuatro que salían de entre la maleza y avanzaban hacia él. Otro emergió de una cueva, y tres más se dejaron caer de unos árboles cercanos.

—¿Qué es lo que llevan en las manos? —preguntó, nervioso.

—Tú lo llamarías fémures de herbívoros —dijo Enkantai, con una horrible opresión en su tórax—. *Ellos* lo llamarían armas.

Los monos sin pelo se abrieron en un semicírculo, luego empezaron a acercarse lentamente a ellos.

—¡Pero son tan *insignificantes*! —exclamó Bokatu, mientras retrocedía hasta que su espalda chocó contra una pared de roca y ya no pudo ir más allá.

—Eres un estúpido —dijo Enkantai, atrapada impotente en la realidad de su sueño—. *Esta* es la especie que dominará este planeta. ¡Mira sus ojos!

Bokatu miró, y vio cosas, cosas aterradoras, que nunca había visto antes en ningún ser ni ningún animal. Apenas tuvo tiempo de ofrecer una breve plegaria para que algún desastre cayera sobre aquella especie antes de que pudiera alcanzar las estrellas, y luego un mono sin cola lanzó una lisa y pulida piedra triangular contra su cabeza. Lo atontó, y cuando cayó al suelo los garrotes empezaron a golpear rítmicamente sobre él y Enkantai.

En la parte superior de la garganta, el babuino contempló la carnicería hasta que hubo terminado, y luego echó a correr hacia la vasta sabana, donde estaría seguro, al menos temporalmente, de los monos sin cola.

* * *

—Un arma —murmuré—. ¡Era un *arma*!

Estaba completamente solo. En algún momento durante la experiencia, los Gemelos Polvoestelar habían decidido que yo era una de las pocas cosas sobre las que no podían ser objetivos y habían regresado a sus aposentos.

Aguardé hasta que la excitación del descubrimiento disminuyó lo suficiente para permitirme controlar mi estructura física. Entonces tomé de nuevo la forma que presentaba a mis compañeros e informé de mis descubrimientos a Bellidore.

—Así que ya entonces eran agresores —dijo—. Bueno, no es sorprendente. La

voluntad de dominar las estrellas tuvo que venir de alguna parte.

—Es sorprendente que no haya registro de ninguna especie que se posara aquí en su prehistoria —dijo el historiador.

—Era un equipo de exploración, y la Tierra no les era de ninguna utilidad —respondí—. Indudablemente descendieron en un cierto número de planetas. Si hay un registro en alguna parte, probablemente estará en sus archivos, y dirá que la Tierra no presentaba ninguna promesa como mundo colonia.

—Pero ¿no se preguntaron acerca de lo que les había ocurrido a los miembros de su equipo? —murmuró Bellidore.

—Había muchos grandes carnívoros por las inmediaciones —dije—. Probablemente supusieron que habían sido presa de alguno de ellos. Sobre todo si registraron la zona y no encontraron nada.

—Interesante —dijo Bellidore— que la más débil de las especies haya llegado a dominar el mundo.

—Creo que puede explicarse fácilmente —dijo el historiador—. Como la especie más pequeña, no eran ni tan rápidos como sus presas ni tan fuertes como sus depredadores, de modo que la creación de armas fue quizá la única forma de evitar la extinción..., o al menos la mejor forma.

—Ciertamente, desplegaron la astucia del depredador durante sus milenios en la galaxia —dijo Bellidore.

—Uno no *deja* de ser agresivo simplemente porque invente un arma —dijo el historiador—. De hecho, el arma puede *ayudar* a la agresión.

—Tendré que considerar esto —dijo Bellidore, con expresión no demasiado convencida.

—Quizás haya simplificado demasiado mi línea de pensamiento en aras de la discusión —respondió el historiador—. Queda tranquilo, elaboraré una completa y rigurosa argumentación cuando presente mis conclusiones a la Academia.

—¿Y tú, El Que Observa? —preguntó Bellidore—. ¿Tienes alguna observación que añadir a lo que nos has dicho?

—Resulta difícil pensar en una piedra como en la precursora del rifle sónico y el implosionador molecular —dije pensativo—, pero creo que éste es el caso.

—Una especie de lo más interesante —dijo Bellidore.

Necesité casi cuatro horas para que regresaran mis fuerzas, porque el experimentar drena la energía más que cualquier otra función, tanto del cuerpo como de las emociones, de la mente y de los poderes empáticos.

El Moriteu, terminado su trabajo del día, colgaba boca abajo de la rama de un árbol, perdido en su trance vespertino, y los Gemelos Polvoestelar no habían hecho su aparición desde que yo había experimentado la piedra.

Los otros miembros del grupo estaban atareados en sus propias investigaciones, y me pareció el momento ideal para experimentar el siguiente objeto, que el historiador me había dicho que tenía aproximadamente 23.300 años de antigüedad.

Era la hoja metálica de una lanza, oxidada y hoyosa, y antes de asimilarla creí poder captar una ligera decoloración causada por sangre...

* * *

Se llamaba Mtepwa, y tenía la impresión de haber llevado el collar de metal alrededor de su cuello desde el día en que nació. Sabía que no podía ser cierto, porque tenía fugaces recuerdos de jugar con sus hermanos y hermanas, y de acechar al kudu y al bongo en la montaña cubierta de árboles donde había crecido.

Pero cuanto más se concentraba en estos recuerdos más vagos e imprecisos se hacían, y sabía que tenían que haber ocurrido hacía mucho tiempo. A veces intentaba recordar el nombre de su tribu, pero se perdía en las brumas del pasado, lo mismo que los nombres de sus padres y demás familiares.

Era en ocasiones como ésta cuando Mtepwa experimentaba pena por sí mismo, pero luego pensaba en la situación de sus compañeros y se sentía un poco mejor, porque mientras ellos eran cargados en barcos y llevados hasta el borde del mundo para pasar el resto de sus vidas como esclavos de los árabes y los europeos, él era el sirviente favorito de su amo Sharif Abdullah, y como tal su posición estaba asegurada.

Aquella era su octava caravana —¿o era la novena?— desde el interior. Comerciabán con sal y cartuchos con los jefes tribales, que a cambio les vendían sus guerreros menos productivos y sus mujeres como esclavos, y luego se marchaban, dando la vuelta al enorme lago y a través de la seca y llana sabana. Rodeaban la montaña que era tan vieja que se había vuelto blanca en su cima, igual que un anciano de pelo blanco, y finalmente se dirigían a la costa, cuyo puerto estaba lleno de dhows. Allí vendían su carga humana al mejor postor, y Sharif Abdullah compraba otra esposa y entregaba la mitad del dinero a su viejo y débil padre, y partían de nuevo al interior en busca de otro cargamento de oro negro.

Abdullah era un buen amo. Raras veces bebía —y cuando lo hacía siempre pedía perdón a Alá a la primera oportunidad—, y no pegaba demasiado a Mtepwa, y siempre tenían suficiente para comer, aunque la carga pasara hambre. Incluso había llegado a enseñarle a Mtepwa a leer, aunque la única materia de lectura que llevaba siempre consigo era el Corán.

Mtepwa pasaba largas horas perfeccionando sus habilidades de lectura con el Corán, y en algún momento a lo largo del camino hizo un descubrimiento de lo más interesante: el Corán prohibía a un practicante de la Auténtica Fe mantener a otro

miembro de la fe en cautiverio.

Fue en aquel momento cuando Mtepwa tomó la decisión de convertirse al Islam. Empezó a preguntarle incesantemente a Sharif Abdullah sobre las particularidades de su religión, y se aseguró de que el viejo lo viera sentado junto al fuego, hora tras hora, leyendo el Corán.

Tan entusiasmado estaba Sharif Abdullah ante esto que invitaba frecuentemente a Mtepwa a su tienda a la hora de la cena, y le instruía en las sutilezas del Corán hasta altas horas de la noche. Mtepwa era un estudiante motivado, y Sharif Abdullah se maravillaba de su entusiasmo.

Noche tras noche, mientras los leones merodeaban alrededor de su campamento en el Serengeti, maestro y pupilo estudiaban juntos el Corán. Y finalmente llegó el día en que Sharif Abdullah ya no pudo negar que Mtepwa era realmente un auténtico creyente del Islam. Ocurrió mientras estaban acampados en la garganta Olduvai, y aquel día Sharif Abdullah hizo que su herrero retirara el collar del cuello de Mtepwa, y el propio Mtepwa destruyó las cadenas eslabón por eslabón, y las arrojó a la garganta cuando hubo terminado.

Mtepwa era ahora un hombre libre, pero su conocimiento se limitaba sólo a dos temas: el Corán y el comercio de esclavos. De modo que es absolutamente natural que, cuando miró a su alrededor en busca de algún medio de sustento, se decidiera a seguir los pasos de Sharif Abdullah. Se convirtió en socio aprendiz del viejo, y después de otros dos viajes al interior decidió que estaba preparado para seguir adelante por sus propios medios.

Para iniciar su actividad necesitaba personal entrenado —guerreros, herreros, cocineros, rastreadores—, y la perspectiva de reunir ese equipo de la nada era más bien abrumadora, de modo que, puesto que su fe era mucho menos fuerte que la de su mentor, simplemente una noche se deslizó a los aposentos de Sharif Abdullah en la costa y degolló al viejo.

Al día siguiente marchó tierra adentro a la cabeza de su propia caravana.

Había aprendido mucho sobre el negocio de los esclavos, como practicante y como víctima, de modo que estaba en situación de utilizar con gran ventaja todos sus conocimientos. Sabía que los esclavos sanos obtenían un mejor precio en el mercado, y así alimentaba y trataba a sus cautivos mucho mejor que como lo había hecho Sharif Abdullah y lo seguían haciendo otros esclavistas. Por otra parte, sabía cuáles eran los que fomentaban problemas, y sabía que era mejor matarlos allí mismo como ejemplo para los demás que permitir que las esperanzas de insurrección se extendieran entre los cautivos.

Puesto que era metódico, tuvo éxito, y pronto abarcó también el comercio del marfil. Al cabo de seis años tenía en sus manos la mayor operación de esclavismo y caza ilegal del este de África.

De tanto en tanto entraba en contacto con exploradores europeos. Se decía que incluso pasó una semana con el doctor David Livingstone, y que se marchó sin que el misionero llegara a saber en ningún momento que había sido anfitrión del esclavista más buscado del continente.

Después de que la Guerra Civil norteamericana le dejara sin su principal mercado, se tomó un año de descanso para ir a Asia y a la Península de Arabia y abrir otros nuevos. Cuando regresó descubrió que el hijo de Abdullah, Shafir Ibn Jad Mahir, se había apropiado de sus hombres y se encaminaba tierra adentro, con la intención de proseguir el negocio de su padre. Mtepwa, que se había vuelto muy rico, contrató a unos 500 *askari*, los puso bajo el mando del notorio cazador de marfil Alfred Henry Pym, y se sentó a aguardar los resultados.

Tres meses más tarde Pym y los suyos trajeron de vuelta unos 438 hombres a la costa de Tanganika. 276 eran esclavos que había capturado Sharif Ibn Jad Mahir; los demás eran el resto de la organización de Mtepwa que se habían ido a trabajar con Sharif Ibn Jad Mahir.

Mtepwa vendió todos los 438 y montó una nueva organización, compuesta por los guerreros que habían luchado para él a las órdenes de Pym.

La mayoría de las potencias coloniales se mostraban inclinadas a mirar hacia otro lado en lo que a sus prácticas se refería, pero los británicos, que estaban decididos a poner fin a la esclavitud, dieron orden de arrestar a Mtepwa. Finalmente éste se cansó de estar vigilando constantemente por encima del hombro y trasladó su cuartel general a Mozambique, donde los portugueses se mostraron contentos de dejarle instalar allí siempre que recordara que las palmas de las manos coloniales necesitaban un constante engrase.

Nunca se sintió feliz allí —no hablaba portugués ni ninguna de las lenguas locales—, y al cabo de nueve años regresó a Tanganika, convertido ahora en el hombre negro más rico del continente.

Un día halló entre su última remesa de cautivos a un joven muchacho acholi llamado Haradi, de no más de diez años, y decidió conservarlo como su sirviente personal en vez de embarcarlo para el otro lado del océano.

Mtepwa no se había casado nunca. La mayoría de sus asociados suponían que simplemente nunca había tenido tiempo, pero cuando las casi diarias peticiones de que Haradi acudiera a visitarle a su tienda se hicieron del dominio público todos se apresuraron a revisar sus opiniones. Mtepwa parecía encaprichado con su joven sirviente, aunque —indudablemente recordando su propia experiencia— nunca enseñó a Haradi a leer, y prometió una lenta y dolorosa muerte a cualquiera que le hablara del Islam al muchacho.

Una noche, cuando habían transcurrido aproximadamente tres años, Mtepwa envió a llamar a Haradi. No se encontró al muchacho por ninguna parte. Mtepwa

despertó a todos sus guerreros y les pidió que lo buscaran, porque se había visto un leopardo en las inmediaciones del campamento y el esclavista temía lo peor.

Hallaron a Haradi una hora más tarde, no entre las mandíbulas de un leopardo sino en los brazos de una joven esclava que habían tomado de la tribu zanake. Mtepwa se puso fuera de sí por la rabia, e hizo que le arrancaran brazos y piernas a la pobre muchacha.

Haradi no expresó ninguna palabra de protesta ni intentó defender a la muchacha —cosa que de todos modos no le hubiera servido de nada—, pero a la mañana siguiente había desaparecido, y aunque Mtepwa y sus guerreros pasaron casi un mes buscándolo, no hallaron el menor rastro de él.

A finales de mes Mtepwa estaba completamente loco de rabia y dolor. Tras decidir que la vida ya no era algo que valiera la pena vivir, se dirigió a una manada de leones que estaban dándose un festín con la carcasa de un topi y, metiéndose entre ellos, empezó a maldecirlos y a golpearlos con sus manos desnudas. Casi increíblemente, los leones retrocedieron, bufando y gruñendo, y se dispersaron por la densa maleza.

Al día siguiente cogió un palo largo y empezó a golpear con él a un bebé elefante. Esto hubiera debido precipitar un ataque brutal de su madre; pero la madre, que estaba a tan sólo unos pocos metros de distancia, se puso a trompetear aterrorizada y salió huyendo, con su elefantito siguiéndola de la mejor manera que pudo.

Fue entonces cuando Mtepwa decidió que no podía morir, que de alguna manera el acto de desmembrar a la pobre muchacha zanake lo había convertido en inmortal. Puesto que ambos incidentes habían ocurrido a la vista de sus supersticiosos seguidores, éstos le creyeron fervientemente.

Ahora que era inmortal, decidió que era el momento de dejar de intentar acomodarse a los europeos que habían invadido su tierra y seguían intentando arrestarle. Envió un corredor a la frontera con Kenia e invitó a los británicos a enfrentarse a él en batalla. Cuando llegó el día señalado, y los británicos no se presentaron a luchar contra él, dijo confiadamente a sus guerreros que la noticia de su inmortalidad había llegado a los europeos y que a partir de ese día ningún hombre blanco se atrevería a oponérsele. El hecho de que se hallara todavía en territorio alemán, y que los británicos no tuvieran legalmente derecho a ir hasta allí, pareció de alguna forma escapársele.

Empezó a enviar abiertamente a sus guerreros tierra adentro en busca de esclavos, y los halló en el Congo. Despojó a poblados enteros de sus hombres, sus mujeres y su marfil, y finalmente, con casi 600 cautivos y la mitad de esa cantidad de colmillos, se encaminó al este e inició el viaje de varios meses hasta la costa.

Esta vez los británicos lo estaban aguardando en la frontera de Uganda, y disponían de tantos hombres armados que Mtepwa se desvió hacia el sur, no por

temor de su vida sino porque no podía permitirse perder sus esclavos y su marfil, y sabía que sus guerreros carecían de su invulnerabilidad.

Dirigió su ejército lago Tanganika abajo, luego se encaminó hacia el este. Le tomó dos semanas alcanzar el corredor occidental del Serengeti, y otros diez días cruzarlo.

Una noche acampó al borde de la garganta Olduvai, el mismo lugar donde había conseguido su libertad. Se encendieron los fuegos, se sacrificó y se asó un ñu, y mientras se relajaba tras la cena se dio cuenta de los murmullos entre sus hombres. Luego, de entre las sombras brotó una figura extrañamente familiar. Era Haradi, ahora ya con quince años, y tan alto como el propio Mtepwa.

Mtepwa lo contempló durante largo rato, y de pronto toda la furia pareció desaparecer de su rostro.

—Me alegra verte de nuevo, Haradi —dijo.

—He oído que nadie puede matarte —respondió el muchacho, blandiendo una lanza—. He venido a comprobar si es cierto.

—Tú y yo no necesitamos luchar —dijo Mtepwa—. Únete conmigo en mi tienda, y todo será de nuevo como era antes.

—Una vez te haya arrancado los miembros del cuerpo, *entonces* no tendremos ninguna razón para luchar —respondió Haradi—. E incluso entonces no me parecerás menos repulsivo que ahora, o que estos años pasados.

Mtepwa saltó en pie y su rostro se convirtió en una máscara de furia.

—¡Que así sea, pues! —gritó—. ¡Y cuando te des cuenta de que no puedes dañarme, haré contigo lo mismo que le hice a la muchacha zanake!

En vez de responder, Haradi arrojó su lanza contra Mtepwa. Se clavó en el cuerpo del esclavista, y lo hizo con tanta fuerza que la punta emergió sus buenos quince centímetros por el otro lado. Mtepwa miró incrédulo a Haradi, gimió una sola vez, y cayó por las rocosas laderas de la garganta.

Haradi miró a los guerreros que le rodeaban.

—¿Hay alguien entre vosotros que dispute mi derecho a ocupar el lugar de Mtepwa? —preguntó, confiado.

Un corpulento makonde se adelantó para desafiarle, y al cabo de treinta segundos Haradi también estaba muerto.

Los británicos les estaban aguardando cuando alcanzaron Zanzíbar. Los esclavos fueron liberados, el marfil confiscado, los guerreros arrestados y obligados a servir como trabajadores en el ferrocarril Mombasa/Uganda. Dos de ellos resultaron más tarde muertos y devorados por leones en el distrito de Tsavo.

En la época en que el teniente coronel J. H. Patterson mató a los infames Devoradores de Hombres de Tsavo, el ferrocarril ya casi había alcanzado las chabolas

de la ciudad de Nairobi, y el nombre de Mtepwa había sido tan absolutamente olvidado que incluso estaba mal escrito en el único libro de historia en el que se le mencionaba.

* * *

—¡Sorprendente! —dijo el evaluador—. Sabía que esclavizaron a muchas especies por toda la galaxia, ¡pero no que se esclavizaran *entre ellos*! ¡Es casi imposible de creer!

Yo, tras descansar de mis esfuerzos, les había relatado la historia de Mtepwa.

—Todas las ideas tienen que empezar en alguna parte —dijo Bellidore plácidamente—. Esta evidentemente empezó en la propia Tierra.

—¡Es bárbaro! —murmuró el evaluador.

Bellidore se volvió hacia mí.

—El Hombre nunca intentó subyugar a *tu* especie, El Que Observa. ¿Cómo fue eso?

—No teníamos nada que él deseara.

—¿Puedes recordar cómo era la galaxia cuando el Hombre la dominaba? —preguntó el evaluador.

—Puedo recordar la galaxia cuando los progenitores del Hombre mataron a Bokatu y Enkatai —respondí, pensativo.

—¿Tuviste alguna vez tratos con el Hombre?

—Nunca. El Hombre no era de ninguna utilidad para nosotros.

—Pero ¿no destruía despilfarradoramente todas las cosas que no le eran útiles?

—No —dije—. Tomaba lo que deseaba, y destruía lo que le amenazaba. El resto lo ignoraba.

—¡Qué arrogancia!

—Más bien sentido práctico —dijo Bellidore.

—¿Y llamas *práctico* al genocidio a escala galáctica? —preguntó el evaluador.

—Desde el punto de vista del Hombre, lo era —respondió Bellidore—. Le proporcionó lo que deseaba con un mínimo de riesgo y esfuerzo. Considera que una sola especie, nacida a menos de quinientos metros de nosotros, gobernó durante un tiempo un imperio de más de un millón de mundos. Casi todas las especies civilizadas de la galaxia hablaban terrestre.

—Bajo pena de muerte.

—Eso es cierto —reconoció Bellidore—. Nunca dije que el Hombre fuera un ángel. Sólo que, si era un diablo, era uno muy eficiente.

Ya era tiempo de que asimilara el tercer artefacto, que el historiador y el evaluador parecían creer que era el mango de un cuchillo, pero mientras avanzaba a

realizar mi función no pude dejar de oír la especulación que estaba teniendo lugar.

—Dada su sed de sangre y su eficiencia —dijo el evaluador—, me sorprende que el Hombre viviera lo suficiente para alcanzar las estrellas.

—En cierto sentido es sorprendente —reconoció Bellidore—. El historiador me dice que el Hombre no siempre fue homogéneo, que al principio de su historia hubo diversas variaciones de la especie. Estaba dividido por el color, por las creencias, por el territorio. —Suspiró—. De todos modos, debió de aprender a vivir en paz con los demás hombres. Eso al menos hay que decirlo en su honor.

Alcancé el artefacto con las palabras de Bellidore resonando todavía en mis oídos, y empecé a envolverlo...

* * *

Mary Leakey hizo sonar el claxon de su Landrover. Dentro del museo, su esposo se volvió hacia el joven oficial uniformado.

—No puedo pensar en ninguna instrucción que darle —dijo—. El museo todavía no está abierto al público, y estamos a unos buenos trescientos kilómetros del territorio kikuyu.

—Sólo estoy siguiendo órdenes, doctor Leakey —respondió el oficial.

—Bueno, supongo que no hace daño a nadie un poco de seguridad —reconoció Leakey—. Hay un montón de kikuyus que desean verme muerto, aunque hablara en favor de Keniata en su juicio. —Se dirigió hacia la puerta—. Si los descubrimientos en el lago Turkana resultan interesantes, puede que estemos fuera hasta un mes. De otro modo, estaremos de vuelta en diez o doce días.

—No hay problema, señor. El museo estará aquí cuando usted regrese.

—Nunca lo he dudado —dijo Leakey, al tiempo que salía y se reunía con su esposa en el vehículo.

El teniente Ian Chelmswood observó desde la puerta cómo los Leakey, acompañados por dos vehículos militares, se alejaban por la rojiza carretera de tierra. Al cabo de pocos segundos el coche quedó oscurecido por el polvo, y el teniente regresó al interior del edificio y cerró la puerta para evitar verse cubierto por él. El calor era opresivo, de modo que se quitó la chaqueta y la pistolera y las colocó cuidadosamente encima de una de las pequeñas vitrinas de la exposición. Era extraño. Todas las imágenes que había visto de la vida salvaje africana, desde las viejas instantáneas del alemán Schillings hasta las películas del norteamericano Johnson, lo habían llevado a creer que el este de África era una tierra de maravillas de hierba verde y agua clara. Nadie le había mencionado nunca el polvo, pero éste era el único recuerdo que iba a llevarse de vuelta a su casa.

Bueno, no exactamente el único. Nunca olvidaría la mañana en que había sonado

la alarma cuando estaba estacionado en Nanyuki. Llegó a la granja de los colonos y encontró a toda la familia cortada a tiras y todo su ganado mutilado, la mayoría con los genitales arrancados, muchos sin orejas y sin ojos. Pero, por horrible que fuera todo esto, la imagen que se llevaría a la tumba era la del gatito empalado en una daga y clavado al buzón de correos. Era la firma del mau mau, por si a alguien se le ocurría pensar que algún loco había perdido los estribos entre el ganado y los humanos.

Chelmswood no comprendía la política de todo aquello. No sabía quién lo había empezado todo, quién había precipitado la guerra. Para él no significaba ninguna diferencia. El sólo era un soldado que cumplía órdenes, y si esas órdenes lo llevaban de vuelta a Nanyuki de modo que pudiera matar a los hombres que habían cometido esas atrocidades, mucho mejor.

Pero, mientras tanto, le habían asignado lo que consideraba un Servicio Idiota. Había habido un pequeño estallido de violencia en Arusha, no exactamente mau mau sino más bien una exhibición de apoyo a los kikuyus de Kenia, y su unidad había sido transferida aquí. Luego el gobierno supo que el profesor Leakey, cuyos hallazgos científicos habían convertido la garganta Olduvai en una palabra casera entre los africanos del este, había estado recibiendo amenazas de muerte. Pese a sus objeciones, habían insistido en proporcionarle una escolta. La mayoría de los hombres de la unidad de Chelmswood acompañarían a Leakey en su viaje al lago Turkana, pero alguien tenía que quedarse atrás para proteger el museo, y había sido su mala suerte la que había hecho que su nombre estuviera el primero en la lista de servicios.

En realidad ni siquiera era un museo, no el tipo de museo que sus padres le habían llevado a ver en Londres. *Aquéllos* eran museos; éste no era más que una estructura de dos habitaciones con paredes de barro con tal vez un centenar de los hallazgos de Leakey. Antiguas puntas de flecha, algunas piedras de extrañas formas que habían funcionado como herramientas prehistóricas, un par de huesos que evidentemente no eran de monos pero que Chelmswood estaba seguro de que no eran de ninguna criatura con la que *él* estuviera relacionado.

Leakey había colgado algunos mapas toscamente dibujados en la pared, que mostraban lo que, según él, había sido la evolución hasta el *Homo sapiens* de algunos pequeños y grotescos animales parecidos al mono. También había fotografías de algunos de los hallazgos que habían sido enviados a Nairobi. Parecía que, aunque aquella garganta fuera realmente el lugar de nacimiento de la especie, nadie deseaba visitarla. Todos los mejores hallazgos eran enviados a Nairobi y de allí al Museo Británico. De hecho, esto no era en absoluto un museo, decidió Chelmswood, sino más bien una zona de almacenaje para los mejores especímenes hasta que pudieran ser enviados a otro lugar.

Era extraño pensar en la vida iniciándose allí, en aquella garganta. Si había algún

lugar más feo en África, él todavía tenía que conocerlo. Y, aunque no aceptaba el Génesis ni ninguna de esas otras tonterías religiosas, le molestaba pensar que los primeros seres humanos que caminaron sobre la Tierra hubieran sido negros. Apenas había tenido ningún contacto con negros mientras vivió en los Cotswolds, pero había visto suficiente de lo que podían hacer desde que había llegado al este británico de Africa, y se sintió abrumado por su salvajismo y su barbarie.

¿Y qué decir de aquellos locos norteamericanos, que se retorcían las manos y gritaban que el colonialismo tenía que terminar? Si hubieran visto lo que él había visto en aquella granja en Nanyuki sabrían que la única cosa que impedía que todo el este de África estallara en una atroz conflagración de sangre y carnicería era la presencia británica. Ciertamente, había paralelismos entre el mau mau y Norteamérica: ambos habían sido colonizados por los ingleses y ambos habían deseado su independencia..., pero ahí terminaba toda similitud. Los norteamericanos escribieron una Declaración en la que enumeraban sus afrentas, y luego organizaron un ejército y lucharon contra los *soldados* británicos. ¿Qué tenían en común despedazar a niños inocentes y clavar gatos a buzones de correos con eso? Si dependiera de él, enviaría medio millón de soldados británicos, barrería de aquel lugar hasta el último kikuyu —excepto los buenos, los leales—, y resolvería el problema de una vez por todas.

Abrió el armario donde Leakey guardaba la cerveza y extrajo una botella. Caliente. La habitual en un safari. La abrió y tomó un largo trago. Hizo una mueca. Si eso era lo que la gente bebía en un safari, debía recordar no ir nunca de safari.

Y, sin embargo, sabía que algún día *iría* de safari, esperaba que antes de ser licenciado y enviado a casa. Algunas partes del país eran tan condenadamente hermosas, con o sin polvo, y además le encantaba el pensamiento de sentarse bajo la sombra de un árbol, con un refresco frío en la mano, mientras su sirviente lo refrescaba con un gran abanico hecho con plumas de avestruz y él y su cazador blanco discutían las presas del día y detrás de qué animales irían mañana. Lo importante no era disparar, ambos estaban de acuerdo en ello, sino la emoción de la caza. Luego haría que un par de sus chicos negros prepararan un baño, y se bañaría y se prepararía para cenar. Era curioso cómo se había acostumbrado a llamarlos chicos; la mayoría de ellos eran mucho más viejos que él.

Pero si no eran chicos, sí *eran* niños que necesitaban ser guiados y civilizados. Tomemos por ejemplo a aquellos massai; unos orgullosos y arrogantes hijos de puta. Tenían un aspecto magnífico en las tarjetas postales, pero intenta *tratar* con ellos. Actuaban como si tuvieran línea directa con Dios, como si Él les hubiera dicho que eran Su pueblo elegido. Cuanto más pensaba Chelmswood en ello, más sorprendido estaba de que fueran los kikuyus quienes hubieran empezado el mau mau y no los massai. Y, ahora que pensaba en ello, había observado a cuatro o cinco *elmorani*

massai merodeando por los alrededores del museo. Tendría que mantenerlos vigilados...

—Disculpe, por favor —dijo una voz muy aguda, y Chelmswood se volvió para ver a un niño pequeño, negro, muy delgado, de no más de diez años, de pie en la puerta de entrada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Doctor míster Leakey me prometió un caramelo —dijo el niño, y entró en el edificio.

—Márchate —dijo Chelmswood, irritado—. No tenemos caramelos aquí.

—Sí, sí —dijo el niño, y avanzó unos pasos más—. Cada día.

—¿Te da caramelos cada día?

El niño asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Dónde los guarda?

El niño se encogió de hombros.

—¿Quizás aquí? —dijo Chelmswood, y señaló una vitrina.

Fue hasta la vitrina y la abrió. No había más que cuatro vasijas que contenían dientes primitivos.

—No veo ninguno —dijo—. Tendrás que esperar a que vuelva el doctor Leakey.

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas del niño.

—¡Pero el doctor míster Leakey me lo *prometió!*

Chelmswood miró a su alrededor.

—No sé dónde están.

El niño se puso a llorar con fuerza.

—¡Cállate! —restalló Chelmswood—. Los buscaré.

—Quizás en la otra habitación —sugirió el niño.

—Ven conmigo —dijo Chelmswood, y cruzó el umbral a la siguiente habitación. Miró a su alrededor, con las manos en las caderas, intentando imaginar dónde podía haber guardado Leakey los caramelos.

—Aquí quizá —dijo el niño, y señaló la puerta de un pequeño cuarto anexo.

Chelmswood abrió la puerta. Al otro lado había dos palas, tres picos y un surtido de cepillos pequeños, que supuso utilizaban los Leakey para su trabajo.

—Aquí no hay nada —dijo, y cerró la puerta.

Se volvió para mirar al niño, pero la habitación estaba vacía.

—El pequeño bribón estuvo mintiendo todo el tiempo —murmuró—. Seguro que salió corriendo para librarse de una paliza.

Regresó a la habitación principal..., para encontrarse frente a un fornido negro que sujetaba un *panga* tipo machete en su mano derecha.

—¿Qué ocurre aquí? —restalló Chelmswood.

—La libertad ocurre aquí, teniente —dijo el negro en un inglés casi perfecto—.

Me enviaron para matar al doctor Leakey, pero tú servirás.

—¿Por qué matáis a todo el mundo? —le preguntó Chelmswood—. ¿Qué les hemos hecho a los massai?

—Dejaré que los massai respondan a tu pregunta. Cualquiera de ellos puede mirarme y decirte que soy kikuyu..., pero para vosotros los británicos todos somos iguales, ¿no?

Chelmswood fue a sacar su pistola y de pronto recordó que la había dejado sobre la vitrina de la exposición.

—¡Todos me parecéis unos cobardes salvajes!

—¿Por qué? ¿Porque no nos enfrentamos a vosotros en batalla? —El rostro del negro se llenó de furia—. Os apoderáis de nuestra tierra, nos prohibís nuestras propias armas, incluso consideráis que es un crimen que llevemos lanzas..., ¡y luego nos llamáis salvajes cuando no marchamos en formación contra vuestros fusiles! —Escupió despectivamente al suelo—. Luchamos contra vosotros de la única forma que nos habéis dejado.

—Este es un país grande, lo bastante grande para las dos razas —dijo Chelmswood.

—Si fuéramos a Inglaterra y os quitáramos vuestras mejores tierras y os obligáramos a trabajar para nosotros, ¿creeríais que Inglaterra es lo bastante grande para las dos razas?

—No soy un político —dijo Chelmswood, y dio otro paso hacia su arma—. Yo sólo hago mi trabajo.

—Y tu trabajo es mantener a doscientos blancos en una tierra que en su tiempo albergó a un millón de kikuyus —dijo el negro; su rostro reflejaba todo su odio.

—¡Habrà muchos menos de un millón cuando acabemos con vosotros! —siseó Chelmswood, y se lanzó hacia su arma.

Fue rápido, pero el negro lo fue más, y con un solo movimiento de su *panga* casi cercenó la mano derecha del inglés a la altura de la muñeca. Chelmswood aulló de dolor y giró en redondo, presentando su espalda al kikuyu mientras tendía su otra mano hacia la pistola.

El *panga* descendió de nuevo, rajándolo prácticamente por la mitad, pero mientras caía consiguió crisar sus dedos alrededor de la culata de la pistola y apretar el gatillo. La bala golpeó al negro en el pecho, y él también se derrumbó al suelo.

—¡Me has matado! —gimió Chelmswood—. ¿Por qué querría alguien matarme?

—Vosotros tenéis tanto y nosotros tan poco —susurró el negro—. ¿Por qué tenéis que quedaros también con lo que es nuestro?

—¿Qué te he hecho a ti? —preguntó Chelmswood.

—Viniste aquí. Esto fue suficiente —dijo el negro—. ¡Sucio inglés! —Cerró los ojos y quedó inmóvil.

—¡Jodido negro! —dijo Chelmswood con voz estropajosa, y murió.

Fuera, los cuatro massai no prestaron atención al tumulto de dentro. Dejaron que el pequeño kikuyu se marchara sin dedicarle siquiera una mirada. Los asuntos de las clases inferiores no eran cosa suya.

* * *

—Estas nociones de superioridad entre miembros de la misma especie son muy difíciles de comprender —dijo Bellidore—. ¿Estás *seguro* de que leiste como corresponde el artefacto, El Que Observa?

—Yo no *leo* artefactos —respondí—. Los *asimilo*. Me convierto en uno con ellos. Todo lo que *ellos* han experimentado lo experimento *yo*. —Hice una pausa—. No puede haber ningún error.

—Bueno, es difícil de comprender, sobre todo en una especie que un día iba a controlar la mayor parte de la galaxia. ¿Creían que *todas* las especies con las que se encontraban eran inferiores a ellos?

—Ciertamente se comportaban como si así fuera —dijo el historiador—. Sólo parecían respetar a aquellas especies que se les enfrentaban, e incluso entonces creían que derrotarlas militarmente era prueba de su superioridad.

—Y sin embargo sabemos por antiguos registros que el hombre primitivo adoraba a animales no sintientes —señaló el exobiólogo.

—No debieron de sobrevivir mucho tiempo —sugirió el historiador—. Si el Hombre trató a las especies de la galaxia con desprecio, ¿cómo debió tratar a las pobres criaturas con las que compartió su mundo natal?

—Quizá las veía de una forma muy parecida a como veía a mi propia especie —ofrecí—. Si no tenían nada que él deseara, si no presentaban ninguna amenaza...

—Debían de tener algo que él deseaba —dijo el exobiólogo—. Era un depredador. Debían de tener carne.

—Y tierra —añadió el historiador—. Si ni siquiera la galaxia fue suficiente para saciar la sed de territorio del Hombre, pensad en lo poco dispuesto que debió de estar a compartir su propio mundo.

—Esta es una pregunta que sospecho que nunca será respondida —dijo Bellidore.

—A menos que la respuesta resida en uno de los artefactos restantes —señaló el exobiólogo.

Estoy seguro de que aquellas palabras no tenían intención de arrancarme de mi letargia, pero se me ocurrió que había transcurrido medio día desde que había asimilado el mango del cuchillo, y que ya había ganado fuerzas suficientes para examinar el siguiente artefacto.

Era un aparato para escribir, de metal...

15 de febrero de 2103:

¡Bueno, finalmente llegamos! El Supertopo nos llevó por el túnel desde Nueva York hasta Londres en sólo cuatro horas. Aun así llegamos veinte minutos tarde, nos perdimos la conexión, y tuvimos que aguardar otras cinco horas para el siguiente vuelo a Jartum. Desde allí nuestro medio de transporte se fue volviendo cada vez más primitivo —aviones a reacción a Nairobi y Arusha—, y luego un transbordador rápido hasta el campamento, pero finalmente dejamos la civilización a nuestras espaldas. Nunca había visto espacios abiertos como éstos antes; apenas te das cuenta de los rascacielos de Nyerere, la ciudad más cercana.

Tras un discurso de orientación para decirnos lo que debíamos esperar y cómo comportarnos en un safari, tuvimos la tarde libre para conocer a nuestros compañeros. Soy el miembro más joven del grupo: un viaje como éste cuesta demasiado para que mucha gente pueda permitírselo. Por supuesto, un buen número de gente de mi edad no tiene un tío Reuben que se muera y le deje una tonelada de dinero. (Bueno, probablemente se habrá quedado en un kilo de dinero, ahora que ya está pagado el safari, ja, ja).

El alojamiento es absolutamente rústico. Tienen unos curiosos microondas para calentarnos la comida, aunque la mayoría comeremos en los restaurantes; tengo entendido que los japoneses y los brasileños son los más populares, los primeros por la comida —auténtico pescado— y los segundos por la diversión. Mi compañero de habitación es el señor Shiboni, un viejo caballero japonés que me cuenta que ha estado ahorrando durante quince años para venir a este safari. Parece agradable y considerado; espero que sobreviva a los rigores del viaje.

Deseaba realmente darme una auténtica ducha, sólo para empaparme del espíritu de las cosas, pero el agua es escasa aquí, y parece que tendré que conformarme con la misma ducha seca química de siempre. Ya sé, ya sé, desinfecta además de limpiar, pero si deseara todas las comodidades del hogar me hubiera quedado en casa y me hubiera ahorrado 150.000 dólares.

16 de febrero:

Hoy hemos conocido a nuestro guía. No sé por qué, pero no encaja en absoluto con mi imagen de un guía de safari africano. Esperaba un viejo veterano de sienes grises con una gran cantidad de historias que contar, que tal vez hubiera visto una civeta o un antílope antes de que se extinguieran. Nuestro guía es Kevin Ole Tambake, un joven massai que no puede tener ni 25 años y viste con traje cuando todos llevamos caqui. De todos modos, ha vivido aquí toda su vida, por lo que

supongo que conoce esto.

Y le concederé una cosa: es un maravilloso narrador de historias. Se pasó media hora contándonos mitos sobre cómo su pueblo vivía en chozas llamadas manyattas, y cómo su rito de iniciación a la edad adulta era matar a un león con una lanza. ¡Como si el gobierno fuera a dejar a alguien matar a un animal!

Pasamos la mañana bajando al cráter Ngorongoro. Es una caldera, o volcán, hundida, que en sus tiempos fue más alta que el propio Kilimanjaro. Kevin dice que solía estar llena de caza, aunque no veo cómo, porque cualquier animal que estuviera en ella cuando se hundió resultaría muerto al instante.

Creo que la auténtica razón por la que hemos venido aquí es para sacar nuestras posaderas del vehículo del safari y aprender el protocolo adecuado. Probablemente fue lo mejor. El aire acondicionado no funcionaba correctamente en dos de los compartimientos, el mecanismo de servicio no conseguía mantener la temperatura adecuada en las bebidas frías, y en una ocasión, cuando creimos ver un pájaro, tres de nosotros llamamos a Kevin al mismo tiempo y bloqueamos su canal de comunicaciones.

Por la tarde fuimos al Serengeti. Kevin dice que antes se extendía hasta la frontera con Kenia, pero ahora no es más que un parque de 50 kilómetros cuadrados adyacente al cráter. Al cabo de una hora vimos una ardilla de tierra, pero desapareció en un agujero antes de que pudiera ajustar mi holocámara. De todos modos, fue muy impresionante. Distintas tonalidades de marrón, ojos oscuros y una cola esponjosa. Kevin estimó que pesaría casi kilo y medio, y dice no haber visto ninguna tan grande desde que era pequeño.

Justo antes de que regresáramos al campamento, Kevin recibió por la radio la noticia de otro conductor de que habían divisado dos estorninos anidados en un árbol a unos trece kilómetros al nordeste de nosotros. El ordenador del vehículo nos dijo que no podíamos llegar al lugar antes de anochecer; de modo que Kevin hizo que registrara el lugar en memoria y nos prometió que sería lo primero que haríamos al día siguiente por la mañana.

Opté por el restaurante brasileño, y pasé unas cuantas horas agradables escuchando a la banda en directo. Un hermoso final para un completo primer día de safari.

17 de febrero:

Partimos al amanecer en busca de los estorninos, y creímos hallar el árbol donde habían sido observados, pero no llegamos a verlos. Uno de los pasajeros —creo que era un hombrecillo de Birmania, aunque no estoy seguro— debió de quejarse, porque poco después Kevin anunció a todo el grupo que aquello era un safari, que no había ninguna garantía de ver ningún tipo particular de pájaro o animal, y que aunque él

haría todo lo posible por nosotros, nadie podía estar nunca seguro de dónde estaría la caza.

Y entonces, justo mientras estaba hablando, una mangosta listada de más de un palmo de largo apareció de la nada. No pareció prestar atención a nuestra presencia, y Kevin anunció que apagaríamos el motor y nos situaríamos en modo de flotación para que el ruido no la asustara.

Al cabo de uno o dos minutos todo el mundo de la parte derecha del vehículo había tomado sus holofotos, y giramos lentamente sobre nuestro eje a fin de que los del lado izquierdo pudieran verla..., pero el movimiento debió asustarla porque, aunque la maniobra tomó menos de treinta segundos, cuando el vehículo se detuvo de nuevo no pudimos verla por ninguna parte.

Kevin anunció que el vehículo había captado a la mangosta con sus holos automáticos, y que todo aquel que hubiera perdido su oportunidad tendría copias a su disposición.

Cuando nos paramos para comer nos sentíamos exultantes —los del lado derecho del vehículo, al menos— y durante la tarde vimos tres tejedores amarillos que construían su nido esférico en un árbol. Kevin nos dejó salir, tras advertirnos que no nos acercáramos a menos de treinta metros, y pasamos casi una hora contemplándolos y holografiándolos.

En resumen, un día muy satisfactorio.

18 de febrero:

Hoy abandonamos el campamento una hora después de amanecer y fuimos a un lugar nuevo: la garganta Olduvai.

Kevin anunció que pasaríamos los últimos dos días allí, ya que con la invasión de las ciudades y granjas por todas las llanuras la poca caza mayor que quedaba se hallaba confinada casi en su totalidad en los barrancos y laderas de la garganta.

Ningún vehículo, ni siquiera el nuestro, especialmente equipado, era capaz de abrirse camino por la garganta, de modo que bajamos todos y echamos a andar en fila india detrás de Kevin.

A la mayoría de nosotros nos resultó muy difícil mantener el ritmo de Kevin. Subía y bajaba las rocas como si lo hubiera hecho toda su vida, mientras que yo ni siquiera puedo recordar la última vez que vi una escalera que no se pusiera en marcha cuando la pisabas. Llevábamos caminando quizá media hora cuando oí a uno de los hombres al final de nuestra hilera exclamar algo y señalar hacia un punto en el fondo de la garganta, y todos miramos y vimos algo que se alejaba corriendo a una fenomenal velocidad.

—¿Otra ardilla? —pregunté.

Kevin se limitó a sonreír.

El hombre que iba detrás de mí dijo que le pareció que era una mangosta.

—Lo que han visto —dijo Kevin— era un dik-dik, el último antílope africano superviviente.

—¿Qué tamaño tenía? —preguntó una mujer.

—Un tamaño medio —dijo Kevin—. Quizá veinticinco centímetros hasta los hombros.

¡Imaginen algo de veinticinco centímetros de alto llamado medio!

Kevin explicó que los dik-diks eran muy territoriales, y que éste no estaría muy lejos de su territorio hogar. Lo cual significaba que si éramos pacientes y silenciosos —y afortunados— tal vez pudiéramos verlo de nuevo.

Le pregunté a Kevin cuántos dik-diks vivían en la garganta, y se rascó la cabeza y pensó durante unos momentos, y luego calculó que era probable que hubiera incluso diez. (¡Y en Yellowstone sólo quedan diecinueve conejos! ¿Alguien se extraña de que todos los entusiastas serios de los animales vengan a África?).

Seguimos andando durante otra hora, y luego hicimos una pausa para almorzar, mientras Kevin nos contaba la historia del lugar y nos hablaba detalladamente de los hallazgos del doctor Leakey. Probablemente quedaban todavía más esqueletos por desenterrar, suponía, pero el gobierno no deseaba asustar a los animales ni alejarlos de lo que se había convertido en su último refugio, de modo que los huesos tendrían que aguardar a que alguna generación futura los desenterrara. Traducido brutalmente, esto quería decir que Tanzania no iba a renunciar a los beneficios de 300 turistas a la semana y entregar la joya de la corona de su sistema de parques a un puñado de antropólogos. No puedo decir que les culpe.

Otros grupos habían empezado a llegar a la garganta, y creo que toda la población del safari había alcanzado casi las 70 personas antes de que termináramos de comer. Cada guía parecía tener «su» área delimitada, y observé que raras veces nos situábamos a menos de medio kilómetro de cualquier otro grupo.

Kevin nos preguntó si queríamos sentarnos a la sombra hasta que pasara lo más fuerte del calor del día, pero puesto que aquél era nuestro penúltimo día de safari votamos por mayoría seguir apenas termináramos de comer.

No debían de haber transcurrido diez minutos desde que emprendimos de nuevo la marcha cuando se produjo el desastre. Estábamos descendiendo una empinada ladera en fila india, con Kevin a la cabeza como de costumbre, y yo inmediatamente detrás, cuando oí un gruñido y luego un grito de sorpresa, y miré hacia atrás para ver al señor Shiboni caer rodando por el sendero. Evidentemente había perdido pie, y pudimos oír los huesos de su pierna restallar mientras se abalanzaba hacia nosotros.

Kevin se situó para detenerlo, y casi cayó él también garganta abajo antes de poder parar finalmente al pobre señor Shiboni. Luego se arrodilló al lado del viejo caballero para ocuparse de su pierna rota..., pero al hacerlo sus agudos ojos

divisaron algo que a todos nosotros se nos había pasado por alto, y de pronto echó a correr ladera arriba como un mono. Se detuvo allá donde había caído el señor Shiboni, se acuclilló y examinó algo. Luego, con una expresión como la de la propia Muerte, recogió el objeto y regresó sendero abajo.

Era un lagarto muerto, completamente desarrollado, de casi veinte centímetros de largo, aplastado por el pie del señor Shiboni. Era imposible decir si su caída se había producido por el hecho de pisarlo o simplemente no pudo apartarse del camino cuando empezó a caer..., pero esto no significaba ninguna diferencia: era responsable de la muerte de un animal en un Parque Nacional.

Intenté recordar el pliego de descargo que habíamos firmado todos, autorizando al Sistema de Parques a retirar al instante el dinero correspondiente de nuestras cuentas si destruíamos a un animal por alguna razón, incluso autoprotección. Sabía que la penalización mínima absoluta era de 50.000 dólares, pero creo que eso era para dos de los pájaros más comunes, y que los lagartos ugaama y geco estaban en la línea de los 70.000.

Kevin alzó el lagarto para que todos nosotros pudiéramos verlo, y nos dijo que si a raíz de aquello se producía alguna acción legal, todos éramos testigos de lo que había ocurrido.

El señor Shiboni gruñó de dolor, y Kevin dijo que no tenía sentido malgastar el lagarto, de modo que me lo dio para que lo sujetara mientras entablillaba la pierna del señor Shiboni y llamaba a los enfermeros por la radio.

Examiné el pequeño animal. Sus pies estaban finamente modelados, su cola era larga y elegante, pero fueron los colores los que dejaron una impresión más duradera en mí: una cabeza rojiza, un cuerpo azulado y patas grises, que se iban haciendo más claras a medida que se acercaban a las diminutas garras. Una cosa hermosa, realmente hermosa, incluso muerta.

Después de que los enfermeros se llevaran al señor Shiboni de vuelta al alojamiento, Kevin pasó la siguiente hora mostrándonos cómo funcionaba el lagarto ugaama: cómo sus ojos podían ver en dos direcciones a la vez, cómo sus garras le permitían colgar cabeza abajo de cualquier superficie irregular, y lo eficientemente que sus mandíbulas podían quebrar los caparazones de los insectos que atrapaba. Finalmente, vista la tragedia, y puesto que también deseaba comprobar el estado del señor Shiboni, sugirió que diéramos el día por terminado.

Ninguno de nosotros puso objeción: sabíamos que Kevin iba a tener varias horas de trabajo extra, redactando el informe del incidente y convenciendo al Departamento del Parque de que su compañía de safaris no era responsable de él, pero pese a todo nos sentimos defraudados, puesto que ya sólo quedaba un día. Creo que Kevin se dio cuenta de ello, porque poco antes de que alcanzáramos el albergue nos prometió algo especial para el día siguiente.

He permanecido despierto la mitad de la noche preguntándome qué puede ser. ¿Es posible que Kevin conozca dónde hay otros dik-diks? ¿O tal vez son ciertas las leyendas del último flamenco?

19 de febrero:

Todos estábamos excitados cuando subimos al vehículo esta mañana. No dejamos de preguntarle a Kevin qué era ese «algo especial», pero él se limitaba a sonreír y cada vez cambiaba de tema. Finalmente llegamos a la garganta Olduvai y echamos a andar, sólo que esta vez parecíamos ir a un lugar específico, y Kevin ni siquiera se detenía para intentar divisar algún dik-dik.

Descendimos por retorcidos senderos, saltamos por encima de raíces de árboles, nos arañamos brazos y piernas con los arbustos espinosos, pero nadie puso ninguna objeción, porque Kevin parecía tan confiado en su sorpresa que todas las dificultades quedaban olvidadas de inmediato.

Finalmente alcanzamos el fondo de la garganta y empezamos a caminar a lo largo de un sendero llano y serpenteante. Cuando llegó el momento de detenernos para almorzar, sin embargo, todavía no habíamos visto nada. Cuando nos sentamos a la sombra de una acacia y nos pusimos a comer, Kevin sacó su radio y conversó con los otros guías. Un grupo había visto tres dik-diks, y otro había encontrado un nido de canarios de pecho lila con dos crías recién salidas del huevo en él. Kevin es muy competitivo, y normalmente noticias de este tipo hacían que animara a todo el mundo a que terminara rápidamente de comer a fin de no regresar al alojamiento habiendo visto menos que los demás, pero esta vez se limitó a sonreír y les dijo a los otros guías que no habíamos visto nada en el fondo de la garganta y que la caza parecía haberse trasladado hacia fuera, quizás en busca de agua.

Luego, acabado el almuerzo, Kevin se alejó unos 50 metros, desapareció en una cueva, y emergió un momento más tarde con una pequeña jaula de madera. Había un pequeño pájaro pardo en ella, y aunque me emocionó el poder verlo desde tan cerca, me sentí un tanto decepcionado de que aquello fuera el algo tan especial.

—¿Han visto alguna vez a un indicador de la miel? —preguntó.

Todos admitimos que no, y él nos explicó que ése era el nombre del pequeño pájaro pardo.

Le pregunté por qué lo llamaban así, puesto que evidentemente no producía miel, y parecía completamente incapaz de indicarnos algo, y Kevin sonrió de nuevo.

—¿Ven ese árbol de ahí? —y señaló a un árbol a quizá 75 metros de distancia. Había una enorme colmena en una rama blanca.

—Sí —dije.

—Entonces observen. —Abrió la jaula y soltó al pájaro. Permaneció inmóvil por un momento, luego agitó las alas y partió en dirección al árbol.

—Va a asegurarse de que hay miel allí —explicó Kevin, y señaló al pájaro mientras éste daba vueltas alrededor de la colmena.

—¿Adonde ha ido ahora? —pregunté, cuando el pájaro voló repentinamente sobrevolando el lecho del río.

—A buscar a su socio.

—¿Socio? —pregunté, confuso.

—Esperen y verán —dijo Kevin, y se sentó con la espalda apoyada contra una gran roca.

Todos lo imitamos y nos sentamos en la sombra, con nuestros binoculares y holocámaras apuntados al árbol. Después de casi una hora no había ocurrido nada, y algunos empezábamos ya a ponernos nerviosos cuando Kevin se tensó y señaló hacia el lecho del río.

—¡Ahí! —susurró.

Miré en la dirección hada donde señalaba y allí, siguiendo al pájaro, que volaba justo delante de él piando frenéticamente, había un enorme animal blanco y negro, el más grande que jamás haya visto.

—¿Qué es? —susurré.

—Un tejón de la miel —respondió Kevin con voz suave—. Hace veinte años se creyó que estaban extintos, pero una pareja buscó refugio en Olduvai. Ésta es la cuarta generación que nace aquí.

—¿Va a comerse al pájaro? —preguntó uno de los del grupo.

—No —susurró Kevin—. El pájaro lo conducirá a la miel, y una vez haya derribado la colmena y se haya saciado, el tejón dejará algo para el pájaro.

Y fue todo tal como Kevin había dicho. El tejón de la miel trepó por el tronco del árbol y derribó la colmena con una de las patas delanteras, luego volvió a bajar y la abrió, sin preocuparse de los ataques de las abejas. Captamos toda la fantástica escena en nuestros holos, y cuando hubo terminado dejó efectivamente algo de miel para el indicador.

Más tarde, mientras Kevin recapturaba al pájaro y volvía a guardarlo en su jaula, el resto de nosotros nos pusimos a hablar de lo que habíamos visto. Yo creía que el tejón de la miel debía de pesar unos 20 kilos, aunque los miembros menos excitables del grupo lo situaban en unos 16 o 17. Fuera como fuese, el animal era enorme. La conversación derivó luego hacia la propina que debíamos darle a Kevin, porque realmente se la había ganado.

Mientras escribo esta última entrada en mi diario del safari, todavía tiemblo con la excitación que sólo puede producir el encontrar caza mayor en estado salvaje. Antes de esta tarde tenía algunas dudas acerca del safari —consideraba que su precio era excesivo, o que quizá mis expectativas habían sido demasiado altas—, pero ahora sé que valió hasta el último centavo, y tengo la sensación de que dejo una

parte de mí ahí atrás, y que nunca me sentiré realmente satisfecho hasta que vuelva a este último bastión salvaje del mundo.

* * *

El campamento zumbaba de excitación. Justo cuando estábamos seguros de que ya no quedaban más tesoros por desenterrar, los Gemelos Polvoestelar encontraron tres pequeños fragmentos de hueso atados juntos con un alambre, evidentemente un artefacto humano.

—Pero las fechas están equivocadas —dijo el historiador, tras examinar concienzudamente los huesos con su equipo—. Se trata de una pieza de joyería primitiva, para el adorno de salvajes podría decirse, y sin embargo tanto los huesos como el alambre datan de varios siglos después de que el Hombre descubriera el viaje espacial.

—¿Acaso...

—... niegas que...

—... lo encontramos...

—... en la garganta? —preguntaron los Gemelos.

—Os creo —dijo el historiador—. Simplemente afirmo que parece un anacronismo.

—Es nuestro descubrimiento...

—... y llevará nuestro nombre.

—Nadie os niega el derecho a vuestro descubrimiento —dijo Bellidore—. Simplemente se trata de que nos habéis presentado un misterio.

—Dádselo a...

—... El Que Observa y él...

—... resolverá el misterio.

—Haré todo lo que pueda —dije—. Pero todavía no ha transcurrido mucho tiempo desde que asimilé el instrumento de escribir. Debo descansar y recuperar mis fuerzas.

—Esto es...

—... aceptable.

Dejamos que El Moriteu limpiara y cepillara el artefacto, mientras especulábamos acerca de cómo un fetiche primitivo podía existir en la era de la conquista estelar. Finalmente la exobióloga se puso en pie.

—Voy a volver a la garganta —anunció—. Si los Gemelos Polvoestelar pudieron encontrar esto, quizás haya otras cosas que hemos pasado por alto. Después de todo, es un área enorme. —Hizo una pausa y miró al resto de nosotros—. ¿Alguien quiere venir conmigo?

Ya casi era el final del día y nadie se presentó voluntario, así que finalmente la exobióloga se dio la vuelta y echó a andar hacia el sendero que conducía hacia abajo a las profundidades de la garganta Olduvai.

Ya era oscuro cuando me sentí al fin lo bastante fuerte como para asimilar la primitiva joya. Extendí mi esencia alrededor de los huesos y el alambre y pronto me convertí en uno con ellos...

* * *

Se llamaba Joseph Meromo, y podía vivir con el dinero pero no con la culpa.

Todo había empezado con aquella comunicación desde Bruselas y con la velada sugerencia del presidente del conglomerado multinacional de empresas con sede allí. Tenían una cierta mercancía de la que querían desembarazarse. No tenían ningún lugar donde hacerlo. ¿Podía ayudar Tanzania?

Meromo les había dicho que lo intentaría, aunque dudaba de que su gobierno pudiera ser de ninguna utilidad.

Simplemente *inténtelo*, llegó la respuesta.

De hecho, llegó algo más que una respuesta. Al día siguiente, un mensajero privado entregó un enorme fajo de billetes de alta denominación, con una cortés nota dando las gracias a Meromo por sus esfuerzos en su beneficio.

Meromo sabía ver un soborno cuando se hallaba ante uno —había aceptado muchos a lo largo de su carrera—, pero nunca había visto ninguno de un tamaño ni remotamente parecido a éste. Y ni siquiera por ayudarles, sino simplemente por estar dispuesto a examinar las posibilidades.

Bueno, pensó, ¿por qué no? ¿Qué es lo que podían tener? ¿Un par de contenedores de residuos tóxicos? ¿Unas cuantas varillas de plutonio? Los entierras a la suficiente profundidad, y nadie sabrá ni se preocupará nunca por ello. ¿No era eso lo que hacían los países occidentales?

Por supuesto, estaba el Desastre de Denver, y ese pequeño incidente que había hecho que las aguas del Támesis no fueran potables durante casi un siglo, pero la única razón de que acudieran tan rápido a la mente era porque eran las *excepciones*, no la regla. Había miles de basureros de este tipo esparcidos por todo el mundo, y un 99 % de ellos no causaban ningún problema en absoluto.

Meromo hizo que el ordenador presentara un mapa holográfico de Tanzania sobre su escritorio. Lo contempló, frunció el ceño, añadió algunos rasgos topográficos, luego empezó a estudiarlo intensamente.

Si decidía ayudarles a librarse de su mercancía, fuera la que fuese —y se dijo a sí mismo que eso no era de su incumbencia—, ¿dónde sería el mejor lugar para desembarazarse de ella?

¿Junto a la costa? No, los pescadores podían extraerla un par de minutos más tarde, llevarla a la prensa, y armar un escándalo suficiente como para que lo cesaran, y posiblemente para hacer incluso que el resto del gobierno tuviera que dimitir. El partido ya no podía manejar más escándalos este año.

¿La provincia de Selous? Quizá cinco siglos atrás, cuando era el último lugar salvaje del continente, pero no ahora, no con una floreciente y semiautónoma ciudad-estado de cincuenta y dos millones de personas allá donde hacía un tiempo no había nada más que elefantes y maleza espinosa casi impenetrable.

¿El lago Victoria? No. El mismo problema con los pescadores.

¿Dar es Salaam? Era una posibilidad. Lo bastante cerca de la costa para que el transporte fuera fácil, prácticamente desierto desde que Dodoma se había convertido en la nueva capital del país.

Pero Dar es Salaam había sido sacudida por un terremoto hacía veinte años, cuando Meromo todavía era un muchacho, y no podía correr el riesgo de que otro seísmo pusiera al descubierto o reventara lo que fuera que tenía que esconder.

Siguió revisando el mapa: Gombe, Ruaha, Iringa, Mbeya, Mtwara, Tarengire, Olduvai...

Se detuvo y miró fijamente Olduvai, luego pidió todos los datos disponibles.

Casi kilómetro y medio de profundidad. Eso estaba a su favor. No quedaban animales. Mejor aún. Ni asentamientos en sus empinadas laderas. Sólo un puñado de massai vivían todavía en la zona, no más de dos docenas de familias, y eran demasiado orgullosos para prestar atención a lo que hacía el gobierno. De eso estaba seguro Meromo: él también era un massai.

Así que alargó la cosa durante tanto tiempo como pudo, fue recogiendo regalos en dinero en efectivo durante casi dos años, y finalmente les dio una fecha de entrega.

Ahora, Meromo miró a través de la ventana de su oficina en el piso 34, más allá de la hormigueante ciudad de Dodoma, hacia el este, hacia donde imaginaba que estaba la garganta Olduvai.

Había parecido tan sencillo. Sí, le habían pagado mucho dinero, una cantidad desproporcionada, pero esas multinacionales tenían dinero para gastar. Se suponía que sólo eran unas cuantas docenas de varillas de plutonio, o eso había creído. ¿Cómo iba a saber que estaban hablando de cuarenta y dos *toneladas* de residuos nucleares?

No había forma de devolverles el dinero. Aunque deseara hacerlo, no podía esperar que se echaran atrás y desenterraran de nuevo todo aquel mortífero material. Probablemente era seguro, probablemente nadie llegaría a saber nunca...

Pero atormentaba sus días, y peor aún, empezó a atormentar también sus noches. Aparecía bajo múltiples disfraces en sus sueños. A veces era como contenedores cuidadosamente sellados, a veces como bombas de relojería, a veces ya se había

producido el desastre y todo lo que podía ver era los carbonizados cuerpos de los niños massai esparcidos por el borde de la garganta.

Durante casi ocho meses luchó a solas con sus demonios, pero finalmente decidió que necesitaba ayuda. Los sueños no sólo le perseguían por la noche, sino que también invadían sus días. Estaba sentado en una reunión del comité, y de pronto imaginaba estar sentado entre los enflaquecidos cuerpos cubiertos de llagas de los massai de Olduvai. Estaba leyendo un libro, y las palabras parecían cambiar ante sus ojos y leía que Joseph Meromo había sido sentenciado a muerte por su codicia. Veía un holo del desastre del Titanic, y de pronto estaba viendo alguna variación del desastre de Olduvai.

Finalmente fue a un psiquiatra y, puesto que era massai, eligió un psiquiatra massai. Temeroso del desprecio del doctor, Meromo no le dijo explícitamente lo que causaba las pesadillas y las intrusiones, y después de casi medio año de fútiles intentos por curarle, el psiquiatra anunció que no podía hacer nada más.

—Entonces, ¿debo verme maldecido con estos sueños para siempre? —preguntó Meromo.

—Quizá no —dijo el psiquiatra—. Yo no puedo ayudarle, pero hay un hombre que tal vez sí pueda.

Rebuscó en su escritorio y extrajo una pequeña tarjeta de cartulina blanca. En ella había escrita una sola palabra: MULEWO.

—Esto es una tarjeta comercial —dijo el psiquiatra—. Tómela.

—No hay ninguna dirección, ningún medio de comunicarme con él —dijo Meromo—. ¿Cómo lo contactaré?

—Él lo contactará a usted.

—¿Le dará usted mi nombre?

El psiquiatra negó con la cabeza.

—No tendré que hacerlo. Simplemente lleve siempre la tarjeta sobre su persona. El sabrá que usted requiere sus servicios.

Meromo tuvo la impresión de ser objeto de alguna chanza que no comprendía, pero guardó la tarjeta en su bolsillo y pronto la olvidó.

Dos semanas más tarde, mientras tomaba una copa en un bar, para retrasar en todo lo posible la hora de ir a dormir a su casa, una mujer bajita se le acercó.

—¿Es usted Joseph Meromo? —preguntó.

—Sí.

—Por favor, sígame.

—¿Por qué? —preguntó, suspicaz.

—Desea usted ver a Mulewo, ¿no? —preguntó la mujer.

Meromo decidió seguirla, no porque creyera que aquel misterioso hombre sin nombre de pila podía ayudarle, sino para retrasar un poco más la hora de volver a

casa. Salieron a la calle, doblaron a la izquierda, caminaron en silencio tres manzanas y giraron a la derecha, deteniéndose al fin en la puerta de un rascacielos de acero y cristal.

—Piso sesenta y tres —dijo la mujer—. Le está esperando.

—¿Usted no viene conmigo? —preguntó Meromo.

Ella negó con la cabeza.

—Ya he hecho mi trabajo. —Se volvió y se alejó hacia la noche.

Meromo alzó la vista hacia las alturas del edificio. Parecía residencial. Consideró sus opciones, finalmente se encogió de hombros y entró en el vestíbulo.

—Está usted aquí para ver a Mulewo —dijo el portero. No era una pregunta—. Vaya al ascensor de la izquierda.

Meromo hizo lo indicado. El ascensor estaba panelado con madera aceitada, y olía fresco y dulce. Funcionaba por la voz, y lo llevó rápidamente hasta el piso 63. Cuando salió se halló en un corredor elegantemente decorado, forrado con paneles de ébano y espejos discretamente situados. Pasó junto a tres puertas sin ninguna señal distintiva, se preguntó cómo se suponía que debía saber qué apartamento pertenecía a Mulewo, y finalmente llegó a una que estaba parcialmente abierta.

—Entra, Joseph Meromo —dijo una voz ronca desde dentro.

Meromo acabó de abrir la puerta, penetró en el apartamento y parpadeó.

Sentado sobre una deshilachada alfombra había un hombre viejo, sin más ropa que una tela roja recogida al hombro. Las paredes estaban cubiertas con esterillas rojas, y un caldero maloliente burbujeaba en la chimenea. Una antorcha proporcionaba la única iluminación.

—¿Qué es esto? —preguntó Meromo, dispuesto a retroceder de vuelta al corredor si el viejo parecía tan irracional como su entorno.

—Siéntate frente a mí, Joseph Meromo —dijo el viejo—. Seguro que esto es menos aterrador que tus pesadillas.

—¿Qué sabe usted de mis pesadillas? —preguntó Meromo.

—Sé por qué las tienes. Sé lo que yace enterrado en el fondo de la garganta Olduvai.

Meromo se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie me lo dijo. He mirado en tus sueños, y he rebuscado en ellos hasta encontrar la verdad. Ven, siéntate.

Meromo se dirigió hacia donde indicaba el viejo y se sentó cuidadosamente, intentando no ensuciarse demasiado su recién planchado traje.

—¿Es usted Mulewo? —preguntó.

El viejo asintió.

—Soy Mulewo.

—¿Cómo sabe todas estas cosas de mí?

—Soy un *laibón* —dijo Mulewo.

—¿Un doctor brujo?

—Es un arte que agoniza —respondió Mulewo—. Yo soy el último practicante.

—Creía que los *laibones* lanzaban conjuros y creaban maldiciones.

—También extirpan maldiciones. Y tus noches, e incluso tus días, están malditos, ¿no?

—Parece saberlo todo acerca de mí.

—Sé que hiciste una cosa perversa, y que estás siendo atormentado no sólo por esos fantasmas, sino también por los fantasmas del futuro.

—¿Y usted puede terminar con estos sueños?

—Para eso te he llamado aquí.

—Pero, si hice una cosa tan terrible, ¿por qué *desea* usted ayudarme?

—Yo no hago juicios morales. Estoy aquí tan sólo para ayudar a los massai.

—¿Y qué hay de los massai que viven en la garganta? —preguntó Meromo—. ¿Los que atormentan mis sueños?

—Cuando *ellos* pidan mi ayuda, entonces les ayudaré.

—¿Puede hacer usted que el material que hay enterrado allí desaparezca?

Mulewo negó con la cabeza.

—No puedo deshacer lo que ya está hecho. Ni siquiera puedo aliviar tu culpabilidad, porque es una culpabilidad justa. Todo lo que puedo hacer es que desaparezca de tus sueños.

—Me conformaré con eso —dijo Meromo.

Hubo un inquieto silencio.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Meromo.

—Tráeme un tributo que se corresponda con la magnitud del servicio que debo llevar a cabo.

—Puedo firmarle un cheque ahora mismo, o hacer transferir el dinero que me diga de mi cuenta a la suya.

—Tengo más dinero del que necesito. Debo obtener un tributo.

—Pero...

—Tráelo mañana por la noche —dijo Mulewo.

Meromo se quedó mirando al viejo *laibón* durante un largo minuto, luego se puso en pie y se marchó sin pronunciar palabra.

A la mañana siguiente llamó a su oficina diciendo que estaba enfermo, luego fue a las dos mejores tiendas de antigüedades de Dodoma. Finalmente halló lo que estaba buscando, lo cargó en su cuenta personal y se lo llevó a casa consigo. Tenía miedo de dormirse antes de la cena, así que simplemente leyó un libro toda la tarde, luego cenó apresuradamente y regresó al apartamento de Mulewo.

—¿Qué me has traído? —preguntó Mulewo.

Meromo depositó el paquete delante del viejo.

—Un tocado hecho con la piel de un león —respondió—. Me dijeron que fue llevado por el propio Sendayo, el más grande de todos los *laibones*.

—Nunca lo llevó —dijo Mulewo, sin desenvolver el paquete—. Pero es suficiente tributo pese a todo. —Rebuscó debajo de la tela roja que constituía su único atuendo y extrajo un pequeño collar. Se lo tendió a Meromo.

—¿Para qué es? —preguntó Meromo, mientras examinaba el collar. Estaba hecho de pequeños huesos que habían sido atados juntos.

—Debes llevarlo esta noche cuando te vayas a dormir —explicó el viejo—. Tomará sobre sí todas tus visiones. Luego, mañana, debes ir a la garganta Olduvai y arrojarlo al fondo, para que las visiones puedan permanecer lado a lado junto con la realidad.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Meromo regresó a su apartamento, se puso el collar y se fue a dormir. Aquella noche sus sueños fueron peores de lo que nunca habían sido antes.

Por la mañana se metió el collar en un bolsillo e hizo que un avión del gobierno lo llevara hasta Arusha. Desde allí alquiló un vehículo de tierra, y dos horas más tarde estaba de pie en el borde de la garganta Olduvai. No había el menor signo del material enterrado.

Tomó el collar en su mano y lo arrojó con todas sus fuerzas por encima del borde de la garganta.

Sus pesadillas desaparecieron aquella misma noche.

Ciento treinta y cuatro años más tarde, el poderoso Kilimanjaro se estremeció, y el volcán dormido desde hacía mucho tiempo que había dentro de él cobró brevemente vida.

Sólo a ciento cincuenta kilómetros de distancia, el suelo sufrió una convulsión en el fondo de la garganta Olduvai, y tres de los contenedores forrados de plomo reventaron.

Joseph Meromo llevaba mucho tiempo muerto por aquel entonces; y, desgraciadamente, ya no quedaba ningún *laibón* para ayudar a la gente que se vio obligada ahora a vivir las pesadillas de Meromo.

* * *

Había examinado el collar en mis propios aposentos, y cuando salí para informar

de mis averiguaciones descubrí que todo el campamento se hallaba en estado de excitación.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Bellidore.

—La exobióloga no ha regresado de la garganta —me respondió.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Se marchó a la puesta del sol de ayer. Ahora es por la mañana, y no ha regresado ni ha intentado usar el comunicador.

—Nos tememos...

—... que pueda haber...

—... caído y quedado inmovilizada. O quizás incluso...

—... inconsciente —dijeron los Gemelos Polvoestelar.

—He enviado al historiador y al evaluador en su busca —dijo Bellidore.

—Yo también puedo ayudar —ofrecí.

—No, tienes el último artefacto por examinar —dijo—. Cuando despierte El Moriteu, lo enviaré también.

—¿Qué hay de la mística? —pregunté.

Bellidore miró a la mística y suspiró.

—No ha dicho una palabra desde que aterrizamos en este mundo. En realidad, no comprendo su función. En cualquier caso, no sé cómo comunicarme con ella.

Los Gemelos Polvoestelar dieron al unísono una patada en el suelo y levantaron un par de rojizas nubes de polvo.

—Parece ridículo... —dijo uno.

—... que podamos descubrir el más pequeño artefacto... —dijo el otro.

—... pero no podemos descubrir...

—... a toda una exobióloga.

—¿Por qué no ayudan en su búsqueda? —pregunté.

—Tienen vértigo —explicó Bellidore.

—Registramos...

—... todo el campamento —añadieron los dos defensivamente.

—Puedo dejar de asimilar la última pieza hasta mañana, y ayudar en la búsqueda —ofrecí.

—No —respondió Bellidore—. He llamado a la nave. Nos marcharemos mañana, y quiero que por entonces todos los principales hallazgos hayan sido examinados. Hallar a la exobióloga es *mi* trabajo; el *tuyo* es leer la historia del último artefacto.

—Si así lo deseas —dije—. ¿Dónde está?

Me condujo a una mesa donde el historiador y el evaluador habían estado examinándolo.

—Incluso yo sé lo que es —dijo Bellidore—. Un cartucho sin usar. —Hizo una pausa—. Además del hecho de que no hemos hallado más artefactos humanos en

ningún estrato superior, diría que es en sí mismo único: una bala que un hombre decidió *no* disparar.

—Cuando lo dices en estos términos, *despierta* mi curiosidad —reconocí.

—¿Vas a...

—... examinarla...

—... ahora? —preguntaron aprensivamente los Gemelos Polvoestelar.

—Sí —dije.

—No queremos...

—... faltar al respeto...

—... pero verte examinar los artefactos...

—... es demasiado perturbador para nosotros.

Y con eso se marcharon apresuradamente a ocultarse tras algunas de las estructuras del campamento.

—¿Y tú? —pregunté a Bellidore—. ¿Quieres que espere a que te hayas marchado?

—En absoluto —respondió—. Encuentro fascinante la diversidad. Con tu permiso, me gustaría quedarme y observar.

—Como deseas —acepté, y dejé que mi cuerpo se fundiera alrededor del cartucho hasta que pasó a ser parte de mí mismo, y su historia se convirtió en mi propia historia, tan clara y nítida como si todo hubiera ocurrido ayer...

* * *

—¡Ya vienen!

Thomas Naikosiai miró a su esposa desde el otro lado de la mesa.

—¿Hubo alguna vez alguna duda de que lo harían?

—¡Esto es una locura, Thomas! —restalló ella—. Nos obligarán a irnos, y puesto que no hemos hecho los preparativos, tendremos que dejar nuestras pertenencias atrás.

—Nadie va a marcharse —dijo Naikosiai.

Se puso en pie y se dirigió al armario.

—Tú quédate aquí —dijo, mientras se ponía la chaqueta larga y la mascarilla—. Los recibiré fuera.

—Es desconsiderado y cruel hacerlos permanecer fuera después de que han recorrido todo este camino.

—No fueron invitados —dijo Naikosiai. Rebuscó en las profundidades del armario y cogió el rifle que estaba apoyado contra la pared del fondo, luego cerró el armario, cruzó la esclusa de aire y emergió al porche delantero.

Seis hombres, todos enfundados en trajes protectores y con mascarillas para filtrar

el aire, estaban frente a él.

—Ya es la hora, Thomas —dijo el más alto de ellos.

—Hora para *vosotros* quizá —dijo Naikosiai, y cruzó casualmente el rifle sobre su pecho.

—Hora para todos nosotros —respondió el hombre alto.

—Yo no voy a ir a ninguna parte. Éste es mi hogar. No lo abandonaré.

—Es una pústula de desintegración y contaminación, como todo el país —llegó la respuesta—. Todos nos marchamos.

Naikosiai agitó la cabeza.

—Mi padre nació en esta tierra, y su padre, y el padre de su padre. *Vosotros* podéis echar a correr ante el peligro, si queréis; yo me quedaré y lucharé contra él.

—¿Cómo puedes luchar contra la radiación? —preguntó el hombre alto—. ¿Puedes atravesarla con una bala? ¿Puedes luchar contra un aire que ya no es bueno para respirar?

—Marchaos —dijo Naikosiai, que no tenía más respuesta a aquello que su convicción de que nunca abandonaría su hogar—. No os pido que os quedéis. No me pidáis que me marche.

—Es por tu propio bien, Naikosiai —urgió otro—. Si no te importa tu vida, piensa en la de tu esposa. ¿Cuánto tiempo podrá seguir respirando este aire?

—El suficiente.

—¿Por qué no dejas que decida *ella*?

—Yo hablo por mi familia.

Un hombre más viejo avanzó un paso.

—Ella es *mi* hija, Thomas —dijo severamente—. No permitiré que la condenes a la vida que has elegido para ti.

Y tampoco dejaré que mis nietos sigan aquí.

El viejo dio otro paso hacia el porche, y de pronto el rifle de Naikosiai estaba apuntándole.

—Ya has avanzado lo suficiente —dijo Naikosiai.

—Ellos son massai —dijo el viejo testarudamente—. Por lo tanto, deben venir con los demás massai a nuestro nuevo mundo.

—Vosotros no sois massai —dijo Naikosiai despectivamente—. Los massai no abandonaron sus tierras ancestrales cuando la fiebre hematúrica destruyó sus rebaños, o cuando vino el hombre blanco, o cuando el gobierno vendió sus tierras. Los massai nunca se han rendido. Yo soy el último massai.

—Sé razonable, Thomas. ¿Cómo puedes no rendirte a un mundo que ya no es seguro para que la gente siga viviendo en él? Ven con nosotros a Nuevo Kilimanjaro.

—Los massai no huyen corriendo ante el peligro —le dijo Naikosiai.

—Te advierto, Thomas Naikosiai —exclamó el viejo—, que no permitiré que

condenes a mi hija y a mis nietos a vivir en este agujero del infierno. La última nave parte mañana por la mañana. Ellos irán en ella.

—Ellos se quedarán conmigo, para edificar una nueva nación massai.

Los seis hombres murmuraron entre sí, y luego su líder miró a Naikosiai.

—Estás cometiendo un terrible error, Thomas —dijo—. Si cambias de opinión, hay sitio para vosotros en la nave.

Todos se dieron la vuelta para marcharse, pero el viejo se detuvo y se volvió hacia Naikosiai.

—Volveré a buscar a mi hija —dijo.

Naikosiai hizo un gesto con su rifle.

—Te estaré esperando.

El viejo se volvió de nuevo y se alejó con los otros, y Naikosiai regresó a su casa a través de la esclusa de aire. El suelo de baldosas olía a desinfectante, y la vista del televisor ofendía sus ojos, como siempre.

Su esposa lo aguardaba en la cocina, entre las docenas de utensilios que habían ido comprando a lo largo de los años.

—¿Cómo puedes hablar con esta falta de respeto a los Ancianos? —preguntó—. Nos has deshonrado.

—¡No! —restalló él—. ¡Ellos nos han deshonrado a nosotros, marchándose!

—Thomas, no puedes cultivar nada en los campos. Todos los animales han muerto. Ni siquiera puedes respirar el aire sin una mascarilla que lo filtre. ¿Por qué insistes en quedarte?

—Esta es nuestra tierra ancestral. No la abandonaremos.

—Pero todos los demás...

—Ellos pueden hacer lo que quieran —le interrumpió él—. En-kai los juzgará, como nos juzgará a todos. No temo enfrentarme a mi creador.

—Pero ¿por qué tienes que hacerlo tan pronto? —insistió ella—. Has visto las cintas y los discos de Nuevo Kilimanjaro. Es un mundo hermoso, verde y dorado y lleno de ríos y lagos.

—Hubo un tiempo en que la Tierra era verde y dorada y llena de ríos y lagos —dijo Naikosiai—. Ellos arruinaron este mundo. También arruinarán el siguiente.

—Aunque lo hagan, nosotros estaremos muertos mucho antes —dijo ella—. Quiero ir.

—Ya hemos discutido esto antes.

—Y siempre termina con una orden antes que con un acuerdo —respondió ella. Su expresión se ablandó—. Thomas, sólo una vez más antes de morir, quiero ver agua que pueda beber sin tener que añadirle productos químicos. Quiero ver antílopes pastando en amplios prados verdes. Quiero caminar al aire libre sin tener que protegerme del aire que respiro.

—Ya está decidido.

Ella agitó la cabeza.

—Te quiero, Thomas, pero no puedo quedarme aquí, y no puedo dejar que nuestros hijos se queden aquí.

—¡Nadie va a llevarse a mis hijos de mi lado! —gritó él.

—Sólo porque a ti no te importe *tu* futuro, no puedo permitir que niegues a nuestros hijos el *suyo*.

—Su futuro está aquí, donde siempre han vivido los massai.

—Por favor, ven con nosotros, papá —dijo una vocecita tras él, y Naikosiai se volvió para ver a sus dos hijos, ocho y cinco años, de pie en la puerta de su dormitorio, mirándole.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Naikosiai con suspicacia.

—La verdad —respondió su esposa.

Naikosiai se volvió hacia los dos niños.

—Venid aquí —dijo, y los dos cruzaron la habitación hasta él—. ¿Qué sois? —les preguntó.

—Niños —dijo el más pequeño.

—¿Y qué *más*?

—Massai —dijo el mayor.

—Correcto —asintió Naikosiai—. Procedéis de una raza de gigantes. Hubo un tiempo en el que, si subías hasta la cima del Kilimanjaro, toda la tierra que podías ver en cualquier dirección nos pertenecía.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —dijo el niño mayor.

—Algún día será nuestra de nuevo —dijo Naikosiai—. Tenéis que recordar quiénes sois, hijos míos. Sois los descendientes de Leeyo, que mató cien leones sólo con su lanza; de Nelión, que hizo la guerra contra los blancos y los expulsó de la Gran Hendidura; de Sendayo, el más grande de todos los *laibones*. Hubo un tiempo en que los kikuyu y los wakamba y los lumbwa temblaban de miedo sólo ante la mención de la palabra massai. Esta es nuestra herencia; no le volváis la espalda.

—Pero los kikuyu y las otras tribus se han marchado.

—¿Qué diferencia significa esto para los massai? No nos enfrentamos sólo contra los kikuyu y los wakamba, sino contra *todos* los hombres que vinieron a cambiar nuestras costumbres. Incluso después de que los europeos conquistaran Kenia y Tanganika, jamás conquistaron a los massai. Cuando llegó la independencia, y todas las demás tribus se trasladaron a las ciudades y vistieron trajes e imitaron a los europeos, nosotros permanecemos como siempre habíamos sido. Vestimos lo que quisimos y vivimos donde quisimos, porque nos sentíamos orgullosos de ser massai. ¿Acaso esto no *significa* algo para vosotros?

—¿No seguiremos siendo massai si vamos al nuevo mundo? —preguntó el niño

mayor.

—No —dijo Naikosiai rotundo—. Existe un vínculo entre los massai y la tierra. Nosotros la definimos, y ella nos define a nosotros. Por eso hemos luchado siempre y eso es lo que hemos defendido siempre.

—Pero ahora está enferma —dijo el niño.

—Si yo estuviera enfermo, ¿me abandonarías? —preguntó Naikosiai.

—No, papá.

—Del mismo modo que tú no me abandonarías en mi enfermedad, nosotros no abandonamos la tierra en *su* enfermedad. Cuando amas algo, cuando este algo forma parte de lo que tú eres, no lo abandonas simplemente porque se ponga enfermo. Te quedas, y luchas con más fuerzas todavía para curarlo de lo que luchaste para conseguirlo.

—Pero...

—Creedme —dijo Naikosiai—. ¿Os he engañado alguna vez?

—No, papá.

—Ahora tampoco os estoy engañando. Somos el pueblo elegido de En-kai. Vivimos en la tierra que él nos ha dado. ¿No veis que *debemos* quedarnos aquí, que debemos cumplir nuestra parte del trato con En-kai?

—¡Pero nunca volveré a ver a mis amigos! —lloriqueó el niño pequeño.

—Harás nuevos amigos.

—¿Dónde? —exclamó el niño—. ¡Todo el mundo se ha ido!

—¡Ya basta con eso! —dijo Naikosiai con voz dura—. Los massai no lloran.

El niño siguió sollozando contenidamente, y Naikosiai alzó la vista hacia su esposa.

—Mira lo que has *hecho* —recriminó—. Los has malcriado.

Ella le miró fijamente a los ojos, sin parpadear.

—Los niños de cinco años pueden llorar.

—No los niños massai —respondió él.

—Entonces ya no es massai, y no puedes poner ninguna objeción a que venga conmigo.

—¡Yo también quiero ir! —exclamó el niño de ocho años, y de pronto él también forzó unas lágrimas en sus mejillas.

Thomas Naikosiai miró a su esposa y a sus hijos —realmente los *miró*—, y se dio cuenta de que no los conocía en absoluto. Aquélla no era la sumisa doncella, educada en las tradiciones de su pueblo, con la que se había casado hacía nueve años. Aquellos niños que lloraban quedamente no eran los sucesores de Leeyo y Nelión.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Marchaos al nuevo mundo con el resto de los europeos negros —gruñó.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó su hijo mayor.

Naikosiai se volvió hacia su esposa.

—Me divorcio de ti —dijo fríamente—. Todo lo que hubo entre nosotros ya no existe.

Avanzó hasta situarse delante de sus dos hijos.

—Os repudio. Ya no soy vuestro padre, ya no sois mis hijos. ¡Ahora marchaos!

Su esposa puso las chaquetas y las mascarillas a los dos niños, luego se puso las suyas.

—Enviaré a unos hombres a por mis cosas antes de mañana —dijo.

—Si algún hombre entra en mi propiedad, lo mataré —dijo Naikosiai.

Ella le miró, una mirada de puro odio. Luego tomó a los dos niños de la mano y los condujo fuera de la casa, hacia la larga carretera que conducía hasta donde aguardaba la nave.

Naikosiai recorrió la casa arriba y abajo durante unos cuantos minutos, lleno de nerviosa furia. Finalmente se dirigió al armario, se puso su chaqueta y su mascarilla, tomó su rifle, y cruzó la esclusa de aire hasta la parte delantera de su casa. La visibilidad era mala, como siempre, y salió a la carretera para ver si venía alguien.

No había el menor signo de movimiento. Se sintió casi decepcionado. Había planeado mostrarles cómo protegía un massai lo que era suyo.

Y de pronto se dio cuenta de que así *no* era como un massai protegía lo suyo. Se dirigió al borde de la garganta, abrió el cargador del rifle y arrojó los cartuchos al vacío, uno a uno. Luego alzó el rifle por encima de su cabeza y lo lanzó tras ellos. La chaqueta siguió a continuación, luego la mascarilla, y finalmente sus ropas y sus zapatos.

Regresó a la casa y sacó aquel baúl especial que contenía todos los recuerdos de una vida. Allí encontró lo que buscaba: una tela roja. Se la colgó al hombro.

Luego se dirigió al cuarto de baño y rebuscó entre los cosméticos de su esposa. Tardó casi media hora en encontrar la combinación correcta, pero cuando salió su pelo era rojo, como si lo hubiera restregado con arcilla.

Se detuvo junto a la chimenea y bajó la lanza que colgaba allí. La tradición familiar decía que la lanza había pertenecido en su tiempo a Nelión en persona; no estaba seguro de creerlo, pero era definitivamente una lanza massai, ensangrentada muchas veces en la batalla y en las cacerías durante los siglos pasados.

Naikosiai salió por la puerta y se situó delante de su casa, su *manyatta*. Plantó sus pies desnudos en el sucio suelo, clavó el extremo inferior de su lanza al lado de su pie derecho, y se puso firme. Cualquiera que apareciese por la carretera —una banda de europeos negros con la esperanza de robarle sus posesiones, un león surgido de la historia, una banda de nandi o lumbwa acudidos a matar al enemigo de su sangre—, lo hallarían preparado.

Regresaron a la mañana siguiente justo después de amanecer, con la esperanza de convencerle de que emigrara también a Nuevo Kilimanjaro. Lo que hallaron fue al último massai, con los pulmones reventados por la polución y los ojos muertos mirando orgullosamente a través de la desaparecida sabana a algún enemigo que sólo él podía ver.

* * *

Solté el cartucho, casi agotadas mis fuerzas y vaciadas las emociones.

Así que de aquel modo había terminado el Hombre en la Tierra, probablemente a menos de un kilómetro de donde había empezado. Tan atrevido y tan estúpido, tan moral y tan salvaje. Había esperado que el último artefacto demostrara ser la última pieza del rompecabezas, pero en vez de ello sólo añadió otro misterio a la más pendenciera y fascinante de las especies.

Nada estaba más allá de su habilidad de conseguirlo. Uno tenía la sensación de que el mismo día que el primer hombre primitivo alzó la vista y vio las estrellas, los días de la galaxia como un paraíso de paz y libertad estuvieron contados. Y, sin embargo, salieron a las estrellas no sólo con sus ambiciones y sus odios y sus miedos, sino también con su tecnología y sus medicinas, sus héroes además de sus villanos. La mayoría de las especies de la galaxia habían sido pintadas por el Creador en tonos pastel: el Hombre era todo colores primarios.

Tenía mucho en que pensar cuando fui a mis aposentos para renovar mis fuerzas. No sé durante cuánto tiempo descansé, soñoliento y sin moverme, recobrando mis energías, pero debió de ser mucho tiempo, porque la noche había llegado y se había ido de nuevo antes de que me sintiera preparado para reunirme con el grupo.

Cuando salí de mis aposentos y me dirigí al centro del campamento oí un grito procedente de la garganta, y un momento después apareció el evaluador, con una gran bolsa estéril equilibrada sobre una carretilla flotante.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Bellidore, y de pronto recordé que la exobióloga había desaparecido.

—Casi temo adivinarlo —respondió el evaluador, y colocó la bolsa sobre la mesa.

Todos los miembros del grupo nos reunimos a su alrededor mientras empezaba a sacar objetos de la bolsa: un comunicador manchado de sangre y deformado; la sombrilla flotante, ahora rota, que la exobióloga usaba para proteger su cabeza de los rayos del sol; un trozo desgarrado de tela; y, finalmente, un único y pulido hueso blanco.

Al instante mismo en que el hueso estuvo puesto sobre la mesa, la mística empezó a gritar. Todos nos quedamos inmóviles, repentinamente impresionados, no sólo por lo brusco de su reacción, sino porque aquél era el primer signo de vida que mostraba

desde que se había unido al grupo. Siguió mirando al hueso y gritando, y finalmente, antes de que pudiéramos interrogarla o retirar el hueso de su vista, se derrumbó.

—Supongo que no hay muchas dudas acerca de lo ocurrido —dijo Bellidore—. Las criaturas atraparon a la exo-bióloga en alguna parte en su descenso garganta abajo y la mataron.

—Probablemente también...

—... la devoraron —dijeron los Gemelos Polvoestelar.

—Me alegro de que nos marchemos hoy —continuó Bellidore—. Incluso después de todos estos milenios, el espíritu del Hombre sigue corrompiendo y degradando este mundo. Estas torpes criaturas no pueden ser depredadoras: no quedan animales que cazar en la Tierra. Pero, cuando se les presentó la oportunidad, cayeron sobre la exobióloga y consumieron su carne. Tengo la inquietante sensación de que, si nos quedamos mucho más tiempo, también nosotros nos veremos corrompidos por la bárbara herencia de este mundo.

La mística recobró la consciencia y empezó a gritar de nuevo, y los Gemelos Polvoestelar la escoltaron gentilmente de vuelta a sus aposentos, donde le administraron un sedante.

—Supongo que podemos hacerlo oficial —dijo Bellidore. Se volvió al historiador—. ¿Tendrás la bondad de comprobar el hueso con tus instrumentos y asegurarte de que son los restos de la exobióloga?

El historiador contempló el hueso, lleno de horror.

—¡Ella era mi *amiga*! —dijo al fin—. No puedo tocarlo como si fuera sólo otro artefacto.

—Debemos tener la certeza —dijo Bellidore—. Si no es una parte de la exobióloga, entonces hay una posibilidad, aunque sea pequeña, de que nuestra amiga pueda estar viva todavía.

El historiador tendió tentativamente una mano hacia el hueso, luego la retiró con una sacudida.

—¡No puedo!

Finalmente, Bellidore se volvió hacia mí.

—El Que Observa —dijo—. ¿Tienes la fuerza necesaria para examinarlo?

—Sí —respondí.

Todos se apartaron para dejarme sitio, y dejé que mi masa se extendiera lentamente sobre el hueso y lo envolviera.

Asimilé su historia y digerí sus residuos emocionales, y finalmente me aparté de él.

—Es la exobióloga —dije.

—¿Cuáles son las costumbres funerarias de su especie? —preguntó Bellidore.

—La cremación —dijo el evaluador.

—Entonces encenderemos un fuego e incineraremos lo que queda de nuestra amiga, y cada uno ofrecerá una plegaria para enviar su alma a lo largo del Sendero Eterno.

Y eso fue lo que hicimos.

La nave llegó un poco más tarde aquel mismo día y nos sacó del planeta, y es sólo ahora, extirpado al fin de su influencia, cuando puedo reconstruir lo que averigüé aquella última mañana.

Mentí a Bellidore —a todo el grupo—, porque una vez hecho el descubrimiento me di cuenta de que mi principal deber era sacarlos de la Tierra tan pronto como fuera posible.

Si les hubiera dicho la verdad, uno o más de ellos hubieran deseado quedarse, porque son científicos con mentes curiosas e inquisitivas, y jamás hubiera podido convencerles de que una mente curiosa e inquisitiva no puede enfrentarse a lo que descubrí en mi séptima y última vista de la garganta Olduvai.

El hueso *no* formaba parte de la exobióloga. El historiador, o incluso El Moriteu, se hubieran dado cuenta inmediatamente de ello de no estar demasiado horrorizados para examinarlo. Era la tibia de un *hombre*.

El hombre lleva extinto cinco mil años, al menos por todo lo que saben de ello los ciudadanos de la galaxia. Pero esas torpes y desmañadas criaturas de la noche, que parecían sentirse atraídas hacia los fuegos de nuestro campamento, son aquello en lo que el Hombre se ha convertido. Ni siquiera la polución y las radiaciones que se extendieron por todo su planeta fueron capaces de matarlo. Simplemente lo cambiaron hasta un punto que ya no fuimos capaces de reconocerlo.

Supongo que hubiera podido decirles los hechos simples: que una tribu de esos pseudo-hombres acecharon a la exobióloga mientras descendía por la garganta, la atacaron y la mataron y, sí, la devoraron. Los depredadores no son algo desconocido en los mundos de la galaxia.

Pero cuando me hice uno con la tibia, cuando la sentí caer y estrellarse una y otra vez contra la cabeza y los hombros de nuestra compañera, capté una sensación de poder, de exultación, que jamás antes había experimentado. De pronto tuve la impresión de ver el mundo a través de los ojos del que empuñaba el hueso. Vi cómo había matado a su propia compañera para crear esa arma, vi cómo planeaba saquear los cuerpos de los viejos y los enfermos para conseguir más armas, vi visiones de conquista contra otras tribus que vivían cerca de la garganta.

Y finalmente, en el momento del triunfo, él y yo alzamos la vista hacia el cielo, y supimos que algún día todo lo que podíamos ver sería nuestro.

Y éste es el conocimiento con el que he vivido durante dos días. No sé con quién compartirlo, porque es patentemente inmoral exterminar una especie simplemente a

causa de la enormidad de sus sueños o lo despiadado de su ambición.

Pero ésta es una especie que se niega a morir, y de alguna forma tengo que advertir al resto de nosotros, que han vivido en armonía durante casi cinco milenios.

La cosa no ha terminado.

DE OTRO TIEMPO, MI AMOR

Rick Neube

1

Era una tradición.

La LONI amarró en Lima Polis y Gwen tomó la siguiente lanzadera de la Greyhound para Nueva Dearborn. Cuatro veces a la semana la lanzadera amarraba en nuestra ciudad orbital a las 20:00 horas. Puesto que Gwen se negaba a luchar con las ubicuas interferencias electrónicas de una señal que probablemente no nos llegaría, yo acudía a esperarlas todas empezando cuatro meses después de la última partida de la nave. Era como aguardar un regalo de Navidad.

A veces, leía mientras esperaba.

A veces...

Una bandada de quinceañeros entró rugiendo en la estación. Venían de la zona de los muelles, quebrantando todas las reglas del libro, entre ellas el bloquear abiertas ambas puertas de la esclusa de aire. Sonreí, recordando las alegrías de mi propia y turbulenta juventud en Marte. La sabiduría de mis años me permitió apartarme de su camino sin mirarlos mientras me retiraba. Enterré la nariz en mi lector sin dejar de mantener un ojo clavado en ellos.

Se lanzaron sobre un hombre de negocios que derribó a uno con su maletín antes de que los otros siete lo dejaran en cueros vivos y lo echaran fuera de la estación sin dejar de ridiculizarle ni un momento. Puesto que eran adolescentes socialmente ajustados, repartieron equitativamente entre ellos el contenido de la billetera del hombre. Equitativamente, ni más ni menos. Eso no ocurría a menudo en mis días.

La gente comprobó sus relojes y midió el tiempo transcurrido frente a los 40 minutos requeridos para la llegada de los polis. Una joven flacucha, con el pelo violeta puesto de punta gracias a toneladas de spray, señaló a una mujer de aspecto apacible. Se lanzaron en un hervor hacia ella, pero se detuvieron en seco cuando la Ciudadana Apacible extrajo una ilegal pistola de su bolso y les sonrió.

Se dirigieron entonces hacia una abuelita, pero el fornido controlador de billetes emergió de detrás de su mostrador con una gruesa tubería de plomo en la mano. Cada acción provocó una reacción igual y opuesta. Se apresuraron hacia otro lado.

Frustrado, un musculoso chico derribó un bidón de basura y esparció su contenido por el suelo.

La bilis marciana frió mi lengua.

—Un momento aquí, pibo. Echar basura va contra la ley.

El chico modelo de póster sobre abuso de esteroides rugió como un dinosaurio y me lanzó el bidón. Lo esquivé. La adrenalina golpeó mis arterias. Aunque la Sección de Inteligencia trabajaba para la policía, no disponíamos de distintivos. No tenía nada

que exhibir cuando cargó contra mí.

De todos modos, tenía mi guante Falk. Metí la mano en la chaqueta, me lo puse, y recé para que las baterías todavía estuvieran cargadas. Esquivé el primer golpe y agarré con el guante su tatuado antebrazo. Se retorció. Se elevó una pequeña voluta de humo blanco que olía a pelo y a tocino quemados. La corriente eléctrica era inadecuada para derribar a aquel toro de hombre, pero por fortuna fue suficiente para frenarlo un poco.

Una moneda de un ned apenas tenía valor como elemento de cambio. Sin embargo, un cartucho de 25 monedas pesaba medio kilo. Formaban un pequeño y compacto refuerzo dentro de mi puño no enguantado. Hicieron un fuerte ruido sordo sobre la cabeza de Ciudadano Esteroides. Se derrumbó como Goliat.

—¡VOSOTROS! —grité al resto de la pandilla—. NO vivimos en una cloaca. Podéis razziar las calles todo lo que queráis. Podéis lobar todo lo que queráis porque sois jóvenes y eso es lo que hacen los jóvenes. PERO nada de echar basura. ¡RECOGED! —Pateé al Ciudadano Esteroides—. ¡TODO! —Pateé al jodido matón de nuevo. Esta vez gritó—. ¡TÚ, ARRIBA!

No pudieron moverse más aprisa.

A veces tenías que parales los pies a esa basura.

2

Es una tradición.

La LONI amarra en Lima Polis y Gwen toma la siguiente lanzadera de la Greyhound para Nueva Dearborn.

Cuando se desliza como si estuviera patinando rampa abajo nos saludamos con la mano el uno al otro. No nos tocamos. Gwen odia las exhibiciones públicas. En vez de ello, caminamos los largos kilómetros dentro de nuestra ciudad cilindro hasta Lee Hall. Ella me habla de su viaje. Zoe y Edgar mantienen el Tambrini's abierto sólo para nosotros. Cenamos pasta a la luz de las velas eléctricas mientras la gente del restaurante se prepara para el trabajo de mañana.

Caminamos más kilómetros hasta casa. Nunca me doy cuenta de la distancia, aunque mis pies estarán tiernos y doloridos durante días. Olvido nuestros cuatro

meses de separación en el momento mismo en que termino de contarle las últimas habladurías locales. Todo lo que veo son sus ojos, que cambian de color en respuesta a la luz ambiente.

Me considero afortunado si consigo dormirme a las 05:00. Dos veces al año esta tradición me envejece una década.

—Llegarás tarde —susurró en mi oído.

Palabras mágicas. Mi cuerpo saltó de la cama como un cohete. Las células de mi cerebro, llenas de hilachas, volvieron a cargar la realidad. Mis doloridos pies me llevaron al cuarto de baño. Unas manos hormigueantes salpicaron agua de la ducha contra mi rostro.

De vuelta al dormitorio, choqué con una pared que saltó delante de mí. El armario se negó a abrirse; necesité una palanca para motivar al testarudo panel. Una horrible chaqueta luminosa que Gwen me había regalado por Navidad había emigrado misteriosamente a la parte delantera de la barra. Salté dentro de unos gastados pantalones de franela y me metí en un pullover Ibmer. Los ojos de Gwen carbonizaron mi espalda, así que me puse, de mala gana, la chaqueta. Su resbaloso plástico hizo que se me erizara la piel. El calor corporal la inspiró a resplandecer en un color amarillo brillante. Mis hinchados pies apenas encajaron en mis zapatillas.

Gwen se sentó a los pies de la cama, observando y riendo.

—En el Espacio aprendemos a ser rápidos.

Gruñí algo vulgar. Me irritaba la forma en que vocalizaba la palabra «espacio», con una bien marcada «S» mayúscula. Uno pensaría que era alguna bendita deidad de antaño. Jodido ego espaciano.

Mi vejiga radió una advertencia con 10 segundos de antelación. Corrí al váter, y eso hizo que mis entrañas se unieran al rugir. Llenar el depósito del váter con el agua de la bañera tomaría demasiado tiempo. Inserté mi tarjeta bancaria en la ranura y compré agua para el vaciado.

Aquello hizo que mi humor quedara hecho unos zorros. Normalmente aguardaba a usar el váter en el trabajo. Allá el gobierno se hacía cargo del precio de la descarga. Esta disrupción en mi rutina me dejó malhumorado. En unos pocos días la transición sería historia. Recorrería suavemente toda mi rutina con Gwen hasta que ella embarcara de nuevo. «Mi gran época del año», se burlaban los eruditos en el trabajo.

—No olvides la bolsa de la compra, Josh. Quiero verduras frescas con la cena esta noche. Haz unos tratos con el mercado negro para mí —me pinchó, y su risa sonó como el tintineo de delicados vasitos de cristal. Su buen humor por la mañana conseguiría un día de éstos que la estrangulara.

—Nada de mercado negro. Nada ilegal. En el peor de los casos mercado gris, pero eso es algo así como semilegal —contraataqué, con la voz ronca tras horas de susurrarle cosas.

La besé antes de que se arrastrara de nuevo bajo las revueltas sábanas para reanudar su sueñomaratón. Dormir eran sus principales vacaciones en casa. Estudié la forma como se deslizaba, hipnotizado por su lánguida gracia. Si mis pies consentían en arrastrarme hasta la habitación tenía que saltar a la cama para otro beso.

Su talego de lona estaba en nuestra combinación de sala de estar/cocina/invernadero. Metí la cabeza dentro del domo de plástico para rociar de solución nutritiva mi cosecha de puerros y hierbas. Las plantas se habían marchitado un poco, deprimidas por el regreso de Gwen. Cuando ella estaba fuera pasaba horas enteras dentro del domo hablándole a mi cosecha para compensarla por ignorarla mientras mi esposa estaba en casa. Me disculpé y sellé el domo.

El brillo de mi chaqueta hizo que la lona verde del talego rielara. Mi estómago se revolvió. Toqué la bolsa mágica y me sentí mejor. A menudo fantaseaba acerca de cómo ella llenaba su talego, y seguía a Gwen con mi imaginación mientras peregrinaba por incontables tiendas en el Hábitat Deimos seleccionando meticulosamente sólo la mejor mercancía. En realidad, dedicaba once minutos por viaje en el duty-free para llenar el talego, pero esa fantasía no era divertida.

Abrí el talego y derramé cuidadosamente su contenido sobre el desgastado diván. Sorprendería a mi espaciana saber lo radicalmente que estos artículos impactaban en nuestras vidas. Ella nunca experimentaba las carencias o las endémicas colas o la interminable espera por el privilegio de usar tu tarjeta de racionamiento.

Podía dar palabra de ello.

Las delgadas lonchas de jamón me hicieron jadear. Quince kilos de auténtica carne me podían costar un mes de sueldo, suponiendo que pudiera encontrar tanta carne a la vez. Mi mal humor se evaporó ante la vista de Navidad en septiembre.

—Llegarás tarde —brotó la sonriente alerta desde el dormitorio.

—Lo sé, lo sé —gruñí, mientras metía un kilo de café Nok en mi saco de hombro. Trasteé con las correas del talego, enredadas como de costumbre.

Mi estómago me pidió que robara una salchicha ahumada. El sabor, el aroma de las especias y la grasa resbalando por mis dedos me teleportaron a un cobertizo detrás de la casa de Tolliver. Hacían las mejores salchichas de Marte. Mi sonrisa se amplió mientras recordaba mi primer e inepto robo. El crimen me había reportado una docena de salchichas.

Bajé por el hall, eludiendo zombis disfrazados de peatones, y apenas alcancé la estación a tiempo. La gente no dejó de mirarme mientras devoraba la salchicha dentro del zumbante bala. Ojos muy abiertos. Ojos codiciosos. Intentaban hacerme sentir culpable. Ni lo soñarán. En la puerta adopté la pose de un hombre que trabaja duro preocupado por un caso antes de penetrar en las oficinas.

Liz me sonrió desde detrás del monstruoso escritorio que formaba una barrera ante la Sección de Inteligencia. Dibujó una runa en el aire con sus largas uñas y dio

unos golpecitos a su reloj.

—Josh, llegas treinta y ocho minutos tarde, así que Gwen llegó ayer noche. ¿Correcto? Tienes mal aspecto, meka. Dile que la saludo. ¿Has olvidado algo?

Le saqué la lengua antes de empezar a serpentear por el bosque de escritorios. Tiras de luz de un muchillón de vatios, diseñadas por un sádico, quemaron mis ojos.

Karl me hizo una seña con la mano. Fui directamente a su escritorio, frotándome el cuello para examinar la vacía y cavernosa estancia. Abrí la cremallera de mi saco de hombro y dejé caer el café en su cajón abierto, al tiempo que susurraba mi petición de verduras. Karl olió el café antes de tomar el teléfono para llamar a su hermano. El granjero Jay dejaría caer un saco de verduras aún sucias de tierra en mi apartamento.

¡El chico de Ma Steryn no iba a tener que hacer cola hoy!

El rostro de Karl poseía esos ángulos duros, esos ojos profundamente hundidos, que mi imaginación asociaba con los asesinos en oscuros callejones. Aparte su rostro culpable, no tenía ninguna prueba de que Karl hiciera algo ilegal. ¿Cómo podía saber si las verduras de Jay eran robadas de los campos de la polis o procedían de su jardín particular?

Yo no sabía nada. Dormía mejor de esta forma.

Me dejé caer en mi confortable sillón y revisé los mensajes en mi ordenador. El memo cotidiano acerca de las leyes sobre la intimidad parpadeó en mi pantalla. Lo eché a un lado. Fue reemplazado por un contrato matrimonial a medio completar. Mi péndulo emocional volvió a su lado deprimido. Tomé el teléfono y bayoneteé los botones.

—¡Mira, Shirl, tenemos que hablar!

—Por supuesto, te la enviaré enseguida —respondió la voz equivocada.

—Ohhh, lo siento, Ted. —Me di una palmada en la frente. Era embarazoso cruzar la línea con la del esposo, sobre todo si era uno al que conocías. Este día no podía ir ya mucho peor.

—Tranqui, pibo. ¿Cómo te van los asuntos en la poli? ¿Tienes algún buen chanchullo?

—No soy poli —ladré, llenando mi lado de la línea—. ¿Cómo te van los asuntos de alcahuete?

—No soy alcahuete. Mi servicio de citas es una franquicia reconocida en todo el Sistema Solar. Ingresé 170K el último año.

Su humor mejoraba considerablemente cuando sus beneficios entraban en la conversación. En las fiestas te conducía por toda la habitación informándote del coste de cada molécula que la componía. Lo cual explicaba por qué yo no asistía a sus fiestas.

—¿Vas a ir a Aureliano's el martes? Me gustaría una revancha.

—Me llevaré tu dinero. Enfréntate a ello, tú *juegas* al ajedrez, yo hago la guerra

en el tablero. Quedas descartado.

¿Estaba el ned que me ganó una vez enmarcado encima del teléfono?

La estática resonó en el auricular.

—¿Cuándo será la boda? Tengo libre el domingo. —Shirl poseía una voz desafortunada. Sólo los perros y las instalaciones de radar podían oírla cuando estaba excitada.

—Mira, Shirl, no vamos a casarnos. Una esposa ya es demasiado, mucho demasiado para mí. Cinco maridos deberían de ser suficientes para ti. Nos lo pasamos bien. ¡UNA VEZ! ¿Por qué estás haciendo de esto algo que no es?

—Conozco a los tipos como tú, Steryn. Quisiste usarme para conseguir un puesto permed. ¡Eso es lo único que te importa! —restalló, y adoptó un tono de furiosa conferencia. Como anterior directora de nuestra unidad había pasado horas enteras bramando sobre el asunto del día, ya fuera éste las largas comidas, el absentismo o los artículos olvidados del sacrosanto código del vestir de Seguridad. Despotricaba alegremente durante una hora acerca de habernos tomado cinco minutos de más en la comida.

—Si mi memoria sirve para algo, fuiste tú quien apareció en *mi* puerta completamente borracha y vestida sólo con pintura al spray. Mira, pasamos un rato de fábula. ¿Por qué estropearlo? Yo sabía que ibas a ser transferida a ComInt. Esa es la única razón por la que dejé... Quiero decir, yo... Una noche de jadeante lujuria no es una relación.

—Tenemos química. Es la misma química que tengo con todos mis maridos. Nos seas cerdo, Josh. Sólo se trata de un contrato de un año. Un año pasa en un abrir y cerrar de ojos. Corre el riesgo.

—¡No me importa ni que sea un contrato de una *semana*! No estoy en el mercado para otra esposa. ¡UNA es mi cuota máxima!

—Eres un capullo pasado de moda. Me gusta eso en un hombre. Vayamos a comer juntos y hablemoslo como dos adultos.

¿Cuándo había perdido yo el control de la situación? La lunática sonaba razonable y yo sonaba como un payaso. ¿Por qué yo? ¿Por qué la había dejado entrar en mi apartamento? En aquel momento *yo* no estaba ni *tan* solitario ni *tan* borracho.

—Shirl, lo siento. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Hoy tengo la comida muy atareada, y el viernes, y toda la semana, y siempre.

—¿Qué quieres decir, idiota? Hoy es viernes.

—¡Oh, mierda! —ladré, y me di otra palmada en la frente. Deseé tener un martillo para ello. Una buena concusión hubiera sido una excusa válida por ser estúpido.

—Jooosh, ¿has ido a trabajar de nuevo a la oficina equivocada? Te advertí al respecto. Si no vas con cuidado, eso acabará reflejado de forma permanente en tu

historial.

—Voy a tener que correr —grité, mientras agarraba mi saco de hombro y me lanzaba hacia la salida.

3

—¿Por qué no me lo dijiste? —le ladré a Liz en mi camino hacia fuera. Se encogió de hombros y sonrió.

Probablemente había alguna apuesta detrás de su silencio. ¿Cuándo aparecería el viejo Josh en la oficina equivocada?

Fox Hall, como todos los halls, era una estructura en forma de donut dentro del casco cilíndrico exterior de mi ciudad. Mi otro trabajo estaba en el lado opuesto del hall. Me apresuré a la estación del tubo y agarré la primera eslinga. En vez de asegurarla alrededor de mi cintura me limité a agarrarla fuertemente con las manos. Tiró de mí directamente hacia la oscuridad. Cuanto más lejos de la piel exterior de la polis giratoria, menor mi peso. Pateé confusamente la banda de baja/no gravedad marcada por las luces rojas. En el camino hacia abajo hice unas cuantas flexiones mientras me iba notando cada vez más pesado, siguiendo las órdenes del médico de hacer más ejercicio.

Viernes.

Maldije al Consejo por crear el programa de trabajo compartido. Se suponía que era una medida temporal cuando la política fue implantada el año anterior. Cuando fue sometida a referéndum yo estuve entre el 32% que dijo no.

Comprendía el problema presupuestario. Sin embargo, hubiera preferido un recorte de los salarios. En vez de ello, trabajaba tres turnos de nueve horas en la Sección de Inteligencia, y turnos de 10 horas cada martes y viernes en el Comité de Impuestos. No me hubiera importado recibir un cheque de paga de 40 horas por 47 horas de trabajo. Me sentía lo bastante patriótico como para arrimar el hombro y compartir la carga. Si eso servía para evitar a Nueva Dearborn otra bancarrota, estupendo.

Lo que odiaba era la confusión de tener dos oficinas para mis dos trabajos. Hubiera podido hacerlos ambos desde un mismo terminal, un mismo escritorio,

¡UNA MISMA oficina!

Jadeé hall abajo, y alcancé el Complejo de Impuestos muy por delante de mis pulmones. El pensamiento de soportar otra reprimenda por llegar tarde retorció mi estómago asolado por la salchicha.

Jeff retorció su largo pelo rojo alrededor de sus largos dedos rojos con una sonrisa esculpida en su teñido rostro. Sus teñidos ojos bebieron de mi resplandeciente chaqueta, sin duda apreciando su críptica afirmación de moda. Hizo chasquear los labios y señaló el reloj.

—Gwen debe de haber vuelto a la ciudad. Oh, no te preocupes, pareces una ciruela pasa cuando frunces la cara de este modo. Lev tiene reuniones todo el día. Y algún insolente bribón ya ha fichado por ti.

—¿Por qué todo el mundo está tan malditamente contento hoy? Gracias por cubrirme, Jeff.

Otra deuda. Aquello completaba el día.

Me apuré a mi escritorio, la misma monstruosidad de plástico barato producida en masa que recibíamos todos los lacayos. El contrato de matrimonio que aguardaba en esta pantalla desapareció con un golpe de teclado. Deposité mi saco de hombro e intenté hallar una posición cómoda en el potro de tormento camuflado arteramente como silla.

Inserté mi cristal de trabajo en el drive B del terminal para ver dónde había terminado el martes. ¡Bingo! Clyde Morgan Urley era un hombre atareado, que poseía un restaurante en Lee Hall, una floristería y una firma de import/export. Por supuesto, esto no me engañaba. Había efectuado una búsqueda exhaustiva de documentos sobre el hombre hacía unos meses en mi trabajo con Inteligencia.

El Sargento Detective Michaels sabía que Urley era un importante contrabandista. Yo no había conseguido hallar un solo papel que le inculpara, pero estaba de acuerdo con Michaels. Su dossier era demasiado, demasiado limpio. Michaels hizo su apuesta. Se realizó una incursión en las tres firmas y las cuatro residencias privadas relacionadas con Urley. Se confiscaron una docena de libros que no habían pagado impuestos, un frasco de mermelada de melocotón sin el sello de importación y 20.000 neds en monedas extranjeras prohibidas, pero ni una sola prueba. Urley pagó una multa de 10.000 neds. Michaels perdió sus galones y vio embargada su pensión para pagar el coste de las incursiones fracasadas.

Por mucho que me desagradara Michaels, pensaba que aquello no había sido justo.

Esto iba a ser un placer. Un raro placer. Normalmente este trabajo me tenía lanzándome sobre pobres viudas ciegas de 90 años porque habían olvidado informar de los intereses de algunos bonos Confeds o de sus dividendos de las acciones de la Comisión de Comercio.

Tomé un destornillador de mi saco de hombro yforcé el cajón del fondo de mi escritorio. Mi ordenador personal portátil Chrysler-Lenin podía conectarse a mi equipo de sobremesa. Más o menos. Rebusqué entre los conectores en el cajón, uní uno a mi CL, lo enchufé a un jumper, enchufé éste a otro adaptador que encajaba con mi adaptador IBM. Los datos de Urley fueron alimentados directamente a la EPROM del CL. Comprobé que había hecho una copia del dossier del caso, deslicé el portátil en mi saco de hombro y me levanté para irme.

—¿Atareado como la abeja proverbial?

Me sobresalté. ¿Cuánto tiempo llevaba Grace de pie a mis espaldas? La semiella sonrió y exhibió una hilera de rubíes insertados en sus dientes azules. Su pelo rubio tenía el deslustrado color de lo auténtico. Era casi lo único que quedaba del equipo original de Grace. Sus uñas repiquetearon sobre mi escritorio. Eran de acero, una necesidad dados sus gustos en los clubs nocturnos.

—Vaya tipo, meka. Estos tejanos fueron hechos para ti. Yum —bromeé, e hice chasquear los labios.

—Quiero pasar las vacaciones de este año en Marte. Quizá pudiéramos vernos en algún momento y me aconsejas sobre un itinerario. Quiero ver el *auténtico* Marte.

—Si quieres saborear el auténtico Marte, no tienes ni que abandonar la capital. Stanton County tiene de todo. El distrito de Las Vegas excitará tu saciada sangre.

Grace era de Nassau Polis, aunque no parecía una elecinco. El molino de los rumores decía que le habían dado a elegir entre la cárcel o la inmigración a causa de alguna desconocida acusación sobre moralidad. El molino hablaba mucho también de sus peculiares juegos. No era que me sintiera lo bastante curioso para investigar. A Grace le gustan los juegos duros, y yo me arañó fácilmente.

Se lamió los labios agrandados con colágeno.

—Quizá pudiéramos cenar juntos. Yo invito.

Hubiera podido dejar a Grace colgando del anzuelo, pero el caso Urley había mejorado mi humor.

—Gwen volvió a casa ayer por la noche. Dicho esto, ¿por qué no vienes a casa el próximo martes conmigo y cenamos los tres juntos? Primero tengo que hablarlo con Gwen, pero no veo que haya ningún problema.

Grace irradió. El repentino color que se extendió por su pálida piel reaccionó mal con la luz arrojada por mi chaqueta y le proporcionó una tonalidad verdosa.

—¿Crees que a Gwen no le importará? —La timidez era un tono curioso de voz para nuestra dama de las tiras de cuero.

Adopté una expresión pensativa e hice una pausa dramática extra larga. Despertaba mi curiosidad el que ninguna de las dos se hubiera molestado en mencionarme nunca el año que habían compartido la misma dirección. No podía concebirlas como amantes, pero... Quizá Grace consiguiera que Gwen hablara de su

misterioso pasado. Sólo eso valdría el precio de la admisión.

—Hablaré con ella y te diré algo.

—Josh, realmente deberías hacerte un implante —dijo, y agitó el cable que colgaba detrás de su oreja—. Vas a quedarte ciego mirando estas pantallas baratas. Son un peligro para la salud.

—No, las máquinas y yo no nos llevamos muy bien. Mis sesos se pasarían demasiado tiempo en la tienda.

Sacudió la cabeza, más ordenador que materia orgánica. Deseché con un gesto toda esa mierda publicitaria acerca de salir al encuentro del futuro a medio camino. Si el futuro me quería, tendría que venir él a buscarme.

Mis pies tenían ganas de bailar en su camino a la estación del bala. Me sentía tan bien que envié al diablo mi presupuesto y compré un cigarrillo y una taza de sopa de arvejas a un vendedor en la estación. Pasaron dos balas mientras daba cuenta de mi recompensa.

Luna Hall estaba situado en el extremo norte de la polis. (Gwen se ponía lívida cuando usaba la terminología norte-sur. Los espacianos prefieren términos más precisos. Por qué el lado de Júpiter del cilindro era llamado sur y el lado del espacio norte constituía uno de esos misterios de la vida, como los camarones gigantes y los políticos honrados). El hall tenía un auténtico nombre, pero desde siempre había sido vendido en masa a los lunares que huían de los gobiernos represivos de sus hábitats, así que la gente lo llamaba Luna Hall.

Resultaba difícil imaginar que el techo del amplio pasillo de paredes de aluminio estaba recubierto por metros y metros de desechos orgánicos, polvo del anillo y barro importado. A diez metros por encima de mi cabeza se extendían hectáreas de maíz. Muy por encima de eso parpadeaba el campo Jensen que mantenía nuestras reservas de agua a lo largo del eje de baja/no gravedad.

Tan bien construido. Tan bien planificado. Desafiaba la lógica el que un edificio tan imponente pudiera andar a tropezones de un extremo de la bancarrota al siguiente.

Un paseo de dos kilómetros desde la estación proporcionaba tiempo suficiente para una digestión adecuada. El aire parecía más fresco en los halls del norte. Estos halls habían sido perfectamente cálidos hasta que un caso de suicidio me llevó a todavía no terminado amarradero del extremo norte de la polis. Debido a una epidemia de gripe no había detectives disponibles, de modo que fui reclutado para ocuparme del asunto. El arbitraje que me entregaron era defectuoso. Los 15 minutos que pasé en el lugar de la muerte de la pobre mujer causaron un desagradable caso de congelación en los dedos de mis pies.

Gwen todavía me lo recordaba. Los espacianos comprobaban siempre sus trajes.

Urley vivía en el cuarto cuadrante del hall, en una suite, no un mero apartamento para nuestros ricos expatriados lunares. Pulsé el timbre una vez y aguardé

pacientemente. Los marcianos han desarrollado a la gente más educada del sistema, un tributo a nuestra herencia montañesa, ya sean los Apalaches, los Kurdi o los Pirineos.

La puerta se abrió con un siseo. El tatuaje en su pecho derecho la identificaba como Miriam. Su informal desnudez y su belleza quirúrgicamente perfecta la identificaban como una kellen. Cada año, centenares de personas jóvenes se vendían a cambio de cirugía gratuita, educación, y la oportunidad de convertirse en la niña de los ojos de algún multimillonario. ¿Había arreglado el amigo Ted su «visita» a través de su exclusivo servicio de citas?

Exhibí mi TI.

—Hola, soy Josh Steryn, de la Sección de Subinformes del Comité de Impuestos. Estoy aquí para charlar con Clyde Urley.

Unos alegres ojos grises me pidieron que sonriera. Lo hice.

—¿Se llama Clyde? —preguntó con una voz algo ronca que traicionaba un asomo de acento. ¿Eslavo meridional?

—¿Tiene una orden? —preguntó el hombre gordo estrujado detrás de su «cita».

—Hoy soy Recaudador, de modo que no necesito una orden. Mira, Urley, si quieres que juguemos duro, podemos tener esta entrevista en una jodida celda de la cárcel.

—¡Espere un momento, usted es un POLI! ¡No puede engañarme!

Me metí en la suite, medio azarado al tener que restregarme contra la kellen.

—Llama al Directorio de Funcionarios. Hoy soy un Recaudador, pibo. Lo llaman programa de trabajo compartido, uno de nuestros planes de reducción de presupuesto.

Lo aparté a un lado, lo cual no dejaba de ser una pequeña hazaña teniendo en cuenta que su masa doblaba la mía. Entré en la palaciega sala de estar, me dirigí directamente hacia el mueble-bar de roble y me serví una buena ración de brandy Nok. Urley se apresuró a poner bien los pliegue de su bata de piel. En tiempos de Creta los minotauros debieron de tener la misma expresión.

—Seguridad la pifió cuando intentaron demostrar que eras un contrabandista y uno de los capos del mercado negro. Esto es un asunto diferente, Urley.

Saqué mi CL y pulsé cuidadosamente sus diminutas teclas con la punta de mi bolígrafo. Una vez hube localizado un adaptador inductivo en mi saco de hombro, coloqué el portátil encima de su terminal y conecté el adaptador. El contrabandista daba vueltas a mi alrededor para ver lo que estaba metiendo en su ordenador. Nombres, fechas y cantidades empezaron a desfilar por la pantalla.

—Esto son tus gastos personales del año pasado. Informaste unos ingresos brutos de 116K. ¿Estás familiarizado con la reglamentación del pasado año del Tribunal de la Polis? ¿El Comité de Impuestos contra Trisys, Inc.? Creó una fórmula que podemos usar en casos como el tuyo. Puede que sea arbitraria, pero es la Ley.

—¿Qué demonios? —estalló el perdedor mientras estudiaba la pantalla.

—Sí, los traficantes de drogas nos informan de sus ventas. Si demostramos que no lo hicieron, los llevamos a los tribunales de impuestos. El tráfico de drogas significa una sentencia de cinco años como máximo. La evasión de impuestos veinte años como mínimo. ¿Cómo se te pasó eso?

El brandy era delicioso. Metí la mano en su humidificador y cogí un puñado de cigarros mientras su rojiza complexión se volvía blanca. Quizá estaba a punto de tener un infarto.

—Esto es hostigamiento. ¡Sólo soy un pobre hombre de negocios!

—Ahórrate toda esta mierda. Tengo 1.500.000 de gastos demostrados aquí. Utilizando la fórmula aprobada por los tribunales, eso equivale a 2.700.000 de ingresos brutos, pero tú fuiste codicioso y sólo informaste de 116K. Eso fue un terriiiiible error, Clyde. —Dejé que las cifras avanzaran en silencio en la pantalla, gozando con su nerviosismo.

—Tiene que haber algún error aquí. —Me miró con unos ojos como cuentas. Su tic facial calentó mi alma.

—No es probable, pibo. Si empezamos a jugar duro, rellenaré una petición oficial con los Confeds. A los funcionarios de impuestos les encanta compartir la info. Pediremos que informen de *cualquier* ingreso producido fuera de Nueva Dearborn.

—Quiero llamar a mi abogado, a mi contable, a mi...

—¿A tu madre? Si fuera por mí, Urley, te arrestaría aquí mismo. El sargento Michaels era muy, muy buen amigo mío —mentí, mientras me limpiaba las zapatillas en su mullida alfombra.

Retrocedió ante un ejército de cobras invisibles y empezó a ir arriba y abajo de la habitación como un animal enjaulado. La kellen se había sentado con una expresión de digna lascivia.

—Si fuera por mí, estarías frito. Desgraciadamente, mi jefe me envió a ofrecerte un trato. El gobierno necesita dinero, no un puñado de felones pudriéndose en la cárcel.

Tecleé en mi CL y llené de nuevo su pantalla. El rostro de Urley era una cascada de sudor mientras me observaba. Su correoso pelo castaño estaba pegado a su deforme cráneo. Podía oler su terror.

—Mi supervisor rellenó estos 1.081 revisados para ti. Cubren los últimos tres años. Usamos tus antiguos formularios para las deducciones y nuestros *nuevos* datos para calcular tus ingresos.

»Bien, ése es el trato. Fijamos los impuestos que te corresponden antes de que yo abandone este palacio, y olvidaremos todo lo demás. —Saqué un formulario por rellenar, lleno de sellos y firmas oficiales—. Esto dice que respecto a los años que estamos discutiendo, el Comité de Impuestos se siente completamente satisfecho con

tu declaración revisada. Nada de persecución, ni penalizaciones, ni intereses compuestos..., nos conformaremos con lo que te correspondía pagar desde un principio. Y, lo que es más importante, no irás a la cárcel.

—¿Puedo ver eso? —preguntó la kellen, sorprendiendo a Urley más que a mí. La mayoría de los kellanos, lo sabía por el esposo de Shirl, tenía una educación impresionante. Se lo tendí, intentando no ver la forma en que sus pechos reaccionaban a sus movimientos.

—Como si fueras un abogado o algo parecido —gruñó Urley.

—No tengo licencia para practicar aquí, pero soy doctorada en leyes por la Universidad de Taylor. —Incluso el deje de su voz tenía un tono amable, invitador.

Me sentí lo suficientemente impresionado como para tomar nota mental de preguntarle a Ted cuánto podía costar un kellen para un fin de semana. Quizá me hiciera una rebaja por no casarme con Shirl. Era imposible ir de compras para Gwen. Pensé que un pibo kellen podía ser el relleno ideal para su calcetín en Navidad.

—¿De... de cuánto estamos hablando? —Si su nariz seguía poniéndose roja, llegaría a estallar.

Aquello iba a ser divertido.

—La línea de abajo dice 1.739.418 neds. Estoy autorizado a hacer una rebaja de un 10 % si pagas en efectivo.

Urley empezó a hiperventilar.

—Ya ha visto mis cuentas bancarias. Tengo menos de 100.000 en disponible. Todo mi dinero está inmovilizado. No puedo —gimió.

—El banco de la polis cambia su fecha de trabajo al mediodía. Tenemos que dejar arreglado esto antes de entonces. Espero, deseo, rezo para que no tengas el dinero. Quiero ver cómo te pudres en la cárcel por lo que le hiciste a Michaels. —Di un puñetazo sobre el mueble-bar. Él dio un respingo.

—¿Puede dejarme a solas durante diez, quince minutos? Necesito hacer... algunas llamadas. —Sus ojos se clavaron en el panelado de nogal detrás del diván de terciopelo.

—Vamos, todo el mundo sabe dónde está tu escondite —mentí.

—Según la amnistía, aunque te encontraran en posesión de bienes ilegales, no pueden perseguirte este año. Este documento es blindado. Paga el dinero y saldrás de aquí como un hombre libre. —La kellen sólo necesitaba una pipa y unas gafas (y un poco de ropa) para pasar por una catedrática de leyes.

Urley temblaba cuando apoyó su palma contra un sensor invisible en el panel. Clic, una puerta giró y se abrió. Dentro de la oculta oquedad había un buen montón de dinero en efectivo. Tecleé en su terminal para pedir a FinanciRed el último índice de cambios. Se espera que los empleados del gobierno se muestren cooperativos.

Por supuesto, Urley no tenía su dinero en efectivo en neds. Ningún contrabandista

en su sano juicio guardaría neds como reserva. Nuestro papel moneda sufría constantes fluctuaciones. Hasta que fue declarado fuera de la ley, los especuladores hacían botar al ned como una pelota de caucho. Incluso ahora operaban entre bastidores, aprovechándose de nuestra miseria.

Nos llevó una hora arreglar las cuentas. Dejé su escondite tan vacío, tan desolado. Los certificados marcianos en oro y los yens de varias poleis de Saturno llenaron una funda de almohada. Utilicé el teléfono para ponerme en contacto con la oficina y hacer que Jeff validara la amnistía.

Volví bailando a la oficina, deteniéndome tan sólo en la sucursal del banco de la puerta de al lado de las oficinas de Impuestos para depositar la fortuna. De una sola tacada había recaudado un 0,00047% de la abrumadora deuda externa de Nueva Dearborn. Esto hacía que mi cuota de producción para este mes cubriera los siete próximos.

Los cigarros que cogí del humidificador fueron para Jeff, una deuda cancelada.

El mundo me sonreía, y yo le devolvía el favor.

4

Edinburgh Hall exhibía orgulloso su reputación. El valor de las casas ascendía firmemente al ritmo que el de los halls de lujo, una distinción única que celebrábamos relajados. Mi hall se parecía a una pequeña ciudad. Mis vecinos se paraban y charlaban conmigo, y me saludaban con la mano cuando no tenían tiempo de mover las mandíbulas.

Me detuve en la puerta de emergencia del segundo cuadrante para leer la más reciente capa de pintadas con que los artistas de la ciudad de hoy cubrían la sabiduría de nuestra juventud. La mayoría eran gemidos contra los imbéciles en el poder, especialmente esos bobalicones del Partido del Hogar. Me alegró ver que reflejaban los más recientes sondeos de opinión, que mostraban que el Partido del Hogar estaba perdiendo votantes.

Como marciano de nacimiento, vitoreaba de forma natural a los antis. La protesta, observó nuestro poeta Sacker, había reemplazado a los deportes como el pasatiempo marciano después de la Revolución. Desde la cuna me habían enseñado que el valor

se mostraba mejor en la oposición. Aquello por lo que protestabas era mucho menos importante que el acto de protestar en sí.

No se necesitaba ningún neurocirujano para ver que nuestro Consejo jodía todo lo que tocaba. El Partido Demo había demostrado ser tan inepto que ni siquiera habían conseguido comprar votos en las últimas elecciones. El Partido del Hogar tenía ahora tres de los siete escaños. Habían vendido a los votantes un paquete de ambiciosos sueños, pero su política económica se derrumbaba al primer viento adverso.

Yo había votado la candidatura AntiSocial. Li era su único miembro en el Consejo. Cuando les pasó la mano por la cara a sus oponentes en el último debate se ganó mi corazón y mi voto. La plataforma AntiSocial era sólidamente pro-alien y anti-alianza.

Tuve que pararme a unos cientos de metros hall arriba y llenarme los bolsillos de basura. ¡Cómo se atreven estos asquerosos arrojabasuras a rebajar el valor de mi propiedad! La pesadilla de la equidad negativa me atormentaba. En el espacio de un solo año Turner Hall se había metamorfoseado de un hall obrero en una zona de guerra. La gente alquilaba sus apartamentos porque tenía miedo de vivir allí. Primero vino la basura, luego los incendios y las peleas y las pandillas. Los propietarios habían entregado sus apartamentos a la polis; a nadie más le interesaba la propiedad.

Turner me había enseñado algo nuevo a lo que temer.

Me quedaban todavía 423 pagos quincenales de la hipoteca de mi apartamento. Mucho tiempo para temer a lo largo de los próximos 16 años.

Apreté la palma plana contra el sensor. El ordi de la casa reveló su edad tomándose su buen minuto para comprobar mi pezuña con las tres almacenadas en su débil memoria. Aquello tenía muy mal aspecto. Un nuevo ordi enviaría mi presupuesto a hacer puñetas. Quizá Gwen pudiera arreglarlo. Una punzada de culpabilidad se clavó en mí como un cuchillo ante el pensamiento de añadir otra reparación casera a la lista. Cada vez que Gwen venía a casa tenía que ocuparse de una legión de puertas, conexiones eléctricas y aparatos que se habían roto durante su ausencia.

Gwen me había erradicado de las reparaciones domésticas. La fregadera que había roto mientras reparaba una tubería rajada me había costado una fortuna. La única suerte que tuve durante toda la pesadilla fue que mi fractura craneal curó sin necesidad de demasiada hospitalización.

Créanme. Cuando estén tendidos de espaldas en un área angosta, ¡NO utilicen un martillo para persuadir a una tubería testaruda!

Pasé de puntillas por el apartamento después de echarle una ojeada a Gwen. Las primeras semanas tras regresar de un viaje dormía dieciséis horas al día.

Mi lector estaba al lado del váter en el cuarto de baño. Adopté mi regia posición en el trono de porcelana y lo conecté. La pantalla hizo parpadear de inmediato un

mensaje en un irritante tono rosa. Quedaban dos días de alquiler de la novela.

Pulsé el botón, y el texto llenó la pantalla allá donde lo había dejado la última vez. La primera frase me dejó clavado. Sin duda Tolstoi escribió allí la línea más cruel en toda la historia de la ficción: «LA VIDA DE IVÁN ILICH HABÍA SIDO MUY SIMPLE Y MUY ORDINARIA, Y EN CONSECUENCIA MUY TERRIBLE». Apagué el lector, demasiado deprimido para adentrarme más en la vida de un cadáver ruso.

El desánimo me fue envolviendo mientras contemplaba sin ver el anillo de jabón alrededor de la bañera vacía. Me arrastraba de trabajo en trabajo, esclavizándome para mantener mi cuenta bancaria en números positivos. Gwen navegaba por todo el Sistema Solar. Yo pasaba todo el día contemplando la pantalla y persiguiendo la huella de los datos. Ella trabajaba con delicados motores gravitatorios que significaban la vida o la muerte para su nave. Yo hablaba con las plantas. En Deimos, ella asistía a elegantes veladas organizadas por Cooper, su colega de la guerra, ahora una de las principales estrellas de cine del sistema. Yo me emborrachaba y me tiraba a la jefa. Ella se citaba con un premio Nobel.

Muy simple. Muy ordinario. Muy terrible.

¡La bañera vacía! Finalmente me di cuenta. ¡Había vuelto a hacerlo! Me di una palmada en la frente. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior.

Los espacianos están acostumbrados a no preocuparse por el consumo. En cada puerto reaprovisionan su nave, no existe una ecología delicadamente cerrada para los mimados del Sistema Solar. ¡Malditos espacianos! Me tragué mi furia, me negué a dejar que estropeará la velada que había planeado.

«Toda la que puedas usar el domingo» estaba tan sólo a 28 horas de distancia. Podría resistirlo. ¡Maldita fuera el racionamiento a través del precio impuesto por el Consejo! Consideraba absurdo el pagar triple tarifa por el agua seis días a la semana. Alrededor de Júpiter orbitaba el hielo suficiente para poder crear todo un océano. Por supuesto, contraatacaba mi lado racional, recoger este hielo significaba caros especialistas, depreciación en el transporte, combustible, filtrado de las impurezas y una miríada de otros gastos.

Y el gobierno concedía un día de agua barata.

Odiaba esta voz de la razón. Suspiré ante el recuerdo de cinco días de transferir agua de la bañera al lavabo para lavarte la cara y las manos, luego pasar el jabonoso líquido al depósito del váter para poder tirar de la cadena por la tarde. Muy simple. Muy ordinario.

Huí del cuarto de baño, y pasé junto al teléfono en el momento en que la luz empezaba a parpadear. Me alegré de que Gwen recordara cortar el timbre. Durante las siguientes semanas mi espadaña saltaría fuera de su piel cada vez que sonara el teléfono. En la buena vieja nave LONI ese tipo de timbre gritaba «descompresión».

—¿Hay alguien al otro lado? —El viejo chiste marciano no funcionaba en Deary,

pero a los viejos hábitos les cuesta morir.

—Quiero un nuevo informe de este asunto Urley en mi escritorio en el momento en que te presentes al trabajo el martes. —Lev hablaba como si tuviera algo en la boca.

—El informe está ya en tu base de datos en respuesta a tu memo de la semana pasada.

—Sé eso, macaco. Es inaceptable. Tu informe viola el Código de Impuestos, Sección 8, Párrafos 11 y 14. Si es auditado por Revisiones Internas tendremos problemas.

—Lev, dame un respiro. Soy un empleado de prestado. Dime simplemente que la cagué con el procedimiento. Mira, tú dijiste que nuestra prioridad era conseguir dinero. ¡Bueno, lo conseguí, y además en efectivo!

El mundo conspiraba para arruinar mi buen humor.

—Eso es lo que estaba diciendo antes de ser tan rudamente interrumpido. —Hizo una pausa para darme tiempo a recordar quién era el jefe—. POR SI ACASO Urley se volviera contra nosotros, se supone que debemos pedir una revisión del Comité de Vigilancia por si ellos desean presentar alguna acusación criminal. Todo lo que tienes que hacer es preceder tu informe con esa pequeña afirmación. Por cierto, hiciste un trabajo muy bueno.

Los cultistas se recrean en el ritual; los burócratas se recrean en el sacrosanto informe. Muy simple.

Fui a la zona de la cocina. Se estaba insinuando un feroz dolor de cabeza. El frigo contenía los filetes de barbo que había comprado para Gwen. Los saqué y empecé a preparar la pasta de maíz secreta de mi madre.

El aroma terminó por despertar a mi esposa. Por aquel entonces yo ya tenía los platos preparados. Las tortas de maíz eran perfectas, un equilibrio a las humeantes patatas. Las judías verdes sabían como goma de borrar. Lo mismo ocurría con las verduras frescas de huerto. El barbo sabía a auténtico pescado. En conjunto, era una de las mejores comidas que jamás había preparado. Abrí una lata de vino cuando observé que Gwen estaba jugueteando con la comida.

Muy ordinario.

—Vamos, siempre estás quejándote del comedor automático de tu LONI. Seguro que mi cena es mejor que la comida de máquina.

—Siempre sueño en estos festines en casa cuando estoy ahí fuera. —Uno de sus persistentes hábitos era señalar con el pulgar por encima de su hombro, como si el espacio fuera su sombra—. Lo haces lo mejor que puedes y aprecio tu esfuerzo. ¿Has observado algo, alguna tendencia a lo largo de los años?

Mientras le servía un vaso de nuestro propio Chablis de Nueva Dearborn —hecho con patatas y más productos químicos de los que me gustaba tener en cuenta— negué

con la cabeza. Las palabras de Tolstoi ardían en mis células cerebrales.

—Siento haber quemado las patatas.

—Ssssh, no importa. Comparado conmigo eres Stanislav Braugh o Julia Child. No es en eso en lo que estaba pensando. Recordaba el primer festín de vuelta a casa que preparaste para mí.

Lo intenté y fracasé. Los tests sobre comida no eran mi fuerte.

—¿Qué es lo que hay en mi plato?

—Pensé que te gustaba el barbo. Lo conseguí especialmente para ti.

—Querido, esto es un festín de Nueva Dearborn: ciento cincuenta gramos de barbo, una patata del tamaño de mi puño, diecinueve judías verdes y un par de tortas de maíz. En cualquier otra parte del sistema este *festín* es un simple tentempié.

Alcé la lata de melocotones que ella había traído de Deimos.

—Tenemos postre. —Mi voz se quebró. Había días en los que todo el universo se ponía en fila para caer sobre mí.

—No me mires de este modo. Querido, tu amor y tu atención convierten esto en un festín. Josh, tienes que salir de aquí antes de que Nueva Dearborn se convierta en una polis fantasma. No quiero que tú te conviertas en un fantasma. Te estás matando para...

—Meka, por favor, no quiero discutir esta noche. Tenemos meses para pelearnos sobre esto *de nuevo*. Ese pescado me costó la paga de un día, y estará peor cuando se enfríe. Comamos. Por favor. —Mi tono quejumbroso la silenció.

Comimos en silencio. Algo muy terrible. Después nos fuimos al diván para tomar el café y otra lata de vino. Conecté el televisor para que llenara el silencio, y cambié al canal político. El referéndum nocturno se refería a elevar el precio del visado de salida. Entré el número de mi TI en el control remoto y voté sí. Mientras tanto, el idiota jefe de los demos, el consejero Riley, ocupó la pantalla para defender la opción opuesta.

La mano llena de cicatrices de Gwen se enlazó con la mía.

—Buen café. ¿Qué ocurrió con el juicio de ese periodista? Tuve que marcharme justo cuando el testimonio se estaba poniendo interesante.

—La razón por la que no pudieron encontrar el cuerpo de su esposa fue porque la deshuesaron y metieron la carne en un depósito de abono agrícola. La amante se desmoronó en el estrado de los testigos y les dijo al jurado dónde encontrar los huesos. Esa es la gran ironía. ¿Conoces esa franja verde delante del Complejo de Justicia?

—¿Estás bromeando? ¿De veras? Hablando de deshuesar, mi primo Lou se sometió finalmente a la operación. Él, ella, es ahora una bailarina exótica en Taylor o Manhattan o uno de esos lanchones en L-5. Tuve toda una sesión con la ex de Lou. Decidió hacerse autosexual. Al menos su vibrador no se pondrá en pie durante la cena

de Navidad y anunciará que su vida es un fraude.

Sonreí ante la visión del rechoncho contable convertido en una bailarina especializada en la danza del vientre.

—¿Quieres saber sobre fraude? ¿Recuerdas ese ele-cinco que compraba hipotecas de Buendía Hall sin desembolsar efectivo? «Rescate de equidad», lo llamaban. Bien, los propietarios aceptaban bonos a cinco años que daban el veinte por ciento de interés. El elecincinco vendió las hipotecas a un banco de L-5 que poco después cayó patas arriba.

Y el elecincinco desapareció.

—¿Quieres decir que los propietarios de los apartamentos se quedaron sin nada? —dijo ella, inclinando la cabeza hacia un lado y derramando su largo pelo marrón sobre el sofá.

—Ajá. Una firma lunar llegó poco después de que el ele-cinco hubiera desaparecido; compraron las hipotecas al banco quebrado por diez centavos el dólar. La firma posee ahora todo el lugar y cobrará los alquileres durante el resto del año, más dinero sangrado de Deary a la Confed. Luego suponemos que se negará a pagar los impuestos de la propiedad y dejarán que la polis se quede con los apartamentos.

—¿Cuáles son las posibilidades de atrapar al estafador?

—Sabemos que la identidad que usaba fue robada de un hombre viejo y enfermo en Nueva Miami. Schulz insiste en que era un agente simpson que trabajaba camuflado.

La mención del culto congeló la temperatura de nuestro apartamento. Me di una patada por haberlo traído a la conversación.

—¿Cambió algo la misión de paz de Dillman a Simpson IV? Otras poleis se las arreglaron bien con ellos, ¿por qué no puede Deary?

—No lo sé. Mi teoría es que somos la polis más vulnerable en el sistema. Los matones siempre se ceban con los más pequeños.

—¿Acaso olvidas que un chalado de Deary asesinó a su último Profeta? —Sus ojos giraron, y su color cambió a ámbar.

—Uno de muchos. No puedo comprender por qué su Dios mantiene a veinte o treinta profetas por ahí al mismo tiempo. Además, el asesino estaba loco furioso, incluso los simpsons reconocieron eso. No, existe una agenda oculta en esta guerra fría. Quizá sean paranoicos de la retórica anticulto del Partido del Hogar. Quizá los simpsons deseen nuestra polis.

—¿Siguen interfiriendo todavía con las comunicaciones de Deary? Vi que la piloto de la Greyhound efectuó un amarraje a motor parado. Era una excelente piloto.

La admiración que expresó por la piloto envió un estremecimiento a través de mi mano. Gwen admiraba la competencia por encima de todo lo demás. Yo no podía asar una patata sin quemarla.

—No es tan malo como antes. Sólo lo están haciendo tres o cuatro días a la semana. Lo suficiente para mantenernos tensos. Los auténticos trastornos se han producido en el frente económico. ¿Sabes ese gran contrato de algodón que se apuntó nuestra gente de la Ag? Resultó que la compañía era una maldita tapadera de los simpsons. Se echaron atrás en el trato. Y con la excelente cosecha marciana de este año, ahora no podemos sacarnos el algodón de encima. El Tribunal de la Comisión de Comercio acabará fallando finalmente a nuestro favor, pero el caso llevará años y nos costará mucho dinero.

—El algodón se almacena bien. No es un desastre total.

—El Consejo gastó un buen bocado de nuestras reservas en moneda extranjera para comprar equipo de procesado.

Cuanto más hablaba sobre ello, más estúpido me sentía. Hacer que el enemigo apareciera como un estúpido era la venganza definitiva. ¿Cómo habían podido caer el Consejo y la Compañía de Marketing Ag en un truco tan transparente? Una comprobación de datos hubiera desenmascarado el plan por el coste de una hora de acceso a larga distancia.

Miré el televisor. La Consejera M, como los medios de comunicación la llamaban, empezó a hablar en favor del incremento de precio para los visados de salida. La llamada demagoga sabía jugar como el primero con las palabras.

—¿Sabes?, no lo hace mal para una nazi. Ha metido a más de un votante en el Partido del Hogar. Parece que M está moderando a los radicales en su partido. Han dejado de vituperar a las «especies de traidores» y de amenazar con matar gente. Quién sabe, quizá maduren lo suficiente para convertirse en un partido político responsable. Es decir, si crees en los oximorones en acción.

El girar de los servos en sus piernas me alertó de su movimiento. Todo su cuerpo se entrelazó con el mío. La manos de la dama estaban llenas de talento. En un abrir y cerrar de ojos nuestras ropas habían desaparecido e íbamos a por el oro.

Zumbé como una máquina de vapor oxidada.

5

El sábado empezó también demasiado pronto. La culpabilidad me despertó

bruscamente a las nueve. Llamé a mi trabajo a tiempo parcial en la TransJup, Ltd. Tosí dos veces e hice que mi voz sonara ronca. La siguiente andanada de toses brotó cuando respondieron al otro lado. Esa inclinación a sobrereactuar había hecho que me echaran de la clase de arte dramático allá en la Universidad de Stanton.

—¿Addison? Soy Steryn. Me encuentro horrible.

—Josh, soy Julie. Addison llamó también diciendo que estaba enferma. ¿Significa ese virus que Gwen ha vuelto a casa? No soy ningún ogro. Tómate el día libre. Dile a Gwen que la saludo. PERO tengo este pequeño problema. La Agencia de Exportación me envió un formulario sellado «urgente». No puedo sacar nada en limpio de él. Es un 3818, Recapitulación de Intangibles.

—No te preocupes, Julie. Me ocuparé de él cuando venga el próximo sábado. La Agencia desea valorar su material de oficina, sus PC, escritorios, impresoras, ese tipo de cosas. No valen más de 125.000 neds, de modo que los nuevos impuestos no les afectan. Si alguien te dice algo sobre eso, pásamelo a mí y yo me ocuparé. ¿De acuerdo? Gracias por el día libre.

—Estaré esclavizada sobre un montón de 940 de los embarques de la próxima semana. Tendré que saltarme las comidas y mis hijos caerán en la droga porque los he olvidado. Mi vida se verá arruinada por tu culpa. Pero pásatelo bien.

—Es imposible encontrar ayuda de confianza, ¿eh?

Me alivió tener todo el fin de semana sin tener que ver, y mucho menos completar, un formulario del gobierno. Durante un segundo la pérdida de 94 neds (después de impuestos) dio un tirón a mi úlcera.

Normalmente, ése era mi presupuesto de comida para la semana próxima.

Me arrastré de vuelta a la cama. No podía recordar la última vez que había dormido hasta el mediodía. Cuando me levanté hice un montón de tortas de maíz para el desayuno. El maíz, en mi humilde opinión, fue el invento humano definitivo.

Gwen dormía. Mi trastear no consiguió penetrar en sus sueños. Tras comerme mi ración de tortas comprobé mi ordi. Me ofreció el correo que había recibido a lo largo de la semana. Prefería dejar que mi correo se acumulara, hacer de él más un acontecimiento y menos una decepción diaria.

Mi hermano me obsequiaba con una de esas cortas y crípticas notas por las que era famoso. Alardeaba de tener un trabajo con Alimentos Generales en Taylor Polis. Estar encarcelado en Marte por experimentación genética había sido un buen tanto para su carrera. George había seguido a nuestra hermana Eleni e inmigrado a la Confed Lunar/L-5.

Todos los chicos de Ma Steryn habían huido del nido marciano.

¿Qué hubiera dicho ella? Caso de estar viva, por supuesto. Ma había sido una pionera, una de las primeras después de que Marte fuera imperfectamente terraformado. Ma, una de las legendarias Mujeres de Hierro de El Dugan, se había

sentido tan orgullosa de *su* planeta. Quizás el orgullo fuera el único lujo que podían permitirse los granjeros.

Me sorprendió recibir entre la basura electrónica del correo una invitación de la Embajada. ¿La Embajada Confed? ¿El sábado a las 18:00? ¿Cómo me había merecido aquello? De acuerdo, había conocido a su coronel Rivera en el pub Aureliano's sobre un tablero de ajedrez, pero eso no lo explicaba. Tras una breve meditación lo dejé a un lado como otro misterio de la vida. Lo más importante era que ofrecía un fabuloso lunch gratuito. Respondí al «se ruega confirmación» tan rápidamente como pude tap-tap-tapear el teclado.

La única factura en el bloque era mi seguro trimestral del hogar. Entre el Tambrini's, el barbo de ayer por la noche y la pérdida de la paga del día, iba a tener suerte si conseguía superar el mes. La cobertura del apartamento vencía a finales de mes, de modo que tenía que pagarlo el 30 como máximo. Por aquella fecha iba a recibir un par de cartas de requerimiento.

Bueno, ya estaba acostumbrado a ello.

Pensé en ello y activé mi programa de intimidad. En una ocasión Gwen se había deslizado en mi sistema y había pagado el resto de recibos del año de la hipoteca. La intimidad, para un espaciano, era no mirar mientras estabas en el váter.

La cabezada llegó como una bienvenida sorpresa. En un momento estaba leyendo, y al momento siguiente Gwen me sacudía suavemente para despertarme. Me sentía tan bien que no me importó comprar el agua para una larga y muy caliente ducha.

Gwen pareció entusiasmada con la invitación a la Embajada. Se me cayó la mandíbula cuando la vi acicalada. ¡Huau! Se deslizó fuera del baño hacia el armario como una reina de belleza en busca de su corona. La pintura de oro y plata había transformado sus cicatrices en marcas de belleza. Sus párpados cromados acentuaban el tono dorado de sus ojos electrónicos.

La bolsa roja de su traje había estado colgada en nuestro armario sin tocar desde el primer día en que se había venido a vivir conmigo. Yo había intentado abrir su cierre varias veces sin resultado. El polvo llovió de ella cuando la llevó a la cama. Me perché en el tocador, ansioso ante la oportunidad de ver desvelarse el misterio.

—Esa estúpida cerradura no ha funcionado bien desde que esos manazas de aduanas la estropearon en Cole. —Extrajo una hoja cuyo filo aserrado brilló malignamente. En un abrir y cerrar de ojos asesinó la cerradura y abrió la bolsa.

—Meka, ¿cuántas veces tengo que decirte que ese juguete tuyo es ilegal? ¿Por qué no llevas una hoja retráctil normal? —Abrí la mía con un clic.

La suya era más grande que la mía, la historia de mi vida.

Sonó el sisear del sello de vacío roto cuando abrió el revestimiento interior. Los pantalones bombachos tenían fibras de luz que descendían a lo largo de las costuras. Las botas altas hasta la rodilla eran naranjas brillantes. Años dentro de la bolsa de

vacío no habían apagado su brillo. El áspero material de la blusa campesina parecía fuera de tono, blanco mate y liso como era. Empecé a toser cuando se puso la chaqueta azul eléctrico.

—¡Olvidaste mencionarme que eras un jodido mayor!

Medio Marte había servido en el apogeo de El Trueque. La humanidad proporcionaba carne de cañón a los alienígenas dybs, los cuales, a cambio, nos entregaban tecnología. Desde fábricas para producir poleis hasta reactores de fusión, desde naves interplanetarias como la LONI hasta la defectuosa terraformación de Marte..., morimos para ganarnos todas esas baratijas.

Hasta aquel momento, el relato que me había hecho mi esposa de su carrera militar con los dybs había sido: «Me presenté voluntaria y volé en helicópteros en Kallas IV. Los Apache-Nueve eran los mejores pájaros de combate jamás construidos. Me estrellé y el aparato ardió. Me pasé el resto de mi servicio en el hospital. Fin de la historia».

Ocasionalmente, cuando estaba ebria, podía relatar cómo ella y la sargento Nkoma habían improvisado supercargueros a partir de componentes de congeladores y aparatos de radar de cafeteras. Viejas historias de soldados.

—¿Significa alguna diferencia? —Encajó sus dientes de acero inoxidable con sus músculos desarrollados en tanques unidos a una mandíbula de plástico. Sus ojos mecánicos se oscurecieron hasta quedar negros.

—Probablemente no te lo hubiera pedido aquella primera vez. Ma me advirtió sobre los oficiales. Sólo tienen una cosa en su mente.

—¿Veneno de una carrera no-com? Soy segundo oficial a bordo de la LONI. ¿Cuál es la diferencia?

—Un oficial en la marina mercante es distinto. Mira, me siento orgulloso de haber sido un Tec Seis. Nosotros hicimos el auténtico trabajo mientras los oficiales se llevaban el maldito crédito.

Me eché a reír para llenar el silencio, pensando que podía hacer de todo aquello un chiste.

—Ma solía advertirnos contra los que molestan a los niños, los políticos y los oficiales militares. Su padre fue las tres cosas. Le creó una mala actitud que ella transmitió a sus hijos.

De pronto se me ocurrió por qué habíamos recibido la invitación de la nueva y flamante Embajada. En realidad, se me ocurrió al ver el lado izquierdo de su chaqueta. La Nova Dawn era el pináculo. Los dybs habían distribuido menos de una docena de ellas a los millones de humanos que habían servido en sus guerras. La Dawn estaba rodeada por otras seis medallas.

—¿Por qué no me has hablado nunca de todo este oro? —Nada de aquello había aparecido en su dossier de la compra de su Ciudadanía de Alquiler allá en

Inteligencia. Nada había aparecido tampoco en mis diversas incursiones a bases de datos extranjeras y alienígenas.

—El pasado ya pasó. No pedí ninguna de ellas. No las quise. No significan nada. Están empapadas en sangre.

Alzó la mano como para arrancarlas, pero sus dedos se negaron a tocarlas. En vez de ello cerraron con un movimiento brusco el velcro de la chaqueta. ¿Cuánta gente podía meterse en un uniforme de hacía dieciocho años? Yo no.

—Sé más sobre los criminales de Deary que sobre ti. Esto me hace sentir inseguro. Querría... —Suspiré, decidí no empezar una discusión—. ¡Tenemos una comida gratis a la que asistir!

—El pasado ya se fue. El futuro es nuestra única preocupación ahora.

—¡Sí, señor! —dije, con un taconazo y un enérgico saludo militar.

Su expresión de disgusto hizo que mi chiste sonara mal. En mi traje gris bicapa me sentía como un pichón al lado de un pavo real. De acuerdo, yo también tenía medallas. La Sección de Inteligencia me había entregado tres, una por cada año que había servido sin faltar ni un solo día. De alguna forma, decidí que era mejor dejarlas clavadas en la bolsa de la lavandería.

El tráfico del sábado por la noche en el bala era escaso. Fuimos los únicos que bajamos en Humana Hall, donde estaba Embassy Row, además de la residencia de muchos de los ciudadanos más ricos de la polis. ¿Hasta qué punto ricos? Un agente de policía tenía que pedir permiso para arrestar a alguien que viviera allí.

Embassy Row había ocupado originalmente todo el cuarto cuadrante. Sin embargo, la economía en espiral descendente de Deary había hecho que muchas de las embajadas cerraran. Por qué los confeds habían decidido reabrir la suya era una de estas preguntas que esperaba responder en la velada.

Saludamos a Félix y Belinda, los agentes de servicio en la puerta hermética. Miraron a Gwen, acostumbrados a verla en las fiestas de Seguridad con su ubicuo atuendo gris de espaciana. Cruzamos un elegante portal de cristal. Sus encajes diamantinos hicieron que el uniforme de Gwen pareciera mudamente sobrio por comparación.

Nos recibió una maestra sala con guantes ceremoniales. Se negó a establecer contacto visual conmigo. El último trabajo de Sadie Monroe había sido el de jefe de soplones en la Brigada Antivicio. Seguro que la seguridad de la Embajada había penetrado en sus mentiras antes de contratarla. Así que, ¿por qué la contrataron? El enigma me distrajo mientras nos conducía a la sala de baile.

Dos hechos me golpearon simultáneamente. Uno, las mesas del bufé recorrían toda la longitud de los 15 metros de la estancia. La variedad y cantidad de comida hizo que me regocijara. Sobre todo teniendo en cuenta que había tenido la previsión de forrar interiormente mis bolsillos con bolsas de plástico. Dos, yo era el único

invitado nativo en la gala.

El embajador VanDorn se levantó en medio de un siseo de ropas y un bailotear de grasas. Vídeos musicales sin el menor gusto y filmes de género en las paredes formaban el vehículo perfecto para aquella vulgar música pseudoenlatada. El nombramiento de «compositor» para Deary por parte de la Confed flirteaba con la injuria. Estrechó mi mano con un húmedo apretón.

—*Tsk'chá click tuá* —dijo a mi esposa, deteniéndose al final de cada palabra para formar la siguiente en su cabeza antes de dejar que rezumara por su boca.

¿Han observado ustedes alguna vez cómo algunos veteranos regresaban del Trueque comportándose como si hubieran entrenado a los alienígenas en Cultura? El mercenario medio del Trueque raras veces veía a un alienígena de una forma personal y lo bastante de cerca. Sin embargo, regresaban chapurreando su lenguaje y tartamudeando las costumbres dyb.

Gwen inclinó la cabeza hacia un lado y cliqueteó y chasqueó y siseó a lo largo de toda una parrafada en perfectamente modulado dyb. El embajador enrojeció e hizo un inconcreto movimiento de hombros mientras se retiraba. Me mordí la lengua para no lanzarle una carcajada al bufón.

Mi espaciana era una maravilla.

—Creo que deben de ser ustedes nuestros únicos invitados de Dearborn esta noche. Enviamos más de 300 invitaciones. Es nuestra forma de construir puentes, podríamos decir —dijo una delgada elecinco cuya TI la identificaba como Encargada de Algo.

—Su boicot casi nos arruinó. Tres años de pacífica hostilidad no pueden olvidarse de la noche a la mañana.

—Un paquete de ayudas desde el exterior tal vez ayudaran. Cincuenta millones de ustedes podrían adquirir 500 millones en buena voluntad. —Los ojos de Gwen adoptaron un serio tono verde.

—Podemos pedir nuestra propia caridad —respondí, ofendido por su ego espaciano. ¿Qué le daba derecho a intentar arreglarlo todo?

—Es usted una ciudadana, ¿no? —La elecinco frunció los labios. Las medallas, el uniforme, no significaban nada para ella. Había nacido después de que la humanidad agotara la carne de cañón que podía trocar por tecnología.

—Soy una espaciana —declaró ella, con un orgullo que no cedía ni un ápice a la humildad—. Compro una ciudadanía de alquiler allá donde estoy con mi esposo.

—Incluso los nómadas necesitan ocasionalmente un hogar.

Si el bufé no me estuviera llamando, hubiera tropezado «accidentalmente» y hubiera roto unos cuantos huesos de la relamida elecinco.

—Pero es usted una ciudadana —se asombró la Encargada de Algo, mirándome a mí como si yo hubiera escapado de un refugio para los sin hogar. ¿Acaso era la

apagabroncas de la Embajada?

—Sí, con casa regular de propiedad y todo lo demás —dije, arrastrando la voz.

Los elecincos despertaban al marciano en mí. Relamidos hijos de puta, eran unos casos de ego peores que los espacianos. Dadme una coalición y una base industrial próspera y todos esos recursos lunares, y las bendiciones se transformarán en una actitud. Una mala actitud.

El coronel Rivera se acercó. Vestido con un absurdo traje civil para la jungla, parecía listo para una invasión. Bajo y ancho, su constitución aplastada por la gravedad delataba su origen terrestre. Su apretón de manos extrusionó mis huesos entre los huecos de sus dedos como salchichas. Saludó a Gwen.

—Serví a las órdenes de la general Lucy Dverti —anunció, como si aquello fuera la solución de todos los problemas del universo.

Gwen sonrió.

—Así que vio usted el Río Cantor. Cuando estoy vestida con el traje espacial trabajando fuera de la nave, justo más allá del sonido de mi corazón, justo más allá del silencio, oigo el cantar de ese río.

—Lo visité una vez. Realmente notable. En realidad, mayor MacDonald, la invité para darle las gracias. Cordillera del Diablo, el primero de abril, el día de los inocentes. El 24 de Illinois murió aquella mañana. Unos pocos cientos de nosotros estábamos efectuando nuestra última resistencia. Sus helicópteros brotaron de la nada y nos salvaron de la quema. Pichones sujetando navajas, ése era el motivo pintado en sus alas. Nunca vi algo más hermoso en mi vida.

¿Pichones? ¿Navajas? ¡Cristo y Simpson, yo había visto esta película! LOS ÚLTIMOS PÁJAROS, se llamaba. Irónicamente, la alquilé para aprender sobre los helicópteros en la guerra y tener una idea de lo que ella habría tenido que soportar a 300 años luz del Sol. ¿Gwen era la tímida palomita interpretada por Jane Millette o la escritora de poemas representada por Trudy Vázquez? Su compañero Cooper había ganado sendos Óscares como mejor actor y mejor director por LOS ÚLTIMOS PÁJAROS.

Gwen me miró de *aquella* manera. Dejé que los veteranos charlaran de la guerra, porque sabía que mi presencia la inhibiría. ¿Por qué no podía compartir sus recuerdos conmigo?

La llamada del rosbif distrajo mi miseria. Auténtica carne de vacuno, no el sustituto de algas de la ternera que compraba yo cuando creía que me había merecido una recompensa. Caí sobre la comida sin dar cuartel. Mientras circulaba con mi plato, dejé que algunos bocados se deslizaran a mis bolsillos. Cuando estaba de pie inmóvil comía algo.

Un grupo de secretarias se quejaba de haberse visto obligadas a asistir a la fiesta. Me uní a ellas movido por un impulso. Fue una buena elección. En cinco minutos me tuteaba con Sue, Anne, Miles y Deeanna. Estas elecincos carecían de la arrogancia de

sus superiores, lo cual demostraba que en nuestras respectivas naciones las explotadas emborronapapeles compartían más cosas de las que las diferenciaban.

Finalmente Rivera me secuestró para una partida de ajedrez. El tablero era de mármol, las piezas de jade. El coronel tomó las blancas. Sus ojos gris pizarra lo traicionaban, advirtiéndome de cuándo preparaba sus fuerzas para un asalto prematuro. Demoré el enroque para atraerlo. Cuando lanzó un ataque por el lado de la dama enroqué el rey. Tres de mis peones murieron antes de que cambiara un caballo por su reina. Rivera se volvió locuaz una vez vista mi trampa. Jugó una testaruda defensa.

—¿Cuáles son las posibilidades de que Nueva Dearborn firme un tratado con la Confed? Necesitan aliados desesperadamente.

—Vamos, ¿sugiere que estos restreñidos elecincos van a dejarnos entrar en la Confed como miembros con pleno voto? Eso no ocurrirá nunca. L-5 tiene una estrecha mayoría sobre los lunares en el senado. Hágannos miembros, y desestabilizaremos su statu quo.

Me estudió a través de unos ojos entrecerrados, sorprendido por mi comprensión de los acontecimientos.

—Una alianza pondría fin a esta guerra fría con los simpsons.

—Quizá. Muchos de nosotros somos lunares que huyeron de su coalición. Muchos de nosotros somos marcianos. Necesitaremos UN MONTÓN de persuasión.

Mi último caballo se hizo con un alfil. Sus torres, reunidas, empezaron a bajar. Mi reina se comió un peón. Su alfil blanco se fue hacia un lado. Torre come torre, torre come torre, y es comida a su vez por su último alfil.

Escruté su redondo y bronceado rostro. ¿Era así como los diplomáticos intercambiaban sus datos? ¿Pensaba Rivera que yo informaría al Consejo? Tuve un atisbo de Gwen entre las secretarias. Los instintos de la mujer eran lo bastante proletarios como para ser confundida por una marciana.

Me hizo sentir orgulloso.

—El Sistema Solar se está polarizando. Nuestra Confed ha unido a todo el mundo en la órbita de la Tierra: los euros solidificaron las poleis alrededor de Venus; los marcianos tienen un entendimiento con los orientales y los escandinavos que los orbitan; y los Gremios se han hecho con el cinturón y el circuito de Saturno. Sus poleis de Júpiter tienen que encajar en el programa. Los días de las poleis no alineadas han terminado.

—No, no estoy de acuerdo. Estamos repitiendo los últimos días de la Tierra. La Tercera Guerra Mundial destruyó nuestro mundo madre. ¿Qué destruirá la Cuarta Guerra Mundial? Jaque.

—Nos estamos defendiendo de estas armas nucleares que Nueva Dearborn vende a cualquier maníaco con dinero en efectivo —respondió secamente, mientras

deslizaba su rey fuera de la sartén y lo metía en el fuego.

—*Touché*. Yo voté contra esa industria. El boicot de los confeds; el sabotaje de los simpsons. Construir cabezas nucleares era nuestra única posibilidad de evitar de nuevo la bancarrota. Jaque.

—El buen coronel sigue olvidando que tiene que proteger su flanco —dijo Gwen entre pequeños mordiscos de una delicada pasta. El azúcar en polvo llovió sobre mi cabello en recesión.

—Absol —murmuré.

—A tiempo para ver cómo su esposo me gana —dijo Rivera.

—Las alianzas no funcionan. Hay demasiados comodines —observó mi esposa.

—¿Qué? —Rivera perdió interés en el tablero.

No me importó la forma en que miraba a Gwen, con la intensidad de un caníbal hambriento. Los servos en las piernas de mi esposa zumbaron cuando ella se deslizó a mi alrededor.

—¿Qué hay de los simpsons? Dos hábitats y dos poleis, con toda su riqueza, los convierten en una potencia importante. ¿Qué hay de Nok y Blithe y las otras colonias a años luz de distancia? ¿Qué hay de La Sociedad? Ser los únicos humanos que poseen naves interestelares seguramente los convierte en una potencia, independientemente de su miserable número. ¿Qué hay de los espacianos? Podríamos formar un gremio de transportistas y patear en el trasero a todas sus miserables poleis.

El resonar de la risa de Rivera pareció un terremoto. Los confeds de toda la sala de baile le miraron. El embajador alzó su aristocrática nariz, rebajando al coronel al status de un pedo en una iglesia.

—Me enfrento a un jaque mate en ambos frentes.

Gwen me dio el último bocado de su pasta. Excelente. Tomé nota de reservar mi último bolsillo para ellas.

—Casi lo había olvidado. Traje un regalo para usted, Steryn. —Sacó una revista doblada de su bolsillo de atrás y me la tendió—. EL QUE VIGILA la publica un grupo que reúne fondos para la exploración de la Tierra.

—He oído hablar de que hay carroñeros que bajan a la Tierra para saquear las ruinas. La mayoría mueren.

El papel era tan satinado, tan blanco, que me hizo daño a los ojos. No se parecía en nada al basto papel gris que sale de nuestra planta de reciclado.

—La mitad de ellos mueren. Pero esto ni siquiera es un riesgo comparado con los peligros a los que sobrevivimos la mayor y yo. ¿No es así, MacDonald?

Gwen hizo rechinar sus dientes de acero mientras daba un doble sorbo del brebaje cien por cien lima. Me tendió el vaso. Yo prefería el noventa por ciento naranja turbia.

Rivera prosiguió:

—Los Que Vigilan han interrogado a los carroñeros que han tenido la habilidad y la suerte suficientes para escapar a la radiación y al pozo gravitatorio. El invierno nuclear no fue tan mortífero como sugirieron los modelos por ordenador. En el último conteo se habían hallado 26 especies. Esa revista dice que seremos capaces de colonizar de nuevo el planeta a finales del siglo. La cordillera de Georgia del Sur y la isla de Baffin se consideran lugares probables.

—¿Qué es un baffin?

Sujeté la revista con la punta de los dedos, temeroso de mancharla. El rosbif que pesaba en mi bolsillo perdió de pronto su importancia. Ahora tenía entre las manos el auténtico tesoro. Mis ojos se humedecieron al pensar en 26 recias especies desafiando la lluvia radiactiva de plutonio.

—Vivimos en una era de maravillas —dije.

¿Por qué todo el mundo se echó a reír?

6

El lunes me vio arrastrarme doblado sobre mí mismo al Complejo de Seguridad Interna, un siglo más viejo que Matusalén. Las treinta oficinas que albergaba la Policía de la polis zumbaban llenas de actividad. La siguiente docena de oficinas contenían la Sección de Detectives, tranquila excepto por el grito ocasional de algún sospechoso. Un hedor químico anunciaba los dominios de la Sección Tec. Finalmente llegó la Sección de Inteligencia.

Recé para poder acomodarme en mi sillón durante unos breves minutos antes de que empezaran las complicaciones.

Me equivoqué de rezo.

El capitán Schulz brotó de la nada, confirmando mi creencia de que existía en la misma zona donde moran los malos humores de los antiguos.

Su rostro equino apareció tapizado en un vinilo de grado inferior. He aquí un hombre que hacía que la gente se sintiera miserable para compensar su propia vida infeliz. Tolstoi lo hubiera comprendido, incluso le hubiera gustado. Yo, definitivamente, no.

—¿Asistió a la recepción de los confeds? ¿Qué diablos le ocurre? El capitán

Márquez ha pedido un informe de todo lo que vio, la jefa Williams pidió otro. Yo quiero una copia en MI escritorio antes del mediodía. Esperaba más de usted, Jim.

—Como dicen los niños, dio usted en el clavo, capi. Mire, vendí secretos de estado a cambio de rosbif. Intercambié fotos de desnudo de Ma Steryn por barritas de chocolate. ¡Y mi nombre es Joshua, SEÑOR!

Tropecé y *accidentalmente* lo empujé fuera de mi camino. Debió de ser toda la carne roja que había consumido.

—¡Al MEDIODÍA! —Intentó hacerme tropezar *accidentalmente*.

—Necesita una orden judicial para eso, pibo. ¡No tengo que informar de mi tiempo libre! Pediré una investigación del sindicato.

Palideció considerablemente cuando pensó en la montaña de documentos que el sindicato podía llegar a obligarle a redactar.

Mientras salía le oí decir a mis espaldas:

—Hijoputa marciano.

La teniente Sheila se sentó en el borde de mi escritorio, una valquiria pelirroja. Sus ojos verdes eran grandes y expresivos. Le gustaba mostrar sus piernas; a mí me gustaba mirarlas. Siempre he sido un amante de las piernas.

—Márquez necesita un cadáver caliente. Gracias a Dios he encontrado un empleado que aparece a su hora. Pasarás el resto del turno por ahí. Utiliza el código de tiempo 48110 en tu diario de actividades.

—No me hagas esto. Envía a Karl, a él le encanta jugar a detectives.

Agitó los dedos en mi dirección, como si borrara mis palabras. Me encogí de hombros, derrotado. Me gustaba demasiado Sheila para pelearme con ella. Shirl y yo nos peleábamos como gatos y perros mientras ella dirigió la unidad. Y ya saben el lío que me traje eso. Cogí mi saco de hombro y salí.

Di las gracias de que la puerta de Márquez estuviera cerrada. Eso me inspiró a deslizarme a la oficina de recepción y robarle mi tarea asignada al jefe de oficina. Me miró parpadeando mientras yo usaba su terminal para entrar el diario de actividades. Sacó del cajón del fondo una insignia de detective y me la tendió. Estaba doblada. Me apresuré a salir del complejo antes de que nadie más paleara mierda sobre mi persona.

Mi misión era entrevistar sospechosos de un posible robo especializado en apoderarse de pequeños motores eléctricos de puertas, escotillas y demás. Odiaba entrevistar a la gente. No sólo mi técnica era pobre, sino que todo el mundo me parecía un mentiroso.

Una vez fuera de la vista del complejo me metí en un túnel de acceso. Mi saco de hombro tenía un teléfono. Metí mi tarjeta bancaria en la ranura y marqué varios números. Preparar nuestro fin de semana mágico había vaciado mi cuenta bancaria, pero los yunques de la desesperación cuadraron mis hombros. La gente se me quedó

mirando mientras me dirigía cantando y bailando a la estación del bala.

Sólo tres de los ocho sospechosos estaban en casa cuando llamé. Pregunté, ellos contestaron. Registré hasta su última palabra. Todos parecían culpables. Tres de los alojamientos estaban ocupados por esposas o amantes. Pregunté, algunas veces contestaron. Parecían más culpables que los sospechosos. En dos apartamentos no respondió nadie. Metí mi TI en las ranuras de las cerraduras y efectué rápidos registros en los apartamentos. Confisqué una botella de champán Nok porque carecía de la etiqueta del impuesto, y me acompañó en un rápido salto a casa.

Por entonces el reloj marcaba las tres. Las restantes horas de mi turno me daban tiempo suficiente para archivar los resultados de mi trabajo en los formularios adecuados generados por ordenador. De hecho, completé la mitad de ellos a tiempo para mi pausa del bocado de las 16:00.

Sheila, Schulz y Márquez me emboscaron camino del cuarto de baño. Me retiré a mi escritorio bajo fuego verbal. Inmediatamente recibí las reprimendas 3, 11 y 26. Carecía de actitud profesional. Mis informes llegaban siempre tarde. Y por último pero no por ello lo menos importante, mi trabajo colgaba del proverbial hilo.

Muy ordinario.

Mientras mis superiores putativos enumeraban mis numerosas faltas, mis ojos castaños se extraviaron a mi terminal. No recordaba haberlo dejado encendido, y menos aún conectado a mi correo. Mientras fingía atención, utilicé el codo para llamar al siguiente mensaje. Asentí con la cabeza para aplacar al espumeante Schulz. Eso me dio la oportunidad de echarle un vistazo a una corta nota de Faye Thorton.

En una ocasión Faye había sido engañada en aras del amor. Su ex esposo se había llevado sus fondos fiduciarios, sus muebles, todo excepto el oro de sus dientes. El baboso había sido mi proyecto especial durante meses en el Comité de Impuestos. Cuando al fin hallé su rastro —acceso de datos clase A, vid y utilidades, todo ello gratis gracias a las cajas negras que se montaba para vivir— había desaparecido.

De acuerdo, hubiera podido caer sobre las abandonadas amantes del Casanova por robo de servicios, pero ¿para qué? Jerry ya las había robado hasta dejarlas limpias.

Faye había prometido mantener los oídos abiertos e informarme la próxima vez que Jerry apareciera en la cama de uno de sus círculos sociales. Su mensaje decía: FORD HALL NÚM. 86. ¿Ford Hall? Eso era el país del caviar, el único hall que rivalizaba con Humana en millones per cápita.

¿Había ascendido Jerry en sus gustos con las amantes?

Después de que los jefes me masticaran a conciencia eché a correr a la estación del bala, demasiado excitado para organizar una estrategia. El bala estaba atestado, y el codo en mis intestinos no fue más que otra indignidad del lunes.

Emergí en un mundo diferente. Ford Hall exhibía una bien cuidada línea de

árboles enanos en el centro del hall. Flores en macetas lanzaban su fragante perfume al aire fresco y mentolado. Me dirigí al primer cuadrante mientras intentaba recordar la última vez que visité uno de nuestros parques..., que no eran ni con mucho tan hermosos como aquello.

Una obrera de mantenimiento de aspecto nervioso salió del número 86. Unos labios y unas uñas cianóticos la exponían como una usuaria intensa del effer, probablemente una adicta total. Adopté una actitud casual hasta que hubo pasado. Luego corrí a meter el pie en la puerta antes de que se cerrara. El panel retrocedió y me deslicé al interior de la lujosa suite.

La pared de la sala de estar había sido desmantelada. Media docena de componentes de un depurador de aire industrial se amontonaban contra los muebles apilados en la esquina. En las profundidades de la pared pude oír golpeteos y maldiciones. ¡Qué audacia! Estaban robando el maldito equipo de emergencia de la atmósfera del hall. Fui al teléfono y llamé a la policía.

Una vez cumplido con mi deber, inspeccioné el resto de la suite. Algunas velas y frutas frescas fueron a mi saco de hombro. Descubrí al propietario de la suite, un actor de nuestros culebrones locales, en el último de los tres dormitorios. Su piel estaba manchada por docenas de círculos descoloridos. Un parche verde en su vientre vertía narcóticos a través de su piel. Probablemente llevaba días inconsciente.

Regresé a la sala de estar para aguardar a los polis. Una botella de auténtico chardonnay terrestre acababa apenas de alojarse en mi saco de hombro cuando el tipo salió de la pared. Arrastró una caja de conexiones hasta el interior de la habitación antes de darse cuenta de mi presencia.

—¿El robo de servicios se está volviendo demasiado fácil, pibo? —Deslicé el guante Falk en mi mano, con la esperanza de haberme acordado de recargar sus baterías. Abrí los pies y adopté una postura de pelea.

—¡Oh, mierda! —hipó con una voz aguda e infantil—. ¿Quién eres tú?

—Stern, Intelig..., quiero decir, Sección de Detectives. Estás frito, pibo.

Me midió con ojos apagados mientras se secaba el rostro cubierto de polvo con una mano temblorosa. Resistirse al arresto doblaría cualquier sentencia que recibiera.

—¿Puedo llamar a mi abogado?

—Soy condescendiente —dije, mientras pelaba un plátano. Me eché a reír sin ninguna razón en particular.

—Tengo que marcharme dentro de quince días.

Yo acababa de cruzar como un zombi la puerta delantera. Mi mente se negaba a poner en marcha todos sus cilindros, un legado de pasar un turno entero analizando el tráfico de energía y datos a las áreas residenciales. La vida en los dominios de un hurón de datos.

—¿Eh? ¿Ir adonde?

—Llamó el capitán Razidulian. Ha firmado un contrato con la Volkswagen-Bayer. Hay escasez de algunos productos farmacéuticos en Marte, y Essex Polis tiene toneladas de ellos almacenados.

—Hey, tú estás bajo contrato con Cole Spectrum. Pensé...

—La B-V nos paga la ida y la vuelta. Podemos cargar productos de consumo y volver con ellos por nuestra cuenta. Esto doblará mis beneficios como socia de la nave. Es algo demasiado bueno para dejarlo pasar.

Su voz sonaba sedosa cuando se mostraba razonable. Yo odiaba aquello. Mi estómago gruñó. Fui a la mesa y tomé un bizcocho frío de los que había preparado para el desayuno de Gwen. Ella no había tocado ninguno. Un sorbo de café frío no ayudó.

—Cristo y Simpson, apenas vuelves ya tienes que irte de nuevo. Eso no es justo. Estamos tan poco tiempo juntos.

—Josh, B-V nos paga un impulsor de combustible sólido para el tramo de entrada. Esto nos ahorrará semanas de viaje. Spectrum ha aceptado retrasar nuestro próximo vuelo. Estaré dieciocho días contigo antes de que tenga que embarcarme de nuevo. Sé que estás decepcionado, ¡pero esto doblará los beneficios de la LONI este año!

Me dejé caer en el diván y luché con mi irritación. Mi rabia deseaba preguntarle qué era más importante, yo o su asociación con la nave. No lo hice, temeroso de su respuesta. Gwen tenía una inclinación inquietante y devastadora hacia la honestidad.

—¿Qué harías tú en mis zapatos?

—Yo *tendría* que ir, pero tú no tienes mis deudas. ¿No pueden contratar a alguien que ocupe tu lugar? —Suspiré. Ella ya había tomado su decisión. Sería mejor que me acostumbrara a ello.

—Los segundos oficiales no crecen en los árboles.

—¿Cuándo embarcas? Quizá pueda conseguir un día libre y acompañarte en la Greyhound hasta Cole.

—Tomaré una lanzadera dentro de dos semanas a partir de ayer. Se trata de un

contrato que sólo surge una vez en la vida. Pagaré el reacondicionamiento de la electrónica de aviación que la LONI necesita desde hace años. Te lo recompensaré.

—Así es que tendremos el siguiente par de semanas juntos.

Odiaba pensar a largo plazo cuando no se trataba de mí. Lo odiaba todo. Mi cerebro se puso en overdrive y estableció un calendario. Podía pasarme por la TransJup mañana y traerme el trabajo a casa. A Julie no le importaría cómo o dónde o cuándo se completaran los formularios siempre que llegaran a tiempo a la Agencia de Exportación. Me costaría tiempo de sueño, pero podría dejar libre casi todo el próximo fin de semana. Unas cuantas llamadas cambiarían nuestras vacaciones mágicas del próximo futuro a este fin de semana.

Casi estropeé mi sorpresa, pero el humor no era el correcto.

—Josh, ¿es cierto lo del accidente que SUFRIERON en junio?

Oh, no, no de nuevo. Su tono desaprobador identificó a quién se refería con la paranoica tercera persona.

—Más o menos. Aventaron sodio a través de una tubería que había sido retirada para ser reemplazada. No fue un fallo del reactor, tan sólo un error humano. Nada de importancia.

—Los generadores a fisión son peligrosos, casi tan peligrosos como las armas nucleares que ESTÁN construyendo. ¡Es una locura tener esa instalación dentro de la polis!

—Si los deseos fueran peces, necesitaríamos un océano para contenerlos. A nadie le gustan estos reactores tan cerca, pero es todo lo que podemos permitirnos. A nadie le gusta la industria, pero ha sido de una gran ayuda en nuestro balance comercial. Dentro de unos pocos años podremos extirparlo todo y dejarlo caer sobre Júpiter.

—Josh, no tienes ni idea de lo peligrosos que pueden llegar a ser los generadores a fisión. Un error en un entorno cerrado, y todo habrá terminado para todo el mundo en Deary. Tienes que salir de aquí. Podemos usar este golpe de suerte mío para pagar tu hipoteca. *Deseo* hacer esto por ti. Cole, Deimos, podemos trasladarnos a cualquier parte. Me preocupo por ti con este desastre aguardando a que ocurra en cualquier momento.

—Y yo me preocupo por ti, meka. Si la LONI se hace pedazos a un millón de kilómetros de ninguna parte... La vida es preocupación. La propiedad de Ma tenía mil hectáreas. La enfermedad acabó con todos nuestros conejos y perdimos la granja. Nos convertimos en emigrantes, toda la familia. «Pisalodos», nos llamaban los media. Siempre de un lado para otro, siempre echados de todas partes. Me gustaría ser así, pero *necesito* raíces. ¡Éste es el primer hogar auténtico que he disfrutado desde que tenía cuatro años!

—No necesitas gritar. Es todo lo que tengo que ofrecer, y quiero que sepas que es tuyo en cualquier momento que lo desees.

La abracé con ojos húmedos. Susurré:

—Meka, no quiero que pongas ni un céntimo en Deary. Este no es tu problema. En cinco años esta crisis económica habrá desaparecido. Entonces podré vender, y quizá tomemos una nave para Nok y compremos una plantación de café y nunca más tengamos que alejarnos el uno de la vista del otro.

¿Por qué sonaba tan estúpido cuando lo decía en voz alta?

Si deseaba emigrar, todo lo que tenía que hacer era llenar un formulario de bancarrota y dejar que la corporación de la polis se quedara con mi apartamento. Muchos de nuestros ciudadanos ya lo habían hecho, aterrados por el negro futuro de Deary. Ignoraban el hecho de que la historia estaba de nuestro lado. Ninguna polis había permanecido permanentemente en la bancarrota. Ninguna cantidad de edificios podía reemplazar a la muerta Tierra u ocuparse de sus millones de refugiados. Todo lo que teníamos que hacer era aguardar a que pasaran los malos tiempos.

En los últimos años mis pagos habían cubierto poco más que los intereses de mi deuda. Sin embargo, ahora estaban erosionando el principal. Ahora la inflación trabajaba para mí. A medida que el valor del ned descendía, lo mismo le ocurría al valor real de mi deuda. Si seguía aquí, igual podía sacar un buen beneficio cuando vendiera finalmente el apartamento.

Un beneficio le demostraría a Gwen que no había cometido un error instalándome en este lugar.

Gwen se separó de mí y empezó a caminar arriba y abajo, como un tigre enjaulado. Sus piernas zumbaban y chirriaban. Sus ojos mecánicos se volvieron dorados, una advertencia de tormenta que había aprendido de experiencias anteriores.

—Salgamos a pasear —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, meka, dame un respiro. He estado trabajando todo el día.

—No estabas demasiado agotado ayer por la noche. ¿Por qué invitaste a Grace a cenar?

Oh, no, era una de sus famosas discusiones uno-dos. Mi esposa era una espléndida boxeadora mental. Cuando dudes, miente, era mi filosofía.

—No sabía que hace tiempo hubierais sido compañeras de habitación. Llevaba insinuándome que la invitara desde hacía meses. No sabía por qué.

Un Error, con E mayúscula. Grace se había mostrado contenida, había adoptado una forzada frivolidad cuya calidad quebradiza e innatural había establecido el tono de la velada. Gwen se había mostrado más lacónica que de costumbre. Me pateé a mí mismo por haber programado las cuatro horas más largas de mi vida.

—¿De veras? Deja de tratarme como un código que necesita ser descifrado. ¡Pregunta, maldita sea! —gritó, clavando en mí sus ojos mecánicos.

La contradicción entre su cuerpo y su lenguaje hablado me confundieron. Puse una mano sobre su hombro. La suya se cerró como una llave inglesa alrededor de mi

muñeca. De todos modos, apreté. La llave inglesa apretó también.

—Lo hago. Te pregunto sobre tu familia y me hablas del sabor de los limones que recogiste en un jardín de Céres. Te pregunto sobre volar y me hablas del ruido del rotor de un Apache. Te pregunto sobre la guerra y me hablas de una casa de putas en Nok. Yo pregunto. Y tú respondes como un sospechoso aguardando a su maldito abogado.

»Me doy cuenta de que el presente es lo único que te importa. Pero a mí no. Maldita sea, soy tu esposo. Te quiero. ¿No me merezco saber tanto sobre ti como la maldita Embajada Confed?

Apreté más fuerte, hasta que mi brazo empezó a temblar. Mi mano se puso blanca bajo la presión de su tenaza. Jodidos estúpidos testarudos los dos; nos merecíamos el uno al otro.

—Grace y yo nunca fuimos amantes. ¿Es eso lo que querías saber? Fuimos a la escuela juntos cuando ella era Wendy Harvestan. No la conocí después de la operación; sólo jugó a ser Winston durante un año o dos.

—Nunca pensé que fuerais amantes. He estado saqueando bases de datos durante años y nunca he hallado tres palabras sobre ti. Vosotros los espacianos debéis de pagar una maldita fortuna para borrar vuestros registros. ¿Cómo ha llegado a saber la Confed tu historial de guerra?

—Después de la guerra viví en Taylor.

—¿Qué?

—Sí, fui una elecinco. Uno de los miembros de mi grupo matrimonial era un informador de la policía. ¿Quieres oír cómo la policía vino y se llevó a nuestros niños porque Thelma le dijo al soplón que pertenecía a una organización subversiva?

Perdí la sensación de mi mano. Pero seguí apretando. El dolor en su voz se convirtió en mi dolor. Me impresionó oír que había sido una de esas familias extendidas de L-5. ¿Cómo había conseguido mantener su actitud de lobo solitario en un entorno comunitario?

—A veces eres tan extraña. Me asusta. Me siento celoso de que otras personas sepan tanto sobre ti mientras que yo soy una fuente regular de ignorancia.

—Mientras estaba en el hospital fui acumulando medicamentos e intenté suicidarme. Cuando tenía dieciséis años fui considerada la segunda mejor jugadora de tenis del sistema. —Su voz era la de un sospechoso torturado durante demasiado tiempo. El dolor ahogaba cada palabra.

»Mi primer romance fue con mi profesor de psicología. Maté a mi primera víctima durante el entrenamiento básico. Intentó violarme. He usado diecisiete identidades en mi vida. Mis padres se prostituían. En una ocasión mi madre me rompió un brazo. En Kallas...

—No sigas, meka. Lo siento.

Sus sollozos ataban nudos en mi estómago. Llorar tenía que ser una auténtica agonía sin lagrimales. ¿Acaso los lubricantes de sus ojos podían derramar lubricante sintético? No podía mirar a sus ojos y comprobarlo. Retiré mi mano. Ella la soltó.

—No quiero perderte, pero mi pasado sigue doliéndome. No me gusta hablar de él.

—No tenía ni idea, Gwen. Lo siento. Nunca quise causarte dolor. Vamos, salgamos a dar ese paseo. Las granjas deben de estar al final de su ciclo de crecimiento. Me encantan los campos antes de la cosecha. Y está ese restaurante en Lee Hall que se especializa en marisco. ¿Qué me dices de unos camarones gigantes con alubias rojas y arroz? ¿No crees que vale la pena el paseo? Vamos, tenemos que sacarle algún jugo al próximo par de semanas.

—Rata de polis —susurró, y me atrajo hacia ella.

Rodamos por el suelo.

8

Di un sorbo a mi jarra de té con menta sentado a mi escritorio, una flagrante transgresión de las regulaciones. Jeff había hecho todo un pote para celebrar el fin de otra semana de trabajo. Mis instintos se habían equivocado acerca de él. Se estaba comportando como un buen muchacho.

Era agradable presentarse a la hora en la Sección de Subinformes del Comité de Impuestos. Al parecer Jeff y yo éramos los únicos trabajadores que lo hacíamos. Di otro sorbo a mi té y me recreé en la quietud. Cada tic-tac del reloj me acercaba más a mi segunda luna de miel sorpresa. Sonreí hasta que me dolió.

Sonó el teléfono. Lo cogí, con la esperanza de que fuera el santo patrón del mercado negro, Karl. Si alguien podía conseguir caracoles marcianos, ése era Karl.

—¿Sí? —canturreé.

—Stern, aquí Schulz. Tengo malas noticias para usted. ¿Está sentado?

—Ya he puesto el dinero de mi depósito. ¡NO hay forma alguna de que venga a trabajar mañana!

Si aquello hubiera sido un cara a cara (¡fea cara, por cierto!), hubiera estado gritando. En estas circunstancias, hice gestos obscenos al plástico en mi mano. Jeff

me vio y se echó a reír.

—Tranquilo, Steryn. No le estoy robando su fin de semana. Esta noticia es más personal. Sheila Jagger está en el hospital. Los médicos no esperan que viva. Unos chicos estaban ahí fuera haciendo locuras con un carrito y la atropellaron.

¿Qué? ¿Atropellada por un carrito que podía alcanzar como máximo los 15 kilómetros a la hora si saltabas de él y lo empujabas con todas tus fuerzas? ¡Háblame de accidentes extraños!

—¿Steryn? ¿Sigue ahí? —preguntó al silencio.

—Estaba pensando. ¿Hay algo que yo pueda hacer? —Quizá deseaba que donara un riñón. Di un sorbo al té mientras practicaba mentalmente mi ¡no, no, NO!

—De momento le nombro a usted para que dirija su unidad. El teniente honorario Steryn se presentará en mi oficina el lunes por la mañana para hablar de sus nuevos deberes y rellenar algunos formularios.

—¡Espere, espere, no puede hacerme oficial contra mi voluntad!

—Lea su contrato, Steryn. No puedo autorizar una paga de teniente hasta que ella muera, pero puedo concederle 250 neds a la semana de nuestros fondos discrecionales mientras dure esa situación. Usted es mi única posibilidad teniendo en cuenta lo cortos de efectivos que vamos. Si se niega, tendré que nombrar a Alana Zebrewski.

—¿Alana la Huna del turno de noche? —Jaque mate. Sus empleados tenían que dar lustre a sus escritorios a base de escupitajos antes de marcharse—. ¿Exactamente de cuánto tiempo estamos hablando? Esos 250 neds, ¿son brutos o netos?

—No sé cuánto tiempo. Registraré los neds como pago a soplones y se los entregaré en efectivo. ¿Le importa que sean en efectivo?

—Todos mis sobornos los recibo en efectivo, capi. Mire, haré que la unidad funcione bien aceitada, pero a mi manera. ¿Hay algún problema con ello?

—Mientras su unidad mantenga sus cuotas no voy a preguntarle cómo lo consigue —prometió, mintiendo por entre sus dientes. Los entrometidos no cambian los hábitos de toda una vida.

Colgué y saqué el fonocristal de la grabadora. Pinchar mi propio teléfono podía ser útil en ocasiones. Guardé el cristal en mi saco de hombro como seguridad, apoyé los pies sobre el escritorio y medité sobre mi promoción temporal. La urgencia de llamar a Gwen para darle la noticia se fue desvaneciendo gradualmente. El pensamiento de mi esposa suscitó fantasías sobre nuestro próximo fin de semana, mucho más dulces que unos cuantos neds extras y la oportunidad de tomar esas largas horas para comer de que gozaba la dirección.

—¿Vamos a conseguir que hagas algún trabajo hoy? Robar el dinero de los contribuyentes es felonía, Jim. —El Jefe Lev había llegado.

Maldije no poder ser un director como él. Algún día realizaría un estudio del

ADN sobre el hombre. Podía garantizar que nos proporcionaría pruebas de que los antepasados de la humanidad habían surgido de charcas de desperdicios.

Era hora de trabajar. Inspeccioné los archivos en cristales que había estado preparando aquella mañana. Subinformes no era un mal trabajo durante los períodos de altos ingresos. Los blancos orondos eran mi presa.

Accidentalmente borré el archivo de un viejo que se había ganado una investigación tras alegar corrupción dentro del Comité de Impuestos en una pobremente concebida carta al director de la DEARBORN GAZETTE. El texto estaba en ROM, pero si enrollabas un trozo de cobre alrededor del cristal y éste *caía* en una toma de corriente, los datos desaparecían. De acuerdo, los datos estaban todavía en la base de datos de la polis, pero esa montaña de datos y cifras estaba tan mal organizada y mantenida que un archivo en particular dentro de ella podía permanecer oculto durante años. Por aquel entonces, la carta ya estaría olvidada.

Examiné el archivo de un médico. Exprimir a médicos y abogados se alineaba entre los principales placeres después del sexo. Sin embargo, éste estaba siendo atosigado a causa de cuestionables deducciones de su clínica gratuita en Turner Hall. Incluso una revisión somera indicaba fraude. Un fraude necesario para financiar la clínica gratuita, decidí. Para luego, decidí, protegiendo así mi excelente humor. Hoy NO iba a ser el villano para nadie.

El último cristal de la serie era de un ex miembro del Consejo. Horst Winfield había sido la niña de los ojos del Partido del Hogar hasta que la carismática M. Stevens ascendió como un cohete en sus filas. El plan del «trabajo compartido» surgió de la retorcida mente de Winfield. Escruté los datos, luego desplegué mi software sobre una red para delimitar los hábitos de gastos de Winfield. Mientras aguardaba, mis ojos examinaron sus registros bancarios, en busca de nombres recurrentes de naturaleza sospechosa.

Me trasladé a un escritorio desocupado. No podía ver por qué su terminal se demoraba. Tras entrar un programa de búsqueda, conecté con la biblioteca para echar una mirada a los nombres de las compañías que aparecían en los registros bancarios.

Mercat, Inc. asomaba la nariz numerosas veces en el archivo de Winfield. El índice Mercantil me dijo que era un agente inmobiliario, especializado en suites de lujo en Ford Hall. Winfield vivía con su políticamente perfecta familia de tres miembros en Humana Hall. Me metí en la base de datos de la oficina de Mercat, saltándome los grises perímetros de mi jurisdicción local. El político retirado mantenía un nidito de amor de un solo dormitorio en el 308 de Ford Hall. ¿Tercer cuadrante? Su familia sólo mantenía alojamientos en el segundo cuadrante.

¡Vaya tipo! ¿Cuándo aprenderá la gente lo fácil que resulta mantener a tu enamorada fuera de las bases de datos?

Comprobé el listín telefónico. Sí, allí vivía una tal E. P. Collins. Un salto a los

registros de impuestos mostró que Collins era una «consultora de dirección» de 17 años. Sí, claro. E.P. presentaba unos ingresos de 7.000 neds; Mercat le cargaba un alquiler de 156.000 al año. ¡Bingo!

E.P. no aparecía en la base de datos de Ciudadanos. Todo su bloque había sido machacado. Los fallos de ordenador devoraban regularmente datos. Comprobé las copias de seguridad y descubrí que todo el bloque había sido machacado en una fecha diferente. Una extraña coincidencia, aunque no imposible. Fui a la copia de seguridad de las copias de seguridad y descubrí que todo el sistema estaba off line.

Comprobé el código de sus declaraciones de impuestos. Terminaba con un 70, lo cual indicaba que había emigrado a Deary en el 2070. Eso coincidía con el reinado del consejero Winfield como líder del Partido del Hogar. Cambié a Inmigración. Ningún archivo. Las redes de la policía y las académicas mostraron un vacío similar. Ni siquiera tenía una cuenta bancaria.

¡Todo el mundo pagaba el agua del baño! Salté a la Red de Utilidades y localicé los archivos de consumo de agua. Esta semana se había producido un gasto, un cargo de 18 neds adeudado a la tarjeta bancaria de Winfield. La semana pasada se habían producido media docena de cargos a la cuenta de la compañía Mercat. Antes de esto había un interludio de dos meses sin ningún cargo.

¿Qué estaba ocurriendo aquí?

Tenía evidencias suficientes para centrarme en E.R Co-Uins. Sin embargo, lo extraño del asunto me mantuvo en mi terminal. Comprobé el código en el archivo de Winfield. El ordenador había sacado el archivo porque los ingresos de Winfield se habían duplicado el último año. ¿Se había retirado y había ganado más dinero? ¿Cómo era posible?

Los medios de comunicación hablaban poco de su vida personal. Su pérdida en la lucha por el poder dentro del partido dominaba las noticias. Un escándalo sexual sofocado explicaría esta caída y la ascensión de la consejera M al poder absoluto en el partido.

Comprobé por triplicado los documentos originales de los impuestos de Winfield. Unos honorarios no especificados incrementaban sus ingresos. Montones de funcionarios públicos señalaban así los sobornos que recibían, cumpliendo las leyes de impuestos sin inculparse. ¿Quién sobornaría a un ex funcionario?

Almacené mi software, devolví la jarra a Jeff y me fui. El bala me ofreció el regalo de un vagón vacío. En un abrir y cerrar de ojos mi saco de hombro golpeteaba mi espalda mientras rodeaba Ford Hall.

Nadie respondió al timbre. Mi TI no consiguió pasar por encima de la cerradura de la puerta. Cuando se desvaneció la sorpresa surgió la ira. Rebusqué en mi saco de hombro mi kit de herramientas. El hecho de que había sido un regalo de Gwen ayudó a disipar mi furia. Dejé que mis dedos trabajaran mientras recordaba las románticas

frases que había pronunciado a mi esposa mientras bebíamos champán. Deslicé la placa del sensor de palma a un lado. El cable azul chisporroteó cuando lo solté. Chisporroteó de nuevo cuando lo puse en contacto con la punta del cable rojo. El panel de la puerta se abrió 20 centímetros antes de detenerse con un *tump*.

Me hizo hervir la sangre el descubrir una cerradura Yale anticrimen unida a la parte interior del panel. Normalmente hubiera sacado mis ganzúas (otro regalo de mi amor) y hubiera atacado directamente aquella seguridad extra. Sin embargo, Collins me había puesto fuera de mí con aquel programa ilegal de cierre. Reuní fuerzas y pateé y pateé y pateé. La Yale resistió, pero los tornillos que la sujetaban al panel no.

Un muro de hedor cayó sobre mí apenas entré. Fuerte y químico, en absoluto el olor característico de un nido de amor. Nada parecía usado. La cocina estaba vacía, en el frigorífico ni siquiera había polvo. Los armarios del dormitorio mostraron hilera tras hilera de cajas forradas en plástico. Las direcciones y pegatinas de identificación habían sido arrancadas. Bajo la cama había más cajas. En el armario del dormitorio y en el cubículo de la ducha había más cajas todavía.

Había descubierto una asamblea de cajas.

Saqué una caja del montón e inspeccioné cuidadosamente la cubierta de plástico sin costuras que la envolvía. Un pequeño código de barras se ocultaba en una de las esquinas. Mi navaja retráctil hizo clic y cortó el plástico.

Accidentalmente, por supuesto.

Después de todo, no tenía ninguna orden de registro..., todavía. Los tribunales prescindirían de esta menudencia SI se tratara de algún crimen de bajo presupuesto. Sin embargo, los jueces podían ser un auténtico grano en el culo cuando el caso implicaba a la élite.

El contenedor de aluminio debajo de la envoltura de plástico carecía de tapa. Jugueteeé un poco con él como si se tratara de un rompecabezas. Mi ingeniosidad fracasó. La segunda vez que lo arrojé contra la pared el fondo cayó. Un montón de pequeñas cajas se dispersaron por el suelo. Una de ellas se abrió. Un frasquito de su interior se rompió contra el váter. La habitación se llenó con la madre del terrible hedor que llenaba todo el apartamento.

Recogí una de las cajas. Ni sello de aduanas ni pegatina de impuestos. El logotipo de la ICLN brilló en ella. Puesto que la ICLN tenía todas sus fábricas en la órbita de Venus, tenía definitivamente ante mí un caso de contrabando. Hice girar la caja entre mis dedos y leí la etiqueta. CARTUCHO DE RELLENADO — INYECTORES SD 400 — OCHO UNIDADES POR RECARGA — SOLUCIÓN TOXINA LUE-WAT 4%.

El año pasado habíamos sufrido una epidemia de TB-3 en Deary. Como resultado de ella sabía por experiencia que la toxina Luewat te proporcionaba una megaafección de diarrea, además de inmunidad a la plaga del siglo XXI. El problema era que, una vez la bacteria ocupaba tu cuerpo, se quedaba en él para siempre, y

aguardaba pacientemente a que la inmunidad desapareciera. Los efectos de la toxina se desvanecían lentamente. Una mañana despertabas con una fea tos y...

O gastabas un mes de tu sueldo cada tres años para una nueva dosis de Luewat.

Cristo y Simpson, la tabla de multiplicación me golpeó los sesos. Treinta cajas, conteniendo cada una cuarenta cajas, conteniendo cada una una docena de frascos de ocho dosis cada una. Una dosis se vendía por 1.800 neds. Los números se apelotonaron en mi cerebro. No pude conseguir la misma respuesta dos veces. Allí había acumulados 2, 20 o 200 millones de neds en toxina. Más de 100K dosis almacenadas para que duraran para siempre..., si los elementos inertes en el fluido eran como correspondía.

Mi garganta ardió ante la oleada de bilis. Veintenas de personas habían muerto antes de que el Consejo dispusiera de las divisas necesarias para adquirir la toxina a la ICLN. Docenas más en los primeros estadios de la enfermedad habían sido pasadas por las esclusas de aire, una muerte humana comparada con la agonía a la que se enfrentaban. La epidemia había sido evitada por un margen de días.

Acaparadores. Maldije en siete idiomas.

Inserté mi tarjeta bancaria en mi teléfono y pulsé el botón de emergencia con un dedo tembloroso. Mis ojos vagaron a mi alrededor. El polvo bajo el lavabo había sido alterado. La virtud tiene sus recompensas: la mía fue el cartucho de monedas de oro de Nueva Sevilla que encontré allí. Invertí el resto de mi tiempo libre con mi CL conectado a mi teléfono, rellenando una orden de detención y una revocación de pasaporte.

Winfield no iba a escapar, se lo prometí a los muertos.

La capitana Nagata llegó quince minutos más tarde con su escuadra táctica. Nagata era una euroasiática que podía llevar un traje antibalas asexuado y varias tallas más grande y seguir exudando sensualidad. Tras curiosear en su historial y ver la progresión de fotos de sus TI a lo largo de los años me había hecho una buena idea del porcentaje de su sueldo que iba a cirugía para perfeccionar su cuerpo. Dorar la píldora, si me lo preguntan. ¿Por qué perfeccionar la perfección?

La belleza le proporcionaba su segunda cualidad, la primera era su cerebro. Yo sabía con certeza que Schulz la despreciaba. No era de extrañar que mi jefe se ganara su reputación como un estúpido de primera clase. El índice de eficiencia de la Sección que llevaba ella probaba sin lugar a dudas que sabía lo que hacía.

Sus ojos, uno castaño, uno gris, eran memorables. Me miró de arriba abajo mientras su escuadra de élite se abría para dismantelar el apartamento. Enrojecí al ver mi concupiscencia reflejada en sus pupilas.

—¿Qué demonios está haciendo aquí la Sección de Inteligencia?

—Hoy no soy Inteligencia, capitana. Soy una simple y vulgar máquina de revisar impuestos cada martes y viernes. Estoy trabajando en un caso sobre Horst Winfield, y

los papeles me han traído hasta este escondrijo. Hay toda una enormidad de millones en artículos de contrabando. Compruebe el cuarto de baño.

Se dirigió hacia allí a grandes zancadas mientras lanzaba invectivas contra las Secciones que invadían sus competencias. Su voz se cortó en el instante mismo en que vio el botín. En un abrir y cerrar de ojos me había hecho escoltar fuera del apartamento por uno de sus fornidos chicos.

Ahora era asunto de la policía.

—¿Realmente trabajáis con papeles? —preguntó mi escolta—. Papeles, papeleo, siempre estáis hablando de papel. Yo paso semanas enteras sin siquiera ver una hoja de papel.

—Es vocabulario vestigial. Hemos tomado una buena cantidad de nuestra jerga de la Superintendencia de Contribuciones de los antiguos Estados Unidos, allá en la Tierra. Hubo un tiempo en que todo se hacía sobre papel. Debía de haber montañas de él en aquellas oficinas.

—¡Sácalo de una vez de aquí! —aulló Nagata, con la mano sobre su teléfono.

Tuve la sensación de que el crédito del descubrimiento se me estaba escapando de entre los dedos. Se había puesto lívida cuando intentó enviar una orden de arresto y descubrió que yo le había ganado la mano. A menos que... Tan pronto como estuve fuera de su vista, llamé a la GAZETTE y les puse en camino hacia el escondrijo. Con periodistas en la escena no habría ninguna forma de encubrir el hecho.

No era que dudara de la honestidad de Nagata, pero ella informaría directamente al Consejo. Y, definitivamente, no se podía confiar en los políticos.

Contento con el mundo, me dirigí de vuelta a la oficina. Una vez en mi escritorio rellené el formulario 4.211 de Informe de Sucesos Excepcionales mientras bebía más té de hierbas. Con gran pesar de Jeff, nadie más se había presentado a trabajar. Mi segunda jarra sabía peor que la primera, pero Jeff se hubiera sentido decepcionado si yo no chasqueaba los labios sobre el brebaje. Mientras redactaba el informe, perdí la noción del tiempo.

Alcé la vista ante una erupción de ruido. Todo el Consejo de la polis entró en tromba en la oficina. Jeff casi se descoyuntó tocando el suelo con la frente. El capitán Schulz se materializó junto a ellos. Me derrumbé detrás de mi terminal, intentando desaparecer.

Al parecer, los periodistas no habían llegado a tiempo. Suspiré. Bueno, al menos lo había intentado. Ahora sería castigado.

Nada menos que la propia M. Stevens se acercó a mi escritorio. El aroma del poder, del almizcle político, rezumó por todo el aire. Alcé tímidamente la vista, preparado para mi destino.

—Hoy ha hecho usted un trabajo increíble, primer teniente Steryn. Si tuviéramos unos cuantos más como usted en el equipo, Nueva Dearborn no estaría en bancarrota.

¡Mis felicitaciones! Hemos establecido un acuerdo con el gobierno marciano para entregarles todo el alijo de medicinas. A cambio están dispuestos a cancelar mil millones de dólares de nuestra deuda exterior. ¡Va a ser usted famoso!

—¿Eh? Se ha equivocado usted, señora. Sólo soy un segundo teniente asimilado. Y ni siquiera eso hasta el lunes.

—Es usted el que está equivocado. Acostúmbrese a ello, en estos momentos es nuestro chico de oro. No me sorprendería verle de capitán dentro de muy poco. ¿Está preparado para la conferencia de prensa?

—¿Eh? —De pronto tuve la sensación de que iba a experimentar una nueva definición de la palabra destino.

9

—¡No puedo creer esta mierda! —siseé entre dientes apretados.

El camarero que había derramado la sopa ardiendo en mi regazo se retiró. Forcé una sonrisa para los cámaras que se movían arriba y abajo a lo largo de la interminable mesa llena de dignatarios de la polis.

Gwen intentó no reír, pero el constante cambio del color de sus ojos traicionaba su regocijo. Se inclinó hacia delante para retirar un trozo de cebolla de mi uniforme de gala. Un guiño, una inclinación de cabeza, una palmada a una de las absurdas cruces de plata con que había sido recompensado. Un trozo del chapado se desprendió. Al diablo mi plan de fundirlas y venderle el metal precioso a Karl.

—Todo esto forma parte de ser un héroe, Josh.

Nuestra segunda luna de miel había sido pospuesta para asistir a este circo, aun a sabiendas de que estaba siendo exhibido como un oso bailarían. Si no me hubiera sentido tan aterrado ante las cámaras, me habría puesto a gritar. ¿Cómo podía mojar casualmente pan en la sopa sin dar a los medios de comunicación la impresión de que estaba jugando conmigo mismo?

Alguien depositó un plato delante de mí. Una patata, tres pequeños montones de verduras surtidas —una de ellas no la reconocí— y una loncha de conejo delgada como una hoja de papel llenaban el plato. Me trajo recuerdos del banquete de la Confed. Una jarra de auténtico café acompañó a la comida.

El consejero Dillman, augusto líder de los demos, subió al podio para agitar su mandíbula. Su asquerosa descripción de los peligros a los que me había enfrentado durante la investigación me hizo pensar si Kafka no se habría alzado de entre los muertos para escribir su discurso. Los aplausos a la culminación de sus palabras recompensaron más su final que su contenido.

Las siete medallas me hacían andar de lado. Había sido un terrible problema político. El Consejo se había reunido en sesión a puerta cerrada para decidir quién me pondría la medalla. Al final se había llegado a un compromiso. Todos ellos me habían puesto una medalla para compartir los focos.

¡Imbéciles!

—No se preocupe —rió quedamente un periodista que se sentó a mi lado—. Utilizamos una cámara de baja resolución. Estas cámaras hacen que la gente parezca más joven, más fotogénica. Cuando vea que se enciende la luz roja míreme a mí, no a la cámara. Hemos vendido el reportaje a la CNN, así que va a estar usted en todos los hogares del sistema.

Me agarró, me situó de tal modo que las medallas relucieran. Dio un tirón a mi pelo y me obligó a abandonar mi habitual postura encorvada. La luz roja. Mi mente quedó en blanco. Mi vejiga empezó su propia cuenta atrás.

—Esta noche estamos aquí con el Sherlock Holmes de Nueva Dearborn Polis, celebrando su aprehensión de un alijo del mercado negro de mil millones de dólares. Teniente Steryn...

El periodista hizo frenéticos movimientos para que dejara de agitarme.

—Cuando los dybs requirieron un detective lo contrataron a usted. ¿Cómo llegaron a elegirle nuestros amigos alienígenas?

Casi había olvidado mi trabajo con los alienígenas. Era jodida historia antigua.

—Oh, en realidad no soy un detective. Soy un hurón de datos, un buscador de información. Los lagartos me contrataron porque vencí su seguridad e invadí en una ocasión sus registros navales.

No mencioné cómo había estado robando información sobre Gwen, una información que había sido expurgada. Tampoco mencioné que me cogieron.

El periodista frunció los labios cuando usé la palabra lagartos. Puesto que nunca había conocido a un alienígena, no comprendía que éstos prefieren este término peyorativo al débil intento de la lengua humana de imitar las inflexiones dybs equivalentes al nombre de su raza.

—Háblenos de la investigación que le condujo a descubrir esta abrumadora cantidad de medicinas del mercado negro.

—Seguí lo que me indicaban mis papeles. No hubo nada del otro mundo. Si quiere saber la verdad, fue pura suerte.

Alguien me golpeó suavemente en el hombro; alcé la vista. La caballería llegaba

en la forma de la consejera M. Agitó su cabello peinado a la moda y se lanzó a un panegírico respecto a mi humildad y a mi maravillosa habilidad para descubrir conspiraciones criminales. El periodista sonrió aliviado. Gwen intentó animarme.

Todo aquello era demasiado absurdo.

Cuando el tsunami de los medios de comunicación disminuyó un poco, mi comida había desaparecido sin que yo hubiera podido tocarla. Cuando un videopanel estalló y se incendió, Gwen me agarró del brazo y escapamos.

Alguien nos dio caza, gritando. Corrimos corredor abajo sin dejar de reír y haciendo muecas a toda la gente que encontrábamos. Sonaba el timbre cuando entramos en la estación del bala. El vagón siseó dentro del túnel en el momento en que el periodista se detenía patinando en el andén. Nos abrazamos y reímos de nuevo, como dos niños saltándose la escuela por primera vez.

—Me pregunto quién habrá pagado esa fiesta.

—¡Calla!

—El Consejo me ofreció un cambio de equidad a un apartamento en Lockheed Hall. ¿Puedes creerlo? Los alojamientos en Lockheed están a 900K. Yo...

—¡Calla! No vamos a discutir sobre nada esta noche. A partir de este momento la declaro noche loca.

Bajamos en Edinburgh Hall, y enviamos besos a un policía de ojos tristes en patrulla de a pie. Una pandilla de adolescentes entró en la estación cantando una desafinada canción. En el primer cuadrante había una pareja sentada fuera de su apartamento, asando filetes de soja en una barbacoa de fabricación casera. Gwen me arrastró lejos de ellos antes de que pudiera recriminar a los sociópatas por rebajar el valor de la propiedad tiznando los techos.

Gwen puso su palma en la placa sensora y nuestra puerta se abrió. La cogí en brazos y la llevé cuatro pasos antes de volver a depositarla en el suelo.

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí? —le grité a la jefa Williams. Me había preguntado por qué la jefa de Seguridad Interna no había acudido al banquete.

Gwen aterrizó sobre sus pies. Miró con ojos furiosos a la jefa de mi jefe, y de un manotazo le hizo bajar los pies de encima de nuestra mesita de café de plastimadera.

Williams se puso en pie. Sus bruscos movimientos la señalaban para siempre como una terrestre, a la que los años no habían conseguido reprogramar para la menor gravedad de las polis. Ya era vieja cuando mandaba las fuerzas de la policía en Washington, D.C. La buena suerte de asistir a una convención en la Luna la salvó de la Tercera Guerra Mundial. Desde entonces había mandado Oficinas de Seguridad desde la Confed hasta el Cinturón. Cada trabajo la llevaba más lejos del Sol, más abajo en la escalerilla del prestigio. Esta movilidad hacia abajo había quedado grabada en su cansado rostro lleno de arrugas.

La jefa se echó de pronto hacia un lado y lanzó su pie a las piernas de Gwen para

hacerle perder el equilibrio. Intenté sujetar a mi esposa, pero su impulso nos ganó a los dos. Nos estrellamos juntos contra el suelo.

De un absurdo al siguiente. No pude evitar el echarme a reír.

—Señorita, carece usted del respeto que debe expresar hacia sus mayores. Soy cinturón negro desde hace más años de los que usted ha vivido. Y puede estar segura de que la lanzaré contra el techo si se atreve a ponerse en pie. En cuanto a usted, Teniente Héroe, ¡sé detrás de lo que va!

Atrapé las piernas de Gwen entre las mías para impedir que se levantara. Lo último que necesitaba ahora era que Gwen se liara a puñetazos con la jefa hasta reducirla a una grasienta mancha en el suelo.

—Estoy seguro de que ha violentado nuestra casa para algo más que para derribarnos al suelo.

—Era usted un bala perdida, nadie confiaría lo suficiente en usted para alistarle en el *complot...*, hasta ahora. Estoy apostándolo todo a que es usted honesto. Hay una petición en su terminal procedente de M en persona. Deseo que la acepte y que me informe de todos los detalles. NO tiene que decirle a nadie que es mi agente. ¡Ninguno de los dos!

—Mire, lamento realmente que me odie, pero ¿a qué tipo de juego está jugando?

—¡Limítese a seguir mis órdenes! Mañana al mediodía preséntese en mi oficina. No diga nada por teléfono o por el ordenador. —Salió pisando firme.

Gwen y yo desenmarañamos nuestras piernas y fuimos cada uno a sus cosas. Gwen fue a buscar algunas latas de vino. Yo comprobé mi correo electrónico. Ahí estaba, M me pedía una conferencia esta noche en el 411 de Jacobi Hall. Vacíé mi lata de un trago.

—Tu jefa tiene miedo de que vayas a quitarle su trabajo —observó mi esposa.

—¿Eh? Está loca. La paranoia es no ver complots. Debe de haber un centenar de ellos hirviendo a nuestro alrededor en estos momentos, con las elecciones tan cerca. La paranoia es ver esas patéticas maquinaciones como importantes.

—¿Cuál es el nombre de ese nuevo partido? El que está en las noticias.

—¿Los nuevos demos? Se escindieron de los demos tras su derrota en las elecciones del año pasado.

—La vid dice que tienen una posibilidad de usurparles el puesto a los dos partidos en las siguientes elecciones. M necesita robarles sus alardes de reforma. Te pone a ti en el puesto de Williams, y les dice a los sabuesos de las noticias cómo está cambiando el status quo de la corrupción.

—¿Yo? Ni siquiera confían en mí. Yo voto a la candidatura AntiSocial.

—Yo no estoy tan segura, Josh.

—Sabía que hubiera debido rechazar esta maldita comisión. No puede salir nada bueno de ser un oficial. No es justo.

—Todavía nos quedan un par de horas antes de tu *cita*.

—Después será domingo, y podremos tomar una ducha tan larga como nos apetezca. ¿Te apuntas?

—Siempre que prometas no caerte. La última vez tuve que aguardar el resto de la noche en la sala de urgencias mientras te cosían los puntos.

Abrí el cajoncito de la mesa de café y extraje un revestimiento de espuma que había creado para aquel grifo sediento de sangre.

—El hombre sabio aprende del pasado.

Media hora después de la medianoche subía al bala junto con tres borrachos para el viaje hasta Jacobi Hall. Jacobi era donde estaba el núcleo de las diversiones de la polis: clubs nocturnos, teatros, cines, salas de concierto, bares y casinos. Según la Oficina de Registros, el 411 contenía los estudios donde se rodaba y montaba nuestro culebrón particular, LA MONEDA CAÍDA, antes de ser enlatado y vendido por todo el sistema.

Llamé a la puerta con los nudillos, reacio a utilizar mi palma o mi tarjeta en la cerradura. Si su intención era sobornarme, desearían tener tantas pruebas inculpadoras como fuera posible para esgrimir más tarde sobre mi cabeza. No iba a ponérselo fácil. Seguí llamando hasta que una mujer joven abrió el panel.

Su rostro tatuado la identificaba como miembro de una de las organizaciones criminales clandestinas. Los muy estúpidos se tomaban el trabajo de formar pandillas encubiertas, luego se tatuaban las cabezas para alardear de ello. Imaginen los crímenes.

Otro miembro me escoltó a través de un laberinto de decorados de dormitorios y me dejó en la sala de espera del doctor Moelstein. Sorprendente, incluso olía como se supone que debería oler la sala de espera del amable y sabio doctor que guiaba a los depravados esbirros de LA MORENA JODIDA, como lo llamaban los críticos.

Un hombre negro, alto, entró en la habitación y se sentó a mi lado.

—Es usted la primera persona a la que he visto hacer el ridículo en la televisión interplanetaria. ¡Pasará a la historia! —Y lanzó una rugiente carcajada.

Enrojecí y tartamudeé y maldije. Luego me uní a su risa. El humor del hombre era contagioso.

—Creo que usted tiene la ventaja, ciudadano.

—Elijah ibn Walid. No se lo diga a nadie, pero soy un espía. Desde que tropecé con esta intriga creo que he estado siguiendo el aroma. Curiosamente, mi tesis en la universidad versó sobre avaricia y codicia. Me alegra conocerle, Steryn. —Estrechó mi mano como un bulldog rabioso.

Esperen un momento. Su rostro hizo sonar una campana en mi cabeza. Era un fugitivo buscado en la Confed. Aunque no podía recordar qué miembro lo había puesto fuera de la ley, recordaba que la acusación era de espionaje. Era un miembro

de La Sociedad, una banda criminal casi mística que se había aliado con los qit. Los bribones situaban su lealtad a su semimundo por encima de su lealtad a su especie.

Uno de los matones entró por la derecha del estudio.

—¡Espere aquí! El jefe llegará en un minuto.

—Soy invisible —susurró ibn Walid—. He sobornado a estos perdedores por el privilegio de escuchar. Primero quería tener unas palabras con usted. Si salen a relucir las pistolas, retírese a la izquierda del estudio, ¿de acuerdo?

—¿Tiros? Esto no es el salvaje Oeste. ¿De qué manicomio ha escapado usted?

—Soy de Nueva Amsterdam. Mantenga la tranquilidad, límitese a jugar con ellos. Una vieja amiga suya me ha pedido que vele por usted en caso de que haya problemas.

—¿Es usted holandés?

—Gracias sean dadas a Alá, tengo este honor. Trabajo para Tess Mullins. Ella me pidió que le dijera que todo está olvidado.

Sonreí y la recordé en el día de nuestra promoción con su vestido caqui. Pasamos todo el fin de semana celebrando nuestra graduación en un destartalado hotel. Su hermano, médico, nos trató para que ninguna evidencia de nuestra enfermedad demasiado social entrara en nuestra base de datos. Lo último que había sabido de ella era que Tess se había unido a las Fuerzas de Autodefensa Marcianas. Sí, podía verla dirigiendo una red de espionaje.

El hombre desapareció. El matón dejó escapar un suspiro de alivio cuando entró de nuevo en el plato con un par de colegas. Una cabeza afeitada y unos pendientes del tamaño de pelotas de béisbol hacían del gordo algo digno de contemplar. El más bajo era Geoff, o eso afirmaba la anilla de su cinturón. Era alguien que podía pasar desapercibido en una multitud.

—Tengo un taxi esperando, de modo que si queréis decirme de qué va este show, payasos... —Gracias a los dioses recordaba todos los clichés que había visto en las películas.

—Está nervioso —dijo Geoff.

—Claro que estoy nervioso, pibo.

—Lamentamos molestarle, teniente. Nos estábamos preguntando hacia dónde iban dirigidas sus simpatías políticas. Vota usted a la candidatura AntiSocial, pero eso no quiere decir nada. Por su historial deducimos que vota usted contra cosas, no por alguien o alguna causa en particular.

—Me encanta este NOSOTROS imperial —restallé. Intenté ignorar el hecho de que se suponía que el registro de los votos era secreto. Incluso yo podía entrar en esa base de datos.

—El Partido necesitará un nuevo portavoz en un futuro próximo. A la gente le gusta escuchar a las celebridades. Podemos llegar a un trato muy lucrativo para usted,

si se une a nosotros.

—Mirad, pibos, prometí a mi abuelita que nunca me metería con el crimen organizado. En Marte, esta categoría incluye la política. Así queee... pasaré de esta oferta.

Me levanté y me volví hacia la puerta. Ningún movimiento conminatorio de los dos tipos. Ningún matón armado por ninguna parte. Nada de espías holandeses-marcianos.

—Lamentamos haber malgastado su tiempo —zumbó Geoff con su monótono tono de voz.

—Un momento más de su tiempo, teniente. ¿Qué opina sobre el problema con los simpsons? —preguntó el hombre gordo, haciendo tintinear sus pendientes de plata.

—La Guerra Fría se está enfriando. No importa lo estúpidos que sean nuestros líderes, las cosas volverán a la normalidad.

—¿No le preocupa que los cultistas se hayan infiltrado en todas las áreas de nuestra sociedad? ¡Están subvertiendo nuestra juventud con su profética propaganda!

Medio esperé que se lanzara a una diatriba sobre la conspiración interestelar simpson respaldada por los alienígenas que tanto le gustaba invocar a su partido. Las marionetas son tan predecibles.

—No sea risible. He visto su idea de nuestra recta juventud.

—¿Está usted ciego? ¿O está YA trabajando para los cultistas? —Geoffrey me agarró del brazo, luego se tambaleó hacia atrás cuando mi frente le partió la nariz.

—Miren, la gente es la gente. Si no les incordiamos, ellos no nos incordiarán. Esta intolerancia que predicán es una de las razones por las cuales estos estúpidos simpsons están sobre nosotros. Ese chico Stuart probablemente tenía la mente llena de la propaganda de ustedes cuando cayó con su pistola sobre su profeta. Puñado de nazis de mierda, ¿por qué no dejan que la gente piense con sus propios cerebros?

Cuando llegué a casa Gwen estaba profundamente dormida. Escribí un informe y lo copié en un cristal antes de borrar todas las demás huellas de él. Puse el despertador a las 13:00 horas por principio general.

Gwen estampó su puño contra la consola utilizando un corto y rápido gancho de boxeador. Otra luz parpadeó a la vida, un anémico punto en el humeante panel de control.

—¡Maldita chatarra barata de Deimos! ¿Por qué no alquilaste lo mejor, rata de polis? Apuesto a que usaste un cupón para esta... esta... —A juzgar por la forma como elegía sus palabras, uno pensaría que una exacta vulgaridad era una valiosa herramienta.

Me encogí. ¿Cómo podía saber yo que la United Rentals no efectuaba como correspondía el mantenimiento de su material volante? Su «especial romance» con un 25% de descuento parecía exactamente lo ideal para nuestro fin de semana. Bien por el romance.

¿Había adquirido el seguro de responsabilidad? Si no lo había hecho, los daños podían salir directamente de mi bolsillo. El espectro de la bancarrota se puso a hacerme muecas burlonas.

Uno pensaría que una nave espacial puede sobrevivir a una maldita taza de café. Uno pensaría que la gente vuelca tazas de café sobre las consolas constantemente. Uno pensaría que en este siglo los sistemas de control deberían reírse a la cara de los líquidos derramados.

¿Eran inmunes los espacianos a la torpeza?

Una apagada luz roja de emergencia se reflejaba en los angulosos rasgos de Gwen cada vez que se asomaba del interior de la consola. Sus grises ojos mecánicos brillaban. El mohín de sus labios, la curva de su espalda, su largo pelo castaño y un millón de otros detalles me avisaban de que recordara la finalidad de nuestra segunda luna de miel.

—¡Yo quise emplear unos pocos minutos en inspeccionar esta ruina, PERO tú no tenías tiempo! ¡El espacio mata, pisalodos! ¿Cómo conseguiste convencerme de pasar por alto lo básico? Debería hacerme examinar la cabeza. Hubiera hecho mejor enamorándome de un Johnas.

—Jonás —corregí—. No me culpes por haber salido así, Gwen. Esperaba que la jefa Williams me llamara en cualquier momento para otra conferencia de prensa, o me calentara la cabeza con su imaginaria conspiración. ¿Recuerdas el último Día Kennedy? Jagger envió a un poli a arrastrarme hasta el trabajo en mi día libre. Vamos, querida. Los sistemas vitales todavía siguen funcionando..., más o menos. Abramos una botella de champán. Mira, cosecha Nok. Vamos, celebrémoslo y llamemos para que vengan a remolcarnos mañana, meka.

—El transmisor no funciona. Comprueba el de emergencia y... —Salió de debajo de la consola con el ceño fruncido—. ¿Qué demonios quieres decir con «más o menos»?

Di unas palmadas al panel de sistemas vitales, con la esperanza de que la luz cambiara. No hubo suerte.

—Ahora puedo entender por qué todos los espacianos tienen úlcera. Tranquila, todas las luces están verdes, excepto la señalada DEPUR. ¿Y qué? No necesitamos beber agua. Tenemos champán.

—¡Tú no vives en el espacio, tú vives en el sueelo! —aulló, golpeándose la cabeza contra el alojamiento del panel—. DEPUR es el depurador del aire. ¿Has oído hablar alguna vez del dióxido, y monóxido de carbono y quién sabe cuántos hidrocarburos complejos que son liberados por el fuego? ¡Todos ellos asesinos, Josh! Mira dentro del armario de emergencia. Tiene que haber un depurador químico de repuesto. ¡Será mejor que esté! —Su pelo trenzado flotaba a su alrededor y hacía gestos obscenos.

Nadé cuidadosamente por el atestado puente de la pequeña nave de placer. La ingravidez era algo raro para mí. Júpiter estaba amaneciendo en la ventanilla panorámica. El planeta brillaría durante cinco minutos antes de que nuestro girar sobre nosotros mismos apuntara el morro de la nave hacia otra visión de veinte minutos del espacio. Luego Deary brillaría de nuevo allá al frente, una distendida luna que cruzaría la ventanilla.

Había un armario rotulado EQU PO DE SU ERVI ENCIA al lado de las estrechas literas. Un aroma de neopreno en descomposición me recibió cuando lo abrí. Las correas se me resistieron, pero conseguí arrancar la radio de su interior. Era un aparato diminuto, más pequeño que mi terminal de trabajo. Sonó como una matraca cuando lo agité. Revisé las instrucciones en su costado. Las baterías necesarias no estaban ni dentro de la radio ni dentro del armario.

Un racimo de tubos de cartón escapó del armario. Sobre los contenedores había escrito CCCP 1994, seguido de algunas líneas de misteriosos jeroglíficos en ruso. Abrí el extremo de uno.

—Gwen, ¿existe algo así como cortinas de emergencia? —Unas cortinas que olían horriblemente. Su hedor me recordó el de unos pies sucios.

—¡Maldito cortacupones, estúpido pisalodos! ¡Extiende una! ¡Las cortinas están empapadas con productos químicos que absorben los polucionantes! ¡Es mejor eso que nada!

La desenrollé. Un legendario astronauta en acción. Tuve que colgarla de la nada. Después de sujetar con el velcro la radio a la pared, reuní todo lo que se había esparcido y estaba flotando por la cabina y volví a meterlo en el armario. Me deslicé pateando de vuelta a la consola maestra.

Este era el elemento de Gwen, la caída libre. Se movía con la gracia de una bailarina sobre patines. Yo agitaba los brazos como un viejo comediante de la pantalla que acaba de pisar una piel de plátano.

Unos cuantos golpes más tarde, me deslicé por encima de Gwen para un abrazo. Mis dedos lucharon con la adornada hebilla de su cinturón, algo tremendamente retorcido. Finalmente sus pantalones se soltaron. Luego retiré sus piernas. Yo prefería los portaligas, pero nadie es perfecto. Ella me ignoró, luchando con los circuitos en las entrañas de la consola. Floté hasta la barca del piloto y até allí las prótesis. De alguna forma puse en marcha los motores de la pierna izquierda. Empezó a doblarse y a desdoblarse con un ominoso zumbido.

—Por favor —recé en silencio—, no te rompas. ¡Por favor!

Romper una de sus piernas significaría poner una tremenda presión en nuestra relación, sobre todo después de haber conseguido que quedáramos a la deriva en el espacio. Gwen no había permitido que las tocara durante el primer año que vivimos juntos. Incluso ahora yo trataba sus recias prótesis como si estuvieran hechas del más delicado cristal.

—Voy a demandarles cuando volvamos. ¡Mira esto! Algún cerebro de guisante de la polis reemplazó el cristal primario de este tablero con un chip e hizo un puente a los transis. ¡Esto es un kamikaze de alquiler!

Emergió para sujetarse con un dedo el mechón de pelo que escapaba de su trenza y anudar ésta en una corona. Sus labios se volvieron más delgados y dejaron al descubierto aquellos dientes de acero.

Me deslicé por encima hasta ella y tiré de su chaqueta. Docenas de pálidas cicatrices salpicaban su espalda. Me maravillé ante la voluntad de vivir de mi esposa. Pulmones desarrollados en tanques; los intestinos y el estómago de otro soldado; músculos y piel hechos crecer en tiras de sus propias células y tramados con células nerviosas elaboradas mediante estimulación; y esos siempre cambiantes ojos mecánicos. No podía imaginar cuál pudo ser su aspecto cuando la llevaron al hospital, del mismo modo que no podía comprender la ciencia alienígena que la había reconstruido.

Por millonésima vez maldije el trematodo que polucionó y mató el cultivo donde se estaban desarrollando sus nuevas piernas. Sin estas piernas mecánicas quizá hubiera podido olvidar las guerras. Maldije doblemente la mala suerte que permitió que su contrato expirara antes de que los dybs pudieran desarrollar otro juego de piernas para ella.

Miserable suerte. Quizá la había heredado. A su madre, juraba ella, la golpeó un meteoro mientras trabajaba fuera de su nave.

Espera un momento. ¿No había dicho que su madre era una prostituta? ¿Cómo podía una profesional ser...? ¡Ahora era momento de actuar, no de pensar!

La aparté de la consola, arrullando tonterías en su oído. Mordisqueé su lóbulo, acaricié su abundante pecho y rasqué suavemente su nuca. Benditas fueran aquellas terminaciones nerviosas extras. Un módulo fundido se deslizó de entre sus dedos y

flotó como un nuevo satélite de Júpiter.

Mientras me libraba a patadas de mi traje de vuelo de franela, ella giró sobre sí misma para un poco de excitación mano a mano. Había tanto talento en aquellas manos. Colisionamos para una frenética sesión de sudor creativo.

Tras agotar las posiciones obvias acudimos a la cesta de picnic. El champán estaba perfecto. El salmón ahumado de Nok me hizo merecedor de otra hora de hacer el amor. Apenas podía esperar el volver a conectar la energía y servirle los caracoles marcianos a la crema sobre una tostada de pan de trigo.

El domingo llegó demasiado pronto.

—No tomaría nada de tiempo recablear la radio —dije, disgustado al ser olvidado de nuevo.

—No necesitamos la radio.

—Mira, pon la radio en marcha, llama pidiendo un remolque, y retozaremos mientras esperamos. Se supone que esto es una segunda luna de miel, no un festín de reparaciones.

—El remolque es para los débiles y las *auténticas* emergencias. —Mi testaruda abrió la boca para explicármelo más detalladamente, luego decidió que yo no lo entendería. Los espacianos sabían en el fondo de sus corazones que nadie excepto otro espaciano podía comprenderles.

Maldito ego espaciano.

Gwen desarmó hasta el último dispositivo electrónico de la nave, en especial los de la cocina, para remendar la consola. No dejó de nadar de un lado para otro. Un río de piezas y accesorios marcaba flotando su camino. Me arrojó una caja pequeña.

—Los esquemas están en mi asiento. Averigua qué es. Estaba al lado de la unidad CN740.

Su tono me hizo sentir inútil. Gwen se dio cuenta de mi creciente frustración y me obsequió con una serie de historias de guerra mientras trabajaba. Había pasado más de una noche improvisando sistemas de guía a partir de serrín y chatarra y sudor a fin de poder salir al infierno del día.

Metí el cristal en mi CL y pedí el índice esquemático. El CN740 controlaba el sistema de purga, fuera lo que fuese eso. Quizás electrocutara a cualquier stalinista que intentara operar la camper. Según los diagramas, no tenía que haber nada al lado de la unidad. Inspeccioné la caja y observé la franja inductora a lo largo de su base. Eso le permitía enviar señales al cableado sin necesidad de estar conectada. Mi cuchillo no consiguió abrir la abertura de ventilación lateral. Afortunadamente, la unidad no estaba instalada para decirle a la firma de alquiler que yo había derramado café sobre los controles.

—No tengo ni idea de lo que puede ser este trasto.

—Veamos si el pájaro vuela.

Nuestra «Cosmic Camper» Patticorp respondió a las manos de Gwen. Los cables que sobresalían de la consola me recordaron una Medusa de cobre y fibra óptica. Gwen acarició los cables. Brotaron chispas. La camper se estremeció. Las vueltas sobre nosotros mismos cesaron. Más caricias, más chispas, estabilizaron el vuelo. La velocidad sangró. Mi espaciana ajustó el rumbo a partir de los números que extrajo de una calculadora de bolsillo.

Representé el papel del buen pasajero, retenido por unas correas que me impedían la circulación. Inepto e inútil, me senté y miré. Un día sin gravedad me dejaba con una rugiente migraña. En un silencio sólo roto por alguna que otra chispa o vibración ocasional, me inquieté.

Ella se iría el martes.

La odié por ser tan eficiente. Me odié por derramar el café. Odié el pensamiento de que ella se marchara. Lo odié todo. Tan simple, tan ordinario, tan terrible.

El resplandor de nuestra ciudad orbital se definió en una miríada de pequeñas luces. Aquella vista casi reavivó la excitación que sentí cuando contemplé por primera vez la resplandeciente nueva polis hacía nueve años.

La publicidad había estado llena con la promesa de nuestra «órbita lejana». Gwen me trató de idiota la única vez que usé ese término engañoso con ella. Nueva Dearborn no orbitaba. La polis estacionaria había sido comercializada a los ciudadanos en perspectiva como un futuro eje de distribución para la docena de otras poleis que orbitarían Júpiter. Sin saber prácticamente nada sobre el espacio, yo había creído los anuncios de ventas. Los crueles hechos demostraron ser muy distintos. Tras un viaje de centenares de millones de kilómetros, ¿por qué debería preocuparse una nave de carga de un millón o diez extras? Demasiados pocos de nosotros comprendíamos hasta qué punto a los gravimotors dybs les encantaba el pozo gravitatorio de Júpiter.

Indudablemente, uno de los que habían contribuido al acervo genético de Steryn tenía que haber comprado el puente de Brooklyn mientras construía una máquina de movimiento perpetuo y escribía cartas al director acerca de que los OVNIS fluorizaban el agua.

Abrí los ojos. Miré fijamente la nuca de Gwen y me di cuenta de que estaba celoso. La envidié. Ella alquilaba su ciudadanía. A mi hipoteca le faltaban todavía dieciséis años, tres meses y dos semanas..., deducibles automáticamente de mi paga. Ella era libre. Yo estaba atrapado.

Muy simple, muy ordinario, muy terrible.

La polis apenas giraba dentro de una nube. ¿EH?

Me froté los ojos, y esperé que los puntos desaparecieran antes de volver a mirar de nuevo por la ventanilla. Nueva Dearborn se bamboleaba sobre su eje. Mis dedos se aferraron al arnés que me atrapaba. Una vez liberado, nadé hacia atrás hasta mi

equipaje sujeto por veleros para coger mi cámara Gaft-Doer. ¿Qué turista partiría de crucero sin su vieja 35 mm con teleobjetivo multilente? No era tan buena como unos binoculares, pero el teleobjetivo agudizó mi visión.

La bilis me quemó las papilas gustativas. La inversión de mi vida exhibía un enorme agujero en su casco. El daño lo decía todo. Uno, o todos, los generadores a fisión habían estallado. El extremo sur estaba reducido a jirones. No el sur, me corregí, el lado que miraba al planeta. Gwen sufriría uno de sus accesos de espaciana si mencionaba el sur.

¿Había pagado mi seguro a la polis? ¿No lo habría aplazado hasta la siguiente paga? Oh, Dios. Mi memoria estalló. Oh, Dios. La ruina financiera me acechaba.

—El transporte que nos depositó en D'Arbes III dio una vuelta alrededor de la polis del sistema durante nuestra aproximación. Había sido atacada por naves de guerra y su aspecto era mucho peor que el de Deary ahora, y más de la mitad de la población sobrevivió. No te preocupes, Josh.

No había tenido en cuenta el aspecto bajas. Todo lo que había visto era MI inversión perdiendo atmósfera. Gwen me recordó lo mezquino que podía llegar a ser. Un bol de aguas fecales tibias tenía más alma. ¿Cuánto de este fin de semana especial había malgastado preocupándome por un seguro u otro? Mis prioridades eran una triste y amarga observación sobre mi persona. Algo demasiado amargo para contemplarlo.

La camper se es-s-stremeció cuando un cohete de estribor nos desvió en arco hacia nuestro tullido hogar. Empezaron a verse trozos individuales de restos. Vigas de aluminio y trozos de hielo y puertas y sillas y serpientes de cable y... Giré las lentes para enfocar el zoom sobre un hinchado cadáver enfundado en un brillante mono naranja. Naranja. Esto convertía al cadáver en uno de mis camaradas de la Sección de Seguridad.

—Maldita sea —susurré, golpeado en pleno rostro por el precio en vidas humanas. Mi moribundo índice de crédito se convirtió en una preocupación remota.

—Los muelles no parecen estar dañados. Todavía hay naves amarradas en ellos. ¿Cuántos niveles separaban los reactores de los muelles? ¿Josh? ¿Me estás escuchando?

Me resultó difícil pensar en niveles. Deary no era un maldito rascacielos.

—Hum, los reactores están en la mitad superior del tercio su..., quiero decir, del tercio que mira al planeta. Hay dos, no, tres halls de fábricas y un par de halls de almacenes entre ellos y los muelles.

Aparte de ir al encuentro de Gwen en la terminal de la Greyhound, raras veces me aventuraba allá abajo. Me sequé las lágrimas antes de que brotaran en mi rostro.

—Los muelles tienen mamparas separadas, ¿verdad? Ésa al menos es la ley interplanetaria.

Su tono atrajo mi atención. Delgada y quebradiza, como si a cada palabra estuviera a punto de romperse. Nunca había oído miedo en su voz. La novedad estrujó mi estómago.

—No lo sé. Si es la ley, las tenemos. ¿Podemos amarrar con tan pocos controles?

—Será mejor que nos pongamos primero los trajes. Apuesto a que las redes de emergencia han sido bajadas mientras dure la emergencia. Amarraremos. La pregunta es con qué dureza. —Sus manos danzaron en la Medusa electrónica.

La camper tuvo que hacer un regate para eludir la trayectoria de una enorme sección del casco de la polis que giraba sobre sí misma en el no viento.

Muy simple.

11

Un zángano golpeó contra una compuerta parcialmente cerrada, retrocedió y golpeó de nuevo. La unidad de reparación se parecía a una aspiradora híbrida. Sus numerosos tentáculos se agitaban lentamente, una danza de lo defectuoso. Gwen se inclinó y desconectó el zángano. Sólo entonces me di cuenta de la gran brecha en la parte de atrás de la máquina.

—Daño cerebral —comentó Gwen.

La radio de mi ambitraje proporcionaba a la voz de Gwen una cualidad metálica. Al menos nuestras radios funcionaban. Más de lo que podía decir de la mayoría de la gente a la que encontrábamos. Una epidemia de patéticos mimos se movía y daba vueltas en cada esquina. La sabiduría de equipar a la población con trajes de emergencia de bajo coste recaía sobre quienes habían promovido la idea.

Exhibí mi placa de detective a aquellos que intentaron bloquearnos.

Un soldado dentro de un traje de combate blindado me lanzó una retahila de órdenes: se me necesitaba en el otro lado de la nave. ¿Desde cuándo nuestras Fuerzas de Autodefensa disponían de equipo como trajes de combate? Hacía tan sólo unos meses estaban organizando cuestaciones para financiar sombreros nuevos.

El tercio inferior del cilindro hubiera podido proporcionar el escenario para un filme de horror de alto presupuesto. El multimedidor de Gwen efectuaba un ballet de radiaciones: alto, bajo, más alto, alto, muerte, mortal.

Devoramos radiaciones, preferimos la ruta más larga a través del núcleo fabril al camino más corto a través del hall escolar. Había olvidado que nuestras escuelas estaban ahí abajo. Algunos testigos confirmaron que todo un turno de estudiantes había quedado atrapado allí durante la descompresión. Mejor acortar nuestras vidas que tener una carnicería así ardiendo eternamente en nuestros ojos.

La sección central de la polis albergaba en su tiempo nuestros mejores halls y parques y comercios. Ya no. El crepitar de las radiaciones se hizo más lento pero no se paró. Sin aire, hormigueaba con ciudadanos en sus ubicuos ambitrajes. El acicalado bosque que envolvía Ford Hall había sido arrancado de raíz y depositado en montones arbitrarios.

Nuestro viaje siguió un laberinto a través de la destrucción. Algunas compuertas se negaban a abrirse. Los restos bloqueaban otras. Secciones de los corredores que conectaban los halls se habían derrumbado. Bolsas de intensa radiación nos obligaban a desandar lo recorrido. Evitábamos las multitudes siempre que podíamos.

Aquello no tenía sentido. Barreras y cierres redundantes dividían la ciudad en tres atmósferas independientes. Se suponía que cada hall podía sellarse por sí mismo al primer descenso de la presión del aire en cualquier punto de la polis. Dentro de los halls individuales había barreras de emergencia que caían automáticamente y sellaban cada cuadrante. Nada había funcionado como estaba planeado.

Nada.

Finalmente descubrimos un corredor no cegado que conducía a las granjas de encima (no, me corregí a mí mismo, del interior del anillo) de los anillos residenciales. El medidor de Gwen detectó allí unos 60 kems estables.

Los heridos y enfermos por la radiación estaban atrapados dentro de sus ambitrajes. Esto redefinió mi concepto de miseria. Y había enfermos, centenares de ellos depositados en precisas hileras sobre los campos recién arados. Más allá, los muertos habían sido apilados en capas entrecruzadas. Con sus dos metros de altura, cuadrado tras cuadrado de cadáveres se extendían entre las hileras de manzanos, una macabra cosecha extraída de un paisaje del Bosco.

Aquellos malditos generadores habían sido contruidos principalmente con piezas de repuesto proporcionadas por firmas de la Confed. ¿Habían sido piezas defectuosas? ¿Había habido algún fallo en su diseño? El trío de reactores pasados de moda nos proporcionaba plutonio para armamento, y utilizaba el proceso Traynor de difusión in situ para purificar el veneno para las bombas que fabricábamos. Nuestro artículo principal de exportación. Nadie deseaba construir bombas, pero todo el mundo quería unas cuantas.

Ahora pagábamos por construir nuestro billete de primera clase al infierno.

El impasible comportamiento de Gwen me ponía nervioso. ¿Acaso las guerras habían destruido su alma? ¿Cómo podía ignorar la carnicería? ¿Cómo podía

permanecer gélida tras ver los crispados rostros de los heridos enmarcados en sus visores? Quizá se había hipnotizado a sí misma concentrándose en aquel medidor suyo.

El recorrido de 19 kilómetros a través de la polis casi me mató. Jadeaba, me estaba llenando de ampollas. El arbitraje una-sola-talla-sirve-para-todos escoriaba mi piel. Elevadores, cintas transportadoras, balas, todo había dejado de funcionar. Sólo funcionaban los pies y los carritos eléctricos. Intenté requisar alguno de ellos, pero a menos que asesinara nadie estaba dispuesto a ceder su vehículo.

Gwen no dejaba de mencionar que los únicos sistemas que funcionaban eran parte del equipo original dyb. Había que admitir que sus veintiocho siglos de experiencia en el espacio garantizaban que su tecnología funcionaba en cualquier circunstancia.

Maldito culto spaciano a la competencia.

Una jadeante eternidad más tarde, me derrumbé en la compuerta número tres del dique norte. Las piernas mecánicas no sudan.

—Me ha ido bien el ejercicio —fue el resumen de la señorita Aerobio.

A veces podía llegar a odiar a mi esposa.

Una poderosa bruma estalló de un anillo de descontaminación. El agua registró 36 kems antes de tocar la capa de polvo que nos cubría. El lodo se arrastró hasta el desagüe con un registro de casi 90 kems.

—¿Qué es exactamente un kem? —pregunté.

Me sentí demasiado embarazado para preguntar de nuevo cuando Gwen se negó a responder. Rems, rads, roes, coneds, y ahora kems. ¿Por qué no podía la ciencia atenerse a una única unidad de medida?

La compuerta interior se abrió con un oxidado chirriar de bisagras raras veces usadas. Villers y Longbear bajaron sus rifles de asalto a la vista de nuestros cansados rostros. Gwen y yo apagamos los respiradores y alzamos los visores para intercambiar grises y agotadas ocurrencias. Apareció el consejero Barnes. Nos hizo señas de que le siguiéramos, sin decir una palabra.

Entramos en un largo corredor no iluminado. El suelo de rejilla convertía nuestros pasos en truenos. Mi esposa me dio un codazo. La lectura de 18 kems, susurró, estaba sólo unos pocos kems por encima del nivel normal de fondo. Era lógico. Uno podía apostar sus últimos neds a que el Consejo mantendría seguras esas viejas carcasas. Barnes nos hizo señas de que entráramos en una habitación vacía.

El doctor Koln, el jefe médico de Seguridad, se apresuró a entrar en la habitación.

—Respiren aquí dentro.

—Tranquilo, doc. No me venga usted ahora con jodidas pruebas con globos.

—Usted NO tiene autoridad sobre mí —declaró Gwen, y lo empujó contra una mesa. Agarré un bocal antes de que cayera de la repleta superficie.

—Ustedes no lo entienden. Las explosiones polucionaron el aire. ¡Nuestros

purificadores nunca fueron diseñados para ocuparse del plutonio! —El doc miró por encima de sus hundidos hombros hacia un Barnes que permanecía en el umbral con el ceño fruncido. Las bolsas bajo sus hundidos ojos oscilaban como banderas.

—No hemos respirado el aire de la polis hasta ahora.

—¿No se le habrá metido en el cerebro el plutonio que tiene en sus pulmones?

—Por favor —suplicó el doc.

Hinchamos los globos. Koln los vació en una máquina sin que suscitara la aparición de números ominosos. Mi esposa apuntó disimuladamente su medidor hacia el andrajoso médico. Registró 56; no estaba mal si eras un desecho tóxico de grado bajo. El rostro del hombre se crispó, acusándonos de salud en una zona de epidemia.

—Los dos son veteranos, ¿correcto? ¿Cuánto tiempo hace que fueron vacunados?

—No hace mucho —siseó Gwen.

—Yo no soy veterano, mataperros. —Medio orgullo, medio culpabilidad, la afirmación brotó de lo más profundo de mi corazón. Su aspereza me impulsó a explicarme—. Hice algunas investigaciones para los dybs. Ellos me vacunaron después de que reventara una red de contrabando. Fue una especie de propina por un trabajo bien hecho. Haz el bien y serás castigado. Se me hinchó el brazo hasta dos veces su tamaño normal y se volvió azul. Pensé que iba a morir. No estoy seguro de creer en una vacuna antirradiación. Probablemente es aceite de serpiente para débiles mentales.

—Bastardos afortunados. No crean en la vacuna por encima de los 100 kems. Recuerden, no impide la muerte, sólo retarda la enfermedad de la radiación. Tampoco previene los daños genéticos. No estamos seguros acerca de los cánceres a largo plazo, pero protege la médula de los huesos y la flora intestinal. Recuerden la marca de los 100. Ya hemos perdido a veteranos que pensaban que eran inmunes. ¡Ahora, lárguense de aquí! Tengo auténticos pacientes que tratar. —Se dobló sobre sí mismo en un acceso de tos.

El consejero Barnes volvió a su servicio de escolta y nos condujo por un corredor aún no terminado. Sus tímidos pasos traían a la mente el camino a la horca. Giramos a la derecha y nos encontramos ante una multitud. Barnes hizo un gesto, y M se abrió camino entre la gente y vino hacia nosotros.

El humo más largo que jamás haya visto colgaba de los delgados labios sin sangre de la consejera M. No pareció complacida al vernos. Cigarrillo azul, manos teñidas de azul, un traje de vinilo negro Victoriano *nouveau* y botas naranjas brillantes contrastaban espléndidamente con su pelo teñido cuadriculado.

Un joven con aspecto de comadreja se dirigió hacia ella. Su temblorosa mano tironeaba de la banda bicolor de la Reserva de Autodefensa en el brazo.

—¿Uh, consejera? Uh, el mayor, uh, el mayor Lucas quiere que sepa usted, uh, que hemos hecho un avistamiento.

M enderezó su espina dorsal para gravitar mejor por encima del azarado guerrero de fin de semana.

—¿Un avistamiento de qué? ¡Escúpelo!

El consejero Woodward (¿o era Woodbury?) se deslizó hasta reunirse con sus pares. Metamorphoseen la palabra furtividad a una monja y captarán el estilo de vida y la carrera del hombre. Si hubiera llevado un maletín, lo hubiera aferrado con todas sus fuerzas.

—Uh, yo, nosotros, hemos divisado una lanzadera clase Newman a unos 180 kilómetros, a 320/106. Nosotros...

—¿Hemos establecido contacto con ella? ¿Hemos lanzado ya una señal de emergencia al mundo exterior?

El muchacho sudaba tan profusamente que esperé que se formara un charco a sus pies.

—Creemos que es una nave simpson. Huyó del trineo que enviamos. Los simpsons siguen interfiriendo nuestras comunicaciones. Tomenski tendrá listo el nuevo transmisor a las 19:00.

Barnes tosió. Este preludio a una pregunta era su marca de fábrica durante los debates del Consejo.

—¿Será este transmisor lo bastante potente como para atravesar la interferencia?

—¿Es la lanzadera la fuente de la interferencia? ¡Malditos cultistas! ¡Les dije que teníamos que habernos enfrentado a ellos! ¡Les dije que las cosas terminarían así! — El jefe de Seguridad Exterior Darnos (un pingüino restreñido) se unió a nuestro grupo.

—Uh, bueno, uh —balbuceó el mensajero, inseguro de a quién debía responder primero. ¿Era lo bastante mayor para votar? El muchacho se enfrentó a Barnes y dijo —: Tomenski no está seguro. Esto es lo más potente que podemos construir.

—Aclara tus palabras —ladró Barnes, y exhibió su herencia canina; no es que yo crea que su madre...

El muchacho se apartó temeroso de Barnes. El Pingüino lo acorraló.

—Uh, una lanzadera no puede tener la potencia para interferir nuestras transmisiones. Tiene que haber algún carguero modificado más lejos causando todo el daño. ¿Algún mensaje para Ingeniería o el mayor Lucas? —Con lo que el muchacho huyó como un conejo ante la Inquisición.

Envidié la huida del chico.

—¡Debemos golpear AHORA! —gritó el Pingüino—. La VALMOUE aguarda la orden. ¡Podemos desencadenar el infierno nuclear en Simpson IV! —barbotó, sin dejar de agitar sus rechonchos brazos como las aspas de un molino furioso.

El rugir de la gente apelotonada en el corredor sin salida se convirtió en silencio. La crema de la sociedad de Deary carecía de la previsión de llevar consigo verduras

podridas. Pero apedrearon al belicoso Darnos con miradas al rojo blanco.

—Calle esta jodida boca —restalló M.

—Idiota, ni siquiera podemos comunicarnos con nuestros trineos a 50 metros de distancia. ¿Cómo propone que contactemos con la VALMOUE? —añadió Barnes.

La decrepita VALMOUE acechaba en el espacio, oculta en una de las incontables zonas de residuos que orbitaban Júpiter. La ruina volante había sido requisada por impago de impuestos hacía algunos años. Intenté imaginar al carguero atreviéndose a acercarse lo suficiente a los ricos cultistas como para lanzar sus misiles. Blindaje casero, misiles caseros. Jo, jo, jo. ¿Qué podía hacer la VALMOUE excepto intentarlo y morir?

—Teniente Steryn, ¿dónde demonios ha estado? —preguntó retóricamente M antes de lanzarse a una avalancha de palabras—. El generador número tres chernobiló sin ninguna advertencia. Usted es el único detective que tenemos. *Indagará* este desastre. ¡Necesitamos saber si fue sabotaje o un accidente!

Barnes puso un sobre en mi enguantada mano. Los consejeros pasaron por nuestro lado, una agitada masa de gordos gatos. Lo abrí y leí una declaración de ley marcial que me concedía el poder de un miembro del Consejo durante toda la duración de la investigación. El espacio para el nombre del investigador había sido dejado en blanco.

Gwen leyó el escrito por encima de mi hombro. El olor petroquímico que exudaba me excitó. Besé la punta de su nariz, y nuestros cascos chocaron.

—TENEMOS un poco de trabajo que hacer, querida. Necesitaré tus conocimientos tees. Me pregunto si este trabajo llevará consigo una cuenta de gastos.

12

Recargamos las mochilas, cerramos los visores y cruzamos una esclusa exterior. Cogimos un trineo hasta la cintura de la polis. Entramos por un portal de carga. Gwen sabía más que yo sobre corredores de mantenimiento, así que ella abrió camino.

—¿Qué quiso decir la consejera con «chergorbleó»?

Mi esposa metió una linterna pluma en mi mano. La bolsa de herramientas que había tomado golpeó con un ruido metálico contra la pared mientras forzaba los

cierres de la compuerta a que se abrieran. La pared transmitió las vibraciones a mi traje. El oxidado panel se había doblado en su lugar cuando la atmósfera escapó y la compuerta se cerró de golpe.

La palabra atmósfera me pateó el buche. Recordé un hecho oído en un debate político. Reemplazar nuestra atmósfera costaría 38 millones de neds. ¿De dónde iba a sacar la polis tantas divisas?

—Chernobil fue una central nuclear en la Tierra. Algún estúpido cerró los sistemas de seguridad automáticos para una prueba. El reactor alcanzó la masa crítica, y hubo una explosión y un incendio. Al principio sólo mató a unas cuantas personas, pero más de un millón murieron en las siguientes décadas, sobre todo de cáncer. El accidente...

—¡Espera, los reactores no pueden bailar la danza del champiñón! —estallé antes de pensar.

—La danza de los papeles, la danza de la radiación, la danza del champiñón. Bien, ¿a qué viene esta obsesión con la danza?

Me encogí de hombros, intentando sobre todo no mirar a sus piernas.

—Es sólo una expresión.

—De TODOS modos, el combustible alcanzó la masa crítica, pero cuando inició la reacción en cadena estalló y se separó. No hubo la compresión necesaria para una explosión nuclear. El material se expandió e interrumpió la reacción tras una fracción de un milisegundo. Sin embargo, el calor vaporizó el interior del reactor. Estalló como una caldera de vapor sobrecargada.

—¿Qué hay del impulso electromagnético?

—Está más allá de lo que puedo decir, Josh. El ímpetu inicial de una cadena puede alimentar un IEM. Eso dependerá de la longitud del suceso.

—Sólo era curiosidad. ¿Oíste hablar a esos obreros? Todos los ordenadores han dejado de funcionar. No funciona casi nada electrónico. Un IEM podría explicar eso, ¿no?

—Estamos escudados de las radiaciones de Júpiter por el casco y nuestro campo Jensen. Un impulso podría rebotar, incapaz de escapar fuera.

—Pero ¿cómo puedes explicar que todo el equipo en el muelle norte funcione? También tendría que haber quedado inutilizado.

Fue su turno de encogerse de hombros.

Salimos a la superficie en Fox Hall. Pálidos y planos copos llovieron sobre nosotros mientras lo cruzábamos. Los suelos estaban cubiertos por una densa capa de esa materia. El medidor de Gwen se volvió loco. La atmósfera no había escapado por completo, el cinco por ciento que quedaba creaba extraños efectos en el frío. Los cristales de hielo brotaban de debajo de los paneles cerrados.

Patrones de difusión, medité, un I Ching de la era espacial.

Utilizamos cubiertas de terminales para barrer el suelo a nuestro alrededor. Luego saltamos para sacudirnos de encima la nieve radiactiva antes de entrar en el almacén. Su falta de ventilación nos salvó de la lluvia de copos. Avanzamos con rapidez a lo largo de la línea de armarios de almacenamiento hasta el que yo había alquilado.

A principios de mi carrera había reconocido lo críticos que eran los datos no contaminados para mi trabajo. Por aquel entonces una persona media que hubiera terminado sus estudios secundarios sabía una docena de formas de manipular los registros informáticos. Una persona hábil como Gwen podía hacer que todos los datos desaparecieran. Incluso un bobo podía enlodar de tal modo una base de datos que nadie pudiera tener acceso a ella. Así, había adquirido la costumbre de hacer copias cada vez que mis casos me conducían a una base de datos comercial o civil.

El año pasado había rastreado a Janice Kempler, una consumada malversadora. Había utilizado su baja posición de funcionaria dentro de la firma de marketing nuclear de la polis para generar subsidiarios falsos de auténticos proveedores. Todavía tenía las copias que había hecho de los registros de la firma de marketing en cristales de contallón. Con un poco de suerte, la caja de viaje de protección en la que estaban almacenados los habría protegido del IEM.

Metí la caja en mi saco de hombro después de envolverla con un poco de hoja de plomo que había robado en los muelles. Mi culo se arrastraba por el suelo cuando al fin llegamos a los muelles sur. En medio del caos nuestra camper había pasado desapercibida. El documento del Consejo me otorgaba el poder de hacer que el capitán a cargo del muelle nos diera carta blanca. Gwen empezó inmediatamente a pedir piezas de repuesto para reconstruir nuestra camper.

Invertí mi tiempo en una larga sentada. Bebí té de hierbas aguado y escuché las habladurías en la reatmosferada cafetería. Todos los dedos apuntaban a los simpsons.

Una tec menor del proceso Traynor me eligió como compañero de confianzas. Desafió todos mis esfuerzos por interrogarla. En vez de ello, su cara de luna me regaló con un largo discurso sobre los sistemas de seguridad de los reactores. Afirmó que los reactores no podían haber hecho lo que hicieron. La culpa, dictaminó categóricamente, recaía únicamente en los simpsons.

Espigué unos cuantos nódulos de conocimiento de su diatriba. El reactor número dos tenía toda una historia de problemas menores. Se le habían insertado varillas de combustible nuevas a lo largo de toda la semana. Las nuevas varillas habían llegado en el carguero con base en Toulon JEAN LOUIS IX. El contratista era una respetable empresa lunar, la Santiago Energy Products. Una polis de Venus, un hábitat lunar..., no sabía de nada que los conectara con el culto o la iglesia o lo que fuera que los simpsons se hacían llamar.

Regresé a la cola cuando el aroma anunció que los trabajadores de la Cruz Roja estaban sirviendo café sintético. Ya que estaba allí aproveché y cogí un donut rancio.

Mientras eludía masas de flácida y sudorosa humanidad, un tipo raro gritó que se había establecido contacto con una lanzadera minera en su camino de vuelta a Lima Polis. Una alegría infecciosa barrió por un segundo mis dudas.

A medio camino de mi donut una mujer joven se sentó a mi lado. Decorosa y compuesta, emitía un aire de timidez.

—Le vi en la vid la otra noche. No sé con quién más hablar. Tuve dia... diarrea y me vi obligada a abandonar el trabajo.

Intenté ser paciente. Cualquier excusa para seguir sentado les parecía maravillosa a mis ampollados pies. Palmeé su mano y adopté una figura de comprensiva autoridad.

—Trabajo para Mami. —Mami era el título no oficial de la firma que operaba los teléfonos y los ordenadores de la polis—. Estaba caminando por el corredor. Fue entonces cuando oí la explosión.

—Dijeron que todo el mundo en la polis pudo oír estallar los reactores.

—Pero yo juraría que la explosión vino primero de nuestro Cray. LUEGO llegaron las grandes y todo se puso a temblar.

—¿Eh? ¿Hubo primero una explosión en el complejo de ordenadores? Espere un momento. Piense en ello. Cierre los ojos e imagine la escena. No tenemos prisa.

—Hubo ese sonido como de uumf desde dentro de la oficina de Mami. Desde muy muy dentro. Por eso creo que vino de la cámara sellada donde se encuentra el Cray. Se encontraba. Me di la vuelta y miré. La pared de plasti-cristal frente al complejo se cuarteó como si fuera una telaraña. Luego, quince segundos más tarde, los reactores estallaron. Eso me derribó. Después, corrí dentro. Miguel estaba... Juraría que una bomba estalló ahí DENTRO. Me cree, ¿verdad?

—Sssssh, mantenga la voz baja. Por supuesto que la creo. Mire, ¿a quién más se lo ha dicho?

—Intenté decírselo a un soldado, pero se rió de mí. ¿Por qué pondrían los simpsons una bomba a Mami?

Rebusqué en mi saco de hombro y saqué una grabadora audio.

—Repita su testimonio para este aparato, tal como me lo ha contado. Empiece diciendo su nombre y dirección y la fecha y hora. Conseguiré que le den una citación por esto.

Bebí el quimicafé mientras ella le hablaba a la grabadora. Un auténtico detective hubiera corrido a Lee Hall y comprobado el complejo de Mami. Sin embargo las ampollas de mis pies decían que no, que los daños de una bomba no desaparecerían en unas horas.

Tras tranquilizar a la testigo volví a vestirme y salí. Nuestra camper era todo un centro de actividad. El status de prioridad había sido usado y abusado por Gwen, que había reclutado por la fuerza a varios trabajadores. El interior de la camper había sido

desmantelado y parcialmente reemplazado. Quedaba su barca, pero mi asiento había sido reemplazado por una red de carga..., ¡vaya metáfora! Gwen se puso en pie y me palmeó el hombro tras haber soldado una nueva consola maestra a su lugar.

Una bestia cuadrada ocupaba el centro de nuestra minicocina. Si no hubiera tenido un teclado y una pantalla en su parte superior, no la hubiera reconocido como un ordenador.

—Es un modelo excedente de guerra —chirrió Gwen por la radio de su traje—. Está intensificado, diseñado para devorar radares.

Me asustó preguntar de dónde lo había tomado «prestado». Mientras Gwen conectaba cables yo revisé mis cristales. Ella se negó a responderme cuando pregunté por qué no había represurizado la cabina. Sin duda así era como lo hacían los espacianos.

Una reservista de Autodefensa se asomó a la cabina y saludó con la mano. ¿Qué genio había diseñado su atuendo de camuflaje? ¿Qué neurocirujano decidió que nuestras valientes tropas podían tener que arrastrarse por entre el follaje del espacio para ocultarse del fuego de mosquete del enemigo? Nuestras radios no eran compatibles. Pusimos en contacto nuestros cascos, y me transmitió el mensaje de que Barnes deseaba hablar conmigo en la cafetería.

Volví a guardar mis cristales en la caja de viaje y la sellé con cuidado. Crucé cojeando la esclusa de aire y ensayé alguna abstrusa idiotez que decirle al político. Tener un conocimiento secreto en mis manos me proporcionaba una relamida sensación de superioridad. Tras de mí, acabado el trabajo, Gwen empezó a represurizar la camper.

No vi el soldador hasta que una hilera de luces de alerta destellaron a la vida centro de mi casco. Giré en redondo. Eso contó como el error número dos. El visor polarizado se oscureció al instante cuando la llama lo azotó. Quedé cegado. Instintivamente adelanté el pie y perdí el paso. La reducida gravedad envió al diablo mi equilibrio. Golpeé contra el casco de la camper; ni cráneo cuarteó el revestimiento interno del yelmo de mi traje. Un aterrador siseo anunció una ruptura. El sonido me puso en pie en un instante. El visor se aclaró. Las imágenes parecían irreales a través de su superficie llena de pequeñas burbujas. Una forma avanzó hacia mí. ¿El asesino?

No había tiempo. Ni opciones. Me tambaleé, fingiendo que estaba ciego. Mi puño lanzó un anémico gancho a la nada. Mi atacante, viendo una presa fácil, avanzó resuelto hacia mí. Salté en el último momento, apuntando al asesino con la corona de mi yelmo como si fuera una lanza. Fue un golpe directo contra el visor del mamón. Su plasti-cristal se suponía que era a prueba de golpes.

Se suponía.

Cuando nos separamos, un chorro de gas lanzó cristales de hielo a través del agujero. Lancé hasta el último ergio de energía en una patada contra la rodilla del

asesino. Sentí que el hueso cedía. El asesino cayó. Agarré una palanca. Fue entonces cuando observé que mi atacante era una mujer. Pero el sexo no frenó la lluvia de golpes.

Yo también era un asesino cuando llegaba la ocasión.

Un agudo zumbido de advertencia hizo añicos mi rabia. Treinta segundos de aire respirable eran una buena motivación. La visión en túnel me aferró con sus garras de acero mientras cerraba la compuerta e iniciaba el ciclo de la escotilla de aire. Flirteé con el vacío mientras el aire llenaba la cámara. Gwen miró desde el interior. Su desaprobación fue un golpe para mí. Di instrucciones a la compuerta exterior de permanecer cerrada.

La urgencia de alardear de lo justo que había ido todo se desvaneció. Hice una tímida pantomima de una fuga en mi traje y Gwen regresó a su trabajo. Cualquier cosa más pequeña que un incendio generalizado dejaba impasible a mi querida veterana. Además, ya me había censurado por malgastar aire.

La camper era para cuatro plazas, de modo que disponía de un arbitraje para ponerme. Mi mono, empapado de sudor, apestaba. Hice una pelota con él y lo arrojé a un rincón. Meterme desnudo en el arbitraje fue mi tercer error del día. Daba la sensación como si llevara los intestinos de una ballena. El sudor pegaba mi piel al plástico. La esclusa de aire funcionaba el doble de rápido desde que Gwen había ejercido su magia sobre ella. Me atrevería a decir que salvó mi vida. Las bombas consumieron un 94% del aire de la cámara antes de permitirme abrir la compuerta exterior.

Muy simple. Muy eficiente.

Una multitud se había reunido alrededor del cadáver que yo había provocado. ¿Dónde estaban esos mirones cuando yo necesitaba ayuda? Exhibí mi distintivo, sin dejar de maldecir mientras cruzaba la multitud. Reclutar a un par de tipos robustos para que arrastraran el cadáver a través de la esclusa y al interior de la cafetería dispersó a los mirones. Temían que los reclutara también. Un poco de intimidación al director de la Cruz Roja me permitió usar un cuarto bien iluminado.

Busqué a Barnes. Nadie había visto al consejero. La reservista que me había llamado parecía sinceramente desconcertada. El consejero, juró, había demostrado tener mucha prisa por verme.

Registré el arbitraje y las ropas de la asesina y metí las pruebas que iba encontrando en un contenedor Tupperware que había cogido de la cocina. Una botellita plana contenía un mejunje de metil/ron; se deslizó por mi garganta con tanta suavidad como un anticongelante. Un modesto fajo de papel moneda de baja denominación fue a mi bolsillo junto con un librito de sellos de 55 neds. Al parecer, la asesina tenía intención de echar al correo toda una colección de tarjetas postales que hallé en su bolsillo.

Encontré la llave de una cerradura Orton de un apartamento. Esto apuntaba hacia arriba en la escala, probablemente Ford o Humana Hall. Muy poca gente podía permitirse un sistema de seguridad Orton. Cada uno de los seis bolsillos del cinturón contenía unas cuantas monedas. Examiné una moneda de 100 kronas de una Scandipolis camino de Marte. Sherlock Holmes hubiera deducido algo de ella. Yo no.

Una foto de TI identificó a mi pretendida asesina como Glyness McCombb (¿dos bes?), una funcionaria política del Partido Reformista. Habían ganado todo un tres por ciento en las últimas elecciones; poco después habían ido a la bancarrota. Otra TI identificaba a la rubia como una obrera de saneamiento de nombre Conway. Otra TI y otro nombre, Silvia Protek, que trabajaba en Kraden Electronics, un fabricante de juguetes. Silvia era miembro del *très chic* Estévez Health Gardens. McCombb había comprado un pase de un mes en un kink club. Conway tenía la tarjeta de una consigna en los muelles. Llevaba un mono de plastiseda de Revlon y ropa interior vaporizada de Ishii.

Y, por supuesto, el tatuaje.

Una devota simpson llevaba sus alabanzas a su desaparecido Mesías blasonadas en el torso. Chillón, pero impresionante. El tatuaje, había leído, era el principal sacramento del culto. Las llamas y los ángeles parecían demasiado nuevos, los bordes demasiado nítidos y definidos. Un culto bien asentado como los simpsons no despacharían a un novato en una misión de asesinato.

Era una maldita fachada.

Sellé la habitación. Al salir entregué las pruebas al reservista más antiguo de servicio. Aferró el Tupperware como si fuera el Santo Grial.

La llave de la suite quemaba un agujero en mi bolsillo. El consejero desaparecido quemaba un agujero en mi úlcera.

Un auténtico profesional hubiera acabado conmigo con aquella palanca. Un soldador era demasiado engorroso, demasiado poco manejable para utilizarlo como un arma. ¿Qué tipo de imbécil enviaría a un aficionado?

Un imbécil que deseaba que el asesino fallara.

¿Era la paranoia o la adrenalina que fluía por mis venas? Mordisqueé una loncha de queso, apoyado contra una pared para mantener vigilado a todo el mundo en la atestada cafetería. Miradas inocentes se convirtieron en ojeadas furtivas. Saludos amistosos se vieron transformados de pronto en códigos de conspiradores.

Todos me parecían culpables.

Volvió el dolor de cabeza, clavado ahora entre las orejas. Envié al diablo los restos de mi dignidad y corrí de vuelta a la camper tan rápido como me permitieron mis ampollas.

Muy simple. Muy ordinario. Muy terrible.

Gwen no hizo preguntas. Mi espaciana digirió los datos que le conté, me tendió una taza de corrosivo chile y se sujetó en la barca del piloto. Capté la insinuación, y me deslicé dentro del arnés de carga que había reemplazado a mi asiento.

Un zángano del tamaño de un sofá se arrastró fuera de las sombras. Sus tentáculos envolvieron la parte frontal de nuestra resbaladera y nos arrastró al interior de la bodega de bombeo fuera de la oficina de alquiler. La plataforma cayó. Una placa se cerró encima nuestro. Las bombas evacuaron el aire de la cámara, controladas por un ordenador que no sabía que la zona de amarraje no tenía aire. La oscuridad nos envolvió excepto el árbol de Navidad de luces de la consola. Tump. La bodega de bombeo se abrió. Un brazo mecánico nos empujó a la seguridad del espacio.

Gases comprimidos más allá de toda imaginación sisearon en nuestros chorros y me hicieron recordar gigantescas latas de spray. La camper partió a paso de caracol. Gwen murmuró algo para sí misma y maniobró fuera del camino de un trineo que arrastraba un pedazo de casco. Golpeamos como un ariete un cuerpo congelado y lo enviamos a una nueva órbita.

Tomé otra taza de su infame chile mientras mi esposa nos llevaba a una zona de retención siguiendo un camino invisible a nueve kilómetros de distancia de Nueva Dearborn. El lugar estaba predeciblemente vacío de tráfico. Los trineos y la velocidad impartida por el estallido habían limpiado la zona de los restos más grandes. A nuestro paso de caracol, los trozos pequeños no la preocupaban.

Disfrutamos de nuestra visión en primera fila del espectáculo. Las toberas que rodeaban el extremo norte de la ciudad resplandecieron azules, luego llamearon al rojo blanco. La rotación de Deary adquirió pronto su ritmo normal. Los restos fluyeron hacia fuera. Mi esposa empezó a murmurar cosas a los controles mientras desviaba la camper hacia un lado y al otro.

Los quimimpulsores de la polis consumían tres millones de neds de combustible cada vez que eran accionados. Durante un largo momento me preocupé por el gasto.

Muy ordinario.

—Empiezo a sentirme enfermo y cansado de llevar este maldito casco —me quejé, sólo para oír el sonido de mi propia voz.

Gwen picó el anzuelo.

—Yelmo —corrigió, con ese tono reservado al maestro de escuela para explicar a los polis bobalicones la diferencia que existe entre puertas y compuertas, suelos y cubiertas y ad nauseam—. No lo confundas con eso que se pone sobre la cabeza.

—¿Qué? —Fingí ignorancia, mientras gozaba del sonido de su voz.

—Cuida tu léxico, amor. Un yelmo cubre toda la cabeza. Un casco cubre la porción superior de la cabeza. Casco viene de cascar, y sirve para que no te casquen el cráneo. Yelmo viene del latín *helm*, y tiene mucha más solera.

—Me inclino ante tu superior conocimiento. ¿Cuándo tuviste tiempo de preparar el chile?

—No me salgas por la tangente como siempre. Te conozco mejor que esto. Mientras estabas ahí fuera pretendiendo ser un detective, de todo lo que tuve tiempo fue de reemplazar la consola primaria, instalar e integrar un ordenador no compatible y efectuar una revisión completa de los sistemas.

—Y yo tuve que cargarme a una aficionada. ¿Cómo alguien enviado a matar, puede aceptar llevar un tatuaje simpson? Eso significa que se esperaba que atraparan a la asesina. Me matara o fallara eso no le importaba en absoluto al maestro de marionetas.

Su voz descendió una octava.

—La Oficina de Estadística ha conseguido poner *on line* su ordenador principal. Están dando la lista de bajas por el canal de las noticias. Pasé un programa de busca-compara-localiza sobre el personal del reactor. —Me hizo un guiño, satisfecha de haber hecho mi trabajo.

Me encogí de hombros.

—¿Y?

—Watson no hubiera hecho menos por su Sherlock. Fuera de turno, dentro de turno, no importa. ¡Todos están muertos! Hasta el último de ellos: dirección, oficinistas, técnicos, seguridad de permiso, traynors, conserjes, empleados a tiempo parcial. ¡Todos muertos!

—No, yo estuve hablando con una de las operadoras traynor.

—¿Comprobaste sus credenciales? Te lo aseguro, TODOS están muertos.

—¿Para qué mentiría alguien sobre...? —La tec había estado hablando de una conspiración simpson. Marionetas.

—Esto es enorme, meka.

El miedo rezumó de estas palabras, miedo de mi estoica guerrera. Recordé las palabras de Gwen en nuestra primera cita. «Perdí las piernas», dijo, con un tono más llano de Kansas. Gwen no sudaba por las cosas pequeñas.

Otro camino falso. Simpsons de pacotilla. Tees Traynor de pacotilla. ¿Por qué algo tan elaborado?

—El jugo que hay detrás de todo esto es irreal. ¿Por qué molestarse en eliminar a los obreros de turno? Ninguna conspiración puede estar tan bien aceitada. ¿Por qué implicar a los simpsons? Aunque no apareciera ninguna prueba, la gente seguiría considerándolos culpables. ¿Y si...?

—¿Y si —interrumpió ella— los reactores fueron saboteados por la propia

Deary? Esta tragedia obligará a los banqueros a reconsiderar la deuda de la polis. Algunos banqueros cancelarán la deuda por motivos compasivos, incluso por una cuestión de relaciones públicas. Las ayudas de emergencia nos reportarán millones, cientos de millones. Renegociarán préstamos de la Comisión de Comercio.

Luché por tragar el nudo que se había formado de pronto en mi garganta. «Encuentra el beneficio», había sido la primera lección de mi mentor en el arte de huronear datos.

—Cristo y Simpson, la cláusula 27 de la Carta dice que desastres y guerras revocan las leyes hereditarias normales. A menos que el heredero posea acciones en la corporación de la polis, las propiedades del difunto revierten a la maldita corp.

La cláusula 27 me había inspirado a invertir tres semanas de paga en comprar a nombre de Gwen una única acción de la Corporación Cívica de Nueva Dearborn. Nunca se lo dije. Nunca se lo dije a nadie. Parecía tan paranoico llegar a estos extremos para proteger mi inversión.

Los ojos mecánicos de Gwen desplegaron todo un arco iris de colores.

—Sólo hay una forma de que esto tenga sentido. Estamos en medio de un golpe de estado, Josh.

—¿Eh? Seamos realistas, querida. El Consejo está formado por gente débil. No puedo ver una megaconspiración. Colgarían demasiadas mandíbulas. ¿Qué hay acerca de Dillman?

—El consejero Dillman está muerto. También Lewis, Riley, y tu preciosa Li. Lo comprobé tres veces. Ninguno de los consejeros del Partido del Hogar ha muerto. Tienen el control total. La jefa Williams sospechaba de una conspiración del Partido del Hogar, y ella también está muerta.

El recuerdo de aquel pandillero holandés incrementó mi dolor de cabeza. Me había echado a reír mientras informaba a Williams.

Ella pareció irritada ante la idea de que todo lo que deseaba M era reclutarme como portavoz. Más irritada aún de que yo no hubiera alertado a aduanas o arrestado al espía. Seguridad Interna había despedazado hasta la última palabra que yo había dicho intentando hallar pruebas de su teoría de la conspiración.

Ahora la despedazada polis era un gran cilindro que giraba allá delante como una prueba.

—Tendría que haber ocupado a demasiada gente. Docenas de lacayos. ¿Cómo podían esperar mantenerlo en secreto?

—Si los lacayos que efectuaron realmente el sabotaje tropezaran con *accidentes* durante el caos. ¿Qué son unos cuantos cadáveres más?

—Es posible —admití.

Aquello explicaba por qué los sistemas automáticos de emergencia no habían sellado los halls. Por lo que había oído las suites y los apartamentos sí se habían

sellado, pero ninguno de los otros sistemas. Los lacayos pudieron citarse en una de las áreas comunes, uno de los halls comerciales que sufrió la pérdida de todo su aire. Había sido una buena tarea de limpieza, que había matado a otros miles de personas en el proceso.

El silencio nos envolvió como un sudario. Gwen se dedicó a la consola. Pude ver cómo las palabras se acumulaban en su garganta, pero las retuvo. Su análisis de los datos de la Sección de Estadística demostraba que era tan buen hurón como yo. Maldita especialista en todo.

Cojeé hacia la cocina. También había sido restaurada durante nuestra corta estancia. Me dolieron los ojos cuando miré la pantalla del ordenador de extraña forma. Cada pulsación sobre el teclado triangular reforzó mi zumbante migraña. El chile y el donut y el quimicafé se revolvían en mi estómago. Mi úlcera se abrió de par en par, un agujero tan grande que podía engullir Neptuno.

Campos arados. Muy ordinario. Precisas hileras. Muy simple. Ordenadas columnas. Muy terrible.

Gwen había hecho una copia de la lista. Eficiente como de costumbre. Márquez y su Sección de Detectives habían sido aniquilados. Me eché a reír cuando vi mi nombre al final de la lista de muertos de la Sección de Inteligencia.

Un error. Podía haber otros.

Debieron de informar a M y Barnes de nuestro regreso. El ucase llénense-los-espacios-en-blanco estaba ya aguardando para distraer a cualquier investigador que sobreviviera. Me utilizaron alegremente, pensando que era demasiado incompetente para amenazarles. Deseaban que acabara con su cultista de imitación y declarara que el desastre había sido la obra vil de los simpsons.

«EL HÉROE DE DEARY DESCUBRE A LOS VILLANOS». Ya podía ver los titulares.

Precisas hileras de enfermos por radiación. Ordenados montones de muertos por radiación, de asfixiados. Limpias listas para la posteridad. ¿Podía una conspiración tic-taquear como un elegante reloj?

Recordé el excelente discurso de M durante las últimas elecciones.

—No deberíamos enfrentarnos con este dilema económico. Sólo el trabajo duro debería ser suficiente para proporcionarnos una buena vida. ¡PERO el trabajo duro no es suficiente! Ustedes y yo tenemos que contemplar los sacrificios que estamos dispuestos a hacer por nuestro futuro. Tenemos que crear nuevas soluciones para estos viejos problemas. ¡Las metas de nuestro partido tienen que ser NUEVAS SOLUCIONES!

Nuevas soluciones. Había usado esa frase una y otra y otra vez. Tambores por los muertos, lamenté. Nuevas soluciones. Soluciones definitivas. Precisas hileras. Ordenados montones. Nombres que desfilaban por la pantalla. Nombres, direcciones

y ocupaciones, tres pequeños hechos por cadáver que eran la crónica de su respuesta a nuestros problemas.

Tan simple. Tan ordinario. Tan terrible.

—Los nazis quemaron el Reichstag —me dije a mí mismo.

El Partido del Hogar dominaba ahora el Consejo. El Consejo controlaba la Corporación de la Polis. Los apartamentos y suites vacíos serían vendidos después de limpiarlos. Nuevos habitantes, nuevo dinero. En unos pocos años Nueva Dearborn se recuperaría. Los ciudadanos recordarían que el Partido del Hogar había guiado la reconstrucción. Una democracia corporativa más se uniría a los rangos de las poleis de partido único.

La Nueva Solución parecía ser un complot sin fisuras, una inevitable realidad.

¿Cómo podía detenerlo?

14

Cojeé hasta la parte delantera de la camper y me deslicé en el arnés de carga. La bilis me ardía en la garganta. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. La lista de muertos contenía 7.138 ciudadanos, después de que me dedujera yo. Los enfermos por radiación doblarían este número antes de que el suceso se convirtiera en historia polvorienta.

—¿Hasta cuán lejos puede llegar esta caja de cerillas?

La paranoia firmó los papeles de la hipoteca en mi alma. Mis manos temblaban demasiado fuertemente para aferrar la red que me envolvía.

Un siglo de arrugas había erosionado la lisa piel de Gwen en el transcurso de la última hora. El sudor descendía en cascada por los cañones. Sus ojos mecánicos brillaban dorados, brillaban enojados. Mientras yo jugaba con el ordenador mi espaciana se había transformado en un guerrero, se había rodeado con un aura de acero y sangre.

—Esto es demasiado, demasiado grande. Tenemos que huir..., ¡tan rápido y tan lejos como podamos! —Hablé entre dientes encajados para impedir que castañetearan. Un auténtico detective no debe permitir que sus dientes castañeteen.

—Estaba esperando que dijeras eso. Un asalto frontal contra una fuerza superior

es un signo de debilidad mental. Recargué provisiones de todo tipo mientras estábamos amarrados. El espacio nos enseña a prepararnos para lo peor. Incluso tomé prestada una caja de raciones de supervivencia. Estaremos bien a menos que el depurador falle de nuevo. He trazado una trayectoria de impulso máximo a Río del Júpiter.

¿Cómo había conseguido mantenerse todo el tiempo tan por delante de mí? Maldita especialista en todo. Maldita espaciana. Una mezquina furia colisionó con el gélido aterrimiento de mi alma y desapareció.

—Río será bastante seguro. Son la única gente que conozco dispuesta a ir a la guerra para permanecer neutral. Divulgaremos nuestra historia a los medios de comunicación. Lamento haberte metido en esto. Ahora querrán matarnos.

No pareció real hasta que lo dije en voz alta. Pronunciado, se convirtió en un hecho tallado en granito. Vi mi lápida reflejada en sus ojos mecánicos. «AQUÍ DESCANSA JOSHUA STERYN, UNA ESTÚPIDA MARIONETA QUE SE ENREDÓ EN SUS PROPIOS HILOS».

—Hemos sido blancos todo el tiempo. Alguien había averiado el zángano de lanzamiento. Afortunadamente para nosotros, nadie me vio recablearlo. ¿Recuerdas esa caja por la que te pregunté? ¿La que encontré debajo de la consola?

—¿Aquel chisme? Yo no lo rompí. De veras. Intenté abrirlo, pero las únicas aberturas eran esas ranuras de refrigeración.

No hubiera debido tocarlo.

—Utilicé una sierra de diamante para abrirlo. Había un temporizador unido a un parásito inductivo. La unidad estaba programada para controlar el sistema de purga. Los sistemas de seguridad y las alarmas habían sido anuladas. Si no hubieras derramado el café sobre la consola, ahora estaríamos respirando vacío. Alguien planeó que muriéramos en el espacio.

Sonreí como el tonto del pueblo, perversamente aliviado de haberme vuelto tan importante como para merecer ser asesinado durante el golpe. Le hizo bien a mi ego. ¡Estaban asustados de mí!

—Nunca esperaron que volviéramos. —Sus ojos mecánicos se volvieron de un curioso verde.

—Los nazis quemaron el Reichstag —murmuré, recordando la historia que había aprendido en la escuela secundaria. Los marcianos pasaban mucho tiempo estudiando a los sanguinarios tiranos de los siglos xx y xxi. Era preciso conocer el rostro del enemigo.

Sus ojos se volvieron plateados.

—¡No soy la víctima de nadie! Río tiene oficinas de la Talsit y la CNN. Comprobé el directorio. Puedo informar a la CBS y a la AP en Essex. Cuanto más difundamos la noticia, menos probabilidades habrá de que sea ignorada o tapada.

—De todos modos, unos cuantos periodistas ambiciosos deberán de encontrar algunos cabos sueltos. Siempre hay cabos sueltos y bocas que hablan demasiado, no importa cuántos peones sean sacrificados.

—No subestimes al enemigo. Ellos han cometido ese error con nosotros.

—Me etiquetaron como un complaciente y estúpido hurón de datos. Mira, meka, formamos un equipo de primera. ¡Conseguiremos una victoria absoluta!

Aullé mi grito de rebeldía, compartiendo la gloria con mis antepasados. De pronto pude comprender lo que sentían los de mi sangre cuando cruzaron los campos de Shiloh. Supe por qué los ojos de Ma brillaban cuando nos hablaba de haber luchado contra los boinas verdes en el río Barnet. Una oleada salvaje estranguló mis temores.

Muy simple. Muy terrible.

—Golpea y corre. Así es como te enfrentas a un enemigo más fuerte. Nosotros...

Un trineo impulsado por un cohete químico trazó un arco hacia nosotros. Una retorcida losa del casco de la polis del tamaño de una habitación se desprendió de su esquelética barriga y partió como un cuchillo hacia nosotros. La camper dio una sacudida cuando sus impulsores cobraron vida. La red de carga crujió. Las manos de Gwen se volvieron borrosas en su danza sobre los controles. La camper zumbó. Me enganché a la consola secundaria con el pie y me acerqué a ella. Esta red era mucho más cómoda de lo que había imaginado; su movilidad era maravillosa.

—¿Qué dem...? —siseó Gwen.

Las luces parpadearon locamente en su tablero. La camper sufrió una sacudida. El comunicador zumbó, un sonido furioso y urgente que ahogó su maldición. Oscilé en el arnés. Una sensación de impotencia se apoderó de mí. Malditamente inútil. En un instante me convertí de un guerrero dispuesto para la batalla en simple carga.

Antiguas glorias palidecieron, un amanecer brumoso se evaporó bajo un implacable sol de verano. La pureza, la alegría, incluso el orgullo no podían sobrevivir al monstruoso acto del Partido del Hogar. Campos arados. Precisas hileras. Ordenadas columnas. Los útiles trineos transformados en bombarderos en picado.

Nuevas soluciones.

No había forma de poder oír la radio por encima de la baraúnda dentro de la vibrante camper. Deslicé mi yelmo sobre mi pulsante cabeza y conecté el cable de alimentación a él. La señal de comunicación chasqueó con estática. Cuando tengas alguna duda, miente.

—Control de Dearborn, algo va mal. Fallo total de los sistemas. ¿Pueden oírme? Aquí Delta-08-Alquiler. ¿Me escuchan? Hemos topado con algunos restos. ¿Pueden enviar un mensaje al teniente Steryn? Díganle que su esposa y un compañero no se han fugado ahí fuera. Volveremos tan pronto hayamos efectuado reparaciones. Control de Dearborn, ¿me oyen?

¿Contribuiría con esto a la confusión de M? Esperaba. Rezaba.

Aguarda un momento, aquella estática no era modulada. Esto no eran los simpsons interfiriendo del modo en que estábamos acostumbrados.

De pronto mi cerebro cambió de vuelta a modo belicoso. Deseé volver y hacer pedazos el Partido del Hogar, matarlos uno a uno.

Estos cambios de humor eran agotadores.

Una explosión interrumpió los pensamientos de venganza. La camper se puso patas arriba. Mis piernas se enredaron con el cordón elástico que conectaba el fondo de la red a la cubierta. Mis manos se agitaron en un intento por agarrarse al borde de la consola. Mi estómago se arrastró hasta mi garganta antes de que la gravedad artificial entregara su alma a Dios. Gwen adelantó una mano y cerró de golpe mi visor. Yo activé el arbitraje.

Nuestra atmósfera huyó chillando de la cabina a través de un dentado agujero. Chilló hacia el enorme silencio de fuera. Telas desgarradas y relleno nevaron en todas direcciones. Al parecer, el estallido había sido absorbido por el área de las literas.

Gwen, sonriendo con aquella sonrisa suya de espadaño, aseguró calmadamente su yelmo en su lugar con una mano mientras con la otra se ocupaba de los controles.

—Todo está bien —dijo por la radio del traje.

Mi esposa sonaba feliz de hallarse de nuevo en su elemento. Los espacianos medran en las crisis. Me maravillé ante su confianza. Ningún movimiento malgastado. Ni un resquicio en su valor de veterana.

Yo carecía de ambas cosas. Mi vejiga se vació, humillándome. Al mismo tiempo me sentí insultado al verme tranquilizado como un niño. Y, sobre todo, me sentía malditamente inútil, un trozo de carne metido en una red de carga.

La fisura se fue haciendo más grande. Noté su temblor a través de mi cuerda de anclaje.

—La maldita bomba no se cierra. No te preocupes. Cerraré el lado del oxígeno. No puede estallar sin oxígeno. Quédate quieto, los giroscopios auxiliares corregirán nuestro girar. Tendré esto arreglado en un minuto.

Se soltó las correas de seguridad y se puso a nadar graciosamente por entre la neblina de restos.

Las lágrimas ardieron en mis mejillas. Vuelvo a tener ocho años. Eyvin, mi mejor amigo, está chapoteando en el lado más profundo de la piscina comunitaria. Nuestra escapada de medianoche garantiza que no hay nadie por los alrededores. Me siento como si estuviera a un millón de kilómetros de distancia, escuchando sus gritos. Yo no sé nadar. No puedo ayudarle. Sin embargo, cuando se sumerge, me lanzo a la helada agua. Me hundo como una piedra. Engarfiando mis malditos dedos, consigo llegar al borde de la piscina. Todavía estoy agarrado allí cuando llegan los adultos. Inútil.

Gwen retiró la placa de inspección junto al cubículo de la ducha. La sorpresa, más

que la concusión de la explosión, me arrancaron fuera de la red de carga. Salí despedido volando. Mis sentidos insistieron en que el arbitraje había sido perforado por una bala de cañón. Tanteé el traje sobre mi barriga y mi mano libre apartó a un lado la puerta del horno microondas. Ningún agujero. Reboté contra una pared y me estrellé en el techo.

Eso me salvó de la segunda explosión. Dirigida contra la base de las consolas desde el lugar del armario de mantenimiento, la metralla golpeó, destrozó y destruyó todo lo que encontró en su camino. Fragmentos de la red de carga y de la barca del piloto se unieron a la nieve de restos.

¡GWEN! Di una patada contra el techo mientras los fragmentos de metal todavía estaban rebotando. Me estrellé contra el frigorífico y desvié mi torpe vuelo hacia mi esposa. Cuentas de sangre duras como rocas golpearon contra mi traje.

La lógica no podía seguir esperando milagros.

La articulación en balón del hombro de su traje se había hinchado hasta el tamaño de una pelota de fútbol, sellando el orificio que en su tiempo había ocupado su brazo. Abrí de un tirón la bolsa de mi cadera. Sin pensar en las heridas debajo de los agujeros de su traje, puse parches adhesivos a derecha e izquierda. En mi apresuramiento pegué entre sí tres de mis dedos con un parche.

Terminé de reparar los agujeros antes de atreverme a mirar las lecturas. Los números se reflejaban débilmente en su visor. Unas rígidas órbitas amatistas se apagaron, literalmente. Otra lectura descendió a cero. De alguna forma, de algún lugar, hallé una bomba de reactivación cardiopulmonar y la conecté a una unidad de primeros auxilios que mágicamente brotó en mi ayuda de un compartimiento oculto. (Sorprendente la cantidad de material que mi esposa había saqueado de los muelles).

No sirvió de nada.

La camper vibró. Las vibraciones se pusieron a chillar. Mi imaginación oyó rendirse el casco debilitado por la explosión. La fisura se hizo más grande. Me sujeté a una tubería mientras agarraba una de las piernas mecánicas de Gwen con la otra mano. El tercio posterior de la camper se soltó. Aposentada encima de mi esposa, la unidad de primeros auxilios parpadeó una línea de ceros. Una sacudida durante la desintegración de la nave arrojó al pequeño robot al vacío.

Nuestro girar hizo que la mayoría de los restos escaparan fuera de la cabina.

Clara y nítida, la escena me hipnotizó. Bolsas de escarcha capturaron el resplandor de Júpiter y lo transformaron en un caleidoscopio cegador. ¿Cómo podía ser tan hermoso? ¿Tan dolorosamente hermoso?

—Viniste hasta tan lejos para morir. A ti no te importaba el Partido. Yo te arrastré a este lío. Deseaba que vieras lo bien que yo...

»Al menos fuimos lo bastante importantes para que nos mataran.

El seco raspar en mi garganta dio acceso a otros recuerdos. M y Barnes agitaron

sus mandíbulas en mi dirección. Sin ningún contacto visual. Miradas furtivas y nerviosas. Apresuradas instrucciones erróneas. Perímetros borrosos. Un tic en la mejilla de Barnes. El sudor de la culpabilidad en sus fruncidos rostros. El incesante movimiento de las teñidas manos de M. Si hubieran sido gente normal hubiera sospechado inmediatamente de ellos.

Un buen detective hubiera inspeccionado a los trabajadores que Gwen había reclutado en el muelle. Mientras retiraban consolas y asientos e instalaban el nuevo hardware, debió de haber sido muy sencillo cargar las bombas a bordo. La conspiración nos había tenido en cuenta. No nos había subestimado.

Muy ordinario. Muy terrible.

15

Esta mañana vi llegar la primera nave de rescate.

La nave dyb, resplandecientemente cromada, medía dos kilómetros de largo. Hordas de pequeños aparatos empezaron a brotar de su barriga. Algunos amarraron, mientras otros empezaban a recoger los restos cerca de la polis.

Quién sabe, quizá Nueva Dearborn se halle todavía en garantía del fabricante.

Investigué la trampa explosiva y descubrí los restos de un simple detonador cazarratones. La inusual forma en hoja de las soldaduras y los giros hacia la izquierda de los conectores traicionaban al culpable. Cari Schroeder vivía unas pocas puertas más abajo de mi apartamento en Edinburgh Hall. Había visto sus trabajos varias veces antes. De hecho, había arrestado al genio de la vigilancia de Deary por conspiración para instigar al fraude fiscal. El tipo había tenido la audacia de pinchar mi terminal durante una investigación. M debió sacarlo de la cárcel y dedicarlo a una nueva tarea de fabricante de bombas.

Esperaba que fuera uno de los peones sacrificados.

He pasado las últimas 31 horas en esta esclusa de aire, el último resto hermético que queda en todo el pecio. Si hubiera sido Gwen la superviviente, hubiera construido un trineo improvisado para volver a Deary. Podía verla «tomando prestada» un arma y neutralizando con ella a M y Barnes. Me hubiera vengado y hubiera salvado a Deary de las garras de la mortífera conspiración.

Mis temblorosas manos carecen de su talento para la inventiva. No tengo ni idea de por dónde empezar, y mucho menos la inclinación. Soy incapaz de verme de vuelta en Deary, agitando un rifle de asalto. Probablemente me dispararía a mí mismo intentando cargar la maldita cosa.

Puedo aceptar mi inminente muerte. Es mi justa recompensa. Es mi fracaso lo que me devora.

Gwen flota en la esquina de la cámara, envuelta en una, sábana. Su cadáver no me acusa de haberla matado. Mi Gwen nunca haría eso. Los soldados y los espacianos viven con la muerte. La aceptan como parte de su trabajo.

Pese a la cortina de CO₂, el aire se está volviendo fétido aquí. No puedo explicar por qué le estoy contando esta historia a mi fiable CL. Por todo lo que puedo calcular, este pecio está destinado a convertirse en un meteorito en el tormentoso cielo de Júpiter. Las posibilidades de que este trozo de metal merezca el escrutinio de los carroñadores o los rescatadores antes de que esto suceda son prácticamente cero.

De todos modos, escribo. Me ayuda a pasar ese tiempo que pesa como plomo sobre mí. Me evita el llorar. El marciano que hay en mí espera un milagro que mi cerebro sabe que nunca ocurrirá.

Así que escribo. De otro modo tendría que pensar. Los pensamientos engendran culpabilidad. Mi culpabilidad duele más que aquella vez que un jodido junkie me acuchilló con un cuchillo mellado.

Hubo un tiempo en que yo era el mejor hurón de datos del Sistema Solar. Tenía secretos de estado en la palma de mi ordenador. Lo sabía todo.

No sabía nada.

Mary Jo Peterson volvió a mi mente. Casi me costó los dedos de los pies. Hace un millón de años la observé flotar fuera del muelle norte. Mi rutinaria investigación dictaminó suicidio cinco segundos después de ver el macabro molinete. Me limité a reunir todas las pruebas que pude encontrar que apoyaran la teoría del suicidio. Después de todo, fui reclutado a mi pesar para el trabajo, congelado dentro de un arbitraje defectuoso, y ansioso por volver a mi *auténtica* vocación.

Las racionalizaciones acudieron ahora duras y rápidas. Mary Jo había sido arrojada al espacio por su amante para poder casarse rico. Alcanzaba 186 de los 220 puntos posibles en el Perfil Forense de Suicidio Perry. Su naturaleza reprimida y su vida estéril parecían destinadas a poner fin a su vida por su propia mano.

Si hubiera sido un detective competente...

Con una perfecta retrospectiva podía ver ahora que la muerte de la mujer presagiaba el golpe. Era una redactora de discursos y una ideóloga del Partido del Hogar, y podía verla rechazando la Nueva Solución de M. Su ex amante, que proporcionó tantas pruebas útiles, había sido un agente de seguridad del partido.

No podía recordar ahora cómo expliqué las magulladuras como de esposas en sus

muñecas y la tenue evidencia de un posible golpe en la cabeza de los que informó el coronel. Debí haberlo hecho, o el diligente Márquez se hubiera echado sobre mí.

Hace meses hubiera podido aplastar la loca conspiración que había asesinado a Gwen. Si hubiera sido un buen especialista en todo... Si hubiera sido un espaciano... ¡Si hubiera sido competente!

Me alegra no tener que explicarle nada de esto a Gwen.

Merezco mi destino.

Id a contarles a los espacianos que un humilde hurón de datos la cagó mayestáticamente. Suplicadles que acudan a Nueva Dearborn en bien de las precisas hileras y los ordenados montones, en honor de una simple espadaña. Pedidles que traigan justicia, toda la justicia del mundo.

La más simple, la más ordinaria, la más bendita justicia.

LOS VIAJEROS DEL TIEMPO NUNCA MUEREN

Jack McDevitt

Jueves, 24 de noviembre
Poco después del mediodía

Lo enterramos en una mañana fría y gris que amenazaba nieve. Los asistentes al sepelio fueron pocos, y no les costó mucho dominar su dolor por un hombre que tradicionalmente había mantenido a sus amistades a distancia. Observé al predicador, pelo blanco, débil, él también cerca de su final, y me pregunté en qué estaría pensando mientras el viento agitaba las páginas de su libro de plegarias.

—*Cenizas a las cenizas...*

Permanecí de pie con las manos metidas en los bolsillos de mi abrigo, al borde de las lágrimas. Miren: no me avergüenza admitirlo. Shel era extraño, vindicativo, impredecible, egoísta. No tenía muchos amigos. No merecía muchos amigos. Pero yo lo *quería*. Nunca he conocido a nadie como él.

—*En la segura y cierta esperanza...*

Yo no estaba tan confiado en la resurrección, pero sabía seguro que Adrian Shelborne pisaría de nuevo la tierra. Aunque sólo fuera brevemente. Sabía, por ejemplo, que él y yo permaneceríamos de pie en la cima de una colina de Arizona una fresca mañana de primavera a finales del siglo XXI y contemplaríamos los plateados vehículos alzarse hacia el cielo en la primera etapa del viaje a Centauro. Y estaríamos presentes en el asesinato de Elaine Culpepper, un hombre hoy desconocido, pero que en su época estaría inextricablemente ligado al colapso de la República Norteamericana. Los viajeros del tiempo nunca mueren realmente, le gustaba decir. Hemos estado muy corriente abajo. Tú y yo viviremos durante mucho tiempo.

El predicador terminó, cerró su libro y alzó su mano para bendecir el pulido ataúd color orquídea. Soplabla el viento, y el pesado aire presagiaba la inminente tormenta. Los asistentes, ansiosos por volver a sus asuntos cotidianos, inclinaron las cabezas, pasaron junto al féretro y depositaron lirios sobre él. Terminado esto se demoraron sólo unos momentos, murmurando entre sí. Helen Suchenko permanecía de pie a un lado, como perdida. La amante sin una posición formal. Conocida por la familia pero no particularmente querida, sobre todo porque desaprobaban al propio Shel. Eludía nerviosamente sus miradas y permanecía con los ojos clavados en la piedra gris que llevaba el nombre y las fechas.

Era de pelo claro, con los ojos del color del agua del mar, y unos modales tranquilos e introspectivos que engañaban fácilmente a aquellos que no la conocían bien.

Me uní a ella.

—No puedo creerlo —dijo.

Yo era el que se la había presentado, estúpido de mí. Helen y yo habíamos sido miembros de los Discípulos del Diablo, un grupo de devotos de George Bernard Shaw. Ella tenía el título de médico, acababa de salir de la escuela de medicina cuando la vi por primera vez en una excursión para ver *Héroes*. Fue amor a primera vista, pero fui lento en mostrar mis sentimientos. Y mientras me debatía en cómo enfocar del mejor modo las cosas, Shel me la quitó. Incluso me preguntó si yo estaba interesado, y yo, con la sensación de que ya la había perdido, salvé mi orgullo y le dije que por supuesto que no. Después, todo hubo terminado. Shel nunca llegó a comprender lo que sentí. Solía hablar mucho de ellos mientras íbamos corriente arriba. De cómo le encantaba el Londres Victoriano. O San Petersburgo antes de la primera guerra. Pero nunca compartió el gran secreto con ella. Eso era siempre algo que pensaba hacer más tarde.

Helen estaba temblando. Shel se había ido *realmente*.

Y yo tenía ahora el campo libre con aquella mujer. Ese indecente pensamiento no dejó de intentar abrirse camino hacia la superficie. La había deseado desde hacía mucho tiempo, desde que la conocía. Pero nunca había dicho nada, había mantenido las manos lejos de ella. Helen también se sentía atraída hacia mí, del mismo modo que se sentía atraída hacia Shel, y yo sospechaba que hubiera podido conseguirla si me hubiera mostrado más decidido. Pero nunca traicioné a Shel.

Sus mejillas estaban húmedas.

—Yo también lo echaré en falta —dije.

—Yo le quería, Dave.

—Lo sé.

Shel había muerto cuando su casa en la ciudad ardió, hacía casi dos semanas. Estaba dormido en el piso de arriba, y nunca llegó a saltar de la cama. La explicación parecía ser que el fuego sorbió el oxígeno de la casa y lo asfixió antes incluso de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. De acuerdo, yo tampoco lo creía, pero ésa era la teoría que oíamos.

—Todo irá bien —dije.

Ella intentó sonreír, pero su sonrisa tuvo un filo de desesperanza.

—Nuestra última conversación fue tan ridícula. Me gustaría haber sabido... — Las lágrimas resbalaron de sus ojos. Se detuvo, intentó recuperar el aliento—. Me hubiera gustado —dijo, tras recuperar un cierto grado de control— decirle lo mucho que significaba para mí. Lo feliz que me sentía de haberlo conocido.

—Lo sé. —Empecé a guiarla hacia mi Porsche—. ¿Por qué no dejas que te lleve a casa?

—No, estoy bien —dijo—. Estaré bien. —Su coche estaba aparcado cerca de un ángel de piedra.

Edmond Halverson, el jefe del departamento de arte de la universidad, pasó por nuestro lado, hizo una ligera inclinación de cabeza hacia mí, se llevó la punta de los dedos a su sombrero hacia ella, y susurró su pesar. Murmuramos algo como respuesta y seguimos andando.

Helen tragó saliva y sonrió.

—Cuando tengas una oportunidad, Dave, ven a verme.

La observé subir a su coche y alejarse. Había conocido tanto a Adrian Shelborne. Y tan poco.

Shel había viajado en el tiempo, y de todas las personas ahora vivas sólo yo lo sabía. Me había llevado con él, dijo, porque necesitaba mis habilidades lingüísticas. Pero creo que fue por algo más que eso. Deseaba a alguien con quien compartir la victoria, alguien que le ayudara a celebrarla. A lo largo de los años había dominado el griego clásico, y el castellano, y el italiano del Renacimiento. Y había seguido adelante, adquiriendo suficientes nociones de latín, ruso, francés y alemán como para defenderse por sí mismo. Pero seguimos viajando juntos. Y lo más duro de mi vida fue refrenarme constantemente de decirle a la gente que en una ocasión yo había hablado de aerodinámica con Leonardo.

Observé a su hermano Jerry inclinar la cabeza para meterse en su limusina. Sólo le interesaban los deportes y las mujeres, había dicho Shel de él. Y hacer dinero. *Si le hubiera hablado del Reloj*, me dijo, *y le hubiera ofrecido llevarlo conmigo, hubiera pedido ir a ver una Super Bowl*.

Shel había descubierto los principios del viaje por el tiempo mientras estudiaba la gravedad cuántica. Había explicado un sinnúmero de veces cómo funcionaban los Relojes, pero yo nunca entendí nada. No entonces, y no ahora.

—Pero ¿por qué todo este secreto? —le pregunté—. ¿Por qué no revelarlo y aceptar todo el mérito? Es el descubrimiento de todos los siglos. —Nos echamos a reír ante el nuevo significado de la antigua frase.

—Porque es peligroso —me dijo, mirando por encima de sus gafas, no a mí sino a algo en la distancia—. El viaje por el tiempo no debería ser posible en un universo racional. —Agitó la cabeza, y su desordenado pelo negro cayó sobre sus ojos. Sólo tenía treinta y ocho años en el momento de su muerte, un educado joven genio que amaba y encantaba a las mujeres—. Vi desde el principio *por qué* era teóricamente posible —dijo—. Pero pensé que estaba olvidando algo, algún detalle que intervendría para impedir la construcción real del dispositivo. Y, sin embargo, aquí está. —Y miró al Reloj sujeto a su muñeca izquierda. Le preocupaba la causalidad, el simple fluir de causa y efecto—. Una máquina del tiempo lo descompone todo —dijo—. Me hace pensar en qué tipo de universo vivimos.

Yo pensaba que deberíamos olvidar la filosofía y decírselo al mundo. Que los demás se preocuparan por los detalles. Cuando le presioné, habló de grupos del

Mossad yendo hacia atrás en el tiempo para arrastrar a Hitler fuera de 1935, o de terroristas del Oriente Medio persiguiendo a Thomas Jefferson. Conduciría a un caos absoluto, dijo. El viaje por el tiempo o bien debería estar prohibido, como exceder la velocidad de la luz, o debería estar prohibida la inteligencia necesaria para conseguirlo.

A veces acostumbrábamos a retirarnos a una torre sobre un arrecife rocoso en alguna parte corriente abajo. Nadie vive allí, y sólo hay océano en todas direcciones. No sé cómo la descubrió, o quién la construyó, o cómo es aquel mundo. No creo que él la hiciera. Disfrutábamos del misterio del lugar. La luna es más grande, y las mareas más ruidosas. Llevamos allí un generador, y un refrigerador, y una gran cantidad de muebles. Acostumbrábamos a sentarnos frente a un panel transparente que ocupaba toda una pared, y bebíamos cerveza, contemplábamos el océano, y hablábamos de Dios, de la historia y de las mujeres.

Fueron unos buenos días.

Finalmente, decía él, llevaría a Helen allí.

El viento soplaba, los asistentes al entierro ya se habían ido, y el ataúd esperaba sobre recias cuerdas a que los obreros lo bajaran al fondo de la fosa.

Maldita sea. Lo iba a echar en falta.

Ya no está aquí. Ni él ni sus Relojes. Y al parecer la lógica temporal no había sufrido en absoluto.

Oh, yo todavía tenía una unidad operativa en mi escritorio, pero sabía que nunca volvería a usarla. Yo no sentía su pasión por el viaje por el tiempo. Era mejor dejarlo tranquilo. Este había sido siempre mi lema.

Camino a casa, conecté la radio. Era un día normal. Las conversaciones de paz se habían interrumpido en África. Otro congresista había sido acusado de desviar fondos de su campaña. Los malos tratos contra las esposas se habían incrementado de nuevo. Y, en Los Ángeles, se había producido una curiosa conclusión en un accidente múltiple en la autopista: dos personas, un hombre y una mujer, habían irrumpido en uno de los vehículos siniestrados y habían secuestrado al conductor, que se creía que estaba muerto o seriamente herido. Al parecer habían huido con él.

Esto sólo en California.

Shel era un amante compulsivo del secreto. No sólo respecto al viaje por el tiempo, sino acerca de todo. Nunca sabías realmente lo que sentía porque siempre llevaba la máscara alzada. Solía volver loca a Helen cuando salíamos a cenar porque tenía que aguardar a que llegara el camarero para decidir lo que iba a pedir. Cuando estuvo en la universidad, su departamento nunca logró obtener de él un programa de estudios. Y yo estaba presente cuando su propio contable se quejó de que le ocultaba información.

Solía mostrarse orgulloso de decir que el conocimiento es poder, y creo que eso fue lo que le dio el éxito, que sabía cosas que otras personas no saben. Algo tuvo que ocurrirle cuando era pequeño que le dejó con una necesidad tan grande de apoyo artificial. Probablemente era la misma característica que lo convirtió en el mayor seguidor de campo de todos los tiempos. No sé cuál debería ser el uso apropiado para una máquina del tiempo. Nosotros la usamos para hacer dinero. Pero principalmente la usamos para discutir de teología con Tomás de Aquino, para hablar con Isaac Newton sobre gravedad, para observar a Thomas Huxley enfrentarse al obispo Wilberforce. Para nosotros era casi un entretenimiento. Aunque a mí me parecía que deberíamos hacer *algo más* con ella.

No me pregunten qué.

Tenía todo tipo de *souvenirs*: monedas que un joven Julio César había perdido a las damas con Shel, un programa de la noche del estreno de *El barbero de Sevilla*, una pluma usada por Benjamin Franklin. Y fotos. Teníamos álbumes enteros llenos con Alejandro y Marco Aurelio y las velas de la *Santa María* apareciendo por el horizonte. Pero todas parecían como escenas de viejas películas. Excepto que los actores no parecían tan convincentes como cabría esperar. Cuando presioné a Shel y le pedí que me explicara para qué toda aquella actividad, me dijo que, ¿qué otra cosa mejor podía haber que una velada ante el fuego con Al Einstein? (Habíamos llegado a intimar en nuestra relación con él, en los días en que todavía trabajaba para la oficina de patentes suiza).

Había ocasiones en las que me daba cuenta de que él deseaba decirle a Helen lo que estábamos haciendo y llevarla con nosotros. Pero siempre se lo impedía algo, y se volvía hacia mí con aquella enloquecedora sonrisa inocua como diciendo, tú y yo tenemos un secreto y será mejor que lo conservemos de esta forma. Helen se daba cuenta, sabía que había algo. Pero era demasiado lista para intentar averiguarlo por sí misma.

Salíamos regularmente, nosotros tres y mi auténtico amor del mes, fuera el que fuese. Mis citas raras veces eran dos veces con la misma mujer, porque ellas siempre se daban cuenta de que Helen me tenía atrapado. Helen también se daba cuenta, por supuesto. Pero Shel no. No creo que se le ocurriera jamás que su viejo amigo tomara en consideración ni por un momento hacer algún avance con la mujer a la que profesaba (aunque no demasiado públicamente) su amor. Había momentos en los que nos quedábamos solos en la mesa, Helen y yo, normalmente mientras Shel bailaba con mi cita, y el aire se volvía denso con la tensión. Ninguno de los dos decía nunca nada directamente, pero a veces nuestras miradas se tocaban, y sus ojos se abrían mucho y expresaban una especie de mirada afligida.

Cuando hablábamos los cuatro, solía surgir a veces el tema de si era posible amar a dos personas simultáneamente, aunque no puedo recordar quién lo empezaba.

Todos expresábamos nuestras opiniones, pero las posiciones cambiaban de tanto en tanto.

Helen era una actriz frustrada a quien todavía le gustaba el teatro. Al cabo de casi un año abandonó los Discípulos del Diablo, tras explicar que simplemente no tenía tiempo para seguir con aquello. Pero Shel comprendía su pasión y la permitía. Siempre que había un reestreno, allá iban. Inevitablemente, mientras contemplábamos los con frecuencia inconscientes personajes de Shaw dirigirse hacia sus destinos, Shel hallaba una oportunidad para decirme que iba a llevarla consigo para que conociera personalmente al gran dramaturgo.

Yo no dejaba de prometerme a mí mismo que dejaría de salir con ellos, que hallaría una excusa, porque dolía demasiado sentarse en el terrible resplandor de su pasión por Shel. Pero, si hubiera hecho esto, habría dejado de verla. Por la noche, cuando terminaba la velada y nos despedíamos, Helen siempre me besaba, a veces ligeramente en la mejilla, a veces un rápido y fugaz roce en los labios. Y una o dos veces, cuando había bebido demasiado y se le había escapado el control, ponía algo de serio esfuerzo en ello.

2

Jueves, 24 de noviembre
Mediodía

La tormenta se desencadenó ligera mientras conducía pensativo, sintiendo pena por mí mismo. Ya echaba en falta su voz, su sardónica visión del mundo, su divertido cinismo. Habíamos visto los usos y los abusos del poder a lo largo de los siglos, muy de cerca, a veces calculadamente, a veces producto de la ignorancia.

Shel había hecho todas sus investigaciones en el laboratorio de su sótano, había construido sus primeros modelos funcionales ahí abajo. Al principio habían sido grandes cámaras del tamaño de habitaciones, que habían ido disminuyendo de tamaño a medida que se incrementaban sus capacidades. Me sentí implicado en ello casi desde un principio. Finalmente, el dispositivo se había visto reducido al tamaño de un reloj de pulsera. La energía se la proporcionaba una célula que iba sujeta al

cinturón o metida en un bolsillo. Yo todavía tenía una de esas células en la casa.

Iba a tener que decidir qué hacer con nuestro guardarropa. Tenía un dormitorio en el segundo piso que usábamos como antesala a las distintas eras. Estaba lleno con hileras de trajes, y libros sobre culturas e idiomas para cada período que habíamos visitado o teníamos intención de visitar.

Pero aunque mis días de viajero del tiempo hubieran terminado, había conseguido dinero suficiente de la empresa como para no tener que trabajar nunca más, si decidía no hacerlo. El dinero había procedido de tener acceso a los periódicos de la semana próxima. Habíamos discutido la moralidad de obtener una ventaja personal de nuestras capacidades, pero no creo que nunca pusiéramos en duda el tema. Ganamos una pequeña fortuna en varias carreras. Seguimos prosperando hasta que dos caballeros se presentaron en casa de Shel una tarde y le dijeron que no estaban seguros de lo que había detrás de su racha de suerte, pero que si continuaba iban a romperle las rodillas. Debían de conocernos lo suficiente como para saber que no sería necesario repetirme a mí el mensaje.

Tomamos en consideración cambiarnos al mercado de productos. Pero ninguno de los dos sabía demasiado de ello, así que nuestra siguiente zambullida fue al mercado de valores. «Tiene que ser ilegal», dijo Shel. Y yo me eché a reír. «¿Cómo puede serlo? —le pregunté—. No hay leyes contra el viaje en el tiempo». «Información privilegiada», sugirió.

De todos modos lo hicimos. Justificamos nuestras acciones porque el oro era la mercancía universal corriente arriba. Era dinero para investigación, y nos decíamos el uno al otro que era por el bien de la humanidad, aunque ninguno de nosotros podía explicar completamente por qué era así. El oro era el elemento que abría todas las puertas, no importaba la era en la que estuvieras, no importaba el camino por el que viajaras. Si aprendí algo durante mis años como intérprete y fiel compañero indio de Shel, fue que la gente hará cualquier cosa por oro.

Mientras adoptaba una actitud vagamente relamida con respecto a la codicia humana, puse a un lado lo suficiente para adquirir una pequeña propiedad en Exeter, y para retirarme de la enseñanza a una vida de libros y contemplación. Y a viajar en varias dimensiones.

Ahora que todo había terminado, esperaba descubrir que resultaba cada vez más difícil mantener el secreto. Había aprendido demasiado. Deseaba decirle a la gente lo que había hecho. Con quién había hablado. *Así que nos sentamos ante unas pastas y un café en Santa Helena, y yo le dije a Napoleón...*

Había una delgada capa de nieve en el suelo cuando llegué a casa. Ray White, un jugador de tenis retirado que vive solo al otro lado de Carmichael Drive, estaba fuera, paseando. Me hizo señas con la mano para decirme lo mucho que había sentido oír la noticia de la muerte de Shel. Le di las gracias y me metí en el camino de mi casa. Un

coche negro que no reconocí estaba aparcado a un lado. Había dos personas, un hombre y una mujer, sentados dentro. Abrieron las portezuelas y salieron en el momento en que yo me detenía delante del garaje. Apagué el motor sin meter el coche.

La mujer era más alta, y más recia, que el hombre. Sacó todo un juego de credenciales.

—¿Señor Dryden? —dijo—. Soy la sargento Lake, de la policía del Condado de Carroll. —Sonrió, un gesto inexpresivo que no alcanzó sus ojos—. Este es el sargento Howard. ¿Podemos robarle unos minutos de su tiempo?

El tono de su voz era bajo. Hubiera sido atractiva si se mostrara un poco menos oficial. Estaba rozando la cuarentena, con unos fríos ojos azules y una expresión cínica que la hacían parecer considerablemente más vieja de lo que era.

—Por supuesto —dije, mientras me preguntaba de qué se trataría.

El sargento Howard era un hombre bajo y nervudo con los rasgos crispados en un gesto permanentemente fruncido. Era calvo, con densas cejas y largas orejas colgantes. Parecía aburrido.

Subimos al porche y cruzamos las puertas correderas de cristal. Lake se sentó en el sofá, mientras Howard se desenrollaba una larga bufanda gris y se ponía a pasear por la habitación, inspeccionando libros, cuadros, estereo, todo. Ofrecí café.

—No, gracias —dijo Lake. La actitud de Howard daba a entender que consideraba que yo no me había referido a él. La sargento cruzó las piernas—. Primero deseo ofrecerle mis condolencias por la muerte del doctor Shelborne. Tengo entendido que era íntimo amigo suyo.

—Eso es correcto —respondí—. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo.

Ella asintió, extrajo un pequeño bloc de notas encuadernado, lo abrió y escribió algo en él.

—¿Tenían alguna relación profesional? —preguntó.

—No —dije lentamente—. Sólo éramos amigos.

—Entiendo —dijo.

Pareció esperar a que yo me explicara.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata? —pregunté—. ¿Ha ocurrido algo?

Su expresión cambió, se hizo más intensa.

—Doctor Dryden —dijo—, el doctor Shelborne fue asesinado.

Mi primera reacción fue simplemente no creer en sus palabras.

—No está hablando en serio —dije.

—Yo nunca bromeo, doctor. Creemos que alguien atacó a la víctima en la cama, la golpeó con fuerza suficiente para fracturarle el cráneo, y luego prendió fuego a la casa.

El suelo crujió a mis espaldas. Howard iba de un lado para otro.

—No lo creo —dije.

Los ojos de ella no se apartaron ni un instante de los míos.

—El fuego se produjo entre las 2.15 y las 2.30 del doce. Viernes por la noche, sábado por la mañana. Me pregunto si le importaría decirme dónde estaba usted a aquella hora.

—En casa, en la cama —dije. Había habido rumores de que el fuego había sido deliberado, pero no los había tomado en serio—. Durmiendo —añadí innecesariamente—. Pensé que un rayo había alcanzado el lugar.

—No. No hay la menor duda de que fue premeditado.

—Resulta difícil de creer —dije.

—¿Por qué?

—Nadie desearía matar a Shel. No tenía enemigos. Al menos, ninguno que yo conozca.

Estaba empezando a sentirme culpable. Las figuras de autoridad siempre me hacen sentir culpable.

—¿No puede pensar en *nadie* que deseara su muerte?

—No —dije. Pero tenía mucho dinero. Y había familiares.

Ella miró su bloc de notas.

—¿Sabe si tenía joyas en su casa?

—No. El nunca llevaba joyas. Por todo lo que sé, no guardaba nada de ese tipo en su casa.

—¿Y dinero en efectivo?

—No lo sé. —Empecé a pensar en las monedas de oro que siempre cogíamos cuando íbamos corriente arriba. Había un montón de ellas cerradas con llave en un cajón del escritorio. (Yo tenía algunas, en el piso de arriba, en el guardarropa). ¿Era posible que alguien supiera de su existencia? Pensé en mencionarlas, pero decidí que sería prudente guardar silencio, puesto que no podía explicar en qué eran usadas. Y no tenía sentido el que yo supiera de la existencia de un montón de monedas de oro en su escritorio y nunca hubiera preguntado nada sobre ellas—. ¿Cree que fueron ladrones? —pregunté.

Sus ojos vagaron hasta una de las estanterías de mi biblioteca. Estaba llena de biografías e historias del Renacimiento. Mi período favorito. Sus ojos eran oscuros y fríos, negros pozos que parecían estar aguardando a que ocurriera algo.

—Es posible, supongo. —Inclinó ligeramente la cabeza para leer un título. Era la biografía de Cervantes escrita por Ledesma, en su original en español—. Aunque normalmente los ladrones no queman la casa. —Howard se había cansado de husmear, y volvió junto a nosotros y se dejó caer en una silla—. Doctor Dryden —siguió ella—, ¿hay alguien que pueda corroborar que estaba usted dormido la madrugada del doce?

—No —dije—. Estaba solo. —La pregunta me sorprendió—. No creerá que yo lo hice, ¿verdad?

Howard llamó la atención de la sargento y la dirigió hacia la pared. Allí había una fotografía de nosotros tres, Shel y Helen y yo, en una mesa del Beach Club. Una sombrilla color mostaza daba sombra a la mesa, y los tres reíamos mientras alzábamos unos vasos largos con bebidas frías. Ella la estudió y se volvió hacia mí.

—¿Cuál es exactamente su relación con la doctora Suchenko?

Tragué saliva y noté que el color huía de mi rostro. *La quiero. La he querido desde el momento mismo en que la conocí.*

—Somos amigos —dije.

—¿Eso es todo? —Inclinó la cabeza hacia un lado, y capté el asomo de una sonrisa. Pero nadie lo sabía. Siempre había mantenido las distancias. No se lo había dicho a nadie. Ni siquiera Helen lo sabía. Bueno, sí lo sabía, pero ninguno de los dos lo habíamos admitido nunca.

—Sí —dije—. Eso es todo.

Miró la habitación a su alrededor.

—Hermosa casa.

Lo era. Me había tratado a mí mismo muy bien, había instalado mobiliario de piel y gruesas alfombras y un mueble-bar escamoteable y algunas obras de arte originales.

—No está mal para un profesor —añadió.

—Ya no enseño.

Cerró su bloc de notas.

—Entiendo.

Supe lo que pasaba por su mente.

—Tuve suerte en la bolsa —dije.

—Igual que el doctor Shelborne.

—Sí —dije—. Eso es.

—¿Las mismas inversiones?

Sí, eran las mismas. Con sólo ligeras variaciones, habíamos hecho nuestras respectivas fortunas gracias a las mismas compañías.

—En general sí —dije—. Hicimos juntos nuestra investigación de mercado. Un club de inversiones, podríamos decir.

Sus ojos se fijaron en mí un momento demasiado largo. Empezó a abrocharse la chaqueta.

—Gracias, doctor Dryden —dijo.

Yo todavía me sentía entumecido ante la idea de que alguien podía haber asesinado a Shelborne. Él nunca había alardeado de su dinero, ni siquiera se había mudado de aquella vieja casa en la ciudad sobre el River Park. Pero alguien lo había descubierto. Y le habían robado. Posiblemente había llegado a su casa cuando ya

estaban en ella. Incluso era posible que hubiera estado corriente arriba.

Maldita sea, vaya sobresalto debió ser: regresar de una velada en Babilonia y verse atacado por ladrones.

Así que lo habían matado. Y habían incendiado la casa para ocultar el crimen. No había ninguna razón por la que no hubiera ocurrido de esta forma.

Abrí las puertas correderas para ellos.

—¿Estará por aquí si le necesitamos? —le preguntó Lake. Le aseguré que estaría, y que haría todo lo posible por ayudarla a descubrir al asesino de Shel. Les observé mientras se alejaban en el coche, y volví dentro y cerré la puerta. Ya había sido bastante doloroso creer que Shel había muerto a causa de algún acto arbitrario de la naturaleza. Pero que un facineroso que nunca había hecho nada por contribuir a la especie se atreviera a arrebatarse la vida me llenaba de rabia.

Me serví un brandy y miré por la ventana. La nieve caía más intensa ahora. No podía creer que nadie pudiera pensar ni por un momento que yo podía ser capaz de un acto así. Me estremecí.

Detrás de mí, en alguna parte, algo se movió. Podía haber sido muy bien una rama rozando contra el costado de la casa, pero sonaba *dentro*.

La nieve caía firmemente contra las ventanas.

Se oyó de nuevo. Una tabla del piso, quizá. Apenas un susurro.

Tomé un palo de golf, salí al pasillo, alcé la vista hacia la escalera y el piso superior. Miré hacia la cocina.

La madera crujió.

Arriba.

Empecé a subir, tan en silencio como pude, y estaba a medio camino cuando vi un movimiento en la puerta del dormitorio de en medio. El guardarropa.

Uno de los curiosos fenómenos asociados con la muerte repentina e inesperada es nuestra incapacidad de aceptarla cuando golpea a aquellos muy cercanos a nosotros.

Siempre imaginamos que la persona que hemos perdido se halla en la cocina, o en la habitación de al lado, y que tan sólo se requiere que pronunciamos su nombre de la forma acostumbrada para que reaparezca en el lugar habitual. Sentía de este modo acerca de Shel. Habíamos pasado mucho tiempo juntos, habíamos compartido peligros y celebraciones. Y, cuando todo terminaba, normalmente volvíamos al guardarropa.

Ahora salió de él.

Shel se detuvo ahí arriba y me miró.

Me quedé helado.

—Hola, Dave —dijo.

Me aferré a la barandilla, y las escaleras se volvieron de pronto resbaladizas.

—Shel —dije, tembloroso—, ¿eres tú?

Sonrió. La vieja y sesgada sonrisa que había creído que no volvería a ver de nuevo. Alguna parte de mí que era demasiado lenta para sentirse aturdida empezó a buscar explicaciones. Alguien había muerto en el fuego en lugar de Shel. Era un sueño. Shel tenía un gemelo.

—Sí —dijo—. Soy yo. ¿Estás bien?

—Sí.

—Lo siento. Supongo que esto debe de haber sido toda una impresión. —Avanzó hacia mí a lo largo del descansillo de arriba. Yo no estaba seguro de lo que sentía. Había toda una oleada de emociones, alegría, furia, incluso miedo. Descendió unos cuantos peldaños, apoyó las manos en mis hombros y me estabilizó. Sus manos eran sólidas, su sonrisa muy real, y mi corazón se hundió. La imagen de Helen se alzó ante mí.

—No lo comprendo —dije.

Adrian Shelborne era alto y esbelto. Sus ojos eran brillantes y tristes. Nos sentamos en los peldaños.

—Ha sido una extraña mañana —dijo.

—Se supone que estás muerto.

Inspiró profundamente.

—Lo sé. Creo que lo *estoy*, Dave.

De pronto todo quedó claro.

—Estás *corriente abajo*.

—Sí —dijo—. Estoy corriente abajo. —Alzó las piernas en un gesto que pareció defensivo—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—He pasado dos semanas intentando acostumbrarme a esto. A que tú habías desaparecido...

—Parece, pues, que es cierto. —Espació sus palabras, incapaz de aceptarlo.

—Cuando vuelvas...

—... la casa arderá, y yo estaré en ella.

Durante largo rato ninguno de los dos habló.

—No vuelvas —dije al fin.

—Tengo que hacerlo —respondió.

Yo estaba pensando en cómo la luz de las velas llenaba los ojos de Helen, en cómo habían caminado los dos juntos hasta el coche al final de una velada, la presión de sus labios aún vibrantes contra mi mejilla.

—¿Por qué tienes que volver? —pregunté, con la esperanza de que tuviera una buena respuesta.

—Porque acaban de enterrarme, Dave. Me encontraron en mi cama. ¿Sabías que ni siquiera salté de la cama?

—Sí —dije—. He oído eso.

—No lo creo. —Estaba pálido, y observé que sus ojos estaban rojos.

Mi primer viaje con él había sido a Gettysburg para escuchar a Lincoln. Había sido una experiencia impresionante, y él habló de cenar con César y Voltaire y Catalina la Grande. Pero el segundo viaje fue una sorpresa. Por aquel entonces íbamos en una gran y deforme cámara parda, una cosa que parecía como un depósito de agua caliente. Él se negó a decirme adonde íbamos. Resultó ser New Haven en 1975. Deseaba ver a una mujer joven, apenas algo más que una muchacha. No creo que Shel se diera cuenta de lo joven que era ella hasta que llegamos allí. Se llamaba Martha, y seis horas después de que apareciéramos se quedaría dormida al volante de su Ford mientras iba a recoger a su madre. Y la vida de Shel se vería alterada para siempre.

—Ella y yo cenamos la noche anterior en The Mug —me dijo mientras aguardábamos a que saliera del edificio de la compañía telefónica donde trabajaba—. Nunca volví a verla.

Eran las cinco de la tarde, y la primera oleada de gente empezaba a salir.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —pregunté.

Estaba en un estado de extrema agitación nerviosa.

—Hablar con ella.

—Llamará a la policía. No va a reconocerte.

—Iré con cuidado —dijo. Y me habló de las paradojas. No deseaba crear una paradoja—. Sólo quiero verla de nuevo.

Había empezado a caer una ligera llovizna. La gente salía por las puertas giratorias, alzaba la vista hacia las oscuras nubes, hacía una mueca y se dispersaba hacia coches y autobuses, con periódicos sobre sus cabezas.

Y entonces salió Martha.

La reconocí de inmediato, porque Shel se envaró y retuvo el aliento. Ella hizo una pausa para intercambiar unas palabras con otra joven.

La lluvia arreció.

Tenía veinte años y estaba llena de vitalidad y buen humor. Había algo de masculino en ella, algo que apenas empezaba a dejar paso a una floreciente belleza dorada. Llevaba el pelo hasta los hombros, y lo agitaba con facilidad a cada movimiento. (Creí ver mucho de Helen en ella, en sus ojos, en el gesto de su boca, en su animación). Permaneció de pie junto a la pared bajo la cornisa del edificio, protegiéndose de la lluvia. Dijo adiós con la mano a su amiga y se preparó para echar a correr bajo la tormenta. Pero su mirada se posó en nosotros, en Shel. Frunció el ceño y nos miró, insegura.

Shel avanzó un paso hacia ella.

Me di cuenta de que yo le sujetaba del brazo. Reteniéndolo. Un soplo de viento alzó un poco de polvo y papeles pequeños en el aire.

—No lo hagas —dije.

—Lo sé. —Ya me había advertido de los peligros inherentes al viaje por el tiempo. *Debemos evitar los actos irreparables que pudieron no suceder.*

Ella agitó la cabeza como si reconociera una confusión y medio echó a correr. La vimos desaparecer tras la esquina en dirección al aparcamiento.

Desde entonces hablamos muchas veces de aquel incidente, de lo que habría podido ocurrir si hubiéramos intervenido. Nos sentábamos en la torre al final del tiempo, y él hablaba de sentirse culpable por no haber impedido su muerte.

—Es posible —dijo— que no podamos cambiar las cosas que ya han ocurrido. No importa lo que sea.

—Creen que fuiste asesinado —dije.

—Lo sé. Oí la conversación. —Bajamos las escaleras y él se dejó caer en un sillón. Su rostro tenía el color de la ceniza.

Me ardía el estómago y sabía que no estaba pensando claramente.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo descubriste lo del funeral?

No respondió de inmediato.

—Estaba efectuando algunas investigaciones corriente abajo —dijo finalmente—, en la biblioteca de Trenton. En la sección de referencias. Estaba consultando algunas biografías, para poder planear futuros viajes. Ya sabes cómo funciona.

—Sí —dije.

—E hice algo que sabía que era un error. Lo supe incluso mientras lo estaba haciendo. Pero seguí adelante de todos modos.

—Consultaste tu propia biografía.

—No pude impedirlo. —Se masajeó la barbilla—. Es algo terrible —dijo— tener la historia de toda tu vida abierta junto a tu codo. Dave, me alejé de allí dos veces, y las dos veces volví. —Sonrió débilmente—. Seré recordado por mi trabajo sobre las transversales cuánticas.

—Esto es lo que ocurre por viajar solo. —Me sentía irritado—. Te dije que nunca deberíamos hacerlo.

—Ya está hecho —dijo—. Escucha, si no hubiera mirado, ahora estaría muerto.

Abrí una botella de borgoña, llené dos copas, las apuramos, y volví a llenarlas.

—¿Qué vas a hacer?

Agitó la cabeza, desalentado.

—*Me está aguardando ahí atrás. No sé qué hacer.* —Su respiración era pesada. La nieve se estaba acumulando en las ventanas.

—Los periódicos predicen diez centímetros —dije.

Asintió, como si aquello importara.

—La biografía dice también que fui asesinado. No dice por quién.

—Debieron de ser ladrones.

—Al menos —dijo— estoy advertido. Quizá deba llevarme una pistola de vuelta conmigo.

—Quizá.

Evita el acto irreparable que pudo no suceder.

—De todos modos —dijo—, pensé que te gustaría saber que estoy bien. —Rió quedadamente su propio chiste.

Yo no podía dejar de pensar en Helen.

—No vuelvas —dije—. Ni con ni sin pistola.

—No creo que eso sea una opción.

—Tan segura como el infierno, sí, lo es.

—En algún punto —dijo—, por una u otra razón, volví a casa. —Estaba contemplando el borgoña. No había tocado la segunda copa—. Dios mío, Dave, estoy asustado. Nunca me he considerado un cobarde, pero tengo miedo de enfrentarme a esto.

No era un buen momento para decir nada, así que me limité a permanecer sentado.

—Es saber cómo ocurrirá —dijo— lo que me desgarró el corazón.

Me puse en pie y miré a la tormenta.

—Quédate aquí —dije.

Agitó la cabeza.

—Simplemente no creo que la decisión esté en mis manos. Pero, mientras tanto, no hay prisa. ¿Correcto?

—Para mí tiene sentido.

—Tengo algunos lugares a los que ir. Gente con la que hablar. Luego, cuando haya hecho todo lo que necesito hacer, pensaré en todo esto.

—Muy bien.

Alzó la copa, la vació, se secó los labios, y volvió a reclinarsse en el sofá.

—Hoy tuve miedo ahí fuera, Dave. Los vi echar flores sobre mi ataúd. Deberías probar eso alguna vez. —Entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas—. Déjame preguntarte algo —murmuró—. ¿Están seguros de que era yo?

—Tengo entendido que el cuerpo estaba carbonizado más allá de todo posible reconocimiento —dije.

—Eso es algo en lo que pensar. Podría haber sido cualquiera. Y aunque *fuera* yo, se trata de una típica situación de Schrödinger. Mientras nadie lo sepa seguro, puede que no importe.

—La policía probablemente lo sabe. Supongo que comprobaron tus archivos dentales.

Sus cejas se unieron.

—Sí, supongo que hacen estas cosas automáticamente. De todos modos, hazme

un favor, asegúrate de que hicieron una identificación adecuada. —Se puso en pie, vagó un poco por la habitación, tocando cosas, los libros, el busto de Churchill, el PC. Se detuvo delante de la foto del Beach Club—. Sigo pensando en cuánto significa estar vivo. ¿Sabes, Dave?, hoy vi gente ahí fuera que no había visto en años.

La habitación se quedó muy silenciosa.

Jugueteó con su copa. Era una copa cara, tallada; contempló sus facetas.

—¿Cuándo es la lectura del testamento?

—No lo sé —dije—. Puede que ya la hayan hecho.

—Siento la tentación de ir.

—¿Adonde?

—A la lectura. —Consiguió esbozar una tensa y apenada sonrisa—. Podría llevar una barba negra y revelar mi identidad en el momento apropiado.

—No puedes hacer eso —dije, horrorizado.

Se echó a reír.

—Lo sé. Pero por Dios que me encantaría. —Se agitó, como si acabara de despertarse—. La verdad, supongo, es que sé cómo voy a morir. Pero eso no tiene por qué ocurrir hasta que esté preparado para ello. Mientras tanto, tengo lugares adonde ir. —Su expresión era algo entre el entusiasmo y el nerviosismo—. ¿Correcto?

—Correcto —dije.

Miró más allá de mí, a través de la ventana.

—Creo que necesitarías decírselo —apunté suavemente.

Su expresión se ensombreció.

—Lo sé. —Sus palabras salieron arrastrándose—. Hablaré con ella. Cuando sea el momento.

—Ve con cuidado —dije—. Helen no esperará verte.

3

Viernes, 25 de noviembre

Media mañana

La cuestión crítica era si habíamos enterrado realmente a Adrian Shelborne, o si

había alguna posibilidad de identidad equivocada. Hablamos durante toda la noche. Pero ninguno de los dos sabía nada acerca de los procedimientos de la policía en estos asuntos, de modo que dije que lo examinaría.

Empecé con Jerry Shelborne, que difícilmente podría ser más distinto que su hermano. Había un ligero parecido físico entre los dos, aunque Jerry había dejado que las grasas se le acumularan un poco demasiado. Formaba parte, como socio, de una firma de abogados. A sus ojos, Shel se había paseado por la vida sin rumbo fijo, ocupándose de temas que no tenían ninguna realidad en el mundo cotidiano en el que vivía la gente normal. Ni siquiera el repentino enriquecimiento de su hermano había hecho cambiar su opinión.

—No debería hablar mal de los muertos —me dijo aquella mañana—. Era un hombre decente, tenía mucho talento, pero nunca hizo que su vida contara para nada. —Jerry estaba sentado detrás de un escritorio de teca pulida, con una planta de caucho en una gran maceta a su lado que se inclinaba hacia la ventana llena de sol. El mobiliario era oscuro, abundaba la piel, y todo estaba impecablemente limpio. Las paredes exhibían montones de placas, distinciones de agrupaciones civiles, premios de importantes compañías, varios tipos de licencias y testamentos. Las fotos de sus dos hijos ocupaban un lugar prominente en su escritorio, un muchacho con un uniforme de la Liga Junior, una niña dándole un beso a un caballo. Su esposa, que lo había abandonado dos años antes, no estaba.

—Creo que se las arreglaba bastante bien.

—No me refiero al dinero —señaló. (Yo no había pensado en el dinero)—. Pero tengo la impresión de que un hombre tiene la obligación de vivir en su comunidad. Contribuir a ella. —Se echó hacia atrás expansivamente y metió unos dedos satisfechos en un bolsillo de su chaqueta—. «De quien mucho ha recibido —dijo—, mucho hay que esperar».

—Supongo que sí —admití—. De todos modos, deseaba expresarle mis simpatías.

—Gracias. —Jerry se levantó e indicó que la entrevista había terminado.

Nos dirigimos lentamente hacia la puerta panelada.

—¿Sabe? —dije—, esta experiencia tiene para mí algo como un *déjà vu*.

Me miró con los ojos entrecerrados. Yo no le gustaba, y no se molestaba en ocultarlo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Había un profesor de idiomas en Princeton, donde obtuve mi doctorado. A él le ocurrió lo mismo. Vivía solo, y una noche hubo un escape en una tubería de gas y voló toda la casa. Lo enterraron, y luego descubrieron que no era él. Se había ido inesperadamente de vacaciones a Vermont, y dejó su casa a un amigo. No lo descubrieron hasta varios días después del funeral.

Jerry agitó la cabeza, divertido ante la colosal estupidez que andaba suelta por el mundo.

—Desgraciadamente —dijo—, hay muy pocas posibilidades de eso en este caso. Me dijeron que los archivos dentales habían confirmado la identidad.

Probablemente no hubiera debido intentar ver cómo le iba a Helen, porque mis propias emociones todavía seguían hirviendo. Pero la llamé desde un drugstore y ella dijo que sí, que le gustaría verme, y sugirió que almorzáramos juntos. Nos reunimos en el Applebee, en las galerías comerciales de Garden Square.

Parecía agotada. Tenía los ojos enrojecidos, y mostraba una cierta tendencia a perder el hilo de la conversación. Por todo lo que sabía, ella y Shel no habían establecido nunca ningún compromiso formal. Pero ciertamente ella había creído que tenían un futuro juntos. Lo había dado por sentado. Aunque Shel se mostraba siempre evasivo. Y había habido ocasiones en las que, desanimada ante la idea de conseguir tan poco del tiempo de Shel, se había abierto a mí.

No sé si alguna otra cosa en mi vida ha sido tan dolorosa como sentarme con ella, escucharla describirme su frustración, observar la lágrima ocasional deslizarse por su mejilla. Helen confiaba en mí, de una manera absoluta.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —dije—. ¿Y tú?

La charla estuvo llena de pesares, cosas no dichas, acciones no realizadas. Surgió el tema de las sospechas de la policía, y hallamos difícil suscribir la teoría del ladrón.

—¿Qué tipo de intruso —pregunté— mata a un hombre dormido y luego prende fuego a su casa?

Helen estaba más emotiva y vulnerable aquel día que ningún otro que la hubiera visto. Irónicamente, según todas las leyes de la naturaleza, Shel estaba muerto. ¿Debía seguir manteniendo la distancia? Y la verdad era que Shel no se preocupaba lo suficiente para aliviar su sufrimiento. Me pregunté cómo reaccionaría Helen si supiera que en aquel momento Shel estaba probablemente en mi cocina, preparándose un bocadillo de varios pisos.

Sentí deseos de decírselo. Existía la posibilidad de que, cuando ella lo *supiera*, se volviera contra *mí*. También deseaba mantener a Shel muerto. Resultaba difícil admitírmelo a mí mismo, pero era cierto. No había nada que deseara más que abrir un camino hacia Helen Suchenko. Pero cuando la observé morder y engullir su dolor, cuando brotaron las lágrimas, cuando se disculpó con voz temblorosa y se apresuró a los servicios de señoras, no pude resistirlo más.

—Helen —dije—, ¿estás libre esta tarde?

Suspiró.

—Quería ir a la consulta hoy, pero la gente se pone nerviosa en presencia de

médicos llorosos. Sí, estoy más o menos libre. Pero no estoy de humor para ir a ninguna parte.

—¿Puedo persuadirte de que vengas a mi casa?

Parecía desesperadamente frágil.

—Creo que no es buena idea, Dave —dijo—. Necesito un poco de tiempo para mí misma.

Un largo silencio cayó entre nosotros.

—Por favor —dije—. Es importante.

La nevada arreciaba. La observé a través del parabrisas mientras densas nubes grises avanzaban hacia nosotros. Los coches que venían en dirección contraria tenían los faros encendidos.

Helen me siguió en su pequeño Ford azul. La observé por el espejo retrovisor, mientras repasaba mentalmente posibles escenarios de cómo manejar aquello. Decírselo primero, decidí al fin. Dejar fuera el asunto del viaje por el tiempo. Utilizar la historia que le había contado a Jerry como ejemplo de cómo pueden producirse falsas interpretaciones. *No está muerto, Helen*. No me creería, por supuesto. Pero entonces sería cuando iría a buscarlo y lo traería a la habitación. Mejor no decírselo a él. Dios sabía cómo podía reaccionar. Pero reúnelos, preséntale a Shel un *fait accompli*, y habrás cumplido con tu deber de autosacrificio, Dave. Estúpido bastardo.

Me abrí paso por la nieve que cubría el camino hasta mi casa, abrí el garaje y metí el coche. Helen se detuvo a mi lado y la puerta se cerró.

—Me alegra estar fuera de eso —dijo, con una valiente sonrisa que implicaba que había decidido que necesitábamos algo nuevo de lo que hablar.

El garaje comunicaba directamente con la cocina. Me detuve antes de cruzar la puerta y escuché. No se oían sonidos al otro lado.

—Helen —dije—, tengo algo que decirte.

Apretó el abrigo alrededor de su cuerpo. Su respiración formaba una pequeña bruma ante su rostro.

—Espero que no vamos a volver ahí fuera, ¿eh?

—No —dije, como si la idea fuera absurda, y abrí la puerta. La cocina estaba vacía. No se oían sonidos en ninguna parte de la casa—. Es sobre Shel —dije.

Ella pasó por mi lado y encendió las luces de la cocina.

—Lo sé —dijo—. ¿Qué otra cosa podía ser?

Había un sobre blanco encima de la mesa, con mi nombre en él, escrito con su precisa letra. Lo cogí rápidamente, y ella me miró con curiosidad.

—¿Qué es? —preguntó.

—Sólo una lista de cosas que he de hacer. —Me lo metí en el bolsillo—. ¿Un poco de café?

—Por supuesto. Suena bien.

—Estará en un instante —dije, y puse un pote con agua al fuego.

—¿Siempre haces esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Escribirte notas a ti mismo.

—Es mi lista de cosas que debo hacer. Es lo primero que hago cada mañana.

Ella bajó dos tazas y yo me disculpé un momento, salí y abrí el sobre.

Querido Dave:

No sé cómo escribirte esto. Pero tengo que pensar en lo que ha ocurrido y decidir qué debo hacer. No quiero apretar el gatillo de la pistola si no es necesario. Ya comprendes.

Sé que esto no ha sido fácil para ti. Pero me alegra que estuvieras aquí. Gracias.

Shel.

P.S. He dejado la mayor parte de mis bienes a la Fundación Contra la Leucemia. Eso generará media docena de demandas de mis familiares. Pero si alguno de esos buitres muestra signos de ganar, volveré para ocuparme personalmente de ellos.

La leí media docena de veces. Luego hice una pelota con ella, la tiré, y volví a la cocina.

Helen contemplaba por la ventana la nieve que caía. Normalmente los alrededores de mi casa estaban llenos de grajos y ardillas. Pero ahora todos estaban escondidos.

—Es encantador —dijo ella inesperadamente. Y luego añadió—. ¿Cuál es la sorpresa?

Sorprendido, intenté reír para ganar tiempo.

—Tonto de mí —dije—. Salí a buscarla y he vuelto sin ella. —Pasamos a la sala de estar, donde ella se sentó en el sofá. Me apresuré escaleras arriba en busca de una idea.

Creo haber mencionado que el guardarropa era también un pequeño museo. Había objetos de un valor inestimable, pero sólo si conocías su origen. Teníamos pergaminos de la biblioteca de Alejandría, un sextante diseñado y construido por Leonardo, un brazalete de plata que perteneció una vez a la Calpurnia del César, un folio autografiado de *Hamlet*, un reloj de bolsillo que había llevado León Tolstoi mientras escribía *Guerra y paz*. Había fotos de Martín Lutero y Albert Schweitzer y Atila el Huno y Carlos XII de Suecia. Todo más o menos valioso o carente de valor.

No podía soportar el darle el brazalete de Calpurnia a alguien que no comprendería su auténtico valor. En vez de ello me decidí por un medallón de oro que le había comprado a un mercader en Tebas durante el siglo I de nuestra era. Tenía

como una serpiente hermosamente enroscada. El sacerdote de Apolo que iba conmigo insistió en que había adquirido un objeto robado. En su tiempo, me dijo, había pertenecido a Esculapio, el divino doctor, que había sido tan bueno curando a los enfermos. Respaldó sus palabras intentando comprármelo, ofreciendo seis veces lo que yo había pagado por él.

Lo llevé abajo y se lo di a Helen, diciéndole que Shel había querido que me asegurara de que lo recibía en el caso de que a él le ocurriera algo. Me miró con ojos radiantes y le dio vueltas y más vueltas entre sus manos, incapaz de absorberlo en su totalidad.

—Es exquisito —dijo. Y las lágrimas brotaron de nuevo.

Si aquella cosa hubiera poseído realmente poderes curativos, habría podido utilizarla en aquel mismo momento.

La nieve llenaba el mundo. La hilera de robles que bordeaba el acceso a la casa parecía como si hubiera desaparecido. Lo mismo que el muro de piedra a lo largo de Carmichael Drive, y los setos en el lado oeste de la propiedad. Gradualmente, una densa cortina blanca cubría el centro del prado.

—Creo que vamos a tener más de un palmo antes de que termine esto —le dije a Helen.

Permanecía de pie junto a las cortinas, disfrutando de una copa de chablis. Yo había encendido el fuego, que ardía y crepitaba confortablemente. Añadimos Mozart, y esperé que la tormenta continuara.

—Yo también lo creo así —dijo. Un par de faros cruzó a paso de tortuga al otro lado del muro de piedra—. Lo siento por los que estén ahí fuera.

Me detuve de pie a su lado, y hablamos de intrascendencias. Se había recuperado, y empecé a darme cuenta de que era su proximidad a mí, con todo el bagaje que yo traía a cualquier reunión, lo que había desencadenado la exhibición emocional de antes. No me sentía feliz de que Shel estuviera todavía en circulación. Pero, durante aquella tarde, llegué a darme cuenta de que no significaba ninguna diferencia, si bien no en la forma en que yo hubiera esperado. Aunque Shel estuviera a buen recaudo en su tumba, todavía constituía la encarnación de demasiados recuerdos. Lo más decente que podía hacer era desaparecer de la vida de Helen, del mismo modo que estaban desapareciendo ahora Carmichael Drive y los terrenos de ahí fuera. Pero sabía que yo jamás podría hacerlo.

Helen habló de aprovechar alguna pausa en la nevada para poder volver a su casa. Pero tuve suerte y la pausa no se produjo. La nieve seguía acumulándose, y permanecimos cerca del fuego. Al fin estaba a solas con Helen Suchenko, y quizá fueron las horas más dolorosas de mi vida. Sin embargo no me las hubiera perdido por nada del mundo, y las he revisado incontables veces desde entonces, saboreando

hasta el último momento. Hasta la última palabra. *Lo siento por los que estén ahí fuera.* Yo estaba ahí fuera, y creía que nunca conseguiría hallar abrigo.

Miramos los informes en el Canal Meteorológico. Era un sistema pesado, que descendía desde Canadá, frentes de bajas presiones y de altas presiones que colisionaban, se predecían veinte centímetros, lo cual, encima de la tormenta de ayer, hacía esperar que se cerrara toda la costa, desde Boston hasta Baltimore.

Hablamos mucho sobre Shel aquel día. Periódicamente, ella agitaba la cabeza como si recordara algo y luego lo desechara. Y desviaba la conversación hacia otro tema, una película que había visto, el último escándalo político, un avance médico que prometía un gran paso adelante sobre, esto o aquello. Había un par de pacientes por los que estaba muy preocupada, y unos cuantos hipocondríacos cuyas vidas parecían estar centradas en sus enfermedades imaginarias. Le dije cuánto echaba yo en falta la docencia, lo cual no era enteramente cierto, pero es el tipo de cosa que la gente espera que digas. Lo que realmente echaba en falta era una sensación de finalidad, una razón para existir. Lo tenía todo en el piso de arriba, en notas que detallaban conversaciones con Rachmaninoff y Robert E. Lee y Oliver Cromwell y Aristóteles y H. G. Wells. Esas conversaciones podían llegar a formar el libro más condenadamente interesante que el mundo hubiera visto jamás, informes de boca de sus principales actores sobre su ingeniosidad, sus sueños, sus locuras. Pero nunca se escribiría.

Perdimos el cable a las cuatro, y con él el Canal Meteorológico.

La luz del cielo fue menguando gradualmente. Puse unos bistecs al fuego y Helen preparó una ensalada. Nuestro cronometraje fue perfecto porque la luz eléctrica falló justo cuando lo habíamos puesto todo sobre la mesa. Encendí un par de velas, y ella se sentó a su parpadeante luz y pareció feliz. Si las nubes no se habían disipado, al menos habían retrocedido durante aquellas pocas horas.

Después volvimos a la sala de estar. La música había quedado silenciada por el fallo de la corriente, de modo que nos sentamos a escuchar el fuego y el susurro de la nieve contra la casa. Yo alzaba ocasionalmente la vista hacia la puerta del guardarropa, medio esperando que se abriera en cualquier momento. Intenté planificar lo que haría si Shel aparecía de pronto en el descansillo. Me hallaba atrapado en el triángulo eterno y definitivo.

No ocurrió. Hablamos hasta la madrugada, hasta que ella se rindió y cayó dormida. La trasladé al sofá y subí en busca de unas mantas. La calefacción, por supuesto, no funcionaba, como nada de todo lo demás en aquella casa totalmente electrificada. El segundo piso ya se estaba enfriando, pero tenía leña en abundancia.

Me aposenté en un amplio sillón de brazos y me dejé derivar hacia el sueño. En algún momento, hacia las dos, desperté y permanecí atento durante un tiempo, escuchando el silencio. El fuego estaba bajo. Lo removí y eché otro tronco. Helen se

agitó pero no se despertó.

La tormenta debía de haber pasado. Normalmente, incluso durante las primeras horas de la mañana, hay sonidos: un coche que pasa, el viento entre los árboles, un perro que ladra en alguna parte. Pero en aquel momento el mundo estaba totalmente silencioso.

También estaba totalmente oscuro. Ninguna estrella. Ninguna luz de ningún tipo.

Apunté con una linterna hacia la ventana. La noche se había cerrado a nuestro alrededor, había envuelto la casa tan apretadamente que el haz de luz sólo parecía penetrar unos pocos palmos. Noté que una serie de interruptores se ponían alertas en mi interior. Parecía como un efecto surgido de una película de Drácula.

Tomé el teléfono para llamar al servicio meteorológico de 24 horas. Pero no funcionaba.

—¿Qué ocurre, Dave? —La voz de Helen era suave en la oscuridad.

—¿Estás despierta? —pregunté.

—Más o menos.

—Ven a echar una mirada por la ventana.

Avanzó a mi lado. Y contuvo la respiración.

—¿De dónde ha salido esto?

—No lo sé.

Salimos. Era la niebla más densa y más oscura que jamás hubiera visto. No dormimos bien el resto de la noche.

Hacia las seis, Helen hizo tostadas en el fuego, y yo abrí una botella de zumo de frutas. Las luces seguían sin funcionar. Más ominoso aún, no había el menor signo de amanecer.

Me pregunté acerca de Ray White, mi vecino. Ray era un buen tipo, pero vivía solo en una gran casa, y lo imaginé allí envuelto en aquella maldita nube negra, sin energía y quizá sin comida. No era joven, y pensé que sería una buena idea ir a ver cómo estaba.

—Iré contigo —dijo Helen.

Mi primera reacción fue decirle que no fuera tonta, pero nunca le digo esas cosas. De modo que tomé una linterna extra y salimos por las puertas correderas. Cerré por fuera, y tanteamos nuestro camino hasta encontrar el sendero que conduce hasta la puerta delantera. Las linternas no eran de mucha ayuda. Hay un roble de unos cien años en mitad del camino entre la casa y el muro de piedra. Está a tan sólo unos tres metros del sendero, pero no podíamos verlo. Oí algo que se agitaba en sus ramas.

Alcanzamos la puerta delantera. La abrí y salimos a la acera.

—La entrada de la casa de Ray está al otro lado de la calle, unos veinte metros más abajo —dije—. No te apartes de mí.

Bajamos el bordillo. Su mano apretó la mía.

—Ve con cuidado —dijo—. Es posible que haya alguien ahí fuera intentando conducir.

Carmichael es una calle con dos carriles de circulación. Está asfaltada, bordeada por una sola hilera de ladrillos a cada lado, pegada al bordillo. Teníamos intención de cruzarla en línea recta, y advertí a Helen sobre el bordillo del otro lado, con el que, bajo aquellas condiciones, era fácil tropezar.

Pero seguimos andando y el bordillo no llegaba. Ni el bordillo ni la acera. Al cabo de un tiempo estaba adelantando con cuidado el pie a cada paso, intentando determinar qué había allá delante. Y luego me arrodillé y mantuve la linterna cerca de la superficie de la calle.

—Es roca —dije, mirando al suelo. ¿Desde cuándo había roca al otro lado de Carmichael Drive? Una zona de hierba, sí, y una acera estrecha. Pero no roca.

Algo en mi voz asustó a Helen. Yo tampoco las tenía todas conmigo.

—¿Estás seguro de que sabes dónde estamos?

—Sí —dije—. Por supuesto.

La roca era negra. Casi parecía mármol.

—¿De qué lado hemos venido? —preguntó.

Aquél fue un mal momento. Permanecimos de pie ahí fuera en la calle, sobre la acera, donde fuese, y yo di una vuelta en redondo y descubrí que no tenía ni idea.

—No te muevas —dijo. Intenté impedir que se alejara, pero ella se limitó a repetir sus palabras.

—Háblame —dijo al cabo de un minuto.

—Me gustaría que no nos hubiéramos perdido.

—Esto está bien. Sigue hablando. —Su voz me llegaba desde la derecha, quizás a diez metros. Empecé a decir cosas, y ella dijo muy bien, no pares. Pero no te muevas. Estaba dando una vuelta a mi alrededor. Finalmente, a mi espalda, dijo—: Bien, ya lo tengo. Ven por aquí.

Por todo lo que podía decir, el asfalto terminaba cerca del lado de White de Carmichael Drive. Allá simplemente parecía convertirse en roca. No había ninguna línea divisoria clara, sino más bien una simple transformación, gradual e irregular, de una materia a la otra.

Intenté llamar a White. Pero nadie respondió.

—¿Estás seguro de que salimos por el lado correcto? —preguntó Helen.

Durante el verano de 1496, Miguel Ángel tenía veintiún años, acababa de llegar a Roma y estaba buscando trabajo. Ya era un genio extraordinario, pero nadie lo sabía aún. Shel no había mantenido secreta su intención de ir hasta allí y pedirle un encargo al joven.

—Hacerle un pequeño favor —había dicho, magnánimamente—. No trastornaré nada, y tendremos un hermoso souvenir.

Nunca había llegado a hacerlo. Y eso significaba que yo tenía un probable lugar donde buscarle.

Era la Roma de Alejandro VI, un hombre que no toleraba ni la herejía ni la oposición. Eran tiempos difíciles para la Auténtica Fe, unas pocas décadas después de la caída de Constantinopla, cuando Europa había dado refugio a ejércitos de eruditos de esa castigada tierra. Los eruditos habían pagado su deuda desencadenando el Renacimiento. Era una Roma polvorienta, en absoluto imponente, aún medieval, aún pasiva tanto por los estándares modernos como por los imperiales. Sucias y deprimentes casas flanqueaban las estrechas y tortuosas calles, dando la impresión de que se hundían en los cascotes y las ruinas de los tiempos clásicos. Había iglesias y palacios por todas partes. Otros más se estaban construyendo. La Fortaleza de Sant Angelo, que contenía la tumba de Adriano, dominaba las orillas del Tíber. El acceso occidental a la ciudad estaba protegido por la vieja Basílica de San Pedro, la predecesora de la moderna estructura.

Encontré a Miguel Ángel con la ayuda del cardenal Riario, que es recordado por la historia por el temprano apoyo al joven escultor, y por sus esporádicas tendencias homicidas.

Vivía en unos aposentos modestos no lejos del Tíber. El casero me orientó hacia un basurero, donde lo encontré sentado en la cima de una colina baja al borde de la zona, contemplando los montones de basura y cascotes que se extendían en todas direcciones en una longitud de al menos un par de manzanas de la ciudad.

Miguel Ángel era un joven de aspecto ordinario, de rasgos limpios y agradables y unos hermosos ojos oscuros. Estaba tan absorto en la escena que le rodeaba que no me oyó acercarme.

—Hola —dije con aire casual, mientras seguía su mirada—. Es una perspectiva más bien desalentadora.

Alzó la vista, sorprendido.

—Hola, padre —dijo, de una forma que sugería que estaba muy preocupado y que esperaba que yo siguiera mi camino. (Yo iba vestido con ropas sacerdotales)—. Sí, lo

es —añadió.

Contemplamos en silencio los humeantes montículos. Algunos pájaros carroñeros trazaban círculos sobre nuestras cabezas.

—¿Veis esto? —dijo al fin, mientras señalaba una columna rota que se alzaba entre los escombros—. En sus tiempos fue el Foro.

Asentí. Dos hombres cargados con un carretón lleno de basura pasaron por nuestro lado, avanzaron otros veinte metros a lo largo de la cresta de la colina, se detuvieron, y volcaron el vehículo para dejar que su contenido se deslizara hasta el basurero. Un marco rojo cayó por un lado. El más joven de los dos lo recogió y lo lanzó lejos por el apestoso aire. Dieron la vuelta e iniciaron el camino de regreso.

—Decidme —indiqué—, ¿sois vos Michelangelo Buonarroti? ¿El escultor?
Su semblante se iluminó, evidentemente complacido.

—Ese soy, padre. ¿Por qué sonreís?

—He oído decir que tenéis talento —respondí. Tengo tendencia a mostrarme efusivo cuando conozco a gente así. Pero mostrarse efusivo puede crear problemas. Uno necesita ser discreto—. Estoy buscando a un amigo. Me dijo que iba a venir aquí para que vos le hicierais una estatua.

Miguel Ángel se puso en pie.

—Todavía no me he establecido en el negocio —dijo—. Pero me alegra oír que mi reputación está creciendo. Vuestro amigo, ¿también es sacerdote?

No estaba seguro de cómo podía haberse presentado Shel.

—Lo es —dije—, pero a menudo viste con ropas seculares. Trabaja entre los pobres.

Frunció el ceño, y pareció como si acabara de hacer la conexión.

—¿Vuestro nombre es David?

Aquello me sorprendió.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Me dieron un mensaje para él. ¿Sois vos?

—Sí —dije.

Me estudió cuidadosamente.

—¿Y cuál es el nombre de vuestro amigo?

—Adrian —dije.

—*Padre Adrian.*

—Sí, correcto. *Padre Adrian.* ¿Puedo preguntaros cuál es el mensaje?

—Está en la casa. Vino por correo hace dos días. ¿Os importaría venir conmigo?

—En absoluto —dije.

Era una tarde cálida y tranquila. El sol estaba alto y muy brillante, y el cielo lleno con masas de blancas nubes.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Roma? —pregunté.

Ahora fue su turno de mostrarse sorprendido.

—Sólo unas semanas —dijo—. ¿Cómo supisteis que había llegado?

—Sois más conocido de lo que os dais cuenta, joven. ¿En qué estáis trabajando ahora?

—La verdad, me temo, es que no en mucha cosa. Sólo el cardenal Riario me manda encargos. Estoy muy en deuda con él.

Lo mismo que todos nosotros.

—¿No habéis recibido un encargo del padre Adrian?

—Sí —dijo—. Pero todavía no lo he empezado.

Pero había dicho que no estaba ocupado. Debí fruncir el ceño.

—Me pidió que le hiciera un Hermes. En su papel de sanador. Pero todavía no he conseguido decidir qué forma deberá tomar el trabajo.

Utilicé una pequeña Minolta para tomar un par de fotos de él, de la forma más discreta posible. Pero vio la cámara y preguntó qué era.

—Una reliquia —respondí.

Regresó a su casa, que era una de un grupo de estructuras inclasificables apiladas alrededor de un lodoso patio. Estaba a media ladera de una colina, justo lo suficientemente alta para tener un atisbo del Tíber, que tenía un aspecto amarronado. Los niños jugaban ruidosamente en el patio, y vi que Miguel Ángel se había instalado un taller en la parte de atrás de la casa. Era poco más que un cobertizo para resguardarse de la lluvia. Mientras iba a buscar el mensaje, metí la cabeza. El interior era húmedo y olía a piedra mojada. Había colocado tablas para formar mesas y bancos y estantes. Sobre un par de tablones en el suelo había un trozo pequeño de mármol de Carrara del que apenas emergía la cabeza de un niño. Podía ser, pensé, el *Cupido dormido*, perdido desde hacía mucho tiempo.

Tomé más fotos. Los niños corrían sueltos a mi alrededor, gritando y chillando, y me pregunté cómo era posible que un genio pudiera trabajar en medio de tanto alboroto. Miguel Ángel subió otro peldaño en mi estimación.

—Aquí está, padre —dijo apenas volver a mi lado, y me tendió un sobre ancho y amarillo con las palabras DAVID DRYDEN escritas en él—. No indica que seáis sacerdote —añadió—. Esto es lo que me confundió.

—Gracias, Michelangelo —dije—. Me ha complacido hablar con vos. —Le tendí la mano. La estreché, y fue uno de esos momentos eléctricos que te hacen gozar de ser un viajero del tiempo. Luego le di una moneda de oro y vi cómo sus ojos se abrían mucho—. Procurad terminar su encargo como os lo ha pedido —dije.

—Oh, lo haré, padre. Podéis estar seguro.

Me marché, y aguardé a estar fuera del vecindario para abrir el sobre. Decía:

DAVID, VEN INMEDIATAMENTE. ESTOY EN LA TORRE DE LOS BORGIA. ACUSADO DE HEREJÍA O ALGUNA OTRA MALDITA COSA. LOS GUARDIAS PUEDEN SER SOBORNADOS.

SHEL

Aquello no tenía buen aspecto. Meterse en problemas con la Iglesia de Roma en el siglo XVI era un asunto serio.

El Vaticano, incluso en aquel remoto período, era una maravilla arquitectónica. Los peregrinos llenaban sus patios y calles. Los edificios sagrados se arracimaban tras muros almenados y el Tíber, un campamento sagrado asediado por los poderes mundanos. Alcé la vista hacia el viejo San Pedro, donde el papa León III había coronado a Carlomagno; pasé el patio de San Dámaso, que aún albergaba torneos de justas; e hice una pausa junto a la Biblioteca para componerme. La Torre de los Borgia era una ominosa fortaleza que custodiaba el flanco oeste del palacio papal, paralela con su gemela de aspecto militar, la Capilla Sixtina. Los guardias patrullaban la entrada. Me dirigí a la puerta delantera, como si tuviera todo el derecho del mundo de estar allí. Un centinela avanzó a mi encuentro.

—¿Qué os trae por aquí, padre? —Llevaba un uniforme azul, y una daga y un hacha pequeña.

—Soy el confesor de Adrian Shelborne —dije—, que creo que es un visitante de este lugar.

El guardia apenas tendría diecinueve años.

—¿Ha enviado alguien a por vos, padre?

Su actitud implicaba muy claramente que si no tenía una invitación, no podía entrar. Y mi instinto me dijo que un soborno no tendría éxito. No con este muchacho. Era demasiado nuevo, y esto era la corte de Alejandro VI.

—Sí —dije—. El administrador me pidió que acudiera. —Intenté recordar algunos nombres influyentes en aquel Vaticano, pero mi mente se había quedado en blanco.

—Ah. —Asintió y sonrió—. Bien. Acompañadme, padre, por favor.

Entramos en la torre.

—Aguardad aquí —dijo, y desapareció por una puerta lateral. La antesala donde me hallaba estaba decorada con una pintura que parecía ser una escena del Juicio Final. Un dios que se parecía mucho a Júpiter se dirigía a su trono en un carruaje dorado, mientras los ángeles cantaban y los humanos se encogían con un estremecimiento o se alegraban, según sus conciencias. Estaba firmada por Domenico Ghirlandaio, y sentí deseos de marcharme con ella y volver más tarde a por Shel.

El centinela reapareció con un hombre más viejo, un sargento quizá, con el mismo uniforme azul.

—¿Tengo entendido que deseáis ver al cardenal Borgia? —preguntó.

—No —dije rápidamente. Aquel depravado monstruo era la última persona a la que deseaba ver—. No, quiero visitar a Adrian Shelborne. Para oírle en confesión.

—Ah. —El sargento asintió. Fue uno de esos asentimientos que no comprometían a nada y te hacían dudar de todo. Era delgado, y me miraba a través de unos ojos planos y fríos. Sus dientes estaban torcidos y rotos. Su nariz era ancha, y una larga cicatriz recorría su mejilla desde su oreja derecha hasta su labio, donde provocaba una especie de permanente sonrisa burlona. No era culpa suya, pensé, pero con toda seguridad el hombre no había conseguido sonreír ni una sola vez sin asustar a los niños—. Padre, seguramente os daréis cuenta de dónde estáis. *Aquí* no le serán negados nunca los sacramentos.

Apreté una moneda de oro contra su mano.

—Si pudierais ver vuestro camino claramente, *signare*.

La deslizó diestramente a su bolsillo sin cambiar de expresión.

—Debe de tener terribles pecados, padre, para necesitaros tanto.

—Sólo necesito verlo unos minutos —dije.

—Muy bien. —Se contempló a sí mismo y enderezó su uniforme—. Por aquí.

Penetramos profundamente en el edificio. Las paredes estaban alineadas con frescos y pinturas, imitaciones de figuras de la mitología tanto clásica como cristiana, retratos de los padres de la Iglesia y de filósofos. Me pregunté si alguno habría conseguido sobrevivir hasta mi tiempo.

Subimos cuatro tramos de escaleras y cruzamos estancias aún más adornadamente decoradas que las de los pisos inferiores. Mi escolta me depositó en una sala de espera con una exquisita estatua de San Miguel, con las alas extendidas y la espada desenfundada. No era un buen presagio, pensé. Aunque tenía poco que temer. Llevaba el Reloj, y un cable ascendía por mi brazo y descendía por mi costado conectándolo con la célula de energía. Tenía que suponer que Shel había perdido su unidad, o de otro modo no habría quedado varado aquí. Pero eso no importaba. La mía bastaría para sacarnos a ambos de allí. Todo lo que necesitaba era estar lo bastante cerca de él.

Unos momentos más tarde regresaba el hombre.

—Por aquí, padre, por favor —dijo, en un tono que sugería que iba a recibir una sorpresa. Abrió una puerta panelada y se echó a un lado.

Penetré en un estudio bien decorado, y me encontré frente a un hombre joven sentado detrás de un gran y adornado escritorio. Necesité varios segundos antes de darme cuenta de que tenía aproximadamente la edad de Miguel Ángel. Pero *este* joven llevaba el atuendo rojo de cardenal. Y eso me dijo quién era.

—Gracias, Giovanni —dijo el hombre a mi escolta. Oí cerrarse suavemente la puerta a mis espaldas. No estábamos solos en la habitación. Dos musculosos sacerdotes permanecían de pie a ambos lados del escritorio del cardenal. La pared tras él estaba dominada por una variante del sello papal. Varios libros, un caro lujo por aquel entonces, se amontonaban en una mesa a su izquierda. Uno de ellos, un

tratado sobre San Jerónimo, estaba abierto. Una luz grisácea penetraba a través de tres ventanas recubiertas por pesadas cortinas.

Era César Borgia. *No bebas su vino*. Incluido en el Colegio de Cardenales por su padre, el papa Alejandro VI. Dios mío, ¿en qué se había metido Shel?

Sonrió agradablemente, curvó su dedo índice y me hizo señas de que me acercara.

—Buenas tardes, padre...

—David Dryden, eminencia —dije.

Sus labios eran gruesos y sensuales. Los ojos oscuros e indiferentes, la nariz recta, la mandíbula fina. Lucía una constante sonrisa, en la que vi una curiosa mezcla de sensación de superioridad y crueldad y autodefensa. Sus modales eran los de un cínico de mediana edad. En alguien tan joven hedía a descomposición.

—Dryden. —Saboreó la palabra. Dejó que su lengua se enredara a su alrededor como si nos engullera a ella y a mí—. Vuestro acento es extraño. ¿De dónde sois?

—De Cornwall. —Era un lugar tan bueno como cualquier otro—. Sólo soy un pobre sacerdote rural —añadí.

—Entiendo. —Apoyó los codos en el escritorio y unió las puntas de los dedos. Sus manos eran largas y delgadas, y no habían visto recientemente el sol—. ¿Deseabais ver al padre Shelborne?

—Si es posible, eminencia. Soy su confesor.

Sus labios se entreabrieron y revelaron una hilera de rectos y blancos dientes.

—¿Y dónde recibisteis vuestras órdenes, padre?

—En San Miguel —respondí, insertando algo de orgullo en mi respuesta. La buena vieja *alma mater*.

—¿En Cornwall?

—Sí —dije, procurando que mi voz no vacilara. ¿Qué tipo de sacerdote no está seguro de dónde se halla su seminario?

—Hemos tenido otros visitantes de San Miguel recientemente —dijo—. Tengo entendido que tiene una vista magnífica sobre el Umber.

¿Qué demonios era el Umber?

—En realidad —dije—, son las onduladas colinas de Cornwall las que atraen la vista.

Meditó mi respuesta.

—¿Y cuál es vuestra opinión respecto a los valdenses?

Los valdenses eran hombres que habían renunciado a todo su dinero y viajaban por las carreteras del sur de Europa ayudando a los pobres. Con su ejemplo habían puesto en una situación embarazosa a los miembros más poderosos de la Iglesia, y en consecuencia habían sido etiquetados como herejes. Ponerse de su lado era peligroso.

—Son evidentemente espíritus libres —dije—. Eligieron su propio camino sin tener en cuenta los consejos de la Madre Iglesia.

—Eso está muy bien —dijo César Borgia, y su tono se hizo más afilado— para un sacerdote rural. Decidme, padre, ¿de dónde saca un sacerdote rural el oro necesario para sobornar a mis guardias?

—No intentaba ser un soborno, eminencia. Más bien pensaba, en la tradición de la Fe, compartir mis bienes. Recientemente tuve un golpe de buena fortuna.

—¿Qué tipo de buena fortuna?

—Una herencia. Mi padre murió y dejó este dinero...

César Borgia desechó mi historia con un gesto que era casi femenino.

—Entiendo.

Los dos sacerdotes musculosos se envararon.

—¿Quién os paga, Dryden? —preguntó—. ¿Los franceses?

—No me paga nadie, eminencia. No deseo el mal para nadie.

Miró a los sacerdotes. Una señal. Avanzaron y me sujetaron por los brazos, y efectuaron el equivalente a un cacheo. No fue gentil. Uno sólo me llegaba a los ojos, pero era tan ancho como una viga maestra. El otro era grande y atlético, aunque ya empezaba a ensancharse por la cintura (supuse, porque sus túnicas ocultaban los detalles). Pertenecía al tipo que, en nuestra era, estaría cada día en la cancha jugando a squash. El Viga Maestra encontró mi Reloj en apenas unos instantes y alzó mi brazo izquierdo con aire de triunfo, al tiempo que me subía la manga para que César pudiera verlo. Empezó a quitármelo, pero el cable que lo conectaba a la célula de energía no dejaba soltarlo. Hubo un breve forcejeo durante el cual estuve a punto de ser estrangulado. Finalmente conseguí ayudarlo a que me lo quitara sin desconectar la unidad. El sacerdote se lo tendió a César, que lo colocó sobre el escritorio. Tomaron mi oro y se lo dieron también. Luego retrocedieron.

César observó las monedas, y el Reloj, y la célula de energía. Llevó las dos piezas junto a la ventana, sin desconectar el cable, y las examinó con atención.

—Padre —dijo—, ¿qué es esta cosa?

Tuve la sensación de que la historia de la reliquia no iba a ser aceptada allí.

—Es un reloj —dije.

—¿Y cómo funciona? —Miró con los ojos entrecerrados al Reloj, cuya esfera estaba completamente en blanco, y así permanecería hasta que recibiera la orden adecuada.

—Está estropeado —dije—. Perteneció a mi padre, y lo conservo en su honor.

De nuevo la sonrisa. El hijoputa no creía ni una sola palabra. Y me di cuenta de que había olvidado un punto obvio. Se inclinó hacia su escritorio y abrió un cajón, del que extrajo la unidad de Shel. Las colocó una al lado de la otra.

—Parecen gemelos —dije.

—Es mi primo, eminencia —expliqué.

—Y ambos lleváis estas cosas en honor a vuestros queridos padres. —Me limité a

quedarme allí, atrapado—. Me siento emocionado. —Su sonrisa se hizo más amplia, luego desapareció de golpe—. David Cualseavuestro nombre, aclaremos un punto. A menos que seáis honesto conmigo, voy a tener que suponer que vos y vuestro amigo sois agentes de una potencia extranjera, y por lo tanto más allá de toda reclamación. Así que no tendré más elección que trataros como corresponde. —Rodeó el escritorio.

—¿Dónde está Adrian? —pregunté.

César me miró unos momentos, luego volvió los ojos hacia la puerta. Se abrió, y vi a Shel. Estaba sucio, magullado, cubierto de sangre. Colgaba flácido de los brazos de dos guardias. Uno de ellos era Giovanni, el hombre que me había escoltado.

Intenté dirigirme hacia él, pero los sacerdotes se interpusieron.

Los ojos de Shel se abrieron.

—No tienes buen aspecto —dije, todavía en italiano.

Intentó secarse la boca, pero los guardias sujetaban firmemente sus brazos.

—Hola, Dave —dijo—. ¿Por qué te has demorado tanto?

Me volví hacia César.

—¿Por qué lo habéis detenido, eminencia?

El cardenal alzó la vista a un crucifijo.

—Tenéis una considerable cantidad de valor, padre, para venir hasta aquí e interrogarme. Pero no importa. Sé que vuestro amigo es un hereje. Y probablemente también un espía y un asesino. Un asesino frustrado.

—Intenté conseguir una audiencia con Su Santidad —murmuró Shel.

—Eso fue una estupidez —le dije en inglés—. ¿Por qué? —El pontífice reinante, Alejandro VI, era el Papa Borgia, amante de las mujeres, estafador, asesino, padre de Lucrecia y de César Borgia, el hombre que tenía ahora ante mí—. ¿Para qué querías verle?

—En aquel momento me pareció una buena idea.

El sacerdote como una viga maestra clavó su puño en mi estómago, y me derrumbé de rodillas.

—Por favor, limitad vuestras observaciones a *mí* —dijo César—. Ahora quizá nos digáis por qué estáis aquí. Pero esta vez la verdad.

—Eminencia —dije—, sólo somos peregrinos.

Suspiró.

—Muy bien. —Hizo una seña a Giovanni, el guardia con los dientes rotos.

La ventana central se abría a un balcón circunscrito por un murito bajo. Arrastraron a Shel hasta allí y lo sacaron a él. Mientras observaba lo alzaron sobre el murito. Estábamos altos, y si lo lanzaban fuera era hombre muerto.

—Esperad —exclamé. Pero los hijoputas me sujetaban fuertemente.

Los guardias, que evidentemente habían hecho aquel tipo de cosa antes, lo

mantuvieron sujeto allí, mientras César observaba mi reacción.

—¿Tenéis algo que decir, padre Dryden?

—Sí —murmuré—. Tenéis razón, eminencia. Somos espías franceses.

Asintió.

—Bien —exclamó—. Ahora quizá me digáis quién os envió.

—Montecristo —afirmé.

—No me sorprende. —César sonrió con aquella sonrisa de superioridad característica suya—. ¿Con qué finalidad? ¿Para atentar contra la vida de Su Santidad?

—No. Por supuesto que no. Sólo esperábamos sembrar la discordia política.

Fuera en el balcón, todavía estaban preparados para dejar caer a Shel de cabeza.

—Creo que no os he oído correctamente. ¿Decís que estabais aquí para matar al Papa?

—Sí —admití, viendo que era la única respuesta que le satisfaría—. Para eso nos enviaron.

César hizo un gesto, y volvieron a entrar a Shel.

—Supongo que todo el mundo aquí ha oído su admisión —señaló.

Shel me miró con ojos furiosos.

—Maldita sea —dijo en inglés—. Ahora nos matarán.

César nos miró primero al uno, luego al otro.

—Lleváoslos —le dijo a Giovanni con tono casual—. Puede que más tarde deseemos hablar con ellos.

—Esperad —dijo Shel—. Quizá a vuestra eminencia no le importe permitirnos efectuar una contribución a la Iglesia.

—¿A cambio de mi intercesión en vuestro juicio? —Pareció interesado—. ¿Qué tenéis para ofrecer?

—Tengo acceso a una gran cantidad de oro —dijo Shel.

Yo observaba con curiosidad, convencido de que era imposible cualquier trato. Fuera lo que fuese lo que propusiera, simplemente se lo confiscarían, y terminaríamos de todos modos en las mazmorras.

—¿Y dónde está este oro?

—En estos momentos en ninguna parte... —Fue todo lo que pudo decir. César asintió ligeramente, un movimiento apenas perceptible de la cabeza y ojos, y Giovanni derribó a Shel de rodillas.

—Por favor, no malgastéis mi tiempo —dijo César.

—No siento ningún deseo de hacerlo, eminencia —jadeó Shel, sin intentar volver a ponerse en pie—. Vos me preguntasteis qué era el dispositivo que llevaba en mi muñeca. Es un *Transmutador*. —Pude oír claramente la T mayúscula.

César desvió su mirada hacia el escritorio.

—¿Y qué es un transmutador?

—Convierte el plomo en oro.

El cardenal me miró para ver cómo recibía yo la noticia. Intenté parecer disgustado, como si Shel acabara de revelar un importante secreto.

César tomó uno de los Relojes y lo examinó.

—Un dispositivo así haría mucho por impulsar la misión de la Iglesia.

—¿Deseáis que os muestre cómo funciona, eminencia? —Intentó levantarse, pero los guardias lo retuvieron en el suelo.

—Creo que no —dijo César—. Prefiero que lo haga vuestro amigo. —Me hizo un gesto para que me acercara. Tomé el Reloj.

César parecía divertido.

—Proceded —dijo, y me tendió un pisapapeles de plomo—. Devolvedme oro. — Su tono sugería que su interés se había visto espoleado, y que cualquier decepción sería muy mal recibida.

El pisapapeles de plomo tenía forma de disco, con una imagen de San Gabriel apareciéndose a la Virgen. Gradué el Reloj para que me llevara un minuto corriente abajo. Luego sonreí a César para asegurarme de que tenía toda su atención, y pulsé el mando.

La habitación y sus ocupantes se inmovilizaron. Se volvieron transparentes y desaparecieron. Luego reaparecieron, en posiciones ligeramente distintas. El rostro de César estaba crispado por la impresión; los guardias habían soltado a Shel y se lanzaban hacia la puerta, uno de ellos en el acto de santiguarse; los dos sacerdotes, con los ojos muy abiertos, habían retrocedido de donde yo estaba de pie. Shel intentaba levantarse. Empecé a reajustar el aparato tan pronto como pude.

Las figuras inmovilizadas cobraron vida, me vieron reaparecer y se sumieron en el pánico. Uno de los sacerdotes me lanzó un crucifijo al rostro. Me eché a reír y le di un empujón. Shel cayó de nuevo.

Me volví hacia César.

—Abusáis de vuestro poder, eminencia —le dije. Recogí nuestras monedas y la otra unidad y me dirigí hacia Shel. Los hombres de César se apresuraron a apartarse de mi camino—. ¿Estás bien? —pregunté a Shel.

—Sí —dijo, con una sonrisa—. Casi ha valido la pena.

Sonreí agradablemente a César, cuya pálida expresión contrastaba fuertemente con sus ropas rojas.

—Os veré en el infierno, Borgia.

Shel se sujetó el Reloj a su muñeca, mantuvo la célula de energía en su mano, y graduó los mandos.

—Acabo de recordar —dijo— que no he conseguido mi estatua.

—Olvida la estatua. Te necesitamos de vuelta en casa.

Uno de los guardias había recobrado el valor, extraído el hacha, y avanzaba hacia nosotros. Shel pulsó el mando. Yo le seguí un momento más tarde. Pero, cuando me materialicé en el guardarropa, estaba solo.

5

Sábado, 26 de noviembre
Última hora de la mañana

El Reloj, a menos que se le den instrucciones de lo contrario, devuelve al viajero al momento y lugar exactos de la partida. Si Helen hubiera estado ante mí, ni siquiera se habría dado cuenta de que me había marchado. Pero se hubiera hecho preguntas sobre mis niveles de energía. Había vuelto agotado de caminar por Roma y por toda la adrenalina que había bombeado. Así que me volví a dormir.

Desperté en una habitación iluminada tan sólo por un fuego bajo.

—¿Estás bien? —preguntó Helen. Su voz era muy baja.

Miré el reloj en la repisa de la chimenea. Era casi mediodía.

Ella se acercó y se sentó a mi lado.

—Nunca había visto un tiempo como éste —dijo.

Es el acto irreparable que pudo no ocurrir lo que debemos evitar.

Me levanté, recogí más nieve y la fundí para obtener agua. (Tienes que fundir mucha nieve para conseguir un poco de agua). Fui al baño y, con la ayuda de una linterna, me lavé los dientes. Intenté que el cuarto de baño me envolviera, como una especie de escudo contra lo que estaba ocurriendo fuera de la casa. La ducha. El armarito de los medicamentos. Un par de pastillas de jabón. Todo era familiar, mi ancla a la realidad.

Cuando regresé abajo, Helen depositaba de nuevo el auricular del teléfono sobre su horquilla. Agitó la cabeza en una negativa. Seguía sin funcionar. Abrimos una lata de carne, añadimos unas verduras y lo cocinamos todo sobre el fuego. No importaba lo que ocurriera, no comamos ningún peligro personal. Era bueno saber eso, aunque no aliviaba mis temores.

Helen dijo que no tenía hambre, pero comió de todos modos. Yo también.

Necesitaba hacer otro esfuerzo para hablar con Shel. Estaba seguro de que todo se relacionaba con su funeral. Había una posibilidad de que nos estuviéramos acercando, o ya hubiéramos cruzado, alguna especie de Rubicón lógico. Si era así, teníamos que intentar enderezar las cosas. Pero ¿cómo pedirle a un hombre que se suicide?

Cuando terminamos de comer subí al guardarropa. Shel sería fácil de encontrar. Y había llegado el momento de ponerse serios.

Lo encontré de nuevo en las laderas de las Termopilas. Tenía buen aspecto. Bronceado. En forma. Casi como un hombre de vacaciones.

—Shel —dije—. Te necesitamos.

—Lo sé —respondió suavemente. Debajo nuestro, los tespianos examinaban el terreno donde iban a luchar. Fuera en la llanura, al norte del paso, podíamos ver el ejército persa. Se extendía hasta el horizonte—. *Volveré*.

—¿Cuándo?

Sus ojos adoptaron una expresión atormentada.

—Cuando esté preparado. Cuando sea *capaz*. No hay prisa, Dave. Los dos sabemos esto.

—No estoy tan seguro —respondí—. Algo va mal. Ni siquiera podemos *encontrar* el resto de Nueva Jersey.

—Estoy intentando vivir mi vida —dijo—. ¿Te das cuenta de cuánto tiempo ha transcurrido desde que presencié el funeral? Cuatro años, Dave. Cuatro años llevo viviendo con esto. Sé paciente conmigo. *Volveré* y haré lo que tengo que hacer.

—¿Cuándo?

—Tengo todo el tiempo del mundo. Relájate.

—Está bien, Shel. Ayúdame a relajarme. Si vas a ocuparte de todo, dime qué está causando las condiciones climáticas ahí atrás, en casa. Por qué no hay electricidad. Por qué no puedo encontrar el camino hasta el otro lado de la calle.

—Lo sé todo al respecto —dijo.

—¿Y...?

—Mira. Quizá no tenga nada que ver conmigo.

Los escuadrones helenos todavía se estaban preparando, con sus brillantes mallas polvorientas a causa del viaje hacia el norte.

—Lo dudo —dije.

Asintió.

—Yo también. Pero he prometido volver. ¿Qué más deseas?

—Quizá debieras hacerlo ahora.

Alzó la vista hacia un promontorio a unos treinta metros por encima de nuestras cabezas.

—¿Qué es el *ahora* para ti y para mí, Dave? ¿Qué significa esa palabra? —

Cuando no respondí, añadió—: ¿Estarías dispuesto a arrojarte desde esa roca de ahí arriba?

—Eso no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa —dije.

—¿Ni siquiera aunque yo te suplicara que lo hicieras? ¿Ni aunque todo el mundo dependiera de ello?

Le miré.

—¿Ni aunque no importara si lo hicieras hoy o mañana? ¿O al mes siguiente? ¿O dentro de cuarenta años?

—No *tenemos* cuarenta años.

—No te estoy pidiendo cuarenta de *tus* años. Te estoy pidiendo cuarenta de los *míos*. Lo haré, Dave. Dios me ayude, lo haré. Pero en mi momento. No en el tuyo.

Me aparté de él, y Shel debió de pensar que iba a marcharme.

—No lo hagas —dijo—. Dave, intenta comprenderlo. Me asusta todo esto.

—Lo sé —dije.

—Bien. Necesitaba que lo supieras.

Habíamos adoptado el disfraz de legisladores viajeros. Nos movíamos entre las tropas helénicas deseándoles buena suerte, asegurándoles que la Hélade jamás los olvidaría.

—Por cierto —le pregunté—, ¿cómo fuiste a parar a aquella mazmorra?

Frunció el ceño, como si no comprendiera. Y entonces me di cuenta de que era más joven aquí de lo que había sido en Roma. Para él, el incidente del Vaticano todavía no se había producido.

—¿Qué mazmorra?

—No importa —dije—. Pronto lo averiguarás.

—Bien —sonrió—. Me alegra saber que, cuando ocurra, tú estarás allí para rescatarme. —Su expresión cambió cuando se le ocurrió un pensamiento—. Me *rescataste*, ¿verdad?

—Sí —dije—. *Esa vez* lo hice.

La gente acostumbrada a las modernas precauciones de seguridad se sorprendería de lo fácil que resultaba acercarse a Leónidas. Aceptó nuestros deseos de buena suerte y observó que, considerando nuestro aspecto físico, ambos podríamos ser unos excelentes soldados si decidiéramos unirnos a ellos. De hecho, tanto Shel como yo éramos mucho más altos que él.

Tenía ojos negros y apenas treinta años recién cumplidos. Desbordaba tanta confianza como sus hombres. Ninguno mostraba la menor sensación de sentirse condenados.

Conocía el camino que rodeaba el paso por detrás, y ya había despachado tropas para cubrirlo. Los focenses, recordé. Que lanzarían el primer ataque.

Nos invitó a compartir su comida. Aquél era el tercer día del asedio, y todavía no

se había derramado sangre. Hablamos del sistema de Esparta de equilibrar a los dos reyes, el ejecutivo y el coronado. Y de si la democracia podía llegar realmente a funcionar a largo plazo. Él opinaba que no.

—Atenas no podrá mantener el rumbo —dijo—. No tienen disciplina, y sus filósofos los animan a ponerse a sí mismos por delante de su país. Los dioses nos ayuden si el veneno llega hasta nosotros. —Luego, ante un vaso de vino, nos preguntó de dónde éramos, tras explicar que no podía situar nuestro acento.

—De América —dije.

Sacudió la cabeza.

—Eso debe de estar muy al norte. O tiene que ser muy pequeño.

Los dos posamos con Leónidas, y tomamos fotos, tras explicar que era un ritual que nos permitiría compartir su valor. De las fogatas del campamento brotaban chispas, y los soldados hablaban del hogar y del futuro.

Más tarde, cambié a uno de los arqueros tespianos una moneda de oro por una flecha.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dijo Shel—. Puede que necesite la flecha antes de que esto haya terminado.

Yo opinaba lo contrario.

—Una flecha más o menos no significará ninguna diferencia. Cuando llegue el aplastamiento, los tespianos se negarán a abandonar a sus aliados espartanos. Ellos también morirán. Los mil quinientos.

Y la historia sólo recordará a los espartanos.

Los contemplamos ejercitarse y jugar ante la vista de sus enemigos persas. Shel se volvió hacia mí, y su rostro era frío y duro.

—¿Sabes, David? —dijo—. Eres un monstruo.

Dormí unas cuantas horas, y lo intenté de nuevo. Esta vez Corfú, a finales del verano de 1571.

El puerto estaba lleno de galeras y galeones, de bergantines y fragatas. Exhibían los colores venecianos, españoles y del Vaticano. Los soldados españoles e italianos realizaban maniobras y haraganeaban por las calles del puerto. Compañías de hombres sudorosos cargaban pertrechos y municiones en los barcos, los oficiales dirigían el tráfico, los correos se apresuraban de un lado para otro. Las tabernas estaban llenas de rumores, y todo el mundo sabía que el enfrentamiento de la Liga Cristiana con los turcos era inminente.

La mayoría de historiadores, de tener la oportunidad de visitar la escena, habrían intentado entrevistar a Don Juan de Austria, el brillante comandante en jefe, entonces con sólo veintiséis años. Pero Shel no era historiador y, aunque no se hubiera perdido un almuerzo con Donjuán, de presentársele la oportunidad, yo sabía dónde estaba su corazón.

Busqué primero el *Marquesa*, un galeón bajo el mando de Agustín Barbárido. Lo hallé con bastante facilidad, pese a la confusión general, y me dirigía a él por el muelle ¡cuando oí llamar mi nombre! Me volví, y vi a Shel de pie en la puerta de un pequeño café, agitando la mano hacia mí y sonriendo ampliamente. Cuando lo vi, mi corazón se hundió. *Este* Shel rondaba la cincuentena.

—Hola, Dave —dijo—, me alegra verte. Esperaba que aparecieras por aquí. — Me pasó una mano por los hombros y me condujo al interior, donde compartía una mesa con un joven marinero—. Miguel, déjame presentarte a un viejo amigo —dijo con su mejor castellano—. Éste es David Dryden.

El marinero me tendió la mano.

—David —dijo Shel, aunque no hubiera sido necesario completar la presentación, por supuesto—: Miguel de Cervantes Saavedra.

Deseé decirle cuánto me había gustado su *Don Quijote*. Un gran libro. Sancho Panza. El Caballero de la Triste Figura. Pero Shel se dio cuenta de ello, y de todos modos yo sabía que su carrera de escritor era algo que estaba aún muy en el futuro. Era frustrante, como cenar con un Conan Doyle de veinte años con el que no se podía hablar de Sherlock Holmes.

—Encantado de conocerle, señor Saavedra.

—Estábamos hablando de las posibilidades de una batalla —dijo Shel.

—No hay ninguna duda —afirmó Cervantes—. Se va a producir pronto. Dentro de menos de quince días, diría.

—¿Y ganaremos? —pregunté—. Los turcos parecen invencibles.

Asintió vigorosamente con la cabeza.

—Dios navega con nosotros —dijo—. No tengo la menor duda respecto al resultado. —Pinchó delicadamente el último trozo de pescado en su plato y se lo metió en la boca—. Vivimos tiempos dramáticos.

—Miguel es escritor —dijo Shel inocentemente.

Cervantes sonrió. Llevaba una barba rubia cuidadosamente recortada, pero pese a todo retenía un aspecto adolescente.

—Soy un soldado —corrigió suavemente— que escribe cuando se le presenta la oportunidad. —Vació su vaso de vino—. Me esperan en el barco —dijo—. Lo siento, pero tengo que irme. Gracias por la comida y la compañía. Os deseo buena suerte.

Depositó una moneda de cobre sobre la mesa, se levantó y se fue.

—Va a perder una mano ahí fuera —dije.

El rostro de Shel se ensombreció.

—Sé lo que vas a decirme, Dave. Pero él no va a meterse en la boca del cañón. Corre sus riesgos, como todo el mundo. Como yo, Dave. Estoy corriendo mis riesgos.

—No —dije—, estás corriendo riesgos con todos los demás. Quizá con el mundo.

—No seas estúpido. —Se puso en pie y depositó unas monedas sobre la mesa—.

Siento que nos veamos metidos en esto, David. Te echo en falta. —Se volvió y, sin pronunciar otra palabra, se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Me quedé sentado, observándole marcharse. Luego tomé la moneda que había dejado Cervantes, me la metí en el bolsillo y dejé una pieza de oro en su lugar.

6

Sábado, 26 de noviembre

Media mañana

—Esto no es sólo una niebla densa —dijo Helen—. Ahí fuera es *medianoche*. — Se llevó un grano de uva a los labios.

—Creo que sé lo que ocurre, aunque es muy difícil de explicar.

Estaba encantadora a la luz de la vela.

—Yo supongo que un volcán ha entrado en erupción en alguna parte —dijo—. Sé que suena a locura en el sur de Jersey, pero es en todo en lo que puedo pensar. — Estaba muy cerca de mí. Cálida y vulnerable y abierta de una forma que nunca había sabido que pudiera estar. Adelanté una mano y acaricié su pelo. Delicadamente. No se echó hacia atrás—. Me alegra haber estado aquí cuando ocurrió, Dave. Sea lo que sea lo que haya ocurrido.

—Yo también —dije.

—¿Cuál es tu teoría?

Inspiré profundamente.

—Te sonará a locura.

—La nevada es una locura.

—Shel y yo hemos estado viajando por el tiempo.

Alzó las cejas y abrió mucho los ojos. No estuve seguro de lo que pensaba.

—No me sorprende —dijo al cabo de un momento.

—Estoy hablando en serio. Diseñó una máquina del tiempo. Hace años. La llamamos Reloj. —Se la mostré—. Va conectada a una célula de energía, ésta. Di adonde quieres ir, y pulsa el mando.

La miró con curiosidad.

—¿Qué es realmente, Dave? ¿Un televisor de muñeca?

—Al diablo con esto —dije. Tengo que caminar para mantener controlado mi peso. Unos cinco kilómetros diarios. Otras personas dan vueltas a la manzana, o van a un parque. A mí me encanta Ambrose, Ohio, a principios de siglo. Es una pequeña y agradable ciudad con las calles flanqueadas por árboles y verjas de madera pintadas de blanco, donde los hombres llevan sombreros de paja y las mujeres cintas de colores brillantes. En la barbería, la charla se centra casi exclusivamente en el canal que se va a construir atravesando Panamá.

Atraje a Helen hacia mí, marqué las coordenadas de Ambrose, y le dije que se preparara.

—Al principio la sensación es un tanto extraña. Pero sólo dura unos segundos. Y yo estaré contigo.

La sala de estar quedó como congelada. Helen se envaró.

Las paredes y los muebles desaparecieron para dejar paso a un paisaje verde de amplios prados y casas de gablete y farolas de gas en las calles.

Cuando salimos de aquello se encaró conmigo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, y miró alocada a su alrededor.

—Acabamos de ir corriente arriba. Al pasado. Esto es 1905. El presidente es Teddy Roosevelt.

No dijo nada durante largo rato. Los pájaros cantaban y en la distancia podíamos oír el claro resonar de las campanas de la iglesia. Estábamos delante de unos almacenes. A casi una manzana de distancia había un apartadero del ferrocarril.

Dejé que el viento soplara sobre nosotros.

Helen se reclinó contra mí e intentó apartar de sí todo aquello.

—Todo está bien —dije—. Sólo cuesta un poco acostumbrarse a ello.

Estábamos a finales de septiembre. La gente quemaba hojas secas y charlaba desde sus verjas del patio de atrás.

—Quizá debiéramos quedarnos aquí —dijo—. Hasta que se solucione el otro problema.

—Me temo que nosotros somos los responsables del otro problema.

—¿Nosotros?

—Bueno, Shel y yo. —En alguna parte estaban cocinando col. Le conté lo de Shel, cómo había muerto pero todavía seguía vivo. Sus colores cambiaron y su respiración se hizo irregular. Cuando terminé, se limitó a sentarse y mirar fijamente al frente.

—Todavía está vivo —dijo al fin.

En cierto modo, siempre estará vivo.

—Sí —dije—. Todavía está por ahí fuera. —Le expliqué lo del funeral, y cómo había reaccionado.

Pude ver que luchaba por captar la idea y por controlar su furia.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No sabía cómo —dije torpemente.

—Puedes llevarnos de vuelta, ¿verdad?

—¿A casa? Sí.

—¿Y a algún otro sitio?

—A cualquier sitio. Bueno, el alcance tiene un límite, pero nada de lo que debas preocuparte.

Un par de chicos con guantes de béisbol pasaron apresuradamente por nuestro lado.

—Lo que estás diciendo —dijo Helen— es que Shel debe regresar y meterse en ese fuego. Y que, si no lo hace, la niebla negra no desaparecerá. ¿Correcto? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Eso es lo que *creo*. Sí, Helen, eso es lo que él tendría que hacer.

—Pero dijo que lo *haría*, ¿no? Y, según la loca lógica de este asunto, no importa cuándo.

—Pero hay algo que *va mal*. Creo que nunca volvió. Nunca *volverá*. Y pienso que ése es el problema.

—No entiendo nada de esto —dijo.

—Lo sé. —Contemplé a un hombre que tiraba de un carrito por el centro de la calle, vendiendo encurtidos y especias—. Yo tampoco acabo de entenderlo. Pero existe una continuidad. Como un sendero. El tiempo fluye a lo largo de ese sendero. —Apreté su mano—. Nosotros hemos roto un trozo de él.

—¿Y...?

—Creo que la locomotora fue a parar al río.

Intentó digerir aquello.

—Está bien —dijo—. Acepto lo de la máquina del tiempo. Dave, lo que le estás pidiendo no es en absoluto razonable. Yo tampoco volvería para dejar que me dieran un golpe en la cabeza y me arrojaran al fuego. ¿Acaso tú sí?

Me puse en pie.

—Helen, lo que tú o yo haríamos no tiene importancia en este caso. Sé que suena frío y cruel, pero creo que tenemos que hallar una forma de conseguir que Shel vaya allá donde le corresponde.

Ella se puso en pie y miró hacia el oeste, fuera de la ciudad. Los campos tenían una tonalidad amarronada, secos por el calor del verano.

—¿Sabes dónde hallarlo?

—Sí.

—¿Me llevarás hasta él?

—Sí. —Y, al cabo de una pausa—: ¿Me ayudarás?

Ella contempló los pequeños y tranquilos edificios, las blancas casas de tablas de chilla. Un carruaje tirado por dos caballos dobló una esquina.

—El noventa y cinco —dijo—. Shaw apenas acababa de empezar.

No la presioné. Probablemente ni siquiera necesitara suplicarle. Quizá tan sólo verla liberara algo en él. Y sabía dónde deseaba enfrentarme a él. En el único acontecimiento en toda la historia humana que podía poner al descubierto su conciencia.

—Vamos a casa —dije—. Tenemos que hacer un poco de costura.

—¿Para qué?

—Necesitarás un traje.

Me miró, y sus ojos se ensombrecieron.

—¿Por qué simplemente no le disparamos —preguntó—, y lo arrastramos de vuelta?

—¿La pregunta que haces en realidad, Simmias, es si la muerte aniquila el alma? —Sócrates miró de uno en uno a sus amigos.

El que había hecho la pregunta era, como la mayoría de los demás, joven y de ojos limpios, pero de aspecto deprimido en la sombra de la prisión.

—Es un tema importante —dijo—. No hay ninguno de mayor importancia. Pero nos sentíamos reacios... —Dudó, su voz pareció trabarse con algo, y no siguió.

—Entiendo —dijo Sócrates—. Temes que no sea un momento delicado para plantear este tema. Pero si quieres discutirlo conmigo, no podemos posponerlo, ¿verdad?

—No, Sócrates —dijo un joven delgado y pelirrojo—. Desgraciadamente, no podemos. —Sabía que aquél era Critón.

Pese al relato de Platón, la conversación final entre Sócrates y sus discípulos no tuvo lugar en su celda. Pudo empezar muy bien allí, pero estaban en una amplia y utilitaria sala de reuniones cuando llegamos Helen y yo. Había presentes varias mujeres. Sócrates, entonces con setenta años, estaba relajadamente sentado en una silla de madera, mientras que el resto de nosotros formábamos un semicírculo a su alrededor. Para mi sorpresa y decepción, no vi a Shel.

Sócrates, a primera vista, era un hombre de apariencia mundana. Era de estatura media para su época. Iba afeitado y llevaba una túnica de color rojo mate. Sólo sus ojos eran extraordinarios, daban la impresión de estar iluminados por dentro. Cuando se posaban con curiosidad en mí, como hacían de tanto en tanto, tenía la impresión de que sabía de dónde procedía y por qué estaba allí.

A mi lado, Helen se agitaba bajo el impacto de conflictivas emociones. Se había mostrado extasiada ante la posibilidad de ver de nuevo a Shel, aunque yo sabía que todavía no había acabado de aceptar por completo la idea. Cuando él no llegó, ella me

miró como si me indicara que ya me lo había dicho, y se dedicó a contemplar desarrollarse la historia. Al principio creí que se sentía decepcionada, en el sentido de que el acontecimiento parecía reducirse a un puñado de gente sentada y hablando en una incómoda estancia de una prisión. Como si la escena debiera de estar de alguna forma cronometrada y coreografiada y representada al ritmo de ahogados tambores de fondo. Luego empezó a mostrarse más interesada cuando Sócrates y sus amigos sopesaron los argumentos en pro y en contra de la inmortalidad.

—¿Cuándo? —susurró, cuando llevábamos allí casi una hora—. ¿Cuándo ocurrirá?

—Al anochecer, creo —dije.

Produjo un ruido desde lo más profundo de su garganta.

—¿Por qué teme el hombre la muerte? —preguntó Sócrates.

—Porque —dijo Critón— cree que es el final de la existencia.

Había casi una veintena de personas presentes. La mayoría eran jóvenes, pero había algunas de mediana edad e incluso viejas. El más venerable de ellos se parecía a Moisés, un hombre alto con una barba blanca y unas expresivas cejas blancas de aspecto fiero. Miraba intensamente a Sócrates todo el rato, y asentía periódicamente cuando el filósofo remachaba algún punto particularmente sobresaliente.

—¿Y todos los hombres temen la muerte? —preguntó Sócrates.

—Con toda seguridad, Sócrates —dijo un muchacho que no podía tener más de dieciocho años.

Sócrates se dirigió a él.

—Entonces, ¿incluso los valientes temen la muerte, Cebes?

Cebes se lo pensó unos instantes.

—Tengo que creer que sí, Sócrates.

—¿Por qué entonces los valientes se atreven a morir? —preguntó Sócrates—. ¿Es porque hay algo que todavía temen más?

—La pérdida de su honor —dijo Critón.

—Así pues, nos vemos enfrentados a la paradoja de que incluso los valientes son impulsados por el miedo. ¿No podemos hallar a nadie que pueda enfrentarse a la muerte con ecuanimidad que *no* esté impulsado por el miedo?

Moisés miraba a Helen. Me acerqué protectoramente a ella.

—De todos los hombres —dijo Critón—, sólo tú pareces no mostrar ninguna preocupación ante su proximidad.

Sócrates sonrió.

—De todos los hombres —dijo—, sólo un filósofo puede enfrentarse realmente a la muerte. Porque sabe con toda seguridad que el alma se dirigirá a una existencia mejor. Siempre que haya mantenido una vida de persecución del conocimiento y la virtud, y no haya permitido que su alma, que es su esencia divina, se enredara con los

apetitos y preocupaciones del cuerpo. Porque cuando ocurre esto, el alma adopta características corpóreas y, cuando llega la muerte, no puede escapar. Por eso los cementerios están inquietos por la noche.

—¿Cómo puedes estar seguro —preguntó un hombre de cabello rubio que no había hablado hasta entonces— de que el alma, aunque consiga sobrevivir al trauma de la muerte, no será arrastrada por el primer viento fuerte?

No pretendía ser una pregunta seria, pero Sócrates vio que afectaba a los demás. Así que respondió primero con ligereza, observando que sería prudente morir en un día tranquilo, y luego se dedicó a dar una respuesta seria. Hizo preguntas que suscitaron admisiones de que el alma no era física, y en consecuencia no podía ser un objeto compuesto.

—Creo que no necesitamos temer que se haga pedazos —dijo, con un asomo de regocijo.

Uno de los carceleros permaneció junto a la puerta durante toda la larga discusión. Parecía preocupado, y en un momento determinado aconsejó a Sócrates no hablar demasiado ni excitarse.

—Si aumentas la temperatura de tu cuerpo —dijo—, el veneno no funcionará bien.

—No deseábamos eso —dijo Sócrates sardónicamente. Pero vio la expresión apenada en el rostro del carcelero, y tuve la impresión de que lamentaba de inmediato su observación.

Llegaron unas mujeres con comida, y varias se quedaron, de modo que la estancia estuvo cada vez más concurrida. De hecho, ninguna puerta estaba cerrada, y no se veía ningún guardia excepto el reluctante carcelero. Fedón, que es el narrador del diálogo de Platón, estaba a mi lado. Me dijo que las autoridades habían esperado profundamente que Sócrates se fugara.

—Hicieron todo lo posible por evitar esto —dijo—. Incluso hay el rumor de que la noche pasada le ofrecieron dinero y transporte para que se marchara.

Sócrates nos vio conversando y dijo:

—¿Hay algo en mi razonamiento que os conturbe?

Perdí el tren de la discusión, pero Fedón dijo:

—Sí, Sócrates. Sin embargo, dudo en plantearte mi objeción.

Sócrates le dirigió una mirada escéptica.

—La verdad es lo que es. Dime lo que te conturba, Fedón.

Fedón dudó, y me di cuenta de que estaba afirmando su voz.

—Entonces déjame preguntarte —dijo con un tono cuidadosamente neutral— si eres realmente objetivo sobre este asunto. El sol ya no está lejos del horizonte y, aunque me apena decirlo, si yo estuviera en tu posición, también argumentaría en favor de la inmortalidad.

—Si tú estuvieras en su posición —dijo Critón con una sonrisa— ya habrías tomado el primer barco para Siracusa. —Los reunidos se echaron a reír, Sócrates tan de buena gana como los demás, y la tensión pareció romperse por un momento.

—Por supuesto tienes toda la razón del mundo en preguntar, Fedón. ¿Estoy buscando la verdad? ¿O intento convencerme a mí mismo? Sólo puedo responder que, si mis argumentos son válidos, entonces eso es bueno. Si son falsos, y la muerte significa de hecho la aniquilación, esto me sirve para resistir su avance. Y eso también es bueno. —Parecía absolutamente seguro de sí mismo—. Si estoy equivocado, es un error que no sobrevivirá a la puesta del sol.

Simmias estaba sentado inmediatamente a la derecha de Moisés.

—Yo estoy convencido —dijo—. Tus argumentos no admiten ninguna refutación. Y es un consuelo para mí creer que está en nuestras manos reunir de nuevo esta compañía en algún otro lugar elegido por los dioses.

—Sí —dijo Critón—. Estoy de acuerdo con ello. Y, Sócrates, somos afortunados de tenerte aquí para explicárnoslo.

—Cualquiera que haya pensado en estos temas —dijo Sócrates— debería de poder alcanzar, si no la verdad, sí al menos un alto grado de probabilidad.

Moisés parecía abrumado por las dolencias de la edad y por la tristeza de aquella calamidad. De todos modos, seguía mirando periódicamente a Helen. Ahora habló por primera vez:

—Me temo mucho, Sócrates, que dentro de unas pocas horas no quedará nadie en la Hélade, o incidentalmente en ninguna otra parte, que sea capaz de dejar resueltos estos asuntos.

—Es la voz de *Shel* —jadeó Helen, y forzó la vista para ver mejor. La luz no era buena, y el hombre se había vuelto hacia un lado con respecto a nosotros, de modo que su rostro quedaba oculto por los pliegues de su capucha.

Entonces se volvió y nos miró abiertamente. Le sonrió con tristeza a Helen, y sus labios formaron en inglés las palabras *Hola, Helen*.

Ella empezó a ponerse en pie.

En aquel momento apareció el carcelero con la taza envenenada, y su presencia, y la visión del contenedor de plata inmovilizaron a todo el mundo en la estancia.

—Espero que comprendas, Sócrates, que nada de esto es cosa mía —dijo el carcelero.

—Sé eso, Tereo —dijo Sócrates—. No estoy enfadado contigo.

—Ellos siempre quieren culparme a mí —dijo Tereo.

El silencio fluyó a través de la estancia.

El carcelero depositó la taza en la mesa delante de él.

—Es la hora —dijo.

El resto de los concurrentes, siguiendo el ejemplo de Helen, se pusieron uno tras

otro en pie.

Sócrates entregó una moneda al carcelero, apretó su mano, le dio las gracias, y se volvió para mirar por última vez a sus amigos.

—El mundo es muy brillante —dijo—. Pero buena parte de él es ilusión. Si lo miramos demasiado tiempo, de la forma que miramos el sol durante un eclipse, nos ciega. Miradlo tan sólo con la mente. —Tomó la cicuta. Varios de los reunidos hicieron un asomo de movimiento hacia delante, pero fueron retenidos por sus compañeros. Alguien en la parte de atrás sollozó.

—Manteneos firmes —dijo gravemente una voz—. Le habéis respetado durante todas vuestras vidas. Hacedlo también ahora.

Sócrates se llevó la taza a los labios, y su mano tembló durante un instante. Fue la única vez que la máscara se deslizó ligeramente. Luego apuró el contenido y depositó la taza sobre la mesa.

—Estoy seguro de que Simmias tiene razón —dijo—. Nos reuniremos de nuevo otro día, como hacen los viejos amigos, en una estancia muy distinta a ésta.

Shel miró largo rato a Helen.

—Es estupendo verte de nuevo —dijo.

Ella se estremeció.

—Tú *no* eres Shel —dijo.

Una sonrisa aleteó en los labios de él.

—Llevo viajando mucho tiempo. —Permanecía recortado contra la luz y el puerto. Detrás de nosotros, los edificios de los muelles y el Pireo estaban iluminados por alguna que otra lámpara ocasional. Se volvió hacia mí.

—David, parece que te has convertido en mi ángel oscuro.

Yo me sentía emocionalmente vacío.

—Lamento que ésta sea tu sensación —dije.

Una gaviota pasó por encima de nuestras cabezas.

—Sócrates muere por una sutileza filosófica. Y Shelborne sigue huyendo cuando todo el mundo está en juego. ¿Correcto?

—Correcto —dije.

Helen todavía seguía temblando.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó.

Los labios de él se crisparon, y se pasó una mano por los largos pelos blancos de su bigote. Parecía atormentado.

—Cuarenta años, más o menos —dijo. Tendió la mano hacia ella, pero ella se apartó.

Apoyé una mano en el hombro de Helen. La afirmé.

—Lleva mucho tiempo ahí fuera.

Los ojos de Helen llamearon.

—¿Qué le ha ocurrido a *mi* Shel? ¿Qué has hecho con él?

—Ha vivido los años que le correspondían —dijo Shel—. Sacándoles todo el jugo posible durante todo el tiempo que he podido. Antes de que mi conciencia, aquí —alzó los ojos y los clavó en mí—, antes de que mi conciencia consiga llevarme por fin a mi tumba.

Ella no pudo contenerse más. Las lágrimas brotaron incontenibles, y me miró en busca de ayuda. Pero, cuando fui a abrazarla, ella se arrojó a *sus* brazos.

Él la retuvo contra sí durante largo tiempo, y el agua lamió contra el malecón.

—He intentado volver —dijo él—. Dios me ayude, lo he intentado. Pero no puedo decidirme a ir allí y tenderme en esa cama. —La furia asomó a sus ojos. No pude decir hacia dónde iba dirigida—. ¿Sabías que me aplastaron el cráneo?

Lo sabíamos.

Tenía un aspecto muy viejo. Y roto. Parecía no saber qué hacer con sus manos. Las túnicas no tenían bolsillos. Pero necesitaba algún tipo de gesto defensivo, así que cruzó los brazos y se volvió para contemplar el puerto.

—Yo no soy Sócrates, Dave —dijo—. No beberé de su copa. —Sus ojos se clavaron en los míos, y pude ver que tomaba una decisión. Nos hizo poner juntos, dentro del campo de su Reloj, y tecleó una serie de coordenadas—. Pero arreglaré el asunto para vosotros.

Helen agitó la cabeza en un gesto de negación. No más sorpresas. Y todo pareció frenarse a nuestro alrededor. El puerto parpadeó y desapareció, la cubierta de un barco se materializó bajo nuestros pies, y el cielo estaba lleno de fuego.

Nos hallábamos en una galera romana. El aire estaba lleno de polvo y cenizas, y las velas habían sido arriadas. Nos bamboleábamos y cabeceábamos. El océano se estrelló contra la cubierta, y los hombres maldijeron en sus puestos. Debajo de nosotros, los largos remos golpeaban rítmicamente las olas. Era de día, pero no podíamos ver más allá de seis metros.

—¿Cómo conseguiste esto? —le grité a Shel por encima del huracán de ruido. Los Relojes nunca habían poseído la suficiente precisión para depositar a una persona en una embarcación en alta mar.

—Han sido muchos años —dijo—. La tecnología es mejor de lo que acostumbraba a ser.

—¿Dónde estamos? —preguntó Helen, casi incapaz de hacerse oír.

Shel se agarraba a una escalerilla de cuerda. Sus ropas estaban empapadas.

—En el año setenta y nueve después de Cristo. Justamente al oeste de Pompeya.

Sus ojos llameaban. Su pelo plateado estaba ya lleno de cenizas grises, y sospeché que Shel había perdido la última ancla, fuera cual fuese, que lo mantenía todavía unido a la realidad. El tiempo se había vuelto quizá demasiado resbaladizo para él al

final.

El barco se inclinó hacia estribor, y hubiera arrojado a Helen al mar si el viejo no la hubiera sujetado, al tiempo que me empujaba a un lado.

—No te necesitamos a *ti* —dijo.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Helen, secándose los ojos.

El mar y el viento rugían, y el polvo era cegador.

—Yo escogeré el momento de mi muerte —exclamó Shel—. Y la manera.

Intenté avanzar hacia él, pero todo lo que podía hacer era sujetarme para no ser arrastrado.

—Soy el único cualificado...

Penetramos en un valle entre las olas, y por un momento pensé que el mar iba a sepultarnos.

—... para hacer esa elección —prosiguió, ignorando el océano—. Mi muerte será un final apropiado a la sinfonía de mi vida.

Una bola de fuego rugió sobre nuestras cabezas y se hundió en el agua.

—No lo hagas —exclamé.

—No temas, David. Todavía no estoy preparado. Pero cuando lo esté, ésta será la forma en que voy a hacerlo. —Me sonrió y tocó el Reloj—. ¿Qué mejor forma de salir para un viajero del tiempo que navegar con Plinio el Viejo? —Y desapareció.

—¿Qué significa todo eso? —exclamó Helen. Nos hundimos de nuevo, y el agua salada inundó la cubierta—. Creo que deberíamos salir de aquí también.

Estuve de acuerdo y me agarré como pude a un puntal, algo a lo que colgarme mientras pulsaba el mando.

—Espera un momento —dijo ella—. ¿Sabes quién fue Plinio el Viejo?

—Un filósofo romano.

—Leí un artículo sobre él una vez. Era ensayista y moralista. Luchó mucho por los viejos valores.

—Helen, ¿podemos hablar de ello más tarde?

—También era oficial naval. En estos momentos está intentando rescatar supervivientes. Dave, *morirá ahí fuera*.

—No podemos hacer nada al respecto. Pero no querrás estar con él cuando ocurra.

—Tú no lo entiendes. Dijo que iba a morir aquí también, ¿no?

—¿Quién?

—*Shel*. Pero, en este caso, ¿por qué no está aquí?

Buena pregunta. Miré a mi alrededor. Estábamos en el lado de estribor, cerca de la manga. Las velas estaban arriadas, y unas cuantas figuras sombrías se movían entre la neblina volcánica. (Esperé oír el rugir del volcán, el Vesubio, pero el único sonido procedía del mar y del cálido y seco viento que soplaba sobre la cubierta).

—Déjame probar al otro lado —dije.

Estaba allí, en la parte de babor, aferrado a una cuerda, mientras el viento aullaba a su alrededor. Más viejo que nunca esta vez, frágil, debilitado, asustado. Vestido de un modo distinto a como lo habíamos visto la última vez, con unos pantalones y un pullover verde que parecían haber salido de la década de 1930.

Las cenizas hacían que me escocieran los ojos.

Nos vio y nos saludó con la mano.

—Os estaba esperando. —Su mirada se posó en Helen, y luego miró al mar.

—No lo hagas —dije.

Ella se soltó de su sujeción e intentó cruzar la bamboleante cubierta.

Él se aferraba a una cuerda, en equilibrio cerca de la borda.

La nave se alzó de proa, superó el frente de una ola. Shel alzó la mano en un gesto de adiós, y el mar estalló sobre la cubierta, y fui arrojado con violencia contra la borda. Se me llenó la boca de agua y me luxé un hombro. Pero resistí.

Estuvimos debajo largo rato. Cuando todo terminó, Shel había desaparecido. La borda estaba limpia, y la cuerda a la que había estado agarrado azotaba el aire de un lado para otro.

Helen aferró mi brazo. Seguí su mirada y lo vi brevemente, en el costado de una ola, aferrado a una tabla y debatiéndose por permanecer a flote, con su largo pelo blanco arrastrándose tras él en el agua. Pero otra ola cayó sobre él, y un momento más tarde la tabla volvía salir a la superficie y derivaba, vacía, en la bruma.

Algo en el barco cedió con un ruido seco y restallante, y los tripulantes empezaron a gritar. Atraje a Helen contra mí.

—Muerto de nuevo —dijo.

—Sí. Y quizá esta vez para siempre. —Pulsé el mando del Reloj.

7

Sábado, 26 de noviembre

Media tarde

Regresamos al guardarropa de un humor distinto pero igualmente desesperado.

Helen no podía conectar al salvaje hombre en la galera con el Shel al que conocía, ni siquiera al sombrío septuagenario en el muelle junto al Pireo. Además, todavía no acababa de aceptar por completo la realidad ni las implicaciones del viaje por el tiempo. Sin embargo, a un nivel primario, lo había reconocido. Y, por segunda vez en el transcurso de dos semanas, lo lloraba.

¿Y yo? Había perdido toda sensación. ¿Cómo podía reconciliar dos tumbas?

Me derrumbé en un sillón y contemplé impotente los trajes de la habitación, dispuestos en armarios a ambos lados, distribuidos por períodos. Malditos fueran. Recordaba toda la planificación e investigación que había precedido al acto de crear cada uno de ellos. Nos habíamos sentido tan bien organizados aquellos días. Preparados para todo.

Lo dejé correr. Y entonces me di cuenta de que estaba *viendo* los trajes. Había *luz* en la habitación. Era gris, no muy brillante, pero significaba que la bruma negra había desaparecido. Abrí las cortinas y contemplé el paisaje barrido por la lluvia.

Los árboles, el terreno, el camino, el garaje, eran visibles, como acurrucados bajo la tormenta. El muro todavía rodeaba la propiedad. Y, al otro lado, podía observar la mayor parte de Carmichael Drive. *La mayor parte*. Pero la casa de Ray White había desaparecido. Lo mismo que el mundo al otro lado de la calle. Carmichael Drive asomaba ahora al borde de un precipicio, desgajado del otro lado, abierto a un vacío. Más allá sólo podía ver cielo gris.

Aterrado, fui de habitación en habitación. Por todas partes, en todas direcciones, el cuadro era el mismo. Al este, donde la propiedad era más extensa, incluso el muro había desaparecido. Un patio raras veces usado había sido partido por la mitad, y el pequeño bosquecillo de olmos que le proporcionaba sombra señalaba ahora los límites del mundo.

Descorchamos una botella de brandy y abrimos todas las contraventanas de la casa.

—¿No podemos volver a esa última escena? —preguntó Helen—. ¿Regresar y rescatarle? Quiero decir, para eso está la máquina del tiempo, ¿no? Nada es nunca irrevocable. Cometes un error, vuelves y lo rectificas.

Me sentía cansado y me dolía la cabeza, y en aquel momento hubiera matado a Shelborne.

—No —dije—. Eso no haría más que empeorar las cosas. Sabemos lo que ocurrió. No podemos cambiar *eso*.

—Dave —dijo—, ¿cómo es posible hacer que las cosas sean *peores*?

Aquélla era una buena pregunta.

Helen se dejó caer en un sofá y cerró los ojos.

—El viaje por el tiempo —dijo— no es la panacea que parecía ser, ¿verdad?

—Lo arreglaremos todo —dije. La lluvia golpeteaba contra los cristales de las

ventanas—. Lo único que tenemos que hacer es hallar una forma de eliminar la paradoja.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál es exactamente la paradoja?

Pensé detenidamente.

—Adrian Shelborne tiene dos tumbas. Una en Monument Hill. Y la otra en el mar Tirreno. Tenemos que arreglar las cosas de modo que sólo haya una.

—¿Podemos volver e impedir el fuego del viernes por la noche?

—Es el mismo problema que intentar rescatarle de la galera. El fuego de la noche del viernes ya ha ocurrido, y si lo impides, entonces ¿qué ocurrirá con el funeral?

—Es como un gran nudo —murmuró—. No importa por dónde intentes tirar, siempre se aprieta más.

Seguíamos llevando nuestras ropas helénicas, rotas y manchadas. Y ambos necesitábamos una ducha, pero no había agua. Por otra parte, *teníamos* la lluvia. Y tanta intimidad como nunca pudiéramos desear.

Fui a buscar jabón, toallas y ropa limpia. Ella fue al patio de atrás, que estaba más resguardado (como si eso importara), y yo me dirigí a la parte delantera. Era a finales de noviembre, pero el tiempo se había vuelto irrazonablemente cálido. Un poco de agua caliente hubiera sido estupenda, pero me sentí completamente bien después de haberme secado y cambiado de ropa.

Luego nos sentamos, cada uno en una especie de capullo privado, a meditar sobre las opciones. O las cosas perdidas. La lluvia prosiguió durante toda la tarde. Observé formarse pequeños riachuelos y me pregunté cuánto suelo era arrastrado fuera del borde. ¿Y a dónde? ¿Adónde iba a parar? Me prometí a mí mismo que, cuando aclarara el tiempo, saldría y lo miraría.

—¿Quién está enterrado en la tumba en Monument Hill? —preguntó Helen.

—Shel.

—¿Cómo lo sabemos? El cuerpo resultó quemado más allá de todo posible reconocimiento.

—Comprobaron sus archivos dentales. No podemos *cambiar* eso.

Estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas bajo su cuerpo.

—Tampoco podemos recuperar el cuerpo del mar Tirreno. Tenemos que centrarnos en Monument Hill. ¿Qué podemos hacer sobre los archivos dentales?

La miré.

—Creo que no te entiendo.

—Tenemos una máquina del tiempo, Dave. Utiliza tu imaginación.

Las colisiones en cadena se han convertido en un suceso cada vez más peligroso en las autopistas con accesos limitados en todo el mundo. Centenares de personas mueren cada año, varios miles resultan heridos, y los daños a la propiedad suelen

alcanzar cifras de millones. El día que enterramos a Shel hubo uno de esos accidentes en California. Ocurrió un poco después de las ocho de la mañana de un día con una visibilidad perfecta, cuando una camioneta golpeó por detrás a un coche familiar lleno de niños que se encaminaban a desayunar y a pasar el día en los estudios de la Universal.

Nos materializamos al lado de la calzada un momento después de que el accidente en cadena hubiera terminado. Los carriles de circulación y los arcones estaban sembrados de vehículos destrozados. Algunas personas habían salido de sus coches e intentaban ayudar; otros iban de un lado para otro, como sonámbulos, en medio de la carnicería. El aire matutino estaba lleno de gritos y del olor a gasolina y aceite.

—No estoy segura de poder hacer esto —dijo Helen, mientras contemplaba a una mujer que sangraba en un Buick volcado. Se inclinó, abrió la portezuela, y me hizo señas de que la ayudara. La mujer iba sola en el coche. Estaba inconsciente, y había sufrido una fractura compuesta en el brazo derecho.

—Helen —dije—. Tenemos un rescate más importante que hacer.

Negó con la cabeza. No. Eso primero.

Contuvo la hemorragia, y yo conseguí que alguien se quedara con la víctima. Ayudamos a otras cuantas personas, sacamos a una pareja de ancianos de una camioneta en llamas, retiramos de la carretera a un hombre con las dos piernas rotas.

—No tenemos tiempo para esto —supliqué.

—Yo no tengo tiempo para ninguna otra cosa —respondió.

Las sirenas se estaban acercando. La dejé que siguiera haciendo lo suyo, y me concentré en encontrar lo que habíamos venido a buscar.

Estaba en un Toyota azul que había dado una vuelta de campana y se apoyaba contra el suelo con el techo. Toda la parte delantera del coche estaba convertida en chatarra, faltaba una puerta, y el conductor parecía muerto. Sangraba abundantemente de una herida en la cabeza. Una rueda todavía giraba lentamente. No pude hallarle el pulso.

Era aproximadamente del tamaño adecuado, allá enredado en el cinturón de seguridad. Cuando Helen llegó, confirmó que estaba muerto. Utilicé una navaja para soltar el cinturón. Los socorristas se estaban dispersando entre los coches siniestrados. Empezaron a aparecer algunas camillas.

Helen no podía mantener su mente en lo que estábamos haciendo.

—Tu juramento hipocrático no cuenta —dije—. No aquí. Olvídalo.

Me miró con ojos vacíos.

—Ayúdame a sacarlo —dije.

Lo envolvimos en plástico y lo depositamos en la carretera.

—Se parece un poco a Shel —dijo con un hilo de voz.

—Lo suficiente para pasar por él.

Oí pasos a nuestras espaldas. Alguien preguntó qué estábamos haciendo.

Era un socorrista.

—Somos médicos —dije. Pulsé el mando del Reloj y desaparecimos de allí.

Se llamaba Victor Randall. Su cartera mostraba fotos de una mujer atractiva de pelo muy corto sentada con él en una mecedora en el porche delantero de una casa. Y de dos niños. Los niños le sonreían a la cámara: un chico y una chica, entre siete y ocho años los dos.

—Quizá, cuando todo haya terminado, podamos enviarles una nota explicándoselo todo —dijo Helen.

—No podemos hacerlo —murmuré.

—Nunca sabrán qué le ocurrió.

—Eso es cierto. Y no hay forma de arreglarlo.

Llevaba unos doscientos dólares en dinero en efectivo. Más tarde devolvería por correo ese dinero a la familia.

Lo llevamos al garaje y lo metimos en el Porsche.

Ajusté el barrido temporal al máximo, de modo que cuando nos fuéramos el coche se viniera con nosotros.

8

Jueves, 10 de noviembre

Cerca de medianoche

Mark S. Hightower era el dentista de Shel desde hacía siete años. Tenía su consulta en un edificio médico al otro lado de la calle frente al hospital Friendship, donde Helen había realizado su internado, y donde todavía actuaba como consultora.

Había conocido a Hightower en una ocasión. Era un hombre bajo, de cráneo plano y pecho de barril, que se parecía más a un luchador profesional que a un dentista. Pero su hablar era suave y, según Shel, era particularmente bueno con los niños.

Nos materializamos en un solar en la parte baja de la avenida Penrod, en el distrito comercial. La zona siempre estaba vacía por la noche. Diez minutos más tarde nos acercamos al hospital y nos metimos en el aparcamiento del Centro Médico Forest Elm. Hightower estaba situado en la parte de atrás, lejos de la calle.

Victor estaba en el asiento delantero, sostenido por Helen desde detrás. Iba envuelto en plástico. Había dejado de sangrar, y lo habíamos limpiado tanto como había sido posible.

—¿Estás segura de que sabes cómo hacer esto? —pregunté.

—Por supuesto que no, Dave —respondió—. No soy dentista. Pero no tiene que ser difícil imaginar cómo funciona el equipo. ¿Cómo entramos?

Le mostré una palanca de hierro.

—Tendremos que forzar la entrada.

Pareció desanimada.

—Creí que conseguirías algo un poco más sofisticado que eso. ¿Por qué no podemos simplemente usar esa cosa en tu muñeca y hacer que nos meta directamente dentro del edificio?

—Porque no funciona exactamente así, y no tengo las coordenadas. —Estaba pensando en el truco de Shel de trasladarnos del Pireo a la parte de atrás de la galera de Plinio. Si hubiera intentado eso con mi Reloj, hubiéramos ido a parar al océano.

Nos pusimos los guantes y rodeamos el edificio, en busca de alguna ventana abierta. No había ninguna, pero hallamos una puerta trasera que no parecía demasiado resistente. Clavé la palanca de hierro entre la puerta y la jamba, la moví de un lado para otro, y noté que la cerradura cedía. La puerta se abrió con un chirrido. Contuve el aliento y aguardé el resonar de la alarma. No ocurrió nada, y supe que habíamos superado el primer obstáculo.

Volvimos al Porsche, sacamos a Victor y lo medio cargamos, medio arrastramos hasta la puerta abierta. Una vez dentro, lo depositamos en una silla. Luego encendimos nuestras linternas de bolígrafo y miramos a nuestro alrededor.

Había media docena de habitaciones destinadas a pacientes, que daban a un corredor que se curvaba alrededor de la zona de recepción. Fui de oficina en oficina, sin saber exactamente lo que buscaba. Helen dio una rápida vuelta al lugar y señaló una máquina situada en un rincón.

—Esto es —dijo.

La etiqueta del fabricante decía que era un ortopantomógrafo.

—Esto proporciona una panorámica de rayos X —dijo Helen.

—¿Panorámica? ¿A qué te refieres?

—Toda la boca. Con esto deberíamos de tener suficiente.

La idea era que la persona a la que había que hacer los rayos X colocaba la frente contra un tope de plástico y la barbilla sobre un soporte en forma de copa. La cámara

estaba situada dentro de un cono montado sobre un brazo giratorio. El brazo y el cono giraban alrededor de la cabeza y producían una única imagen panorámica de los dientes. El único problema era que normalmente el paciente permanecía de pie durante todo el proceso.

—Tomará entre seis y ocho minutos —dijo Helen—. Durante ese tiempo tendremos que mantenerlo completamente inmóvil. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo —dije.

—Muy bien. —Comprobó para asegurarse de que había una casete de película en la máquina—. Traigámoslo.

Llevamos a Victor al ortopantomógrafo. A sugerencia de Helen, habíamos traído unas cuantas tiras de tela, que ahora utilizamos para asegurarlo al dispositivo. Fue una tarea torpe e incómoda, y no dejaba de deslizarse hacia un lado. Trabajar en la oscuridad complicaba el proceso, pero al cabo de media hora lo teníamos en su lugar.

—Bien —dijo Helen—. Ahora todo debería de ir bien. No lo toques. ¿De acuerdo?

Retrocedí unos pasos.

—Acaba de ocurrírseme algo —dije—. Victor Randall tiene ya la herida en la cabeza.

Cerró momentáneamente los ojos.

—¿Estás sugiriendo que los ladrones no golpearon a Shel en la cabeza después de todo?

—Eso es lo que creo.

Meditó sobre aquel dato.

—Esto no deja de ser cada vez más extraño —murmuró.

Había un espejo montado en la máquina directamente frente al rostro. Helen pulsó un botón, y una luz incidió en el centro del espejo.

—Los dentistas dicen al paciente que mire la luz —señaló—. Así es como se aseguran de que están alineados.

—¿Cómo podemos estar seguros nosotros?

—¿Cuál es el término? ¿Probar con los ojos cerrados? —Pulsó otro botón. Se puso en marcha un motor, y el cono empezó a moverse.

Diez minutos más tarde llevábamos la casete de película a la parte de atrás, dejando cuidadosamente a Victor en su lugar mientras nos asegurábamos de que habíamos conseguido una buena foto.

El revelador estaba situado en un cuarto almacén sin ventanas. Helen retiró la película de la casete y la pasó por la máquina. Cuando salió la película revelada, me la tendió sin mirarla.

—¿Qué opinas?

Toda la boca, dientes superiores e inferiores, estaba clara.

—Parece bien —murmuré.

Ella la alzó contra la luz.

—Lleno de empastes por ambos lados. Veremos cómo encaja.

Los archivos de los pacientes estaban metidos en sobres color manila detrás del escritorio de recepción. Helen encontró el de Shel y se sentó con él en el escritorio, donde el mostrador la ocultaba de cualquiera que pasase por fuera.

El historial estaba lleno con los informes de las visitas de Shel.

—Acude cada tres meses —dijo Helen—. No está mal. —(No pude impedir el observar que seguía hablando de él en presente). Los resultados de su chequeo más reciente estaban unidos con un clip en el lado derecho. Entre las hojas había una foto panorámica, como la que acabábamos de tomar, y varias fotos más pequeñas de secciones individuales—. Creo que a éstas las llaman «alas» —dijo—. Pero cuando llaman a un dentista para identificar un cadáver, lo hacen con *é*sas. —Alzó la panorámica y la comparó con la otra—. No se parecen mucho en detalle, y si alguna vez la comparan con las alas observarán que algo va mal. Pero creo que tenemos suficiente para empezar.

Retiró la panorámica de Shel y la sustituyó por la que acababa de tomar. Luego volvió a colocar el historial en su sitio. Limpiamos el aparato y comprobamos el suelo para asegurarnos de que no habíamos derramado ninguna gota de sangre.

—Una cosa más —dijo Helen. Insertó una nueva casete en el ortopantomógrafo—. Bien, ya está. Hemos hecho lo que vinimos a hacer. Marchémonos.

—Espera un momento —dije—. Van a saber que entramos por la fuerza. Tenemos que hacer algo para que parezca un vulgar robo. —Por todo lo que podía ver, no había mucha cosa que valiera la pena robar. Revistas. Fotos baratas de paisajes en las paredes—. ¿Qué tal el torno dental? —dije—. Parece caro.

Me dio un apretón en el brazo.

—¿Qué tipo de ladrón robaría un *torno dental*? —Dio otra vuelta a la oficina. Unos momentos más tarde oí ruido de cristales rotos, y volvió con un par de botellas de plástico llenas de pastillas—. Valium —dijo.

Sábado, 12 de noviembre

1.15 de a madrugada

Tenía las coordenadas del taller de Shel, así que pudimos ir directamente.

El taller estaba situado en el sótano de su casa en la ciudad, un lugar pequeño y atestado con un ordenador Cray delante y en el centro, bancadas de monitores, y toda una colección de equipo experimental que nunca había llegado a entender. Momentos después de que llegáramos, su calefacción a petróleo se puso en marcha automáticamente con un *tump*.

Helen gruñó que tendríamos que subir el cuerpo hasta el segundo piso. Pero yo había hecho todo lo que había podido. Las matemáticas eran siempre trabajo de Shel, y el único lugar de la casa al que yo podía acceder era el taller. Así que cargamos con Victor dos pisos de escaleras hasta el dormitorio principal, lo vestimos con un pijama de Shel, abrimos la cama y lo metimos dentro. Metimos sus ropas en una bolsa de plástico.

También metimos un ladrillo en la bolsa. Shel guardaba las llaves de su coche en el cajón del centro de un escritorio en el primer piso. Habíamos discutido sobre si dejar que las ropas ardieran también, pero yo no quería dejar nada al azar. Pese a lo que uno pueda pensar sobre el viaje por el tiempo, lo que estábamos haciendo era para siempre. No podíamos volver atrás y deshacerlo, porque estábamos *aquí* y sabíamos cuál era la secuencia de acontecimientos, y no puedes cambiar las cosas sin pagar por ellas carretera abajo. Si había alguna cosa que supiéramos segura ahora era *esto*. Esta vez había dejado el Porsche en casa. De modo que teníamos que tomar prestado el Pontiac verde de Shel. Tenía una caprichosa placa de matrícula que decía SHEL, y un montón de kilómetros. Pero le tenía mucho aprecio. Condujimos hasta el río. Nos detuvimos junto el puente de dos carriles que cruza los Narrows y aguardamos hasta que no hubo tráfico. Entonces salimos, fuimos a la parte central del puente, donde se suponía que el agua era más profunda, y arrojamos la bolsa por la barandilla. Conservamos la cartera y los documentos de identidad de Victor, que tenía intención de quemar.

Devolvimos el coche de Shel al garaje. Ya eran las dos menos cuarto, treinta y ocho minutos antes de que la señora Wilma Anderson llamara para informar de un incendio en la casa. Yo estaba un poco preocupado de que hubiéramos hilado demasiado fino en el tiempo, y de que el intruso pudiera estar ya en la casa. Pero el lugar seguía tranquilo cuando devolví las llaves del coche al escritorio.

Cerramos la casa, por delante y por detrás, que era como la habíamos encontrado, y nos retiramos al otro lado de la calle, detrás de un seto. Nos sentíamos satisfechos con nuestro trabajo nocturno, y sólo curiosos por saber quién era el criminal.

El vecindario, flanqueado de árboles y muy bien iluminado, estaba tranquilo. Las casas eran de clase media, con pequeños patios delanteros normalmente cerrados por verjas. Había coches aparcados a ambos lados de la calle. No había tráfico, y hubo un momento en el que pude oír el maullar de un gato en la siguiente manzana.

Llegaron las dos.

—Se está haciendo tarde —dijo Helen.

Nada se movía.

—Va a tener que apresurarse —dije.

Me miró, incómoda.

—¿Qué ocurrirá si no aparece?

—*Tiene* que aparecer.

—¿Por qué?

—Porque así es como ocurrió. Es un hecho absoluto.

Miró su reloj. Las dos cero uno.

—Acaba de ocurrírseme algo —dije.

—Cualquier idea es bienvenida.

—Quizá tengas razón. Tal vez no haya ningún incendiario. O, más bien, tal vez *nosotros* somos los incendiarios. Después de todo, ya sabemos de dónde procede el cráneo fracturado.

Asintió lentamente.

—Sí —dijo—. Quizá.

Abandoné el refugio del seto y crucé rápidamente la calle, entré en el sendero del patio de Shel y fui al garaje en la parte de atrás. Había varias latas de gasolina. Todas estaban vacías.

Necesitaba las llaves del coche. Pero ahora no podía entrar, estaba cerrado. Utilicé una piedra para romper una ventana. Eché las latas vacías al maletero de su Pontiac.

—Espera aquí —le dije a Helen tras volver a la calle—. Mantén los ojos bien abiertos en caso de que se presente *alguien*.

—¿Qué vas a hacer?

—Conseguir algo de gasolina.

Había una estación de servicio abierta toda la noche al final de River Road, a sólo unas pocas manzanas de distancia. Era uno de esos lugares donde su principal preocupación es mantener al cajero con vida después de las once de la noche. Había un tipo de mediana edad y aspecto cansado sentado en una jaula llena de humo de cigarrillo. Un mondadientes giraba incansable de un lado de su boca al otro. Llené tres latas, pagué, y conduje de vuelta a la casa.

Eran las 2:17 cuando empezamos a rociar con gasolina todo el sótano. Vaciamos una lata en la escalera y otra arriba, tomando mucho cuidado de empapar el

dormitorio principal, donde yacía Victor Randall. Derramamos el resto en el primer piso, y empapamos tan concienzudamente la entrada que temí acercarme demasiado con la cerilla encendida. Pero a las 2:25 el fuego prendió.

Helen y yo lo contemplamos durante un tiempo desde un par de manzanas de distancia. Las llamas lanzaban un resplandor pálido en el cielo, y las chispas flotaban muy altas sobre nuestras cabezas. No sabíamos mucho acerca de Victor Randall, pero lo que sabíamos quizá fuera suficiente. Había sido un esposo y un padre. En sus fotos, su esposa y sus hijos habían parecido felices. Y había conseguido un funeral vikingo.

—¿Qué opinas? —preguntó Helen—. ¿Estará todo bien ahora?

—Sí —dije—. Espero que sí.

10

Domingo, 27 de noviembre

Media mañana

Al final, la Gran Ilusión de Noviembre se redujo tan sólo a esto, una especie de histeria de masas que se aposentó sobre una parte sustancial de Nueva Jersey, Pensilvania, Maryland y Delaware. En el resto del mundo la vida siguió como de costumbre, excepto que el área afectada pareció haberse desvanecido tras un sudario negro que rechazaba todos los intentos de entrar en ella y no admitía señales. Afortunadamente, sólo duró unas pocas horas. Cuando terminó, las personas que se habían visto atrapadas dentro emergieron con una amplia gama de historias. Se habían visto varadas en una playa rocosa; al borde de una enorme extensión de arena; dentro de una casa que tenía un número infinito de pasillos y escaleras, pero ni puertas ni ventanas. Los psicólogos señalaron que el único elemento consistente que parecía asomar en todos los relatos era una sensación de aislamiento. A veces habían sido comunidades enteras las que se habían visto aisladas; a veces familias. Ocasionalmente habían sido individuos. El consenso general era que, fuera cual fuese la causa, los terapeutas tendrían asegurados unos buenos ingresos durante los próximos años.

Mi primera acción al regresar a casa fue destruir la cartera y la documentación de Victor Randall. Hubiera debido sentirme extasiado por la forma cómo habían ido al final las cosas, excepto que Helen estaba aturdida. Y yo sabía que estaba pensando en Shel.

La televisión había vuelto, y estaba cubriendo de una forma exhaustiva el fenómeno. La Guardia Nacional estaba en la calle, y en los programas de debate no dejaban de aparecer expertos de la más variada índole. Me recreé en una ducha caliente y me cambié. Helen se limitó a ponerse unos pantalones míos con los dobladillos enrollados y una camiseta.

Cuando bajó, yo había preparado unas lonchas de tocino y unos huevos. Comió, y lloró un poco, y me felicitó.

—Salvamos al mundo, lo hicimos —dijo.

Después del desayuno se mostró reacia a marcharse, como si hubiéramos dejado algo por terminar, como si deseara tomarse más tiempo para celebrar lo que habíamos hecho. Pero finalmente anunció que tenía que volver a su apartamento y ver cómo iban las cosas allí.

Se dirigía ya hacia la puerta cuando oímos detenerse un coche ante la casa.

—Es una mujer —dijo socarronamente, tras mirar por la ventana—. ¿Es amiga tuya?

Era la sargento Lake. Esta vez venía sola.

Sonó el timbre de la puerta.

—Eso no le va a parecer bien —dijo Helen.

—Lo sé. ¿Quieres subir arriba?

Se lo pensó unos instantes.

—No. ¿Qué estamos ocultando?

El timbre sonó de nuevo.

Abrí.

—Buenos días, doctor Dryden —dijo la detective—. Me alegra ver que está bien después de todo lo que ha pasado. ¿Está *todo* bien?

—Sí —dije—. ¿Y usted?

Sus mejillas estaban pálidas.

—Bien también —dijo—. Fuera lo que fuese, espero que ya haya pasado. — Parecía mucho más humana que durante su visita anterior.

—¿Dónde está su compañero? —pregunté.

Sonrió.

—Todo está hecho un caos allá en la ciudad. Un montón de gente se volvió loca durante esa *cosa*, fuera lo que fuese. Vamos a estar atareados durante un tiempo. — Inspiró profundamente y, por el momento al menos, una cierta comunicación inconsciente pasó entre nosotros—. Me preguntaba si sería posible hablar. Unos

momentos con usted.

—Por supuesto.

Me aparté de la puerta y la dejé entrar.

—Todo está hecho un caos —repitió. No parecía capaz de enfocarse—. Incendios, gente en estado de shock, ataques de corazón por todas partes. No ha sido bueno. —Vio a Helen, y sus ojos se abrieron mucho—. Hola, doctora. No esperaba verla aquí. Habrá mucho trabajo para usted hoy.

Helen asintió con la cabeza.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó.

—Sí. Gracias. Estoy bien. —Miró hacia fuera por encima de mi hombro; luego, con un sobresalto, intentó alejar todo aquello de su cabeza.

Nos sentamos.

—¿Cómo fueron las cosas aquí? —preguntó.

Le describí lo que había visto. Mientras lo hacía, nos servimos un poco de café, y la sargento se relajó un poco. Ella se había visto atrapada en su coche durante los sucesos, en un tramo de brumosa carretera barrida por la lluvia que simplemente giraba y giraba, cubriendo el mismo tramo de terreno.

—Maldita cosa —dijo—. No importa lo que yo hiciera, no podía salir de allí. —Sacudí la cabeza y bebí el café.

Helen le ofreció un sedante, pero Lake declinó educadamente el ofrecimiento y fue al grano preguntándome si podía hablar un minuto a solas conmigo.

—Por supuesto —dijo Helen—. De todos modos tenía que irme. —Me palmeó el hombro en un gesto de camaradería y salió.

—Doctor —dijo Lake, volviendo su atención hacia mí—, nos ha informado usted que estaba aquí en la cama en el momento en que la casa del doctor Shelborne ardió. ¿Es eso correcto?

—Sí —dije—. Es correcto.

—¿Está usted seguro?

La pregunta flotó en el aire soleado.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Por qué lo pregunta?

No podía leer nada en su expresión.

—Porque alguien que responde a su descripción fue visto en las inmediaciones de aquella casa en el momento del incendio.

—No era yo —dije, y de pronto recordé al hombre en la estación de gasolina. Y yo conducía el coche de Shel. Con su extravagante matrícula, en caso de que alguien no prestara atención.

—Muy bien —dijo—. Me pregunto si no le importaría venir conmigo a la comisaría para aclarar el asunto. Para dejarlo cerrado.

—Por supuesto. Encantado.

Nos pusimos en pie.

—¿Me dispensará un momento, por favor?

—Por supuesto —dijo, y salió.

Llamé a Helen a su portátil.

—No te dejes dominar por el pánico —dijo—. Todo lo que necesitas es una buena coartada.

—No *tengo* ninguna coartada.

—Por el amor de Dios, Dave. Puedes pensar en algo mejor. Tienes una *máquina del tiempo*.

—Sí, claro. Pero si vuelvo atrás y me monto una coartada, ¿por qué no les dije la verdad desde un principio?

—Porque estabas protegiendo la reputación de una mujer —dijo—. ¿Qué otra cosa estarías haciendo a las dos de la madrugada? Echa una mirada a tu agenda de amigas fáciles. —Puede que fuera mi imaginación, pero tuve la impresión de que la referencia a mi agenda de amigas fáciles la ponía un poco nerviosa.

11

Viernes, 11 de noviembre

Primera hora de la tarde

El problema era que no tenía ninguna agenda de amigas fáciles. Nunca he tenido mucho éxito con las mujeres. No hasta el extremo de poder llamar a una con unas esperanzas razonables de terminar la noche en su cama.

¿Qué otra opción me quedaba? Podía recoger a alguien en un bar, pero realmente no le mientes a la policía en un caso de asesinato para proteger a alguien que has recogido en un bar. Aparqué junto a un restaurante abierto toda la noche, con la intención de entrar y hablar mucho con la camarera. Darle una muy generosa propina a fin de que no pudiera olvidarme. Pero de nuevo, ¿cómo explicar a la policía por qué había mentido? El restaurante estaba cerca del río, un área degradada llena de destartalados almacenes. Un coche de la policía redujo la marcha y se detuvo detrás del Porsche. El policía salió, y yo bajé la ventanilla.

—¿Ocurre algo, agente? —Era un hombre bajo, negro, con el uniforme bien planchado.

—Iba a hacerle la misma pregunta, señor. Este no es un buen barrio.

—Sólo estaba intentando decidirme acerca de dónde comer una hamburguesa.

—Claro, señor —dijo. Pude oír el murmurar de su radio—. Bueno, escuche, yo de usted me decidiría rápido, en uno u otro sentido. No estaría mucho rato por aquí fuera.

Sonreí y alcé el pulgar en su dirección.

—Gracias.

Volvió a su coche y arrancó. Observé sus luces traseras doblar a la izquierda en la siguiente intersección. Y supe lo que iba a hacer.

Conduje hacia el sur por la 130 durante unos tres cuartos de hora, y giré hacia el este por una carretera de dos carriles. En algún momento alrededor de las once entré en Clovis, Nueva Jersey, y decidí que aquello era exactamente lo que estaba buscando.

Su comisaría de policía ocupaba un pequeño edificio de dos plantas al lado de Correos. El bar La Linterna Roja estaba situado a unas dos manzanas de distancia, al otro lado de la calle.

Aparqué en un lugar iluminado cerca de la comisaría, fui hacia el bar y entré. Era un lugar discreto y lleno de humo que olía a colillas y cerveza rancia. Casi toda la acción estaba alrededor del tablero de dardos.

Me senté en la barra y empecé a beber whisky. Escocés. Seguí con él hasta que el camarero sugirió que ya había bebido demasiado, lo cual normalmente no requiere mucho tiempo porque no poseo mucha capacidad para el alcohol. Pero aquella noche mi mente estaba clara. Aunque no mi coordinación motora. Pagué, abandoné el taburete y me abrí camino tambaleándome hasta la calle.

Giré a la izquierda y me dirigí metódicamente a la comisaría, poniendo con cuidado un pie delante del otro. Cuando estuve cerca, añadí un nuevo desparpajo a mi actitud, probé un par de risitas de práctica para calentarme, y entré haciendo eses por la puerta delantera.

Un hombre con los galones de cabo salió de una habitación de atrás.

—Buenas noches, agente —dije, con una exagerada formalidad y la más amplia de las sonrisas que puse exhibir—. ¿Puede indicarme el camino para Atlantic City?

El cabo agitó tristemente la cabeza.

—¿Tiene usted alguna identificación, señor?

—Claro que la tengo —dije—. Pero no veo por qué mi nombre es asunto suyo. Tengo prisa.

—¿De dónde es usted? —Estaba agitando la cabeza con evidente desaprobación.

—De hace dos semanas desde el domingo —dije—. Soy un viajero del tiempo.

12

Domingo, 27 de noviembre

Última hora de la tarde

La sargento Lake se sintió sorprendida y creo que decepcionada cuando supo que yo había estado metido en un calabozo la noche del incendio. Dijo que comprendía por qué yo me había mostrado reacio a hablar de ello, pero me advirtió de las virtudes de ser honesto con las autoridades y los cuerpos encargados de hacer cumplir la ley. Llamé a Helen, pensando en una celebración aquella noche. Pero sólo me respondió su contestador automático.

—Llámame cuando vuelvas —dije.

La llamada no llegó. Justo antes de medianoche, cuando ya había renunciado y me disponía a irme a la cama, observé un sobre blanco en la mesa de la cocina.

Mi nombre estaba escrito en él en grandes y precisos caracteres. Era de Helen. Lo leí.

Querido Dave,

¡Shel ha vuelto! Mi Shel. El auténtico. Quiere llevarme a alguna parte, no sé dónde, pero no puedo resistirme. Quizá vivamos cerca del Partenón, o tal vez en París durante los 1920. No lo sé. Pero sé que tú te sentirás feliz por mí.

Nunca te olvidaré, Dave. Con todo mi amor,

Helen.

P.S. Hemos dejado algo para ti. En el guardarropa.

La leí varias veces, y finalmente hice una pelota con ella y la tiré. Me habían dejado el *Hermes*. Lo habían colocado muy cuidadosamente debajo de la luz, para conseguir el máximo efecto. Aunque no lo necesitaba.

Permanecí largo rato admirando la pieza. Pero no era Helen. Bajé a la planta baja y vagué por la casa, que parecía completamente vacía, llena con los ecos y los sonidos del viento. Más desolada ahora de lo que había estado cuando era la única cosa en el universo.

Recordé el tono de la voz de Helen cuando pensé que me enviaba a acostarme con otra mujer. Y me pregunté por qué estaba tan dispuesto a renunciar.

Hice algunas investigaciones rápidas, volví al guardarropa, sin apenas fijarme en el *Hermes*, y me puse ropa de etiqueta de finales de siglo. La siguiente parada: el Court Theater en Sloane Square, Londres, para presenciar el estreno de *Hombre y superhombre*.

Tienes toda la jodida razón, Shelborne.

Los viajeros del tiempo nunca mueren.